

A close-up photograph of a man with dark hair and sunglasses, wearing a white long-sleeved shirt. He is holding a handgun with both hands, aiming it towards the camera. The background is dark and out of focus, suggesting an indoor setting with some structural elements. The lighting is dramatic, with strong highlights on the man's face and the gun.

Barry Eisler **Un último asesinato**

«John Rain, el sicario de esta fabulosa serie de novelas, se enfrenta al que tal vez sea su mayor miedo: el arrepentimiento. Y además, Eisler lo consigue sin caer en la sensiblería.» *San Fran.*

Lectulandia

Tras su última aventura en Río de Janeiro y Hong Kong, esta vez nos encontramos a John Rain en las calles de Tokio, moviéndose desapercibido entre la multitud asiática, siempre al acecho. A pesar de las dudas morales que le asaltan y del miedo a tener que pagar algún día por sus pecados de sangre, Rain mantiene intacta su capacidad de hacer que sus asesinatos parezcan muertes por causa natural. Eso es precisamente lo que quiere de él el Mossad, que acaba de contratar sus servicios para que resuelva un *problema* en Manila, con la ayuda de un nuevo socio, Dox, ex marine y francotirador.

Este nuevo encargo brinda a Rain la oportunidad de expiar todos sus pecados anteriores utilizando su talento para una buena causa. Pero cuando su conciencia le juega una mala pasada y le lleva a cometer un grave error en una de sus misiones, provocando una gran e inesperada masacre, Rain se encuentra con que ahora lo que quiere el Mossad es su cabeza. Y cuando Delilah, la agente con la que Rain luchó y de la que se enamoró en *Contrato para matar*, reaparece en su vida, las dudas se multiplican: ¿ha venido para ayudarlo, o para acabar con él?

Con *Un último asesinato*, Barry Eisler vuelve a cautivarnos con uno de los protagonistas más fascinantes de los últimos años, y con una historia llena de suspense, intensas escenas de acción, personajes misteriosos y escenarios exóticos, en una mezcla explosiva de la violencia de las películas de Quentin Tarantino y del espíritu de James Bond.

Lectulandia

Barry Eisler

Un último asesinato

John Rain - 4

ePub r1.0

Titivillus 19.06.2019

Título original: *Killing Rain*
Barry Eisler, 2005
Traducción: Camila Batles

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Un último asesinato

Cita

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

SEGUNDA PARTE

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

TERCERA PARTE

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Agradecimientos

Nota del autor

Sobre el autor

Para Laura, mi amor

El camino del *samurai* se encuentra en la muerte.

Hagakure, YAMAMOTO TSUNETOMO

PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Matar no es lo más difícil. Los pandilleros y otros cretinos salvajes lo hacen todos los días. La ira te estimula, el pánico anula toda consideración, empuñas la pistola, cierras los ojos y oprimes el gatillo. Hasta un mono puede hacerlo, no hace falta ser un hombre.

No, lo cierto es que matar es fácil. Pero acercarte al objetivo requiere cierto talento. Y conseguir que parezca «*natural*», lo que es mi especialidad, es harina de otro costal. Sólo he conocido a otro tipo que siempre lo conseguía, aunque no estoy muy seguro de que sirva de ejemplo porque yo me lo cargué. Y hacerlo sin dejar ninguna pista que te señale tampoco es coser y cantar.

¿Cuál es la parte más difícil, la que no puedes prever, que no comprendes hasta que es demasiado tarde? Tener que vivir con ello el resto de tu vida. Cargar con los remordimientos por lo que has hecho. Eso es lo más difícil. Incluso con unas limitaciones como las mías —ni mujeres, ni niños, ni personas que no desempeñen un papel protagonista en el asunto—, nunca vuelves a ser el mismo. No respiras igual, ni tienes los mismos sueños. Créanme, lo sé.

Uno trata en la medida de lo posible de deshumanizar al objetivo. Aceptar que es un objetivo humano, un hombre como tú, crea empatía. La empatía hace que matar resulte más difícil y genera unos remordimientos corrosivos.

De modo que uno emplea eufemismos: en Vietnam no matábamos a personas, sólo «*eliminábamos a asiáticos*» o «*combatíamos contra el enemigo*», como en todas las guerras. Optar siempre que se pueda por la distancia: los ataques aéreos son aceptables, el combate cuerpo a cuerpo con bayoneta es atroz. Repartir la responsabilidad: armas accionadas por la tripulación, largas cadenas de mando, sustitución sistemática del sentimiento individual del soldado por la identificación con el pelotón, regimiento u otro grupo. Ocultar los rasgos: la capucha no se utiliza para tranquilizar a los condenados, sino para permitir a cada miembro del pelotón de ejecución apretar el gatillo sin recordar luego un rostro angustiado.

Pero hace mucho que dejé de utilizar esas estratagemas emocionales. Generalmente opero solo, por lo que no tengo un grupo con el que compartir la responsabilidad. No hablo de mi trabajo, por lo que los eufemismos no vendrían a cuento. Y lo que hago tengo que hacerlo a una distancia muy personal. Cuando me aproximo hasta ese punto al objetivo, es demasiado tarde para tratar de taparle la cara u ocultar su humanidad.

Todo es muy complicado, incluso en unas circunstancias normales. Pero esta vez yo observaba al objetivo disfrutar de un paseo dominguero en Manila con su familia filipina, que evidentemente le adoraba, poco antes de matarlo, lo cual complicaba aún más las cosas.

«*El objetivo*». ¿Lo ven? Todos los hacemos. Si soy distinto de la mayoría, es porque trato de ser más honesto. «*Más*» honesto. Es una cuestión de grado.

Se llamaba Manheim Lavi, «*Manny*» para sus socios de negocios. Manny era un ciudadano israelí, residente en Sudáfrica, y ciudadano del mundo, que recorría durante buena parte del año compartiendo sus conocimientos sobre construir bombas con una red de personas que utilizaban esos conocimientos con unos fines salvajes. Tiempo atrás las vocaciones como la de Manny ofrecían una relación riesgo-recompensa aceptable, pero a partir del 11-S, si vendes tus conocimientos a quien no debes, puedes perder tu recompensa en menos que canta un gallo. Ésa era la historia de Manny, según me habían contado, que había caído trágicamente en desgracia con un determinado gobierno.

Manny había llegado esa tarde a Manila desde Johannesburgo. Un Mercedes negro de la pequeña flota del Península lo había recogido en el Aeropuerto Ninoy Aquino y lo había trasladado al hotel. Dox y yo ya estábamos allí, provistos de unas identidades falsas de primer orden y los últimos artilugios en materia de transmisores y demás, todo ello por cortesía del servicio de inteligencia israelí, que en esos momentos era mi cliente. Dox, un ex marine, francotirador y antiguo camarada de armas, había renunciado recientemente a una recompensa de cinco millones de dólares por salvarme la vida en Hong Kong. El hecho de llevarlo conmigo en esta misión constituía en parte mi forma de demostrarle mi gratitud.

Dox esperaba en el vestíbulo del hotel cuando llegó Manny. Yo estaba en mi habitación situada en la sexta planta, con un minúsculo auricular inalámbrico de color carne, de diseño danés, introducido en mi conducto auditivo, y un micro inalámbrico sujeto a la parte inferior de la solapa izquierda del bléiser azul marino que lucía. Dox iba equipado como yo.

—De acuerdo, colega —le oí decir en voz baja con su acento sureño—. Nuestro amigo acaba de llegar, acompañado por el guardaespaldas más gigantesco y feo que has visto en tu vida. En estos momentos se están registrando.

Asentí con la cabeza. Hacía tiempo que no trabajaba con un socio, y Dox me había demostrado hacía poco que era un colega excelente.

—Perfecto. Procura averiguar el nombre que utiliza y el número de su habitación.

—De acuerdo.

Tener que obtener esa información por nuestros propios métodos no era lo ideal, pero Filipinas no es exactamente el jardín trasero de los israelíes, quienes no habían podido ofrecernos gran cosa. Manny viajaba con frecuencia a Manila desde su residencia oficial en Johannesburgo; hacía hasta diez viajes al año. Nunca permanecía menos de una semana; la estancia más larga había sido de dos meses. Llevaba una década haciéndolo, supongo que porque el control aduanero en Manila no era tan riguroso como en Singapur, por poner un ejemplo, lo cual hacía que Filipinas fuera el lugar idóneo para reunirse con el MNLF, Abu Sayef, Jemaah Islamiah y otros grupos violentos de la región; posiblemente porque a Manny le gustaban también el precio y la variedad que ofrece la célebre vida nocturna en Manila. Siempre se alojaba en el Península. Existían unas fotos de él que le habían tomado los que le vigilaban. Nada más.

Como yo no disponía del dossier habitual en que basarme, comprendí que tendríamos que improvisar. Para empezar, dónde atacar a Manny. El hotel era nuestro único nexo actual, por lo que representaba una elección lógica. Pero si Manny moría en el hotel, tenía que parecer totalmente natural; de lo contrario, la policía investigaría a fondo a los otros huéspedes, incluidos Dox y yo. Alojarnos en otro hotel no habría servido de nada, sino que nos habría alejado demasiado de nuestro objetivo.

El nivel de «*naturalidad*» que requiere atacar a la víctima en un hotel no es sencillo, pero había también otros problemas. La mayoría de estratagemas que utilizo para entrar en la habitación de alguien depende del anonimato del objetivo, pero a Manny lo conocían en el hotel. Y aunque yo lograra entrar en la habitación mientras Manny estuviera ausente y esperara a que regresara, corría el riesgo de que su guardaespaldas decidiera registrar la habitación inmediatamente antes de que éste llegara. ¿Y si Manny regresaba con una chica que se había ligado en el bar? En el terreno que yo pisaba actualmente, no podía controlar estas variables, lo cual me disgustaba.

No obstante, quería obtener el número de su habitación. En parte por si se presentaba una oportunidad más favorable y teníamos que recurrir a la Eliminación en la Habitación del Hotel como plan B; más importante aún, para saber en qué planta debíamos colocar la videocámara que utilizaríamos para seguir los movimientos de Manny. Podíamos tratar de colocar la cámara en el vestíbulo, lo cual habría sido más fácil porque nos habría ahorrado la molestia de averiguar en qué planta se alojaba. Pero el vestíbulo presentaba también varios problemas. Teniendo en cuenta la cantidad de personas que entran y salen por él, tendríamos que examinar constantemente las granuladas imágenes de la videocámara para detectar a Manny entre la multitud. Y aunque el vestíbulo nos ofrecía la mejor oportunidad de verlo entrar y salir, tendríamos que apresurarnos a seguirlo fuera del hotel, cosa que cualquier guardaespaldas medianamente competente advertiría de inmediato. De modo que decidimos utilizar el vestíbulo sólo si no teníamos más remedio.

Incluso los hoteles modestos se niegan a facilitar a otras personas el número de habitación de sus clientes, y el suntuoso Peninsula Manila, con su lujoso vestíbulo de mármol y unos botones vestidos con uniformes de color blanco, no tenía nada de modesto. Y aunque diéramos con un empleado indiscreto, no sabríamos por quién preguntar puesto que no sabíamos con qué nombre se había inscrito Manny. De modo que al inclinarse hacia delante para formular unas preguntas de rigor sobre Manila y sus alrededores, Dox se había tomado la libertad de pegar unos transmisores con cinta adhesiva debajo de la esquina del largo mostrador de mármol de recepción. Así, cuando Manny se registrara en el hotel, Dox podría oír la conversación que mantuviera con el conserje.

Después de esperar dos minutos, oí de nuevo el acento sureño de Dox.

—Buenas noticias. Nuestro amigo se ha registrado con el nombre de señor Hartman. Pero el conserje se ha limitado a decirle: «Señor Hartman, el número de su habitación está anotado aquí».

Yo había recibido el mismo tratamiento cuando me había registrado en el hotel, por lo que no me sorprendió. Los empleados del Peninsula Manila estaban bien adiestrados.

—¿Algo más? —pregunté.

—Sí, hay algo más —oí decir a Dox, imaginando su característica sonrisa—. Nuestro amigo subió en el ascensor del ala Ayala Tower.

El hotel consistía en dos alas: la Ayala y la Makati. Ahora sabíamos en qué ascensores concentrarnos. Empezábamos a triangular.

—¿Pudiste subir con él?

—Lo intenté. Pero el guardaespaldas estuvo muy educado e insistió en que subiera yo solito.

De modo que el guardaespaldas de Manny tenía cierto sentido táctico, lo cual no era una sorpresa.

—¿Manny te vio la cara?

—Sí, por lo que cabe suponer que la próxima vez que me vea será capaz de reconocer al tipo más atractivo de Manila.

Asentí con la cabeza. Dejar que Dox se adelantara era un riesgo calculado. Dentro de poco ambos seguiríamos a Manny, y su guardaespaldas no podría evitar distraerse al percatarse de la presencia de Dox, un tipo caucásico con la complexión de un defensa de *rugby* y una sonrisa de buen chico. Estaría demasiado distraído para reparar en el tipo asiático más bajo y delgado, de aspecto normal y corriente, con el que trabajaba Dox.

En el ala Ayala había unas doscientas sesenta habitaciones, y pensé en telefonar a cada una de ellas desde el teléfono interior del hotel, preguntando: «¿Desea que alguien le prepare el baño, señor Hartman?», hasta dar con la habitación que andaba buscando. Pero si Manny conocía el servicio que ofrecía el hotel, lo cual era muy probable, o si era un tanto paranoico, una llamada así le haría sospechar. Quizá llamara al conserje para confirmarla. O quizá aceptara la propuesta, lo cual crearía no pocos problemas. El que apareciera el monumental Dox con su perilla de chivo para prepararle el baño quizá no coincidiera con la idea que tenía Manny sobre la higiene.

De modo que decidí posponer el plan B y utilizarlo sólo si fracasaban nuestras iniciativas más sutiles.

—¿Crees que puedes conseguir algo más? —pregunté.

—Estoy en ello. Dame cinco minutos.

La siguiente parte del plan consistía en que Dox se dirigiera a la tienda de regalos, para comprar un libro o algo por el estilo y decir que lo cargaran en su cuenta. La vendedora consultaría una lista para asegurarse de que el nombre y el número de habitación de Dox figuraban en ella y la transacción era legítima. Dox llevaría una cámara de alta resolución que parece un móvil y se colocaría de forma que la cámara captara los datos de esa lista, incluido el nombre de Hartman y su número de habitación. Habíamos utilizado ese sistema en otras ocasiones y había funcionado perfectamente. Ahora que disponíamos del nombre de nuestro objetivo, había llegado el momento de comprobar si daba resultado en el momento oportuno.

Cinco minutos más tarde oí a alguien llamar a mi puerta. Me acerqué sigilosamente y levanté el pedacito de cartón que había pegado sobre la

mirilla —no convenía obstruir el paso de la luz al acercarme y alertar al visitante de mi presencia— y miré a través de ella. Era Dox. Abrí la puerta, y Dox entró exhibiendo su infatigable sonrisa.

—Por tu expresión risueña, deduzco que traes buenas noticias —dije cerrando la puerta tras él.

Dox me miró sonriendo satisfecho y asintió con un movimiento de cabeza.

—Aparte de eso, sonrío porque me alegro de verte, colega. Una cosa no excluye la otra.

Asentí brevemente con la cabeza, sabiendo que cualquier otra respuesta no haría sino complicar más el asunto. No pretendía comprender bien a Dox. En muchos aspectos era una contradicción, un enigma. Para empezar, hablaba por los cuatro costados —un tipo de persona con el que no me siento demasiado cómodo—, y a voz en cuello. Todos los otros francotiradores que he conocido, y he conocido a bastantes, eran reservados, incluso taciturnos. Cada lugar posee cierta atmósfera, cierto ritmo, cierta conectividad, y los francotiradores se integran en esa atmósfera sin alterarla. Pero a Dox le gustaba alterar las cosas; de hecho, su nombre de guerra era una abreviatura de «*heterodoxo*», un honor que le había sido concedido por unanimidad en Afganistán, cuando la CIA de la era Reagan enviaba a hombres como nosotros para armar y adiestrar a los muyahidines contra los invasores soviéticos. Al principio las constantes y ruidosas payasadas de Dox allí me habían incordiado y le había tomado por un fanfarrón. Pero al observar su eficacia y frialdad en combate, comprendí que estaba equivocado. Cuando Dox miraba por el visor de su rifle, se producía una transformación impresionante: el buen chico se evaporaba dando paso a uno de los tipos más fríos y peligrosos que he conocido jamás. Yo no entendía las fuerzas contrapuestas que configuraban su carácter, y nunca me habría fiado de Dox de no ser por lo que había hecho en Kwai Chung. Claro está que un solo acto no bastaba para erradicar mi innata tendencia a recelar, pero en cierta forma la había eclipsado, o cuando menos había creado una incómoda excepción.

Dox y yo entramos en la habitación. Me senté ante el pequeño escritorio y abrí el Mac Powerbook que había traído para la fiesta. Cuando salió de su letargo, tecleé la contraseña. Dox me entregó la cámara.

—¿Estás seguro de haber conseguido fotografiar la página en la que aparecía el nombre de Manny? —pregunté.

Dox suspiró con gesto un tanto teatral y respondió:

—Has vuelto a herir mis sentimientos.

—¿Eso significa que sí?

Dox volvió a suspirar.

—¿No te dije que lo conseguiría?

Acoplé la cámara al ordenador portátil y oprimí la tecla «sync».

Luego me volví para mirar a Dox y dije:

—Ahora veremos si debo disculparme por mi absurda falta de fe en tu infalibilidad.

—Descuida, colega, no me lo tomaré a mal. Odio ver a un hombre hecho y derecho pedir perdón.

El ordenador tardó unos segundos en descargar las imágenes. La primera era un listado alfabético de los huéspedes del hotel, de la A a la F. Cerré la imagen y abrí la siguiente. De la G a la M. Incluía a un tal Randolph Hartman, habitación 914. ¡Bingo!

—¿Cómo lograste que la vendedora te mostrara la página de la G a la M? —pregunté—. Te has registrado con el nombre de Smith.

—Así es, en primer lugar el señor Smith dijo a la vendedora que no recordaba el número de su habitación, pero que cargara la barrita de Snickers que había comprado al señor Herat.

Muy ingenioso. Herat es una de las ciudades septentrionales de Afganistán.

—¿Y luego?

—La amable señorita, que por cierto era muy guapa, y a la que creo que le gusté, abrió la página que contenía los nombres con H y me dijo que no había ningún señor Herat registrado en el hotel. Contesté: «Qué raro... Ah, claro, la habitación está a mi nombre, no al de mi socio». Le dije que ahora recordaba que estaba bajo el nombre de Smith y que era la habitación 1107, en el ala Ayala Tower. Que es donde se aloja efectivamente el señor Smith.

Miré a Dox.

—¿Y la chica no sospechó nada?

—Joder, tío —replicó Dox poniendo los ojos en blanco—, yo había comprado una chocolatina, no trataba de cobrar un talón. A la chica le tenía sin cuidado. Además, era evidente que estaba más pendiente de las sensaciones que yo despertaba en ella. Quizá me pase más tarde por la tienda para preguntarle a qué hora termina de trabajar.

—Oye —dije mirándole—, si necesitas follarte a una mujer, Burgos Street está a dos minutos en taxi. No quiero que te enrolles con una empleada del hotel. Esas cosas siempre llaman la atención. —Al decirlo, comprendí que era una advertencia inútil. Dox estaba genéticamente predispuesto a llamar la

atención. Supongo que en algunos aspectos esa tendencia puede ser útil. En un ambiente como éste, Dox parecía más un turista americano feo que un agente secreto. Se ocultaba a la vista de todo el mundo.

Dox se encogió de hombros.

—De acuerdo, no te pongas nervioso. Es que odio decepcionar a las chicas guapas.

—¿«Las chicas guapas»? —pregunté irritado—. Serías capaz de tirarte a un caimán si se dejara.

—No es verdad, colega, los marines no mantenemos relaciones sexuales con reptiles. Preferimos que nuestros compañeros o compañeras pertenezcan al género de los mamíferos.

—Vale —respondí dándome por vencido—. No sé de dónde salen esos rumores.

—El mundo está lleno de mala gente, colega —replicó Dox esbozando su típica sonrisa—. Con una oveja... Pero ¿un caimán?... Me sorprende que tengas una opinión tan baja de mí.

Me pregunté cómo se las arreglaba Dox para conservar su constante buen humor incluso cuando se disponía a entrar en la fase operativa. Cuando me preparo para atacar a un objetivo, me pongo serio, incluso me vuelvo arisco. Harry, mi abnegado pirata informático, siempre se ponía nervioso cuando me ayudaba a preparar una operación, y a menudo me provocaba hasta conseguir que hiciera unas payasadas poco habituales en mí. Pero Dox y yo estábamos polarizados en sentido opuesto.

Con todo, tenía que reconocer que Dox lo había hecho muy bien hasta ahora. Yo no confiaba mucho en sus dotes de ingeniería social. Por lo general se mostraba demasiado impetuoso, demasiado directo, y, para ser sinceros, su estilo era muy distinto del mío. Le había pedido que consiguiera el número de la habitación de Manny a modo de prueba. Me había abstenido de explicarle cómo debía hacerlo, y Dox había empleado un método parecido al que se me había ocurrido a mí. Lo que es más importante, su método había dado resultado. No me resultaría fácil, pero comprendí que mientras ultimábamos los preparativos tendría que concederle mayor margen de maniobra, siempre y cuando Dox siguiera haciendo las cosas bien.

—Veamos —dije cerrando los ojos—. Manny ocupa la habitación novecientos catorce, que está cerca de los ascensores. A menos que su guardaespaldas monte guardia junto a éstos cuando Manny esté en su habitación, creo que podré instalar una videocámara allí.

—Sí, conviene que sepamos cuándo abandona el hotel. Odio esperar a la vista de todo el mundo a que alguien salga.

Pero yo sabía que Dox era capaz de esperar oculto durante los días que hiciera falta. Tenía suficientes muertes en su historial para demostrarlo.

Abrí mi ordenador portátil y saqué una cámara, un aparato inalámbrico que medía unos veinte milímetros cuadrados y pesaba menos de treinta gramos. La acoplé al ordenador y tecleé durante un minuto mientras observaba cómo aparecía en la pantalla la información suministrada por la cámara.

—Desde aquí transmite perfectamente —dije—, pero funciona a novecientos megahercios, por lo que tan sólo tiene un alcance de unos trescientos metros. Quizá tenga que instalar un par de repetidores. Espera aquí y observa la pantalla. Dime si recibimos imágenes y una buena vista de los ascensores cuando los haya instalado.

—De acuerdo.

Sacamos unos auriculares de la bolsa del ordenador portátil y nos los colocamos. Me acerqué a la puerta y miré a través de la mirilla. El pasillo estaba desierto.

Salí de la habitación, percibiendo un ruido seco cuando la puerta se cerró a mi espalda.

—¿Estás ahí? —pregunté en voz baja.

—Afirmativo —respondió Dox. Perfecto, el transmisor seguía funcionando.

Tomé el ascensor y bajé al vestíbulo, pues no quería ir a la planta en la que se alojaba Manny directamente desde la mía. A fin de complacer a cualquiera que estuviera observando a través de la cámara de seguridad situada en el techo del ascensor, me apeé y compré un paquete de chicle en la tienda de regalos, tras lo cual me monté de nuevo en el ascensor y subí a la novena planta. El ascensor no se detuvo en ninguna planta intermedia, y al cabo de un minuto la puerta se abrió y me bajé. Eché un vistazo a mi alrededor. El pasillo estaba desierto.

Vi un escritorio de madera adosado a la pared frente a los ascensores, con un espejo detrás del mismo. Me acerqué, apoyé la mano izquierda en el escritorio y me pasé la derecha por el pelo. Había otra cámara de seguridad instalada en el techo frente a los ascensores, y si había alguien observando en esos momentos, lo único que vería sería a un tipo preocupado por su aspecto. De hecho, yo había colocado el aparato provisto de cinta adhesiva en el dorso

de la esquina izquierda del escritorio, desde donde tendría una vista gran angular del acceso a los ascensores.

—¿Qué tal la imagen? —pregunté en voz baja.

—No es buena. Demasiado granulosa. La señal se pierde antes de alcanzar el receptor. Creo que necesitamos un repetidor para mejorarla.

—De acuerdo. Espera un momento.

Eché a andar por el pasillo unos metros, tras lo cual regresé y me monté de nuevo en el ascensor, como un cliente del hotel que se ha apeado distraídamente en una planta equivocada. Esta vez me detuve en la planta sexta. Cuando me bajé, miré la llave de mi habitación y miré a mi alrededor con aire decididamente perplejo, como si pensara: «Caray, todos los pisos son iguales, ¿en qué planta está mi habitación?», por si alguien me estaba observando. Acto seguido coloqué un repetidor frente a los ascensores al igual que había colocado la videocámara en la planta donde se alojaba Manny.

En cuanto lo conecté, oí decir a Dox:

—Perfecto. Ahora tenemos una vista estupenda.

—¿Y el acceso a los ascensores? —pregunté apartándome.

—También. Es mejor que la vista gran angular de tu bragueta que recibí hace un momento. Alguien debería llamar a *Los vídeos domésticos más divertidos de América*.

Se me ocurrió replicar con un comentario ingenioso, pero eso era justamente lo que quería Dox. De modo que lo dejé estar y volví a la habitación.

Capítulo 2

Los dos hombres que me habían ofrecido el trabajo de eliminar a Manny hacía una semana no me habían revelado explícitamente sus filiaciones. Quizá pertenecieran al Mossad o al Sayeret Matkal, una de las unidades militares de elite israelí. Sólo sabía que eran compatriotas de Delilah, quien los había avalado. Su implicación en el asunto había bastado para convencerme de que me reuniera con ellos.

Delilah y yo nos habíamos conocido en Macao, donde comprobamos que ambos seguíamos la pista de Achille Belghazi, un traficante de armas para cuyo asesinato me habían contratado, pero los de la organización de Delilah querían atraparlo vivo para sonsacarle unos informes secretos muy importantes. Delilah y yo habíamos logrado instaurar una precaria tregua, y todo había salido a pedir de boca. Es decir, si tenemos en cuenta el mes que Delilah y yo pasamos posteriormente en Río, antes de que ella tuviera que regresar a su mundo y yo al mío.

No obstante, a pesar de nuestra química personal, yo no acababa de fiarme de Delilah. A fin de cuentas, era una agente que tenía su propia agenda profesional. De modo que yo había insistido en que sus colegas se trasladaran a Nagoya, una populosa ciudad japonesa situada a trescientos kilómetros al oeste de Tokio. Nagoya representaba para mí un territorio nativo, pero para unos visitantes israelíes sería un lugar desconocido e incómodo, aparte del hecho de que destacarían, que era lo que yo quería. Podía haberme citado con ellos en Tokio, pero prefería desplazarme allí muy de cuando en cuando. Habían transcurrido dos años desde que me había encarado con Yamaoto, un pez gordo que controlaba los hilos de buena parte de la corrupción endémica de Japón, pero yo sabía que ese tipo tenía una memoria larga y rencorosa y trataría de localizarme en Tokio. Nagoya era un lugar más seguro.

Mis clientes en ciernes siguieron mis instrucciones, y en la fecha y hora convenidas nos encontramos en Torisei, un pequeño *yakitoriya* en Nakaku. *Yakitori* significa comida casera japonesa, que consiste principalmente en pollo, otras carnes y verduras asados sobre una barbacoa de carbón y servidos en unos pinchos de madera. Suele servirse con *chazuke*, una mezcla caldosa

de té y arroz, y acompañada por copiosas raciones de cerveza o sake caliente. Los *yakitoriya* suelen ser unos restaurantes pequeños, acogedores y sencillos, generalmente ubicados cerca de las bocas de metro para facilitar el acceso a su clientela compuesta por *sarariman* y estudiantes, quienes toman una comida rápida sentados a una mesa en un rincón o compartiendo la grata camaradería que ofrece la barra.

Cuando llegaron, yo estaba sentado en un salón de té situado al otro lado de la calle, vestido con un discreto traje azul marino estilo *sarariman* y leyendo el *Asahi Shimbun*, un diario escrito en japonés. Los vi acercarse por el norte, detenerse para contemplar el letrero de Torisei y entrar en el establecimiento. Aunque en Nagoya se hallaban fuera de su elemento, no consultaron un plano ni unas instrucciones por escrito para cerciorarse de que habían dado con el lugar convenido, lo cual me dio a entender que estaban acostumbrados a operar con total asepsia, un rasgo que en los profesionales se convierte en hábito.

Esperé mientras observaba la calle. Al cabo de diez minutos, me levanté y entré también en el establecimiento. Cuando aparté las cortinas azules *noren* del establecimiento, pensaba en japonés y había asumido una personalidad japonesa. Vi de refilón que los israelíes habían ocupado una de las mesas pequeñas. Cuando entré, ambos alzaron la vista, pero yo los ignoré. Supuse que Delilah les habría dado una descripción de mi persona, pero dudaba que eso bastara para que me reconocieran si yo quería permanecer en el anonimato. Me senté a la barra, frente a ellos, con la puerta de entrada a mi derecha. Pedí *yaki-onigiri* —pelotas de arroz asadas— y un Asahi Super Dry, abrí mi periódico y me puse a leer. Al cabo de unos minutos, cuando supuse que los otros habían llegado a la conclusión de que yo no era un personaje interesante, les eché un vistazo.

Lo que vi me gustó. Iban bien vestidos, con unos bléiseres pero sin corbata, y parecían sentirse relajados y cómodos en aquel lugar desconocido para ellos. Aparte de mostrarse más alerta de lo normal, lo cual sólo alguien como yo habría advertido, podían haber sido un par de turistas europeos, o unos hombres de negocios satisfechos por haber hallado un restaurante auténticamente japonés donde almorzar después de una jornada de interminables reuniones en la sala de juntas genérica de un despacho.

Miré a mi alrededor, pero no vi nada ni a nadie que activara mi radar. Al cabo de un par de minutos, expliqué al camarero de la barra que no me había dado cuenta de que mis amigos ya habían llegado. Que me sentaría con ellos

y que cuando lo que había pedido estuviera listo, la camarera me lo sirviera en la mesa.

Me levanté y me acerqué a la mesa que ocupaban los dos israelíes. Dejé mi periódico en la barra, para tranquilizarlos ante esa pequeña sorpresa mostrándoles que tenía las manos vacías. Los israelíes me observaron dirigirme hacia ellos.

Cuando llegué a su mesa, pregunté:

—¿Boaz? ¿Gil? —Eran los nombres que me habían facilitado.

Ambos se levantaron. El que estaba de espaldas a la puerta respondió en inglés con un ligero acento:

—Yo soy Boaz.

El otro dijo:

—Y yo, Gil.

—Lo siento —dije—; al entrar, no me di cuenta de que estaban aquí.

Mi comentario hizo reír a Boaz. Ambos sabían que los había visto.

Les estreché la mano y me senté junto a Gil. Boaz miró el menú compuesto exclusivamente por platos japoneses y preguntó sonriendo:

—¿Prefiere pedir usted, o lo hago yo?

Su sonrisa era tranquilizadora, y se la devolví.

—Quizá sea mejor que pida yo.

Mientras comíamos y hablábamos, me sentí impresionado. Ambos tenían cuarenta y pocos años, eran lo suficientemente veteranos como para haber ascendido en su organización, probablemente por méritos propios, pero no tanto como para haber perdido contacto con el campo de batalla. Se sentían cómodos trabajando de forma encubierta: aunque intuí por varios pequeños indicios que eran ex militares, nada en su apariencia externa habría revelado sus orígenes a un observador ajeno. Evitaban lucir relojes resistentes a los golpes y al agua, gafas de aviador, el pelo demasiado corto y otros signos de una persistente vinculación con su pasado militar. Lucían un corte de pelo normal, vestían bien, incluso elegantemente, y o bien se sentían cómodos al ir desarmados o llevaban unas armas que no logré detectar. Demostraban sentirse seguros de sí mismos, pero no arrogantes; una actitud profesional, pero no fría; serios, incluso graves, con respecto al asunto que se traían entre manos, pero no carentes de sentido del humor.

Gil era el más callado de los dos. Sus ojos constituían una contradicción: parcialmente ocultos por los párpados entrecerrados, lo cual le daba un aspecto relajado, casi como si estuviera a punto de echar una cabezada, pero iluminados por un curioso resplandor interno. En esos ojos y en su tono

sencillo reconocí a un asesino como yo, un hombre que se había cobrado vidas ajenas a corta distancia, que estaba dispuesto a volver a hacerlo. Boaz, un individuo de baja estatura, con una calva incipiente, y un tanto rollizo, tenía una personalidad más cálida, y deduje que era menos letal que su compañero. De hecho, tenía una risa contagiosa e insistió en contarme varios chistes americanos que no me parecieron nada divertidos. Deduje que si formaban un equipo, Boaz era el líder y Gil quien apretaba el gatillo, un reparto de tareas que, supuse, satisfacía a Gil.

Inicialmente habían insistido en que la muerte de Manny debía parecer natural. Les pedí que me dieran una definición más precisa. Un ataque cardíaco es natural, y yo mismo lo he provocado en más de una ocasión cuando las circunstancias eran favorables. Pero no estaba seguro de poder aproximarme a Manny hasta ese punto, de poder controlar todo cuanto le rodeara. Les pregunté qué opinaban sobre un accidente o un suicidio. Respondieron que ambas opciones eran posibles siempre y cuando yo lograra que parecieran convincentes. Les dije que no podía garantizar nada teniendo en cuenta los escasos datos que me ofrecían. Les dije que en última instancia quizá tuviera que parecer un crimen, un robo o un secuestro que se había complicado, un asesinato, sí, pero no dirigido específicamente contra Manny, y por tanto no atribuible a ninguna persona que prefiriera que no pudieran achacárselo.

Al final convinimos en una escala móvil de retribución, con la suma de cada pago potencial sujeta al grado de «*naturalidad*» de la muerte de Manny. Quedaban unos flecos que un buen abogado seguramente habría podido definir mejor. Pero yo estaba seguro de que cualquier disputa se resolvería a mi favor. Tratar de aprovecharse de alguien como yo es una imprudencia, y las personas inteligentes ni lo intentan.

Me llamó la atención la forma en que los israelíes tomaban una decisión. No recurrían a frases trilladas como «Ya hablaremos de eso» o «Primero tenemos que consultarlo con el jefe». Analizaban los datos y tomaban una decisión en el acto. Estaba claro que su organización les concedía un amplio margen de autonomía operativa. Intuí cierta deferencia por parte de Gil con respecto a Boaz, e interpreté la posible superioridad de Boaz como otra prueba de que era el más inteligente de los dos, y Gil, la fuerza bruta del equipo.

Les pregunté por qué habían acudido a mí en lugar de encargarme el trabajo a un miembro de su organización. Boaz emitió una de sus contagiosas carcajadas. Después de mirar a Gil y luego a mí, contestó:

—¿Cree que mi compañero y yo pasaríamos inadvertidos en un lugar como Manila?

—Quizá les extrañe —dije—, pero no todos los asiáticos nos parecemos. Yo no tengo un aspecto particularmente filipino.

—No pretendemos insinuar que todos los asiáticos se parecen —respondió Boaz—. Conocemos las diferencias. Me refiero a que un asiático llamaría menos la atención que un caucásico. No creo que sea una afirmación errónea, ¿o sí?

De hecho, yo no estaba preocupado. Aunque es verdad que no parezco filipino, en el país hay numerosos chinos étnicos y otras mezclas de razas, aparte de un gran número de ciudadanos expatriados. Con el bronceado que había adquirido en Río, donde residía desde que había abandonado Japón, sabía que podía pasar totalmente inadvertido. Pero no quería que pensarán que iba a ser tarea fácil, para que no rebajaran el precio.

Los tres guardamos silencio durante unos instantes. Por fin Boaz dijo:

—Nos dieron muy buenas referencias de usted.

—Se las dio Delilah.

—Y otras fuentes —dijo Gil.

Me pregunté si existían otras fuentes, o si trataban de dar la impresión de tener más contactos de los que tenían en realidad. Policías, agentes de servicios de inteligencia, interrogadores... Exagerar sobre lo que sabes constituye una venerable técnica destinada a hacerte con el control de la situación.

—¿Recomendado por qué motivos?

Boaz se encogió de hombros como si la respuesta fuera obvia.

—Fiabilidad, discreción.

—Letalidad —apostilló Gil con mirada inexpresiva.

Eché un vistazo a mi alrededor para cerciorarme de que nadie podía oírnos. Los ubicuos esfuerzos del sistema educativo japonés por enseñar el inglés como segunda lengua resultan a veces tan conmovedores como inútiles, pero también circulan numerosas historias de éxito, y es preciso ser cauto.

—Celebro que mis referencias fueran favorables.

—Delilah tiene una excelente opinión de usted —respondió Gil encogiéndose de hombros.

El comentario resultaba superfluo después de que Boaz hubiera dicho que Delilah me había recomendado. Lo cual, junto al tono de Gil, me dio a entender que a éste no le complacía el entusiasmo de Delilah. Si era por una cuestión de celos, era una torpeza demostrarlo. Por otra parte, estaba claro que

a Gil lo utilizaban por otras artes que no eran precisamente su habilidad para congraciarse con la gente.

—Para ser más concretos —dijo Boaz—, por su letalidad sin armas.

La agilidad con que había seguido el hilo de la conversación me hizo comprender que yo tenía razón al pensar que Gil quizá tuviera algún problema con Delilah. Arqueé las cejas, y Boaz prosiguió:

—Las armas de fuego presentan un problema en Manila. En todos los lugares públicos, hoteles, centros comerciales, teatros, hay guardias de seguridad y detectores de metales. Han tenido que tomar esas medidas para tratar de contrarrestar los numerosos atentados con bombas que se producen en la región. De modo que si lleva una pistola, eso limitará su campo de acción.

—Pero tenemos entendido que usted no suele ir armado.

—Depende del terreno —contesté con calculada ambigüedad.

—Pero usted no necesita un arma —insistió Gil, intrigado.

—Un arma es una herramienta —respondí encogiéndome de hombros—. A veces una herramienta necesaria, otras no. Como he dicho, depende.

Los israelíes asintieron con la cabeza: Boaz, con gesto satisfecho; Gil, como si quisiera convencerse de que en caso necesario siempre podía darme la patada. Cielos, a sus cuarenta y tantos años ya debería haber superado esas chorradas. Pero quizá uno no las supera nunca.

Al cabo de unos instantes, Boaz dijo:

—En todo caso, preferimos que el sujeto muera por una causa que no sea intoxicación por plomo.

Boaz arqueó las cejas, y yo asentí con la cabeza para indicar que había captado el chiste. Boaz sonrió.

—Como le hemos explicado —añadió Gil—, cuanto menos parezca un asesinato, mejor.

—Deduzco que el aspecto más importante es poder negar cualquier implicación en el tema —dije.

Ambos asintieron con la cabeza.

Quería preguntarles sobre ese aspecto, pero intuí que era un asunto delicado y decidí dejarlo correr de momento.

—Tengo una duda —dije—. ¿Qué ha hecho nuestro amigo Manny para que ustedes no deseen que goce de una vida larga y próspera?

A decir verdad, me tenía sin cuidado el motivo por el que querían liquidar a Manny. Lo único que necesitaba saber era quién, dónde y cuándo. Pero mi experiencia en esta profesión me ha enseñado que los motivos aparentes que

podieran tener, y lo que yo pudiera leer entre líneas en su respuesta, podían ayudar a protegerme de cualquier imprevisto desagradable.

Gil tomó un maletín del suelo, lo colocó sobre la mesa y metió la mano en su interior. Aunque nos hallábamos en un lugar público y todo parecía estar en orden, observé que Gil se movía con reconfortante lentitud. La implicación era: «Si te inquieta verme meter la mano en un maletín, no tienes más que decírmelo y me detendré». Fue un gesto de cortesía que demostraba experiencia.

Gil sacó un puñado de aproximadamente una docena de fotografías en color y me las entregó. Sosteniéndolas de forma que ningún curioso en el restaurante pudiera atisbarlas, las examiné.

—La primera está tomada en Bali —dijo Boaz—, el 12 de octubre de 2001.

En la foto se veía un edificio demolido. Había cuerpos calcinados por doquier, postrados entre palmeras que ardían y humeantes escombros. En primer plano aparecía una mano amputada, mostrando una alianza masculina en el dedo anular y unos tendones sanguinolentos que asomaban a través del muñón de la muñeca como cables arrancados de la parte posterior de un aparato electrónico.

—¿Pretenden decirme que eso lo hizo Manny? —pregunté con tono dubitativo—. Pensé que el atentado de Bali fue cosa de Jemaah Islamiah.

—En efecto, JI llevó a cabo la operación —respondió Boaz—. El malasio Azahari Husin fue quien construyó la bomba. Pero ¿dónde adquirió Azahari sus conocimientos? De nuestro amigo.

—Lavi es químico de profesión —dijo Gil—. Posee unos conocimientos especializados acerca de las propiedades explosivas de diversos materiales. Esa tecnología está ahora en venta.

—Tomemos el ejemplo de Bali —dijo Boaz—. En la bomba que estalló en Bali se utilizó un gran número de explosivos lentos, como clorato de potasio, azufre, aluminio en polvo, alumbre y cloro, y sólo una pequeña cantidad de TNT. La mezcla generó una onda expansiva y un calor abrasador. La mayoría de las víctimas murieron abrasadas vivas.

—¿Manny es israelí y comete esas salvajadas? —pregunté.

Boaz asintió con la cabeza.

—Es, ¿cómo se dice? una infamia. Pero sí, al igual que en todo el mundo, algunos entre nosotros están dispuestos a hacer lo que sea por dinero. Algunos soldados israelíes han sido juzgados por vender armas a los palestinos en

Cisjordania y la Franja de Gaza, las mismas armas que luego son utilizadas para matar a sus hermanos en el ejército.

Gil meneó la cabeza con gesto de disgusto y dijo:

—No entiendo por qué nos molestamos en juzgarlos.

Boaz me mostró otra fotografía.

—Ésta fue tomada en el Jakarta Marriot, en agosto de 2003. Para esta bomba, los terroristas emplearon azufre, clorato de potasio, gasolina y TNT. La bomba era más pequeña y más potente que la de Bali. Esta mezcla creó también una onda expansiva y un efecto abrasador terrorífico.

Boaz señaló la siguiente foto.

—La embajada australiana en Kuningan, Yakarta, en septiembre de 2004. Esta vez tenemos azufre, clorato de potasio y TNT. La mezcla generó una violenta onda expansiva seguida de fuego. También era más potente que la bomba de Bali.

—A Lavi le gusta aprender por medio de experimentos —comentó Gil.

—Lavi no sólo se dedica a difundir sus conocimientos —dijo Boaz—, sino a perfeccionarlos. Se informa sobre la composición de esas bombas, analiza los resultados y propone «mejoras». Lavi es uno de los ejes de una base de conocimientos terroristas a escala mundial. Ayuda a esos monstruos a perfeccionar sus herramientas y tácticas en todo el mundo. La tecnología que adquieren en el sudeste asiático pasa a Europa, a Estados Unidos y a Oriente Medio.

—¿Desde cuándo están ustedes al corriente de sus actividades?

—Lamentablemente, desde hace muy poco —respondió Boaz—. Al averiguar por casualidad que se reunía con un agente de Azahari, seguimos sus movimientos más de cerca. Deseamos acabar con él lo antes posible. Pero como usted comprenderá, aunque personalmente lo considero una lástima, necesitamos poder negar toda participación en el asunto.

—De lo contrario —intervino Gil—, la lista de voluntarios para este trabajo sería muy larga.

Estaba claro que el primero de la lista sería Gil.

—¿Cómo pueden impedir que se difundan sus conocimientos? —pregunté casi como si hablara conmigo mismo—. El genio se ha escapado de la botella.

—Hacemos lo que podemos —contestó Boaz sin el menor rastro de su habitual campechanía. Durante unos instantes me pregunté si lo había juzgado mal al pensar que el único asesino entre ellos era Gil—. Cumplimos el papel que nos corresponde.

Examiné el resto de las fotos. Boaz me indicó el lugar y la fecha de todas ellas con tono monocorde: el primer ataque contra el World Trade Center, en 1993; el Centro de la Comunidad Judía en Buenos Aires, en 1994; las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, en 1998; el destructor estadounidense *Cole*, en 2000; otros atentados. Gil me explicó la participación de Manny entre bastidores y que su implicación aumentaba el carácter mortífero de las bombas y perfeccionaba los conocimientos sobre cómo construirlas.

—Como puede comprobar —dijo Boaz cuando terminé de examinar el puñado de fotos y se las devolví—, para nosotros eliminar a Lavi es como curarnos de una enfermedad mortal. No podemos resucitar a las personas que ha asesinado, pero podemos salvar muchas vidas que se perderán si ese hombre sigue vivo.

—Creemos que usted puede ayudarnos —dijo Gil.

—Y creemos que puede hacerlo como es debido —apostilló Boaz.

Capté el meollo del asunto. Lo principal era que no pretendían algo infalible, sino que pudieran negar. Si hubieran insistido en un ataque cardíaco, habría deducido que su principal preocupación era que nadie hiciera preguntas. Luego habría llegado a la conclusión de que Manny era un objetivo con unos contactos muy influyentes, lo cual me habría hecho valorar de nuevo el asunto. Mis interlocutores parecían dispuestos a que les hicieran preguntas, siempre y cuando las respuestas no los comprometieran.

Me pareció interesante que se hubieran puesto directamente en contacto conmigo. Podrían haber utilizado a otra persona, aislándose a través de intermediarios. Supuse que, según ellos, el aislamiento adicional que les proporcionarían esos intermediarios quedaría superado por el riesgo de ser descubiertos. Si Manny moría de un tiro en la cabeza disparado por un rifle de gran potencia, era posible que alguien se empeñara en investigar el caso a fondo para hallar a quienquiera que se hallara detrás de esa operación. Habrían gozado de cierto aislamiento, desde luego, pero el método utilizado en esa operación habría hecho que el aislamiento fuera imprescindible. Mis métodos y mi historial les habían convencido de que yo triunfaría en la empresa. Cuanto menos aislamiento, menos necesidad de éste. Una cosa compensaba la otra. Por lo demás, había sido Delilah quien les había sugerido mi nombre. Me había ofrecido el trabajo, había organizado el encuentro. Habría sido absurdo tratar de dirigir las cosas posteriormente bajo una bandera falsa.

La flexibilidad que habíamos acordado era útil, pero en términos generales yo seguía operando en un universo relativamente limitado de posibilidades. Todo habría sido más sencillo si hubiera podido averiguar los movimientos de Manny y luego colocar a Dox para que le saltara la tapa de los sesos a cien metros de distancia. Pero en realidad las limitaciones no me preocupaban, y supongo que nunca me han preocupado. A fin de cuentas, forman parte de lo que justifica mi precio. Y «*natural*» significa que no haya ninguna investigación, quizá ni siquiera preguntas. Eso me permite escabullirme posteriormente sin que me persigan. Y de paso granjearme menos enemigos.

—Hay algo que me preocupa —dije—. No entiendo la necesidad de poder negarlo. Teniendo en cuenta las atrocidades que ha cometido ese tipo, lo lógico sería que ustedes o cualquiera pudieran matar a Manny como quisieran.

Boaz y Gil se miraron. Al parecer, yo había tenido razón al suponer que era un tema delicado.

Al cabo de unos instantes, Boaz respondió:

—Tenemos motivos para pensar que Lavi es un colaborador de la CIA.

Mentalmente aumenté en ese preciso instante el precio de ese trabajo.

—¿Cuáles son esos motivos? —pregunté.

Boaz se encogió de hombros.

—No estamos seguros. Pero obviamente, si existe una relación, no queremos tener que disculparnos.

—¿Por qué querría la CIA contratar a ese tipo como colaborador? ¿Por qué no eliminarlo y acabar con el asunto?

—La CIA tiene una idea exagerada de sus capacidades —contestó Gil—. Creen que pueden conseguir más beneficios utilizando a personas como Lavi que liquidándolas. Creen que la información que obtienen de Lavi y de tipos como él contribuye a «la paz en general» y al «beneficio de la humanidad».

—¿Conoce a A. Q. Khan? —me preguntó Boaz.

—El padre de la bomba paquistaní —contesté—. Y de un montón de niños ilegítimos, si los rumores que corren son ciertos. Los paquistaníes lo arrestaron por dirigir un negocio de armas nucleares, pero al día siguiente lo perdonaron.

Boaz asintió con la cabeza.

—Hace que uno se pregunte qué tienes que hacer para que te metan en la cárcel allí.

—Khan vendió su kit nuclear para principiantes a Irán, Libia, Corea del Norte y otros países —dijo Gil—, posiblemente incluyendo a unos actores que no pertenecían a ningún estado en particular. Al parecer, la CIA llevaba treinta años vigilando a Khan. Todo lo que éste hacía, lo hacía ante las narices de los de la CIA. En dos ocasiones la CIA persuadió a unos agentes de los servicios de inteligencia holandeses para que no arrestaran a Khan porque querían seguirle el rastro.

—¿Y los de su organización? —pregunté a los israelíes—. Parece que Khan tenía todas las papeletas para sufrir un accidente.

—Nosotros dejamos estúpidamente que la CIA decidiera qué hacer con Khan —respondió Gil—. Todos se pasaron de listos en el caso de Khan. No estamos dispuestos a volver a cometer ese error.

—Así que creen que la Agencia quizá adopte la misma actitud con respecto a Manny que adoptó en el caso de Khan.

—Una actitud similar, no exactamente igual —contestó Boaz—. Khan nunca fue un colaborador de Estados Unidos. Creemos que Lavi quizá lo sea. En cualquier caso, ya no nos interesa lograr que esos personajes nos conduzcan a otros personajes. Eso no es más que, ¿cómo dicen ustedes?, el pez que se muerde la cola.

—Sí, creo que podríamos describirlo así.

Boaz sonrió, satisfecho de su dominio del idioma.

—Hemos aprendido de nuestros errores. Ahora, cuando nos topamos con alguien como Lavi, lo liquidamos y se acabó. En este caso, por razones que hemos compartido con usted, es preferible liquidarlo con discreción.

Los tres guardamos silencio unos instantes. Luego dije:

—Si esto puede ofender a la CIA, el riesgo es mayor. El precio que acordamos hace unos minutos no es suficiente.

Boaz me miró y dijo:

—Díganos su precio.

Capítulo 3

Durante los días sucesivos en Manila, Dox y yo constatamos dos cosas importantes. En primer lugar, que Manny no se alojaba en el hotel. Aparecía por allí un par de veces al día, generalmente a primera hora de la tarde, y a veces de nuevo al anochecer. Se quedaba aproximadamente una hora, tras lo cual se marchaba con rumbo desconocido. En segundo lugar, un coche del hotel, perteneciente a la pequeña flota de cuatro Mercedes S negros idénticos, le transportaba de un lado a otro. Nosotros no veíamos el coche, matrícula MPH 777, salvo cuando se detenía frente al hotel para dejar a Manny, después de lo cual el chófer esperaba en el estacionamiento del hotel hasta que Manny volvía a salir. Por la noche el vehículo no regresaba. Dedujimos que Manny lo había reservado las veinticuatro horas del día, posiblemente durante toda su estancia en Manila.

Estuve tentado de llamar a recepción y decir: «Hola, soy el señor Hartman, ¿puede recordarme durante cuánto tiempo he reservado el coche del hotel?», lo cual quizá nos habría indicado cuánto tiempo Manny pensaba permanecer en la ciudad. Pero decidí que era una llamada innecesariamente arriesgada. Teniendo en cuenta la larga asociación de Manny con el Península, era posible que el personal del hotel conociera sus hábitos, quizá incluso su voz.

Pero quizá existiera un medio más eficaz. Entre los cachivaches que habíamos traído para llevar a cabo la operación había un diminuto sistema de navegación GPS. Era un aparatito muy útil, dotado de una antena interior y activación de movimiento para preservar la batería cuando el coche estuviera parado. Si conseguíamos instalarlo en el vehículo, podríamos seguir los movimientos de Manny a distancia.

Ese día, alquilé uno de los coches para una excursión al lago Taal. Dije al chófer con un marcado acento japonés que quería ver el lago y el volcán activo que lo había concebido. En el dedo anular de mi mano izquierda lucía una alianza de oro, que había comprado al contado a un vendedor ambulante en Manila. Di al conductor numerosas oportunidades de verla.

El trayecto, el primero que hacía más allá de Metro Manila desde mi llegada a la ciudad, poseía una extraña belleza. En primer lugar, pasamos a través de los suburbios de la ciudad, una zona de chabolas construidas precariamente en la parte baja de las autovías y la vía férrea, con sus oxidados muros de hierro ondulado provisionales al mismo tiempo que intemporales; sus habitantes sentados, a veces en cuclillas, delante de sus míseras viviendas, rodeados de gallinas y perros callejeros, observando sin rechistar el Mercedes que circulaba lentamente frente a ellos entre el denso tráfico matutino. Más allá de EDSA, la autovía que circunda Manila como una soga atestada de tráfico, la ciudad daba paso a los arrozales y las colinas verdes que se alzaban a lo lejos, y tuve la curiosa pero no desagradable sensación de que me conducían de vuelta a Vietnam. El vehículo adquirió velocidad. Unas cabras y unas esqueléticas vacas nos observaron con total indiferencia. Pasamos frente a un flaco joven montado en un búfalo de agua junto a la carretera. El chico ni nos miró, pero observé que sonreía alegremente para sí mientras avanzaba balanceándose a lomos del animal, y durante unos instantes me pregunté qué pensamientos habían provocado ese delicado éxtasis. El plácido lago rodeaba el cono de un volcán activo que parecía estar dormido y que quizá no tardaría en estallar. Como era muy temprano, los turistas no habían aparecido todavía, y me alegré de disponer de unos minutos para contemplar las aguas del lago, el cielo, percibir el zumbido de los insectos y las voces de las aves tropicales antes de volver a sumergirme en la densidad de Manila y ultimar los preparativos de la complicada operación.

De regreso en el hotel, Dox y yo nos turnamos para monitorizar las imágenes de la videocámara situada frente a los ascensores, por si Manny regresaba. Era una tarea aburrida, como suele ser vigilar a alguien. Esta vez tuvimos suerte: Manny apareció poco después de las dos de la tarde, tras hacernos esperar a Dox y a mí tan sólo durante unas pocas horas. En cuanto los vimos a él y a su guardaespaldas pasar frente a la cámara, me dirigí al estacionamiento del hotel.

Con marcado acento japonés y en un inglés macarrónico, expliqué al jefe de botones lo ocurrido. Le dije que uno de los coches del hotel me había transportado al lago Taal y que durante el trayecto había perdido mi alianza. El hombre se mostró muy comprensivo; supongo que entendió cómo se lo tomaría mi esposa cuando yo tratara de explicarle que había perdido mi alianza en Manila, una ciudad conocida por los placeres carnales que ofrece. El hombre examinó unos papeles y señaló uno de los coches.

—Ahí está, señor Yamada; el coche situado en el extremo izquierdo es el que le llevó al lago. Puede registrar el interior.

Le di las gracias y comencé a rebuscar en los espacios entre los asientos y debajo de las alfombras. Curiosamente, no logré encontrar mi anillo.

—Aquí no está —dije meneando la cabeza con visible nerviosismo—. ¿Está usted seguro de que es este coche? Todos tienen el mismo aspecto.

—Segurísimo, señor.

Me pasé la mano por la boca.

—¿Me permite que mire en los otros coches?

El hombre asintió con la cabeza y volvió a sonreír amablemente.

—Desde luego, señor —respondió.

Registré el interior del coche con matrícula MPH 777, mirando en el asiento trasero como había hecho en el otro hacía unos instantes. Pero esta vez dejé mi GPS adherido a la parte inferior del asiento del conductor. El chófer estaba charlando con otro empleado del hotel junto a la puerta principal y ni se fijó en mí ni parecía importarle mi breve intromisión.

Registré el tercer y cuarto coche, también infructuosamente. Di las gracias al jefe de botones y le rogué un tanto turbado que me avisara de inmediato si alguien encontraba una alianza de oro. El hombre me aseguró que lo haría.

Si se presentaba la oportunidad cuando hubiéramos concluido la operación, me apresuraría a retirar el aparatito. En caso contrario, alguien lo encontraría. Pero ¿qué más daba? El chófer no querría informar al hotel del hallazgo para evitarse una bronca. Si decía que había encontrado la alianza, su supervisor tendría las mismas reticencias a la hora de comunicar el hallazgo. Aunque el incidente llegara a oídos del director del hotel, éste sin duda se abstendría de divulgar que alguien había estado siguiendo subrepticamente a un cliente con un coche de la flota del hotel. Así es como la codicia y la vergüenza engendran la complicidad.

Durante los próximos días, Dox y yo utilizamos el GPS para seguir los movimientos de Manny. Aunque éste se desplazaba a diversos sectores de Metro Manila, había una constante: una zona residencial llamada Greenhills, a la que Manny solía llegar hacia el atardecer, y aunque a veces se marchaba al cabo de un par de horas, siempre regresaba para pasar la noche allí.

—¿Por qué crees que se dirige a una zona residencial todos los días en lugar de pernoctar en el hotel? —me preguntó Dox mientras monitorizábamos los movimientos de Manny.

Reflexioné unos instantes antes de responder.

—No estoy seguro. Quizá lo haga por motivos de seguridad y visita numerosos lugares para crear una dinámica semejante al trile. Pero dos cubiletos no son gran cosa. Y la regularidad de los horarios de Manny me desconcierta.

—Supongo que va a visitar a una mujer.

—Le sería más fácil visitar a una mujer en Makati, que cerca del hotel.

—Quizá esté enamorado de esa mujer.

—Sólo hay un medio de averiguarlo —contesté encogiéndome de hombros.

Al llegar a Manila tres semanas atrás, había alquilado un discreto Honda Civic de color gris, que había dejado en el aparcamiento del Península. Me hice pasar por el hombre de confianza de un importante industrial japonés, encargado de echar un vistazo a los lugares que pudieran interesarle a mi jefe antes de que éste llegara a la ciudad. Era una tapadera sencilla, que justificaba diversos movimientos y era difícil de desmentir. La *yakuza*, o mafia japonesa, tiene una importante presencia en Filipinas, un país que suministra buena parte de las «acompañantes» femeninas en Japón, y mi historia, incluyendo cierta reticencia a la hora de facilitar detalles, resistiría cualquier previsible investigación.

Me dirigí en coche a Greenhills a última hora de la tarde, antes de la hora de llegada habitual de Manny. Con los datos que nos había proporcionado el GPS, sabíamos con un margen de un metro de distancia cuándo se detenía el coche. El vehículo se detenía siempre frente al número 11 de Eisenhower Boulevard, un condominio de ladrillo y cristal de muchas plantas en el que, al parecer, residían unos nuevos ricos. Me senté a esperar en una mesa junto a la ventana de un Jollibee, el equivalente local de un McDonald's, en un centro comercial situado al otro lado de la calle. Había observado que con el Sol de frente y desplazándose hacia el oeste, en la ventana del establecimiento se reflejaba mucha luz, lo cual impedía que alguien pudiera ver el interior del local desde la calle.

Yo había pasado una temporada en Manila mientras servía en el ejército en Vietnam, pero de eso hacía mucho y la ciudad había cambiado. Tiempo atrás los enclaves como la zona residencial denominada Greenhills eran unos arrozales. La ciudad era ahora más densa: había más gente, más coches, más tráfíco. Presentaba un nuevo aire de consumismo, con unos enormes centros comerciales visibles desde las autovías atestadas de vehículos y los carteles que anunciaban dentífricos para blanquear los dientes y modernos rascacielos que realzaban el contraste entre las eternas chabolas y barrios pobres que las

rodeaban. Durante las tres semanas previas a la llegada de Manny, había asimilado esos cambios siguiendo un cursillo de puesta al día con respecto a Manila y sus inmediaciones. El itinerario variaba, pero había un tema dominante. Parecía como si me documentara para escribir una insólita guía titulada: *Problemas en el Paraíso: emboscada, escape y evasión para un tipo independiente en Metro Manila*. Cuanto más sudas durante los ejercicios de adiestramiento, menos sangras durante el combate, según me había explicado en cierta ocasión un instructor militar, una lección que no había olvidado. Si un día muero durante un operativo, no será porque no me afanara por prepararme debidamente.

Manny apareció a la hora de cenar. Vi el Mercedes S negro doblar la esquina de Eisenhower y detenerse frente al condominio. En primer lugar se apeó el guardaespaldas. Escrutó la calle durante unos instantes por si observaba algún problema, que no consiguió ver mientras me comía una hamburguesa con queso detrás del cristal reflectante del Jollibee. Después de cerciorarse de que todo estaba en orden, el guardaespaldas abrió la puerta del coche para que se apeara Manny, sin dejar de escudriñar periódicamente la calle. Dos guardias uniformados apostados frente al edificio saludaron a Manny con la cabeza cuando éste pasó junto a ellos, lo cual me dio a entender que lo conocían. Abordarlo dentro del edificio, aunque ofrecía ciertas ventajas, conllevaba evidentemente un riesgo. Tendríamos que seguir vigilándolo hasta que se presentara una mejor oportunidad.

Salí del Jollibee y entré en el centro comercial. Llamé a Dox desde un móvil de prepago que había comprado y pagado en efectivo. Dox tenía un GSM, que yo le había dicho que mantuviera apagado mientras estuviéramos trabajando. Hay varias formas de rastrear un móvil, y yo no sabía quién tenía el número del móvil de Dox.

—Ya ha llegado —le dije—. Está en el condominio de Greenhills.

—Lo sé. Estoy observando la pequeña flecha que se mueve en el ordenador. Vi detenerse el coche hace diez minutos. ¿Ha ocurrido algo interesante?

—En el edificio hay muchas medidas de seguridad. Tendremos que seguir vigilándolo durante un tiempo.

—De acuerdo.

—¿Suele salir temprano del edificio? —pregunté.

—Un momento. —Oí el sonido del teclado del ordenador—. El día que salió más temprano fue a las siete de la mañana. Por lo general se marcha hacia las ocho.

—De acuerdo. Me marchó. Regresaré por la mañana. Le he visto llegar. Quizá averigüe algo cuando le vea salir.

Regresé a la mañana siguiente poco antes de la siete. Era domingo. Comí de nuevo en el Jollibee. Los empleados del turno de mañana eran nuevos. Aunque hubieran sido los mismos que la tarde anterior, no creo que se hubieran fijado en mí. Cuando quiero, sé camuflarme en mi entorno.

Manny salió al cabo de cuarenta y cinco minutos. Iba acompañado por una atractiva filipina y un niño de unos siete u ocho años que parecía ser mestizo. Manny lucía un pantalón oscuro y una camisa de seda color crema; la mujer, menuda y de piel tostada, mostraba un bonito cuerpo enfundado en un vestido amarillo estampado con flores. El niño llevaba un bléiser azul marino y un pantalón color caqui. Sostenía la mano de Manny, y cuando junté mentalmente todas las piezas en una taquigrafía automática, pensé: «Está contento de estar con su padre», un pensamiento que me produjo una inopinada punzada de dolor.

Los tres se montaron en el asiento posterior del Benz, y el coche arrancó. En estas sonó mi móvil. Era Dox.

—Ha partido —dijo.

—Lo sé. Le estoy observando.

—¿Qué ves?

Después de unos instantes, respondí:

—No se aloja en el hotel porque tiene una familia en Greenhills. Una esposa y un hijo.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de verlos juntos. Por la forma en que van vestidos y siendo domingo por la mañana, supongo que se dirigen a la iglesia. Tiene sentido. El expediente dice que Manny tiene una familia en Johannesburgo. Deduzco que hace unos siete u ocho años, por la edad que aparenta el niño, Manny dejó preñada a una filipina. Por esto viene aquí regularmente desde hace tiempo. No es por motivos de negocios, en todo caso no sólo por negocios. Alquila una habitación en el hotel, a la que regresa un par de veces al día, para que su esposa en Johannesburgo no descubra el pastel. Piensa en las horas en las que aparece por el hotel, por la mañana y por la tarde en Sudáfrica. Probablemente telefonea a su casa desde la habitación del hotel para que su esposa pueda comprobar los datos de la llamada.

—Creí que Manny era hebreo. Cuando yo era niño, no iba a la iglesia a menudo, pero no recuerdo haber visto allí a muchos judíos.

Tras reflexionar unos instantes, respondí:

—Si tengo razón y se dirigen a la iglesia, es probable que Manny lo haga para complacer a la mujer. Las filipinas se toman muy en serio su catolicismo.

—De acuerdo, me has convencido. ¿Se te ocurre cómo podemos ponernos en contacto con él?

—Sabemos dónde se aloja, lo cual ya es algo. Mantenme informado de adónde se dirige el coche, y les seguiré desde lejos hasta que se detengan. Quizá averigüe algo más.

—De acuerdo.

Manny y sus acompañantes no se desplazaron muy lejos, sino a una cercana zona residencial vallada que tenía por nombre East Greenhills. Tuve que mostrar al guardia de seguridad mi carné de identidad, que era falso, pero el hombre me dejó entrar cuando, siguiendo un golpe de intuición, le dije que iba a asistir a la misa matutina. Si al guardia se le hubiera ocurrido hacerme una prueba para comprobar mis conocimientos sobre la liturgia, la hubiera pasado sin mayores dificultades. Mi madre americana, que era católica, solía llevarme a la iglesia con la suficiente frecuencia como para que la experiencia me dejara una impresión indeleble.

El acceso a la iglesia estaba atestado de coches, y tuve que aparcar a cierta distancia y caminar un trecho, lo cual no me importó. Prefería que el coche no estuviera a la vista de todo el mundo, para no dar al guardaespaldas de Manny demasiadas oportunidades de verme en diversos lugares.

La iglesia estaba abarrotada, casi llena. Reconocí el tema del sermón, que el cura pronunció en inglés, un idioma hablado casi universalmente, junto con el tagalo, la lengua indígena, en todo Manila. El sacerdote se refirió a la oración de san Francisco de Asís, que opinaba, entre otras cosas, que al morir, nacemos a la vida eterna.

Mi experiencia me ha llevado a unas conclusiones bien distintas, pero no me pareció oportuno contradecir al cura.

La voz del sacerdote resonaba desde la parte delantera de la larga sala, rivalizando con unos ventiladores montados en las paredes que oscilaban hacia delante y hacia atrás, como si se sintieran ora fascinados, ora perplejos por las cadencias de su voz. La sala estaba abierta al exterior por tres lados, y el aire estaba saturado de una humedad tropical.

Me senté al fondo, en uno de los bancos de madera barnizada, sintiendo el peso del edificio a mi alrededor. Hacía mucho tiempo, una vida, que no ponía los pies en una iglesia, lo cual no me preocupaba en absoluto.

Vi a Manny y a su familia, situados a la izquierda y en el sexto banco frente a mí. El chico estaba sentado entre Manny y la mujer. Intuí que no me

había equivocado al decir a Dox que Manny asistía periódicamente a la iglesia para satisfacer los deseos de la mujer. Probablemente la religión le importaba un bledo. O quizá todo el asunto le resultaba incómodo. En cualquier caso, que Manny estuviera dispuesto a participar era una prueba más de que quería a la mujer y supuse que también al chico.

Los observé desde donde me hallaba sentado, preguntándome qué pensaría el chico sobre el ritual al que le sometían. Yo no sabía si la participación de su padre le favorecería o perjudicaría. Yo siempre había visitado la iglesia acompañado única y exclusivamente por mi madre, pese a las silenciosas protestas de mi padre japonés, que se oponía a esas zarandajas y, según comprendí más tarde, al contagio occidental que me producirían.

«Sí —pensé—. Hace más de cuatrocientos años, los españoles contagiaron a los nativos. Y hoy en día el contagio se perpetúa, persiste. La mujer contagiará al chico.»

A mi padre lo mataron, cuando yo tenía ocho años, en un altercado callejero en Tokio. Desde entonces ha habido numerosos «momentos decisivos», por así decir, pero el primero fue esa muerte. Aún siento el intenso miedo y dolor que experimenté cuando mi madre me dio la noticia, tratando en vano de reprimir sus lágrimas. Si me lo propongo, cosa que no suelo hacer, puedo revivir con nitidez las extrañas pesadillas que tuve posteriormente durante años, en las cuales veía a mi padre de nuevo junto a nosotros, vivo, pero siempre incorpóreo, mudo, agonizando o en todo caso a punto de morir. Tardé mucho tiempo en superar ese trauma.

Ver a Manny con su familia me hizo revivir ese período.

Y estar en una iglesia no representaba precisamente una ventaja.

Pensé en las fotos que me habían mostrado Boaz y Gil. Si Manny muriera hoy en un accidente, era indudable que se salvarían muchas vidas. Por tanto, ¿cómo podía ser un pecado propiciar su muerte? Por el contrario, ¿no sería un pecado mostrarnos benevolentes con él? ¿No sería esa tolerancia cómplice de esas muertes posteriores?

Pero también sabía que la muerte de Manny dejaría a ese niño huérfano, que lo crucificaría de dolor y soledad. Lo sabía muy bien.

De pronto me irritó tener que enfrentarme a ese dilema. Detestaba las fuerzas, pasadas y presentes, que se habían confabulado para imponérmelo. Yo quería formar parte de los ignorantes, los indignos destinatarios de las consecuencias de este tipo de angustiosas decisiones, los cuales podían dormir plácidamente en sus camas y soñar cosas gratas y gozar de los beneficios del sacrificio que yo iba a imponer a este niño, y del sacrificio que yo mismo

haría, sin tener que mancharse las manos de sangre. No merecían esos beneficios, al igual que el niño tampoco merecía el castigo, y yo no quería ser la persona que les hiciera ese sangriento regalo.

Entonces pensé: «Quizá sea éste el sacrificio que se me exige, el sacrificio que debo. Todas las vidas ajenas que me he cobrado... ¿Podré redimirme con las vidas que logre salvar?».

Confundido, moví la cabeza. Hace un montón de años que me planteo este interrogante, pero nunca me había afectado hasta este punto, al menos cuando me disponía a llevar a cabo un trabajo. A veces aprendes algo posteriormente, o te percatas de algo cuando es demasiado tarde para dar marcha atrás... Más tarde te pones a pensar en ello, preocupado. Pero no hasta este extremo.

«Es el chico —me dije—. Nunca quieres saber si el objetivo tiene una familia. Y ese niño te recuerda a ti mismo. Es una reacción natural. Ya pasará, como siempre. Concéntrate en el trabajo que tienes que realizar. Es de lo único que puedes fiarte, lo único que te permite seguir avanzando.»

Respiré hondo y solté el aire. De acuerdo. Centrémonos en el trabajo.

La misa duró otros cuarenta minutos. Cuando terminó, salí detrás de Manny y su familia, manteniéndome alejado de ellos. Cuando salimos de la iglesia, el chico se montó en los hombros de Manny para que lo llevara a caballito. El aire tropical transportaba su alegre risa. Después de observar a los tres montarse en el Mercedes, regresé a recoger mi coche.

Llamé a Dox y le dije:

—Acudieron a la iglesia. Imagino que en estos momentos irán a almorzar. Tenme informado de adónde se dirigen y no te despegues de ellos. Quizá sea nuestra oportunidad, de modo que prepárate para moverte con rapidez.

—Ya estoy preparado.

Dox me informó sobre la dirección que habían tomado Manny y su familia, por lo que pude seguirlos sin verlos. Yo había acertado: iban a almorzar. Se detuvieron en el Ayala Center, un flamante y enorme centro comercial situado frente al Península. Llegué al centro unos minutos después que ellos, y basándome en dónde habían aparcado el coche, deduje hacia dónde se dirigirían en el centro comercial. A partir de ahí fue cuestión de echar un vistazo en todos los restaurantes. Tardé unos pocos minutos en localizarlos, en el área compartida por varios restaurantes y situada en el tercer piso. Estaban sentados frente a un local llamado World Chicken. Habían empezado a comer. El guardaespaldas estaba a unos metros de ellos. Lo divisé en mi visión periférica, pero no di muestras de haber reparado en él.

Estaba seguro de que no se había fijado en mí. El área estaba llena de gente que había ido de compras o que estaba comiendo, por lo que pasé inadvertido.

Llamé a Dox.

—He vuelto a localizarlo. Están en el Ayala Center, frente a donde te encuentras tú. No tienes más que cruzar la calle y llegarás en menos de diez minutos.

—Voy para allá.

—Cuando llegues, enciende el transmisor.

—De acuerdo.

Compré un café de uno de los vendedores y me senté al otro lado del área de restaurantes. Al cabo de unos minutos, oí decir a Dox:

—Ya estoy aquí, en la galería del primer piso. ¿Dónde estás tú?

—En un lugar llamado Glorietta Food Choices, en el tercer piso. En la planta situada debajo de los multicines, junto a un establecimiento de videojuegos. Estoy sentado junto a las ventanas, alejado de los ascensores. Nuestro amigo está comiendo a unos tres metros de la escalera mecánica. El guardaespaldas está con ellos. Sube y dirígete enseguida a la izquierda para que no te vea. Luego quédate en la periferia hasta identificar a los sujetos. No quiero que Manny te reconozca por haberte visto en el hotel.

—De acuerdo.

Al cabo de un minuto vi entrar a Dox. Dio un amplio rodeo, tal como yo le había indicado, manteniendo a la multitud entre los protagonistas y su persona. Pasó junto a mí sin mirarme.

Pensé que Manny no había ido al lavabo desde que había salido de la iglesia. Supuse que en algún momento, quizá después de comer, tendría que ir a hacer pis. El guardaespaldas vigilaría por si alguien seguía a Manny. Pero no sospecharía que un tipo poco sociable le estaría esperando en el lavabo.

Sentí una pequeña descarga de adrenalina.

—*Eh* —dije.

—¿Sí?

—En esta planta hay un lavabo de hombres. Le esperaré dentro del lavabo. Tengo la impresión de que nuestro amigo va a tener que ir cuando termine de comer. Con suerte, irá solo.

—Yo te cubriré, colega.

—Bien.

Los lavabos me gustan porque son uno de los pocos lugares civilizados donde no encuentras una cámara de seguridad. Decidí esperar en el lavabo, aproximarme a Manny por detrás, partirle el cuello y largarme antes de que

cayera al suelo. No había ninguna cámara cerca del lavabo, por lo que mi entrada y salida no quedarían plasmadas. Nadie iría a comprobar si le había ocurrido algo a Manny hasta al cabo de un par de minutos como mínimo, y probablemente cinco, lo que nos daría a Dox y a mí tiempo suficiente para marcharnos sin ser observados. No era el grado de naturalidad que querían los israelíes, o que a mí me habría gustado alcanzar para que me pagaran unos honorarios más elevados, pero era una solución satisfactoria. La policía es tan holgazana como el que más, y para un tipo al que le fastidiara rellenar un montón de folios, un cuello roto era más fácil de archivar bajo «resbalón y caída» o «accidente» que una bala en la frente. Lo importante era que nadie pudiera atribuirlo a mi cliente.

Imaginé a la familia de Manny, esperando a que éste regresara. Dos minutos se convierten en tres, en cuatro... Alguien bromea diciendo que papá se ha caído dentro de la taza del váter. La mujer se acerca a la puerta del lavabo y le llama. Nadie responde. La mujer está extrañada, posiblemente un poco inquieta. Asoma la cabeza y ve a Manny tendido en el suelo, con la cabeza torcida en un ángulo extraño. La mujer grita. El niño se acerca corriendo. Se detiene junto a las piernas de su madre y se asoma por la puerta del lavabo, que ésta sostiene abierta. La imagen queda impresa en su mente y no le abandonará nunca.

Oí la voz de Dox a través del auricular.

—¿Estás bien, colega?

—Perfectamente —respondí echando un vistazo alrededor del área de restaurantes—. ¿Por qué?

—Hace un rato parecías un poco preocupado. Pensé que quizá habías visto algo que a mí se me había pasado.

—Estoy bien.

—Tienes compañía, se te acerca alguien por detrás. Temí que no te hubieras dado cuenta.

—¿Qué clase de compañía?

—Un tipo que lleva un bulto debajo de la parte trasera de la americana.

—¿El guardaespaldas?

—Exacto.

Me pregunté cómo había conseguido el guardaespaldas ocultar una pistola dentro de su americana. Supuse que tenía permiso de armas. Hacía tiempo que Manny visitaba Manila periódicamente, y probablemente tenía amistades influyentes.

—Dime si debo volverme, para que sepa que le he visto acercarse a mí.

—No corres peligro. Tiene las manos vacías. Pero está claro que quiere echarte un vistazo.

Yo sabía lo que probablemente había llamado la atención del guardaespaldas. No era algo que yo había hecho, sino algo que delataba lo que era.

Nadie puede ocultar del todo los signos de una profunda vinculación con la violencia. Los más obvios son los casos duros de pelar. Se trata de hombres que han conocido el lado oscuro de la vida y no tienen la capacidad, ni las ganas, de ocultar el aire depredador que les confiere el hecho de haber sobrevivido. Este tipo, que comprende a los pandilleros, a los ex presidiarios y a cierto tipo de ex soldados, emite unas vibraciones muy potentes y características, y es más fácil de detectar.

Existe también otro tipo de hombres, que mantienen con la violencia una relación tan íntima, si no más, como el primero, pero que son más conscientes del olor que emanan y están más dispuestos y capacitados para ocultarlo. Este tipo, que comprende a la gran mayoría de agentes secretos, es más difícil de detectar, pero a menudo le delata no la presencia de unas determinadas vibraciones sino la ausencia de vibraciones. Estas personas son conscientes de las señales de peligro que emiten y reaccionan exageradamente, esforzándose por suprimir todo tipo de vibraciones. Rodeados por la energía de un determinado entorno social, estos hombres aparecen como una ausencia, como algo que falta, como el gris en un lienzo lleno de color, o como un agujero negro en un cuadro cuajado de estrellas.

El tercer tipo es el más difícil de detectar, probablemente irreconocible para los dos primeros y desde luego para la gente normal y corriente. Comprende también a unos individuos curtidos en la violencia, pero que al mismo tiempo son unos artistas del camuflaje, unos camaleones. Estos hombres no ocultan su aire depredador tratando de suprimir sus vibraciones, sino ocultándolas debajo de una nueva personalidad que observan en las personas normales y que imitan y proyectan como un holograma. Conozco bien a este tipo de hombres porque es al que yo pertenezco.

Pero incluso el tercer tipo es detectable a veces, en determinados momentos, si uno sabe lo que anda buscando. Me resulta imposible explicar qué delata a los camaleones. A veces es algo que observas en sus ojos, algo que no encaja con su atuendo, su forma de caminar, de hablar. A veces es algo que te choca en su persona, que rechina en la fachada. Fuera lo que fuere, es algo que la mente intuitiva detecta pero que es demasiado sutil para que la mente consciente lo identifique. Mientras me hallaba sentado en el área

de restaurantes, absorto en mis reflexiones, algo debió de aflorar en mi expresión, y eso fue lo que el hombre que se dirigía hacia mí debió de detectar y decidió observar más de cerca.

Los agentes secretos no permitimos que la gente se nos acerque por nuestro ángulo muerto, de modo que si no me volvía ni hacía un gesto que diera a entender a ese hombre que le había visto acercarse, quizá lograra convencerle de que lo que le había llamado la atención no tenía mayor importancia, que yo era un tipo normal y corriente. Quizá se largara después de haberme echado un rápido vistazo. O, si se aproximaba demasiado y me obligaba a reaccionar, probablemente no estaría preparado para lo que se le vendría encima.

—¿A qué distancia está? —pregunté sin mover los labios. Tomé un sobrecito de azúcar, lo rasgué y vertí el contenido en mi taza de café. Si uno trata de pasar inadvertido, conviene que haga cosas triviales y, en la medida de lo posible, que piense en cosas triviales. No me pregunten por qué, pero es así.

—Ocho metros. Siete. Seis... —respondió Dox.

—¿Y las manos?

—Siguen vacías. Cuatro metros.

A una distancia de cuatro metros yo debería de haber oído sus pasos. O el tipo era de naturaleza cautelosa, o se aproximaba con sigilo. En cualquier caso, comprendí que me enfrentaba a algo más que a un agente de seguridad del montón.

—Tres metros. Se ha detenido junto a un enorme tiesto que lo oculta parcialmente. Sigue teniendo las manos vacías. Creo que no sabe cómo clasificarte, pero tampoco creo que quiera hacer amistad contigo.

Me puse a remover el azúcar en el café con un palito de madera, mientras pensaba: «Hum, espero que esté bueno, prefiero el café negro, y confío en que sea amargo, un café arábigo, bien concentrado, me gustaría conocer su país de procedencia...».

Oí de nuevo la voz de Dox:

—Se está alejando. Supongo que pensó que no eras un tipo interesante.

Bebí un sorbo de café. Estaba muy rico con azúcar.

—No lo soy —respondí.

Dox soltó una carcajada.

Cuando el guardaespaldas se hubo alejado, me levanté y me alejé, arrastrando los pies como un típico *sarariman* japonés. Intuí que el tipo me

estaba observando y supe que interpretaría mi marcha como otra prueba de que no representaba una amenaza.

Pero al llegar a la parte posterior del área de restaurantes, con la galería de tiendas entre nosotros, me metí en el lavabo. Era una habitación rectangular, de unos cinco metros por seis, cuya entrada estaba situada en uno de los lados estrechos. En un lado había tres urinarios, dos cubículos en el otro y unos lavabos en la pared entre ambos lados. Cuando entré, había dos adolescentes filipinos que se estaban subiendo la cremallera de la bragueta, los cuales salieron al cabo de unos minutos.

Entré en el cubículo situado en la esquina y cerré la puerta.

—Estoy en el lavabo —dije—. Infórmame cuando se mueva Manny.

—De acuerdo.

Esperé diez minutos. Luego oí:

—Ya se están levantando. Parece que se está despidiendo de la mujer y del chico. Sí, se dirigen hacia la escalera mecánica.

Iban a separarse. Perfecto.

—Pero el guardaespaldas se queda, lo cual no es una sorpresa.

—No, no es una sorpresa.

Al cabo de unos instantes oí decir a Dox:

—Nuestro amigo se dirige hacia donde te encuentras. Creo que acertaste en tu suposición.

Sentí otra descarga de adrenalina, mayor que la primera.

—¿Con el guardaespaldas?

—No. En estos momentos nuestro hombre ha echado a andar por el pasillo hacia los lavabos. Dentro de diez segundos entrará.

—Bien.

Oí abrirse la puerta del lavabo. Respiré hondo y solté el aire lentamente a través de la boca, sintiendo cómo pasaba suave y silencioso en contraste con los violentos latidos de mi corazón.

Miré a través de la rendija en la puerta del cubículo y vi a Manny. Se acercó a un urinario. Estaba de espaldas a mí. Abrí la puerta del cubículo. Avancé dos pasos en silencio. Oí la voz de Dox en mi oído:

—Mierda, la mujer y el niño han vuelto. El niño se dirige hacia el lavabo. Debe de haber dicho a su madre que tenía que hacer pis.

«*Mierda. Mierda.*»

Retrocedí y entré de nuevo en el cubículo. No oí ningún sonido, pero el torrente de adrenalina me impedía oír nada, aunque supongo que debió de producirse un ruido que no percibí, porque Manny se volvió y me miró.

En el instante antes de matar a mi objetivo, jamás le miro a la cara. Suelo fijar la vista en el torso, el movimiento de sus hombros, sus caderas, sus manos. Eso me ofrece la ventaja de detectar cualquier movimiento defensivo, y evitar tener que ver los ojos del objetivo, su expresión, su maldita humanidad.

Pero esta vez le miré a la cara. Quizá fuera una curiosidad malsana. Quizá fuera un gesto instintivo que no venía a cuento, algo que habría sido noble en otras circunstancias, el deseo de afrontar las consecuencias de mis actos. Sea como fuere, el caso es que le miré.

Nos miramos a los ojos. En los suyos observé una expresión seria, quizá de sorpresa. No me reconoció. Aún no sentía temor.

En estas se abrió la puerta. Era el niño.

Me quedé paralizado.

No puedo describirlo de otra forma. Mis pensamientos eran claros, al igual que mi percepción. Pero no podía moverme. Estaba como petrificado. «¡Muévete, muévete!», pensé absurdamente.

No ocurrió nada.

Sentí unas gotas de sudor en la frente. Seguía sin poder moverme.

Manny me miró y su sorpresa dio paso a la inquietud, luego al temor y por último a la resolución. Se abrochó la bragueta y metió la mano derecha en el bolsillo delantero del pantalón. La palabra «navaja» pasó por mi mente, pero era incapaz de mover un músculo.

Pero debió de ser algún tipo de botón de alarma en lugar de una navaja, porque al cabo de unos segundos oí la voz de Dox en mi oído.

—Ojo, algo ha salido mal, colega. El guardaespaldas se dirige apresuradamente hacia el lavabo.

No pude responder a Dox. Le oí decir:

—¿Estás ahí? ¡Di algo! —Luego añadió—: Maldita sea, no sé si me oyes, pero supongo que no puedes responder. Voy para allá.

Manny retrocedió hacia la puerta. Se volvió y cogió al niño en brazos. Al cabo de unos instantes la puerta se abrió bruscamente y el guardaespaldas entró precipitadamente, casi chocando con Manny y el niño. Al verme, se detuvo en seco, reconociéndome, comprendiendo que se había equivocado al no darme importancia, que debió hacer caso de su instinto.

El guardaespaldas empujó a Manny y al niño hacia la derecha y se llevó la mano a la parte trasera e inferior de su americana. El sudor me chorreaba por la cara, pero seguía sin poder mover un músculo.

La puerta se abrió de nuevo bruscamente y apareció Dox. El guardaespaldas se volvió al tiempo que sacaba la pistola.

Por fin, al ver que ese tipo iba a disparar contra Dox, mi parálisis desapareció. Bramando unas palabras ininteligibles, avancé dos pasos y sujeté la pistola con ambas manos cuando el guardaespaldas la sacó y apuntó con ella a Dox. Las décadas que he empleado en aprender a sujetar y retorcer según los preceptos del *judo* y *jiu-jitsu gi* me han dado una fuerza con las manos anormal, y cuando logré asir la pistola del guardaespaldas, comprendí que era mía. Le retorcí la mano con fuerza, manteniendo el cañón de la pistola alejado de Dox y de mí. El guardaespaldas gritó y soltó el arma. En el momento en que le arrebaté la pistola, ésta se disparó. La detonación reverberó en la pequeña estancia.

Dox aferró con un brazo el cuello del guardaespaldas por detrás y lo alzó del suelo. El hombre sujetó con ambas manos el potente y musculoso antebrazo de Dox al tiempo que pataleaba frenéticamente en el aire. Manny y el niño se escabulleron hacia la puerta. Traté de disparar contra Manny, pero Dox y el guardaespaldas se interponían entre él y yo. Manny abrió la puerta, y él y el niño salieron apresuradamente del lavabo.

Dox realizó una *hadaka jime*, una llave de estrangulamiento, y los esfuerzos del guardaespaldas por librarse se intensificaron, revolviéndose y asestando patadas en el aire.

La puerta volvió a abrirse violentamente. Dos hombres caucásicos entraron en la habitación. Empuñaban unas pistolas.

—¡Al suelo! —grité a Dox. Pero éste seguía forcejeando con el guardaespaldas. No obstante, hizo lo que pudo: se volvió rápidamente, escudándose detrás del guardaespaldas.

Los dos hombres apoyaron una rodilla en el suelo, reduciendo el tamaño del blanco que ofrecían. La agilidad con que se movían demostraba un buen adiestramiento y experiencia. Dox y el guardaespaldas se interponían entre nosotros, en lo que iba a convertirse en un fuego cruzado.

De pronto se me ocurrió una idea absurda: «¿Cómo han conseguido entrar con esas malditas pistolas?».

Con sus poderosos músculos sobrecargados de adrenalina, Dox sujetó con una mano la parte trasera del cinturón del guardaespaldas y lo arrojó contra los dos hombres, utilizando el ímpetu del movimiento para arrojarse al suelo en sentido contrario.

Los dos hombres trataron de esquivar la mole del guardaespaldas que se les venía encima. Sólo lo consiguió uno, el que estaba junto a la puerta, quien

logró apartarse en el momento justo. Su compañero recibió todo el impacto. Pero al evitar al guardaespaldas, el primero se distrajo momentáneamente, y yo aproveché ese momento para meterle dos balas en el pecho.

El otro individuo estaba tumbado boca arriba, junto a la pared, enredado con el cuerpo del guardaespaldas. Trataba de ubicarme, pero era demasiado tarde. Me volví y disparé otros dos tiros. El primero alcanzó en el hombro al tipo que estaba tumbado en el suelo, haciendo que se volviera parcialmente. El tipo reaccionó y me apuntó de nuevo con la pistola.

«De eso nada, cabrón, ahora no te toca. Ni ahora ni nunca.»

Me acerqué a él, apuntándole con el arma, y apreté el gatillo dos veces más. La primera bala le alcanzó en el esternón; la segunda, en la cara. Luego me volví hacia el guardaespaldas —«Párate, respira, apunta»— y le metí una bala en la parte posterior de la cabeza y una última en la cabeza del tipo al que había herido en el pecho.

De pronto se produjo un denso silencio en la habitación. Los oídos me retumbaban. El aire estaba impregnado de un acre humo de pólvora.

Dox, que estaba postrado en el suelo, me miró con los ojos como platos.

—¿Dónde carajo aprendiste a disparar así?

Me acerqué al guardaespaldas y le palpé el cinturón. Hallé un cartucho de reserva. Lo saqué, extraje el cartucho que había en la pistola e inserté el nuevo. Metí la pistola en la parte trasera de mi pantalón, donde quedaba oculta por el faldón de la camisa. Me guardé el cartucho usado en el bolsillo. No tenía tiempo de limpiar esos objetos y asegurarme de no dejar rastro de mi ADN ni de nada que pudiera incriminarme. Por lo demás, desde donde nos hallábamos Dox y yo hasta donde debíamos dirigirnos, la pistola y las balas que quedaban en el primer cartucho podían resultar útiles.

—Vamos —dije recobrando el dominio de mí mismo. Más tarde pensaría en lo ocurrido—. Disponemos sólo de unos segundos. Sígueme.

—¿Adónde? —preguntó Dox mientras se levantaba.

Traté de no perder la paciencia. Me parecía de lo más evidente.

—Escucha, un chiflado ha entrado aquí y se ha puesto a pegar tiros. Los guardias de seguridad no tardarán en aparecer. Debemos largarnos enseguida, como haría cualquiera en nuestro lugar.

—De acuerdo, me has convencido.

Dox y yo sacamos unas gorras de nuestros bolsillos. La mía era una gorra de béisbol; la de Dox, una gorra de pesca. Los testigos tienden a recordar sólo los detalles más aparentes, como el color de una camisa o la presencia de una

gorra, y el tomar unas precauciones elementales podía ahorrarnos muchos problemas más tarde.

Nos encaminamos hacia la puerta.

—¿Estás listo? —pregunté.

—Cuando quieras, colega.

Miré a Dox. Estaba sonriendo.

—Maldita sea —dije—, las víctimas somos nosotros, ¿vale? Pon cara de asustado.

—¡Te aseguro que estoy aterrorizado, tío!

—Pues procura demostrarlo —le espeté.

—¡Joder, tío, ésta es la cara que pongo cuando estoy aterrorizado!

Ambos nos miramos durante unos instantes. Dox seguía sonriendo.

—Vamos allá —dije meneando la cabeza.

Abrí la puerta. El pasillo estaba desierto. No había señal de Manny ni del niño. Pero más allá del pasillo, el estado de ánimo de los comensales se había alterado visiblemente. Las personas sensatas que habían reconocido el sonido de unos disparos en el edificio habían optado sabiamente por bajar por la escalera mecánica. Los curiosos, los que se empeñan en negar la evidencia y los estúpidos estaban de pie, en fila, mirando boquiabiertos. Para hacerles reaccionar, volví la cabeza hacia el lavabo y grité:

—¡Ha habido un tiroteo! ¡Que alguien avise a un guardia de seguridad!

—¡Estoy aterrorizado! —oí decir a Dox—. ¡Estoy aterrorizado!

En esos momentos se me ocurrió un pensamiento nada útil: «Mi colega está como una chota». Pero seguí avanzando. El vistazo que había echado a la multitud no había revelado mi mayor preocupación: que en una crisis siempre te topas con un individuo o un puñado de individuos que, a veces por instinto pero generalmente por experiencia, no huyen ni niegan la evidencia, sino que se dedican a observar y valorar con calma la situación, buscando quizá una oportunidad para intervenir. Por regla general, esas personas demuestran más tarde ser unos testigos mejores que la media, aunque a veces se dejan llevar por un intenso deseo de protegerse y pasan al ataque. Mantuve la cabeza agachada para no mirar a nadie a los ojos mientras Dox y yo corríamos para unirnos a la gente que bajaba apresuradamente por la escalera mecánica. En mi visión periférica distinguí a dos guardias de seguridad vestidos con una camisa blanca que subían por la escalera junto a la nuestra. Ninguno empuñaba su pistola; no estaban seguros de lo que había ocurrido y aún no se lo habían tomado muy en serio.

En la segunda planta, las personas se mostraban menos angustiadas pero visiblemente nerviosas. Miraban a su alrededor, como tratando de adivinar qué había sucedido, a qué venía ese alboroto, si tenían que hacer algo o podían seguir con sus compras.

Dox y yo nos desplazamos en sentido lateral hacia la siguiente escalera mecánica. Mientras avanzábamos, nos quitamos automáticamente la gorra, tras lo cual nos quitamos y enrollamos en una bola la camisa que llevábamos por fuera, que era azul marino. Debajo llevábamos una segunda camisa, de color crema, un atuendo típicamente filipino.

—Es mejor que nos separemos —dije—. La gente sólo se acordará de haber visto a un tipo blanco y fornido y a un tipo asiático, pero en estos momentos es suficiente para identificarnos.

—Tienes razón.

—Ve directamente al aeropuerto. Yo recogeré nuestras cosas en el hotel. Nos encontraremos en el lugar convenido en Bangkok.

—Me has salvado la vida, colega. En serio.

—No digas chorradas.

—De no haberle disparado tú, ese guardaespaldas me habría liquidado. Lo vi en sus ojos, iba a por mí.

Sacudí la cabeza. No había tiempo para explicaciones. Y aún no comprendía lo que me había ocurrido en el lavabo.

—¿Crees que esos tipos eran de la Agencia? —preguntó Dox—. Aparecieron enseguida y se movían como profesionales.

Habíamos dejado atrás el tumulto; las siguientes escaleras y las salidas en la planta baja estaban a pocos metros.

—Ésa es una de las cosas que hemos de averiguar —respondí—. Pero primero tenemos que salir de Manila. Dudo que Manny informe de lo ocurrido a las autoridades, ya que supondría llamar la atención sobre su persona. Pero no quiero quedarme para averiguarlo.

Al alcanzar la escalera mecánica, nos detuvimos unos instantes.

—Baja tú —dije—. Quiero deshacerme de la pistola y los cartuchos. Los tiraré al retrete de uno de los lavabos. Con suerte, quizá encuentre una botella de lejía u otro detergente en un carrito de la limpieza para eliminar las huellas antes de deshacerme de ellos.

Dox sonrió como un escolar dispuesto a jactarse de haberle jugado a alguien una broma pesada u otra hazaña.

—Supongo que tendré que anular mi cita con la chica de la tienda de regalos en el hotel —dijo.

Por una parte, sentí deseos de reírme ante lo absurdo de la situación. Por otra, sentí deseos de estrangular a Dox. Le miré unos instantes, meneando la cabeza, y antes de dar media vuelta y marcharme, le vi sonreír con profunda satisfacción.

Capítulo 4

La terminal de llegada del aeropuerto Ben Gurion de Tel Aviv estaba atestada, bullía de actividad y era ruidosa. Los turistas vestidos con camisetas y pantalones cortos se mezclaban con los *haredi*, los que tiemblan ante Dios, ataviados con sus trajes y sombreros negros. Los anuncios en inglés y hebreo reverberaban entre los largos muros de hormigón. El Sol comenzaba a declinar y durante unos instantes penetró a través de las ventanas de poniente un resplandor oblicuo de color anaranjado cuya intensidad producía dolor de cabeza.

Delilah ya no se sentía cómoda aquí. Aunque su jefe le permitía regresar al menos una vez al año para visitar a sus padres y demás parientes, los muchos años que llevaba viviendo como una agente secreta extranjera la habían apartado inexorablemente de las costas de Oriente Medio, hasta que esa tierra había desaparecido de su vista. Éste era su país, pero Delilah no debía estar aquí. Las extraordinarias medidas de seguridad que acompañaban esas visitas —documentos falsos, una identidad falsa, medidas de contravigilancia— lo corroboraban. Hoy en día Delilah se sentía más cómoda pidiendo *pain au chocolat* en francés en París que dando las señas en hebreo a un taxista en Tel Aviv. Delilah trató de convencerse de que esto era la consecuencia natural y quizá no indeseable de su entrega a su trabajo, pero le extrañaba notar que empezaba a olvidar quién era o cómo había sido antes. Temía que los motivos que la habían inducido a elegir esta vida acabaran convirtiéndose en algo remoto, abstracto. Delilah se preguntaba a veces si otros agentes experimentaban también esa sensación, pero sabía que no era prudente comentar sus problemas con nadie. Con todo, entendía que esta creciente sensación de alejamiento de las cosas que hace un tiempo le habían parecido indefectiblemente suyas sería considerada, en otras circunstancias, el coste de su trabajo.

El trabajo de Delilah consistía en lo que los medios informativos domésticos denominaban *sikul memukad*, o «prevención específica», un término que Delilah prefería a la palabra más brutal de «asesinato». A su entender, lo primero era más descriptivo, y estaba más asociado con el

propósito de salvar vidas que con el de liquidarlas. Delilah no se dedicaba a oprimir el gatillo, cosa que a veces lamentaba. Los hombres que iban armados con pistolas se llevaban la parte más fácil del reparto de tareas. No tenían que conocer al objetivo. No tenían que pasar ratos con él, y menos acostarse con él. Sólo se aproximaban a él una vez, durante unos instantes, y cuando terminaban, se marchaban sin mayores problemas. Desde el punto de vista emocional, la diferencia era la misma que existía entre separarse después de un ligue de una noche, por una parte, y deshacer un matrimonio por la otra.

Con todo, Delilah se sentía discretamente orgullosa de sus sacrificios, de haberlos hecho por motivos personales y no para que sus compañeros se lo reconocieran. Quizá la palabra más adecuada no fuera «reconocimiento», sino «notoriedad». Sus superiores reconocían sus extraordinarias dotes y las utilizaban con implacable frialdad, pero en el fondo Delilah sabía que la consideraban en cierto sentido corrompida por las cosas que le obligaban a hacer. En el mejor de los casos, sus jefes se sentían incómodos con una mujer que sabía introducirse en las vidas de sus víctimas, que se acostaba con esos monstruos noche tras noche, que cuando dejaba que la penetraran sabía que los conducía a la muerte. En el peor de los casos, la consideraban una puta.

A veces Delilah sentía una fría indignación contra los hombres que pensaban eso; otras, casi se compadecía de ellos. El problema que tenían era su incapacidad de ir más allá de los límites de su experiencia esencialmente masculina. Los hombres eran muy simples: actuaban en función del deseo sexual. Por consiguiente, daban por supuesto que las mujeres eran iguales. Les desconcertaba que una mujer pudiera acostarse con un hombre por unos motivos más calculadores, incluso por motivos de seguridad del Estado. Se preguntaban si eran tan vulnerables como las víctimas de esa mujer, lo cual los ponía nerviosos. Si la mujer era atractiva y ellos la deseaban en secreto, su nerviosismo se convertía en auténtica fobia. De modo que para tranquilizarse y convencerse de que controlaban la situación, la tachaban de puta.

Delilah se preguntó por qué la habían llamado en esos momentos. Todo iba bien con la operación que se traía entre manos, la «*dulce trampa*» de un diplomático saudí instalado en París que se había apartado de sus creencias religiosas *wahabi*, fascinado por la larga melena rubia natural de Delilah, que, cuando la llevaba suelta, le caía como una cascada sobre los hombros; por sus ojos azules que miraban infinitamente arrobados al diplomático mientras éste soltaba sus necias peroratas; por su sugestivo escote occidental y su piel de porcelana. El hombre se había tragado la historia que le había contado Delilah sobre un marido que la tenía abandonada y su afán de hallar el amor

auténtico, y estaba casi dispuesto a oír la triste historia de que alguien había averiguado que ambos mantenían una relación ilícita y chantajeaba a Delilah amenazando con divulgarla —lo cual comprometería también al saudí—, a menos que éste tomara ciertas medidas, en sí triviales, pero que al cabo de un tiempo podrían comprometerlo aún más, hasta caer definitivamente en manos de los jefes de Delilah. ¿Por qué la habían hecho venir cuando Delilah estaba a punto de alcanzar su propósito? Habían utilizado los cauces de comunicación habituales, sin ninguna señal de que era preciso abortar la operación, por lo que Delilah supuso que ella no corría ningún peligro, que la presente operación no estaba comprometida. Lo cual hacía que el hecho de llamarla resultara aún más misterioso.

Delilah tenía sus papeles en orden, y su hebreo, aunque ya no era su primera lengua, seguía siendo su lengua materna, por lo que ella y su bolsa de viaje pasaron rápidamente los trámites aduaneros. Tomó un taxi en la parada de la terminal y se dirigió hacia el centro. Tenía que llegar al Crowne Plaza en Hayarkon, un hotel discreto y agradable frecuentado por personas de negocios y el lugar donde le habían dicho que iba a celebrarse la reunión. Los participantes llegarían y se marcharían por separado para no poner al descubierto la filiación de Delilah, y durante varios meses no volverían a utilizar ese hotel. Después de la reunión, Delilah llamaría a sus padres e iría a verlos, tras lo cual pasaría la noche en casa de éstos, en Jaffa. Delilah nunca anunciaba sus visitas; aunque ignoraban en qué consistía, sus padres entendían que su trabajo no le permitía avisarlos con antelación de que iría a visitarlos. Pero lo primero era el trabajo.

Delilah cambió varias veces de taxi y utilizó diversas tácticas para evitar que la siguieran. Cuando comprobó que no la seguían, se dirigió al hotel. Subió en el ascensor a la cuarta planta y se encaminó hacia la habitación 416. No le costó localizarla; apostados junto a ella había dos hombres con el pelo cortado al cepillo, con un auricular en el oído y empuñando una Uzi. Los guardias de seguridad de rigor. Algo se estaba cociendo.

Uno de los hombres examinó la tarjeta de identidad de Delilah. Aparentemente satisfecho, abrió la puerta y la cerró de inmediato tras ella. Al entrar, Delilah vio a tres hombres sentados alrededor de una mesa. A dos de ellos los reconoció en el acto: eran Boaz y Gil. El tercero era un par de décadas mayor que los otros, y Delilah tardó unos instantes en identificarlo. Lo había visto sólo en una ocasión.

«Cielo santo. El director». ¿A qué venía esto?

—*Shalom*, Delilah —dijo el hombre mayor levantándose de la silla. Se acercó a Delilah y le estrechó la mano, tras lo cual prosiguió en hebreo—: ¿O debería decir *bonjour*?

¿Prefiere que hablemos en francés?

A Delilah le complació que se lo preguntara. El hecho de andar siempre de tapadillo, de utilizar dos identidades distintas, era muy estresante. Delilah negó con la cabeza y respondió en hebreo:

—No. Se supone que ella no está aquí. Dejemos que duerma. Ya se despertará cuando regrese a París.

El hombre asintió con la cabeza y sonrió.

—Y esto le parecerá simplemente un sueño. ¿Conoce a Boaz y a Gil? —preguntó señalando a los otros hombres.

—Sí, hemos trabajado juntos —respondió Delilah sonriendo. Boaz y Gil se levantaron y la saludaron con un apretón de manos.

Boaz era uno de los mejores expertos en AEL, artefacto explosivo improvisado. A Delilah le caía bien, como a todo el mundo. Cuando era necesario, se mostraba serio; pero en el fondo tenía un temperamento juvenil, bromista, jovial hasta el punto de que a veces le daba la risa tonta. Nunca se había insinuado con Delilah; de hecho, la trataba casi como a una hermana o una colega, lo cual era raro en la organización. De no haber estado presente el director, Delilah le habría abrazado.

Gil era distinto, seco, arisco, vehemente. Los demás lo admiraban, pero al mismo tiempo se sentían un tanto intimidados por él, ambas cosas por el mismo motivo: Gil era un profesional extremadamente competente. En dos de las operaciones en las que había participado Delilah, Gil había sido el francotirador. En ambos casos, había surgido de las sombras y había disparado una bala del calibre 22 a través del ojo de su objetivo, tras lo cual había desaparecido sin dejar rastro. Trabajaba con otros cuando no tenía más remedio, pero Delilah sabía que en el fondo era un lobo solitario, que se sentía en su elemento cuando acechaba en silencio a su presa.

En cierta ocasión, en un piso franco en Viena, Gil se había insinuado a Delilah. Lo había hecho de forma grosera, y a Delilah le había molestado que se creyera con derecho a tirarle los tejos y suponer que ella aceptaría. Delilah sabía que el hecho de acostarse con Gil habría dado a éste cierto poder sobre ella —que era lo que Gil pretendía—, y no estaba dispuesta a entregar uno de sus pocos misterios, uno de sus escasos resortes de influencia, a un colega. Delilah lo había rechazado con la misma franqueza con que Gil le había propuesto que se acostaran. Había sido un incidente sin importancia —ni el

primero ni el último de ese tipo—, pero las pocas veces que Delilah se había topado con Gil posteriormente, éste siempre la había mirado como si no lo hubiera olvidado y con evidente rencor. Algunos hombres tienden a sentirse humillados por el rechazo de una mujer, y Delilah sospechaba que Gil era uno de ellos.

La mesa estaba puesta para cuatro comensales, lo cual indicó a Delilah que no esperaban a nadie más. Los cuatro se sentaron.

—¿Le apetece comer algo? —preguntó el director señalando los sándwiches.

Delilah negó con la cabeza, sintiéndose un tanto incómoda.

—He cenado en el avión.

Gil tomó un sándwich y le dio un bocado. Boaz tomó la tetera y preguntó sonriendo a Delilah:

—¿Una taza de té?

—Gracias —respondió Delilah devolviéndole la sonrisa y acercando su taza de té.

Boaz sirvió té a los cuatro. Todos guardaron silencio unos minutos mientras se bebían el té.

—Delilah —dijo por fin el director—, permita que le explique por qué la hemos llamado. Quizá se haya preguntado el motivo.

Delilah asintió con la cabeza.

—En efecto —respondió.

—Nosotros hemos tenido un problema en Manila. Creemos que usted puede ayudarnos a resolverlo.

«Nosotros hemos tenido un problema», pensó Delilah. ¿No era eso lo que habían dicho los astronautas del *Apollo 13* cuando su nave espacial se había averiado? Que el director empleara el pronombre inclusivo también era interesante, a la vez que un tanto inquietante.

—Entiendo —dijo Delilah preguntándose qué iba a proponerle el director.

—Hace poco contratamos a un agente independiente para un trabajo en Manila. Un tipo japonés llamado John Rain.

Delilah respondió sin titubear:

—Lo sé, yo organicé el encuentro.

Durante unos instantes Delilah se preguntó si el director se estaba haciendo el tonto con ella. Si el problema era lo suficientemente grave para requerir su presencia en esta reunión, era lógico pensar que el director estaría informado de todos los pormenores, incluyendo la participación de Delilah en

los primeros estadios del asunto. Delilah supuso que la estaba poniendo a prueba, buscando la oportunidad de calibrar su reacción.

—Por supuesto —prosiguió el director—. Conoció a Rain en Macao, con motivo de la operación Belghazi.

—Así es.

—Todo lo que averiguamos sobre ese hombre, incluida su evaluación sobre él, indicaba que era de fiar.

«Incluida su evaluación sobre él.» Algo había fallado, pensó Delilah, y querían cargarle a ella el mochuelo.

—Sí —repitió Delilah, intuyendo que era preferible hablar poco.

El director se detuvo para beber un sorbo de té, y Delilah dedujo que estaba tratando de arrancarla de su mutismo. Delilah resistió el deseo de hablar y bebió también un sorbo de té. Al cabo de unos instantes, el director prosiguió:

—Contratamos a Rain para que eliminara a un tal Manheim Lavi, al que llaman «*Manny*». Es un ciudadano israelí que actualmente reside en Sudáfrica. Tiene contactos en Filipinas y, según parece, una segunda familia que vive allí. Hace poco averiguamos que se ha convertido en un traidor. Ha estado compartiendo la tecnología que posee sobre la construcción de bombas, una tecnología muy avanzada, con nuestros enemigos.

Delilah comprendió que el director no le habría contado eso si ella no tuviera que saberlo. Aunque no lo había dicho explícitamente, era evidente que quería involucrarla en la operación. El director había mencionado su «*evaluación*» sobre Rain para insinuar que Delilah era en parte culpable del problema que había surgido. La información que acababa de revelar le tenía como fin indicarle que era ella quien debía solventar el problema.

—¿Por qué contratasteis a un agente externo? —preguntó Delilah mirando a Gil—. ¿Por qué no utilizasteis a uno de la organización?

—Manny tiene muchos contactos —respondió Gil—. Creemos que es un colaborador de la CIA. A la CIA no le gusta que unos servicios de inteligencia «*amigos*» eliminen a sus colaboradores.

—De modo que decidisteis contratar a un agente independiente que la ha pifiado.

Gil entrecerró un poco los ojos, y Delilah le dirigió una sonrisa que indicaba «*que te den*» por haberse dirigido a ella con tono despectivo. Pero la respuesta de Delilah tenía otro propósito: mostrar al director que, aunque conocía a Rain, no tenía ningún interés en minimizar el que éste la hubiera pifiado o en querer protegerlo.

—Nos dijiste que Rain era de fiar —dijo Gil. El toque de petulancia que denotaba su tono complació a Delilah.

El director hizo el gesto típico de un padre que trata de zanjar una disputa entre sus hijos a la hora de cenar.

—No importa cómo hemos llegado a esta situación. Lo importante es decidir qué debemos hacer a partir de este momento.

Los cuatro guardaron silencio unos instantes, tras lo cual el director prosiguió:

—Rain trató de matar a Manny en los lavabos de un centro comercial de Manila. Manny logró escapar, pero Rain mató a otras tres personas: un guardaespaldas —el director hizo una pausa y miró a Delilah—, y dos agentes de la CIA.

El director se detuvo para dejar que Delilah asimilara esa información. Delilah no dijo nada, pero pensó: «¡Dios santo!».

—¿Es posible que la CIA relacione este desastre con nosotros? —preguntó.

—Ésa es la cuestión —respondió el director.

—Esto es lo que sabemos —dijo Boaz—: Rain llamó ayer para informarnos. Nos dijo que había seguido a Manny y a su familia hasta un centro comercial de Manila. Manny iba acompañado por una mujer y un niño. Cuando la mujer y el niño se marcharon, Rain supuso que Manny iría al lavabo y se adelantó para esperarlo allí. Manny entró en el lavabo, pero de pronto apareció el niño. Cuando Rain vio al chico, vaciló unos instantes.

—Por lo visto, Rain no quiere lastimar a mujeres y niños —apostilló Gil. Delilah le miró.

—¿Tienes algún problema con eso?

—Depende de lo grave que sea la pifia que ha cometido.

—¿Qué pasó luego? —inquirió Delilah dirigiéndose a Boaz.

—Después apareció el guardaespaldas. Rain cree que Manny debió pulsar algún botón de alarma. Rain desarmó al guardaespaldas en el preciso instante en que aparecieron los dos agentes de la CIA. Rain ignoraba quiénes eran, y todo indicaba que sigue ignorándolo. Pero ellos también iban armados.

—Rain se los cargó a todos menos a Manny —dijo Gil.

Delilah se volvió hacia él.

—¿Y el niño? —preguntó.

Gil se encogió de hombros como si pensara que eso no tenía importancia.

—Al niño tampoco lo mató.

Delilah miró de nuevo a Boaz y preguntó:

—¿Consiguieron Manny y el niño verle la cara a Rain?

—Rain dice que no está seguro.

—Eso es absurdo —añadió Gil—. ¿Cómo es posible que se organizara ese follón sin que nadie le viera la cara? Alguien debió de verlo con toda claridad, y Rain lo sabe. De lo contrario, no nos habría dicho que había logrado escapar sin que nadie pudiera identificarlo. A Rain le conviene restar importancia a lo ocurrido. Cabe pensar que si Rain reconoce que Manny le vio la cara, significa que podría identificarlo.

Delilah no podía rebatir ese argumento y asintió con la cabeza.

—La situación es la siguiente —prosiguió Gil—: Manny ha logrado huir. En estos momentos debe de estar con sus colegas de la CIA, que le estarán mostrando unas fotografías de agentes asiáticos conocidos, las cuales no deben de ser más de tres o cuatro. Si tienen alguna foto de Rain, y Manny puede identificarlo, la CIA irá a por Rain sin reparar en gastos.

Delilah comprendió adónde querían ir a parar. Un estribillo empezó a darle vueltas por la cabeza: «¡Mierda, mierda, mierda!». No dijo nada.

—Manny tiene muchos enemigos —continuó Gil—, pero creo que podemos afirmar sin temor a equivocarnos que cuando la CIA redacte una lista, nosotros la encabezaremos. De modo que si dan con Rain, nuestro estatus pasará de «principal sospechoso» a «culpable».

Durante unos instantes se produjo un silencio en la habitación. El director miró a Delilah y suspiró.

—¿Comprende lo que está en juego? —preguntó.

Delilah asintió con la cabeza.

—No sólo la carrera de usted —prosiguió el director—. O la de ellos. — El director miró a Boaz y a Gil, dejando que asimilaran su comentario. Luego miró de nuevo a Delilah—. O la mía. Nosotros seríamos sólo las primeras víctimas. El Gobierno se apresuraría justificadamente a sacrificarnos para tratar de controlar los daños. Pero si no logran controlarlos..., es imposible predecir qué ocurriría. Podría incidir en los billones de dólares que invierte Estados Unidos en ayuda. Y no digamos la venta de armas. Acceso a imágenes por satélite y otros métodos de cooperación entre servicios de inteligencia. ¿Comprende? No se trata de un problema de la organización. Es un problema geopolítico. Debemos controlarlo.

—Lo comprendo —respondió Delilah.

El director asintió como si su respuesta le satisficiera y preguntó:

—¿Conoce bien a ese hombre?

«Debí suponerlo», pensó Delilah. Ahora lo comprendía todo.

—Nos conocimos en Macao —respondió Delilah encogiéndose de hombros—. Algunas personas —prosiguió mientras miraba a Gil— querían eliminar a Rain allí porque perseguía a Belghazi y temían que lo matara antes de que obtuviéramos lo que buscábamos. Yo les convencí de que era preferible controlarlo.

—Estabas equivocada —dijo Gil—. Es cierto que el asunto terminó bien, pero fue pura suerte. Rain pudo haber matado a Belghazi antes de que hubiéramos conseguido lo que queríamos.

—Yo logré controlarlo —replicó Delilah, comprendiendo de inmediato su error al responder a la provocación de Gil.

—¿De modo que tuvo ocasión de tratarlo? —preguntó el director.

Delilah volvió a encogerse de hombros.

—Ya se lo he dicho. Le convencí para que se retirara durante un tiempo, el suficiente. Luego averiguamos que estaba en Río. Me desplazé hasta allí y lo localicé. A partir de ahí intervinieron Boaz y Gil. Está todo en el expediente.

—¿Cómo te pusiste en contacto con él en esa época? —inquirió Gil.

«Que te den a ti y a tus jueguitos», pensó Delilah.

—¿No has revisado el expediente? —contestó ésta sonriendo con gesto inocente.

Gil crispó la mandíbula y trató de encajar el golpe.

—Por medio de un tablón de anuncios electrónico, ¿no es así?

—¿Me lo preguntas porque no te acuerdas? Me extraña que hayas olvidado esos detalles, Gil. Suelen tener buena memoria.

Gil crispó de nuevo la mandíbula. Delilah sabía que la odiaría por haberle puesto en ridículo delante del director, especialmente con esas insinuaciones, lo cual hizo que se sintiera profundamente satisfecha.

—¿Puedes ponerte en contacto con él ahora? —preguntó Gil dejando a un lado ese juego en el que tenía todas las de perder.

—No lo sé. Supongo que sí, siempre y cuando Rain conserve el tablón de anuncios y siga consultándolo.

Gil abrió la boca para decir algo, pero el director alzó la mano.

—¿Conoce usted a ese hombre en otros aspectos que no constan en el expediente, Delilah?

—No sé a qué se refiere —respondió Delilah, aunque lo sabía de sobra. Pero no estaba dispuesta a contestar a esa pregunta sin hacer que el director se sintiera al menos incomodado por habérsela hecho.

—¿Tuvo usted una... relación personal con Rain?

Tras unos instantes Delilah contestó:

—No voy a responder a esa pregunta.

Delilah observó en su visión periférica una expresión de admiración y simpatía en los ojos de Boaz. En los de Gil vio una expresión de sorpresa por haberse comprometido de esa forma, lo cual él jamás habría tenido la dignidad de hacer. Pobre Gil. No comprendía que la ventaja de Delilah en este juego era que tenía mucho menos que perder. Gil estaba progresando en el escalafón. Quería consolidar su carrera aquí. Delilah sabía que eso era imposible para ella. Dentro de pocos años, sería demasiado vieja para seguir haciendo lo que hacía y entonces le darían un trabajo administrativo o de adiestramiento y la arrinconarían, la ignorarían y la olvidarían. En esas circunstancias, ¿qué tenía que perder?

El director tamborileó con los dedos sobre la mesa y al cabo de unos instantes dijo:

—No se lo pregunto por motivos personales. Se lo pregunto desde el punto de vista profesional. Porque esa información repercutirá en la forma en que resolvamos este asunto tan peliagudo.

Delilah le miró a los ojos.

—Sigo negándome a responder. No permitiré que cruce usted hoy esa línea, porque si lo hace, mañana la cruzará de nuevo.

Después de observar a Delilah durante unos instantes, el director sonrió admirado de su valor y no insistió más, cosa que Delilah agradeció. Pero ¿por qué iba a seguir insistiendo el director? Delilah ya había respondido con su negativa a su pregunta.

La confusión de Gil dio paso al desconcierto. ¿Era posible que Delilah se hubiera apuntado un tanto ante el director?

—Delilah —dijo Boaz—, ¿crees que... podrías aproximarte a Rain?

—¿Te refieres a si puedo tenderle una trampa?

Boaz asintió con la cabeza.

—No estoy segura. Puedo intentarlo.

Los cuatro se repantigaron en sus sillas, como si se sintieran más relajados. En ese momento Delilah comprendió con toda claridad el tono de la conversación que había precedido a su llegada: «¿Creéis que Delilah se acostó con Rain? ¿Estará dispuesta a hacerlo? ¿Podemos fiarnos de ella?».

—¿Por qué me necesitáis a mí? —preguntó Delilah a sus colegas—. Vosotros le conocéis y supongo que tenéis el medio de ponerlos en contacto con él.

—Si pedimos a Rain que se reúna ahora con nosotros —respondió Boaz —, sospechará. Necesitamos a alguien que le haga bajar la guardia.

—Dadas las circunstancias, quizá sospeche también de mí —replicó Delilah.

—Contamos contigo para hacer que se disipen sus recelos —intervino Gil —. En eso eres la mejor. —Su tono indicaba que los métodos de Delilah, aunque útiles, eran también en cierta forma sospechosos.

Delilah le miró, pero pasó por alto su comentario.

—¿Cómo pensáis hacerlo? —preguntó.

Gil hizo ademán de restar importancia.

—Ponte en contacto con él. Proponle una escapada romántica. Llegado el momento oportuno, te pondrás en contacto conmigo.

—¿Quién será el francotirador?

—Yo.

—Rain te conoce. ¿Cómo piensas acercarte a él?

—No me verá.

Delilah estuvo a punto de soltar una carcajada.

—No sabes con quién te la juegas.

—La ha cagado. Es preciso eliminarlo.

Delilah recordó la forma en que Rain había matado a un tipo en un ascensor en Macao. Estaba charlando tranquilamente con ella cuando de pronto le había partido el cuello a ese hombre sin mayores problemas.

—Si te ve —dijo Delilah—, comprenderá que le he tendido una trampa.

—Entonces hazlo tú.

Delilah no respondió.

—No me verá —dijo Gil—. En cualquier caso, sabes cuidarte.

Se produjo un prolongado silencio. Delilah estaba acostumbrada a tomar decisiones difíciles rápidamente y bajo presión, y cuando el director tomó de nuevo la palabra, ya se había decidido.

—¿Está dispuesta a hacerlo? —pregunto el director mirándola con franqueza y con tono afable.

—¿Me he negado alguna vez? —replicó Delilah.

—Nunca —respondió Gil, y en esas dos sílabas Delilah oyó un eco de «puta».

Delilah le miró y dijo con voz tan dulce como gélida:

—En cierta ocasión me negué, Gil.

Gil se sonrojó, y Delilah sonrió para rematar la jugada.

El director, fingiendo no haber captado esas insinuaciones, dijo:

—Entonces está decidido.

Capítulo 5

Al día siguiente del frustrado intento de eliminar a Manny, me dirigí al restaurante Baan Khanitha situado en Sukhumvit 23, en Bangkok, el lugar de encuentro que Dox y yo habíamos convenido en caso de que las cosas se torcieran, como efectivamente había ocurrido.

Decidí dar un rodeo para llegar al restaurante, en parte para satisfacer una incipiente sensación de nostalgia y en parte por los motivos habituales de seguridad. Comprobé que Sukhumvit había cambiado mucho en las décadas transcurridas desde los breves pero intensos momentos que había pasado allí durante la guerra, aunque sus aspectos esenciales seguían siendo los mismos. En aquel entonces no había rascacielos y menos aún lujosos centros comerciales, y el tráfico, aunque caótico, no había alcanzado las proporciones de catástrofe bíblica. Pero exhalaba un tufo y unas vibraciones de comercio de bajo nivel, en gran parte sexual. A mi entender, Sukhumvit representaba siempre lo último: la última fiesta de la última noche que todo el mundo quiere prolongar porque mañana hay que volver a la guerra; la última oportunidad de correrse una juerga nocturna de la que seguramente nos arrepentiremos a la mañana siguiente; la última y desesperada oportunidad para aquellas mujeres cuyos encantos, y por consiguiente sus precios, no alcanzan siquiera los niveles del cercano Patpong.

Eché a andar por Sukhumvit Road, dejando que la muchedumbre me arrastrara, pasara de largo y luego volviera a arrastrarme. Era increíble cómo había crecido ese sector. Yo había regresado varias veces desde la guerra, e incluso en cierta ocasión había hecho un trabajo allí, un expatriado japonés, pero mi punto de referencia, que había quedado anticuado hacía más de tres décadas, se negaba a amoldarse a la cambiante topografía de la zona. Tiempo atrás había vendedores ambulantes, sí, pero no tantos como ahora. Hoy en día invadían las aceras y vendían todo tipo de cachivaches: maletas de imitación de firmas de gama alta, relojes rebajados, devedés piratas, camisetas que proclamaban «*Igual-Igual*» y «*Sin dinero no eres nadie*». Los vendedores ambulantes trataban de convencerte y engatusarte, compitiendo con el runrún de la multitud, el estruendo de los autobuses, el característico rugido de la

onda sinusoide de los escúteres y los *tuk-tuks* que serpenteaban a través del congestionado tráfico. Percibí un olor a humos de gasoil y a *curry*, y pensé: «Sí, aquí todo es igual-igual», y me sorprendió la abrumadora sensación de tristeza y nostalgia que sentí pero no pude identificar. Aquí nada parecía igual, pero a mí me parecía que todo olía igual, lo cual suponía una disonancia desconcertante.

Seguí avanzando. De pronto, con una impactante mezcla de alegría y horror, descubrí una reliquia: el hotel Miami, que seguía en pie en Soi 13, un edificio sórdido y destartado desde el momento en que lo habían construido a finales de los sesenta para albergar a las tropas estadounidenses de permiso. En la actualidad el hotel parecía un dedo del corazón arquitectónico enhiesto, dándole por el culo a la opulenta y moderna Bangkok que crecía a su alrededor. Al pasar junto al edificio, vi a un expatriado de pelo canoso contemplando la calle desde una ventana, mostrando la expresión de un hombre que cumple cadena perpetua por un crimen que no comprende. Tuve la impresión de haber visto a uno de los habitantes originales, tan obstinado y anacrónico como el propio hotel. Debajo de los techados de hierro ondulado de los desvencijados comercios vi a unos árabes y unos sijs fumando un cigarrillo y bebiendo café. En los vestíbulos de las salas de masaje merodeaban unas prostitutas, mientras los transeúntes pasaban de largo sin reparar en sus ojos tristes y sus sonrisas desesperadas. Un hombre con la pierna amputada que estaba tendido en la acera, cubierto con unos harapos inmundos, agitó la taza que sostenía para que le echara unas monedas. Le di unos baht y seguí andando. Tras recorrer media manzana, conseguí ver entre las mesas de los vendedores el letrero del *Thermae Bar & Coffee House*, un tugurio de mala muerte que antaño había albergado a las mujeres que prestaban sus servicios a los soldados del Miami. Me pregunté si los parroquianos seguían llamándolo, inevitable y lógicamente, el Termita. El edificio original había sido demolido, pero el Termita había renacido, demostrando en su reencarnación que aunque el cuerpo se deteriore y muera, el espíritu, para bien o para mal, pervive eternamente.

Pasé junto a un vendedor ambulante que vendía cuchillos y aproveché la ocasión para adquirir una navaja Emerson provista de un mango de madera y una hoja de diez centímetros, parcialmente serrada, a precio rebajado. Durante mucho tiempo había conseguido arreglármelas sin ir armado. Lo prefería. De entrada uno tiende a comportarse de forma distinta cuando va armado, y algunas personas detectan esos signos. Por otra parte, mi falsa identidad de abogado se habría visto comprometida si me hubieran arrestado y hubieran

comprobado que iba armado con una Karambit plegable u otro tipo de navaja. Además, hay que tener en cuenta la sangre, que puede ponerte perdido y comprometer gravemente tu intento de pasar inadvertido después de una refriega. Pero intuí que el equilibrio entre los pros y los contras estaba cambiando. Para empezar, yo no era tan rápido como antes, ni tan duradero. Me pregunté si lo que me había ocurrido con Manny en el lavabo de aquel centro comercial era también consecuencia de la edad. Dox había tenido que echarme una mano, al igual que había hecho en Kwai Chung un año antes. Para colmo, el hallarme de nuevo en Sukhumvit era de por sí un recordatorio de que había envejecido, y que las cosas que podía hacer antes con mis manos hoy en día podía hacerlas más eficazmente con unas herramientas.

Tomé un *tuk-tuk* para recorrer el último trecho hasta Sukhumvit 23. Dox y yo habíamos quedado en encontrarnos en el restaurante al mediodía, pero yo llegué con antelación para inspeccionar la zona, como hago siempre en las raras ocasiones en que accedo a encontrarme con alguien cara a cara. Un disimulado vistazo evita sorpresas desagradables. Pero en esta ocasión la sorpresa que me aguardaba era Dox. Luciendo una espléndida camisa de seda color crema, estaba sentado en una silla de teca cubierta con un mullido cojín al fondo del comedor principal, bebiendo un mejunje tropical en un vaso alto a través de una caña. Tuve que reconocer que ofrecía un aspecto relajado y cómodo en aquel lugar.

—Sabía que llegarías temprano —dijo Dox sonriendo. Dejó su bebida en la mesa y se levantó—. No quería cometer la grosería de hacerte esperar.

Me acerqué a él al tiempo que echaba una ojeada alrededor del restaurante. La mitad de la clientela era local, y la otra mitad, extranjera; y todos parecían más interesados en la excelente comida tailandesa tradicional que servían en el Baan Khanitha que en lo que ocurría a su alrededor. No obstante, comprendí que había hecho mi registro visual por costumbre, no porque creyera que Dox hubiera provocado algún problema. Me sorprendí, por no decir que me quedé estupefacto, al darme cuenta de que había depositado mi confianza en Dox. Le miré y supongo que Dox se percató de mi perplejidad, porque arqueó las cejas y preguntó:

—¿Estás bien?

Asentí con gesto entre irritado y contento de reunirme de nuevo con él después de la debacle de Manila.

—Sí, perfectamente.

Le tendí la mano, pero Dox me echó los brazos alrededor de los hombros y me abrazó efusivamente. «Caray», pensé dándole unas torpes palmaditas en

la espalda.

Dox retrocedió, me miró y se echó a reír.

—¡Pero si te has sonrojado! No estarás enamorado de mí ni nada por el estilo, ¿eh?

Pasé por alto su comentario.

—¿Has tenido algún problema durante el viaje de vuelta?

Dox volvió a reírse.

—Ninguno. Me alegro de verte, tío, aunque hayas empezado a experimentar tinos sentimientos anómalos hacia mí. ¿Quieres que comamos aquí, o prefieres que Vayamos a otro sitio? Yo recomiendo que nos quedemos. Sirven el mejor *poo nim pad gra pow* de la ciudad.

Eché otro vistazo a mi alrededor. Por más que Dox fuera un experto en *poo nim* o como se llamara, su pericia no alcanzaba siempre los niveles de excelencia que yo esperaba. Aunque para ser sincero, no conozco a nadie cuya pericia alcance siempre esos niveles.

—Supongo que habrás apagado tu móvil.

—Sí, *mamá*, lo he apagado, para decepción de todas las damas que quieran localizarme.

—¿Estás seguro de que nadie te ha seguido?

Dox puso los ojos en blanco.

—Venga, tío —replicó—, deja esa actitud de lobo solitario y hombre enigmático internacional. No puedes vivir así las veinticuatro horas del día durante los siete días de la semana. Acabarás hecho cisco, te lo aseguro.

—¿Eso significa que no te ha seguido nadie?

Dox frunció el ceño.

—Sí, eso es lo que significa. Puede que yo no sea el fantasma urbano que tú eres, pero sé tomar precauciones. Llevo mucho tiempo arreglándomelas yo solito en este puto trabajo, y aunque muchos querrían verme muerto, sigo vivo y coleando.

—Quisieran, no querrían.

Dox se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—¡Auxilio, mi colega es una institutriz!

—De acuerdo, de acuerdo —dije alzando las manos con gesto de resignación.

—«John Rain, asesino y gramático.» Deberías imprimirlo en tu tarjeta de visita.

—Ya vale —contesté.

—«Si no utilizas correctamente el subjuntivo, te matará.»

«Y dale», pensé mirando a mi alrededor.

—Comamos aquí —dije.

—Menos mal. Estoy hambriento —respondió Dox.

Nos sentamos a su mesa. El camarero se acercó, y Dox se encargó de pedir. Sabía lo que hacía; incluso hablaba un tailandés pasable. Pedimos también un par de cafés con hielo. Habían pasado pocos días, que a mí se me habían hecho muy largos.

—¿Cómo va todo? —preguntó Dox cuando el camarero se alejó—. Espero que los israelíes no estén cabreados.

Yo le había explicado quién era nuestro cliente. Ellos no sabían que yo trabajaba con Dox. No era necesario.

—No estoy muy seguro —respondí.

—¿A qué te refieres?

—En cuanto salí de Manila, me puse en contacto con mis amigos Boaz y Gil. Les conté lo sucedido. Parecieron tomárselo con calma. Estaban disgustados de que Manny hubiera logrado escapar, y preocupados de que a partir de ahora reforzara su sistema de seguridad. Pero se tranquilizaron al saber que había conseguido largarme sin mayores problemas.

—Es decir, sin que te arrestaran y tuvieras que involucrarlos a ellos.

—Exacto.

—Quizá les jorobe que no hayas muerto en la refriega.

—Gajes del oficio.

—Que deseen tu muerte son gajes del oficio, pero otra cosa muy distinta es provocarla.

—No creo que debemos preocuparnos por eso. No les merece la pena tratar de eliminarme. Según parece, nada me relaciona con lo sucedido, y a ellos tampoco.

—¿De veras? ¿Qué ha sido del profesional paranoico que todos conocemos y queremos?

—Procuro ser cauto. Te he dicho lo que me parece probable, pero no doy nada por sentado.

—¿Qué les dijiste?

—Que dos tipos que no había logrado detectar aparecieron en escena y se organizó un tiroteo. Que los susodichos eran unos excelentes tiradores y quizá fueran de la CIA.

—Y ellos ¿qué respondieron?

—Como te he dicho, se mostraron preocupados. Pero no tardarán en verificar el recuento de víctimas. La noticia aparece publicada hoy en la

prensa filipina de habla inglesa.

—¿Estás seguro?

Asentí con la cabeza.

—Me he pasado la mañana conectado a internet.

—Y ¿qué dice la prensa?

—Un filipino muerto, dos extranjeros muertos cuyas identidades están siendo investigadas. Los testigos creen que había dos tiradores. Ambos asiáticos.

Dox sonrió.

—Conque ambos asiáticos, ¿eh?

Asentí.

—Incluso en circunstancias favorables, las personas no ven con claridad. Si añades a eso el estrés emocional, no recuerdan lo que vieron. En estos momentos la policía podría estar buscando a unos marcianos. Boaz y Gil también están investigando las identidades de los fallecidos. Cuando averigüen más datos, nos lo dirán. Entre tanto, tenemos que monitorizar la situación y esperar.

El camarero nos trajo la comida y se marchó. El *poo nim* resultó ser cangrejo de mangle de caparazón blando salteado. Dox no había exagerado. Era un plato excelente, delicado, fresco y aromatizado con albahaca.

—Yo creo que pertenecían a la Agencia —dijo Dox.

—Es posible, pero no lo sé. ¿No los viste antes de entrar en el lavabo?

—Por supuesto que los vi. Estaban sentados en uno de los restaurantes del centro comercial, solos. Pero no me parecieron unos agentes secretos. Aunque confieso que quizá estuviera distraído observando lo que hacían Manny y el guardaespaldas y no presté atención a los pequeños signos. ¿Tú los viste?

—Sí, pero tampoco les presté atención. Se comportaban de un modo muy discreto... —Hiné el diente al cangrejo—. Tengo la sensación de que se comunicaban con Manny por medio de algún artilugio. No iban a por él; de lo contrario, habrían tratado de matarlo cuando salió del lavabo, como hice yo. Trataban de protegerlo.

—Eso pensé yo. ¿Más guardaespaldas?

—Es posible. Pero no los vimos con anterioridad. Creo que fueron allí para participar en una reunión.

—¿Con Manny?

—Sí. No parecían lugareños, por lo que deduzco que se alojaban en un hotel, quizá el Península, el Mandarin Oriental o el Shangri-La. Todos están a

un tiro de piedra del Ayala Center, que es adonde Manny llevó a su familia a comer, aunque tenían más cerca el centro comercial de Greenhills.

—De modo que Manny almuerza con su familia, se despide de ellos, la mujer y el niño se marchan y Manny se reúne con los tipos que le están esperando.

—Exacto. Y cuando ven a un tipo gigantesco, con una perilla y aspecto peligroso entrar en el lavabo junto con el guardaespaldas de Manny, se dan cuenta de que ocurre algo raro y entran también en el lavabo.

Dox asintió.

—Estoy de acuerdo con esa tesis. Actuaron con frialdad y emplearon una buena táctica. Y como dices, eran discretos. No caí en la cuenta de quiénes eran hasta que fue demasiado tarde. Ahí la pifié, y lo lamento. Como he dicho, me salvaste la vida.

Quería decirle la verdad, que al entrar apresuradamente en el lavabo, había sido Dox quien me había salvado la vida a mí, y no a la inversa. Pero me limité a decir:

—El caso es que no sabemos con certeza quiénes eran, ni con quién estaban, ni por qué iban a reunirse con Manny. Si lo supiéramos, quizá tuviéramos una segunda oportunidad.

—¿Crees que podríamos intentarlo?

—Depende. Odio dejar las cosas a medias.

—¿Como un talón sin cobrar? —preguntó Dox riéndose. Asentí con la cabeza.

—En parte. Informar a Boaz y a Gil de que aún persigo a Manny me ofrece una excusa para permanecer en contacto con ellos, para seguir calibrándolos.

—Para asegurarte de que no han cambiado de parecer y han decidido abandonar el asunto.

—Por supuesto. Aparte de que son una posible fuente de información.

—Sobre quiénes eran esos sicarios.

—Etcétera.

Dox y yo comimos en silencio durante unos minutos. Luego Dox dijo:

—Quiero preguntarte una cosa.

Enarqué las cejas y le miré.

—Cuando llegué allí, me sorprendió comprobar que Manny aún estaba vivo. Sé de lo que eres capaz de hacer con las manos cuando te acercas a alguien. Estuviste solo con él durante un buen rato.

No respondí.

—¿No quieres decirme lo que ocurrió? —preguntó Dox.

—No lo sé con exactitud —respondí desviando la vista.

—¿Lo dices en serio? —le oí preguntar.

Tras unos instantes, contesté:

—No lo sé. Manny entró en el lavabo, de espaldas a mí, y yo salí del cubículo. En ese momento me dijiste que el niño se acercaba y retrocedí de nuevo hacia el cubículo antes de que el niño apareciera, pero debí de hacer ruido porque Manny se volvió. Le miré a los ojos...

—¡Joder! ¿Por qué le miraste a los ojos?

—No lo sé —respondí meneando la cabeza.

—Cuando miro a través de la mira telescópica, siempre procuro no mirarlos a los ojos. Y si lo hago, sólo miro un ojo, y lo único que veo es una diana. —Dox me miró y añadió—: Si los miras a los ojos, eso puede hacerte... vacilar.

Se me ocurrieron varias respuestas, pero no dije nada.

Dox bebió un sorbo de su café con hielo y alzó la vista como si contemplara algo. Luego dijo:

—Todos disponemos de una determinada reserva de valor. Si echas mano de ella con frecuencia, esa reserva acaba agotándose. Lo he visto más de una vez. Supongo que un día me ocurrirá también a mí. —Dox se detuvo y sonrió, añadiendo—: Aunque probablemente no.

—Eso no fue lo que pasó —dije.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

Miré la pared; las imágenes desfilaban sobre ella como a través de una pantalla cinematográfica.

—Fue algo relacionado con el niño. Al verlo con su familia... No lo sé.

Se produjo otra pausa.

—Quizá pasaste demasiado tiempo observándolos este fin de semana —dijo Dox.

—Es posible.

—Nos puede ocurrir a cualquiera. Reconozco que eso complica las cosas.

Me sentí como un idiota. ¿Qué diablos me pasaba? ¿A qué venía este mutismo? ¿Por qué no podía explicárselo a un hombre junto al cual había combatido en la guerra, en el que confiaba?

«*Confiar*», pensé. Esa palabra sonaba escurridiza y peligrosa en mi mente.

—No se trata de eso —respondí—. Es decir, no se trata únicamente de eso.

—Explícate.

Meneé la cabeza y suspiré profundamente.

—Hace mucho que no trabajo con un compañero.

—¿De modo que es culpa mía?

Meneé de nuevo la cabeza.

—No me refería a eso. Es que... Al principio, cuando viniste a Río a por mí, no me fiaba de ti.

—Ya lo supuse.

—Pero luego, después de lo que hiciste en Kwai Chung... Comprendí que estaba equivocado. Esas cosas no me resultan fáciles.

—Quizá debí matarte de un tiro y embolsarme el dinero. Así habrías tenido razón al no fiarte de mí.

—¿Lo pensaste?

Dox soltó una carcajada.

—¡Caray, tío, lo preguntas casi con tono esperanzado!

—¿Lo pensaste o no?

Dox negó con la cabeza.

—Ni por un momento.

—Maldita sea. Lo sabía.

—¿Quieres que me disculpe?

—No —contesté.

—No me debes nada. Como te dije en su momento, sé que habrías hecho lo mismo por mí. No es necesario que respondas, no quiero llevarme un chasco.

El camarero apareció y se llevó nuestros platos. De postre pedimos mango y arroz dulce. Observé al camarero alejarse.

Quería preguntarle algo a Dox, algo que hacía tiempo que me rondaba por la cabeza, especialmente después de lo de Manila. Era algo que nunca había comentado en voz alta, y comprobé que me resistía a hacerlo. En parte porque temía que adquiriera una mayor autenticidad, y en parte porque suponía que a Dox le parecería una idiotez. Pero ya le había revelado muchas cosas y quería zanjar el tema.

—Quiero hacerte una pregunta —dije mirándole.

Dox apartó un poco su silla, se repantigó y enlazó los dedos sobre su vientre.

—Adelante.

—¿No te has sentido nunca... preocupado por lo que hacemos?

Dox sonrió.

—Sólo cuando no me pagan puntualmente.

—Hablo en serio.

Dox se encogió de hombros.

—La verdad es que no.

—¿Nunca tienes la sensación... —pregunté riendo— de que Dios nos observa?

—Por supuesto que nos observa. Pero le importa un pimiento.

—¿Tú crees?

Dox volvió a encogerse de hombros.

—Él ha creado las normas del juego. Yo me limito a cumplirlas. Si a Dios no le gusta lo que ocurre en el planeta Tierra, no tiene más que decirlo. Si yo fuera él, lo haría.

—Quizá lo haga pero nadie le presta atención.

—Entonces debería hablar más claro. —Dox alzó la vista y añadió—: Si no te importa que te lo diga.

Observé mis manos durante unos instantes.

—A mí me preocupó pensar que el niño iba a perder a su padre.

—Es natural. Si no te preocupara, no serías un tío tan legal como eres. Por eso conviene no aproximarse demasiado al objetivo. «Si habita tu mente, puede habitar el dedo que empleas para apretar el gatillo», como me dijo en cierta ocasión uno de mis instructores.

—Eso es cierto.

—No puedes tomar las decisiones y llevarlas también a cabo. El papel de juez y el de verdugo son distintos. El juez hace lo que debe hacer, y el verdugo acata sus órdenes. Así es como debe ser. Nosotros hacemos lo que debemos hacer.

—No deja de ser una forma interesante de interpretarlo —respondí un tanto incómodo.

—Es la única forma. No sabía que fueras un filósofo, colega. De hecho, nunca te había oído hablar durante tanto rato.

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. Pero creo que los tíos como nosotros no debemos reflexionar demasiado profundamente. Podríamos empezar a pensar que somos jueces, lo cual sería desastroso.

El camarero trajo el postre de mango y arroz dulce. Estaba muy rico, pero yo pensaba en otras cosas.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora? —preguntó Dox—. Me refiero al asunto de Manny.

Después de reflexionar unos instantes, respondí:

—No podremos acercarnos a él como antes. Para empezar, me vio la cara, y supongo que habrá tomado todo tipo de precauciones.

—Estoy de acuerdo.

—Necesitamos una nueva variable, algo que modifique la situación. La única solución que se me ocurre es obtener información de Boaz y Gil. Si logran averiguar la filiación de los dos tipos que liquidamos en los lavabos en Manila, quizá consigamos algo. De lo contrario, la operación habrá fracasado.

—De modo que lo único que podemos hacer es esperar a ver qué nos ofrecen los israelíes.

—Exacto.

Dox se reclinó en su silla y sonrió.

—Según mi amplia experiencia, no existe mejor lugar donde esperar que aquí, en Bangkok.

Suspiré, sintiéndome como un padre que se dispone a regañar a su hijo adolescente.

—Aún quedan cosas por hacer. No me serás de ninguna utilidad si agotas tus reservas de fluidos corporales y pillas una cogorza descomunal.

—De acuerdo, *mamá*.

—Procura estar preparado por si te llamo y tenemos que movernos con rapidez.

Dox asintió con la cabeza y dijo:

—La mejor forma de que esté preparado es que permanezcamos juntos. ¿Por qué no salimos juntos esta noche?

—No, creo que...

—Venga, hombre, ¿cuánto hace que no te follas a una tía como es debido, o como sea?

Negué con la cabeza.

—No me apetece ir de putas.

—¿Quién ha dicho nada sobre putas? Las chicas locales se arrojarán sobre ti cuando te vean acompañado por un tío tan cachas como yo. Pero no has respondido a mi pregunta.

Pensé en Delilah, si bien no dije nada.

—Venga, ánimo, te compraré unas pastillas de Viagra en el mercado negro.

—No me apetece.

—Con una dosis doble, funcionarás de maravilla. Además, aún te corre por las venas una cuarta parte de mi sangre. Eso debería ayudarte.

Dox se refería a la transfusión que me había dado cuando yo había estado a punto de desangrarme en Kwai Chung.

—No tengo ganas de ir de juerga esta noche en Bangkok —dije.

—¿Te preocupa que puedas divertirte? Prometo que si te veo reír y pasarlo bien, no se lo diré a nadie. Comprendo que debas proteger tu reputación.

Pensé en ello. Podía dar un largo paseo por los bulevares menos transitados de la ciudad. Así vería algunos de los lugares que había frecuentado con otros adolescentes curtidos por la guerra, los cuales, bien mirado, seguían siendo increíblemente inocentes, y al contemplar esas reliquias, comprobaría si mis recuerdos animaban o distorsionaban el aspecto que presentaban actualmente en Bangkok. Pero mientras pensaba en esas posibilidades, me sorprendió darme cuenta de que no me apetecía estar solo.

—¡De acuerdo! —dijo Dox interpretando mi indecisión como un «sí»—. Iremos a cenar, visitaremos unos cuantos bares, charlaremos con algunas señoritas y quién sabe. ¿Te gusta el *jazz*? Conozco un local nuevo en Silom que te encantará. Yo prefiero las discotecas, pero sé que eres un hombre de gustos refinados y estoy dispuesto a complacerte.

Asentí con la cabeza en un gesto de capitulación.

—De acuerdo.

La sonrisa de Dox se ensanchó.

—Ha tomado usted una decisión muy acertada, señor Rain, y le garantizo que no lo lamentará. ¿Te has registrado ya en el hotel?

Nos alojábamos en el Sukhothai, que ofrecía una excelente combinación de alta categoría y baja visibilidad. El Oriental tenía mucho de lo primero pero nada de lo segundo; innumerables hoteles de Bangkok ofrecían la combinación opuesta. Pero el Sukhothai había sido construido para ofrecer belleza y discreción. El hotel, con sus hectáreas de jardines florales y estanques de lotos, sus líneas simétricas, su suave iluminación y sus toques tradicionales de arquitectura y arte tailandeses, constituía un triunfo de la forma. Pero desde mi punto de vista, era también un hotel muy funcional: su vestíbulo pequeño e íntimo era diametralmente opuesto a los gigantescos y concurridos vestíbulos que acogían al visitante en el Four Seasons, por ejemplo, un hotel reservado a personas con afán de ver y ser vistas, pero que resulta incómodo para quienes prefieren permanecer en el anonimato.

—Me registré esta mañana temprano —le contesté—. ¿Y tú?

—Yo también. Es un hotel estupendo. Me encantan esas bañeras tan inmensas, en las que caben hasta tres personas. Y está lleno de espejos, lo

cual puede ser muy divertido. Esta vez...

—¿Quedamos en el vestíbulo? —pregunté.

Mi interrupción hizo sonreír a Dox.

—De acuerdo. ¿A las veinte horas?

—¿No quieres descansar un rato?

—No, hijo mío, quiero salir y comprarte una dosis doble de Viagra.

Con Dox era imposible tener la última palabra. Pedí al camarero que nos trajera la cuenta y dije:

—Muy bien, a las ocho.

Capítulo 6

Jim Hilger no se alteraba nunca. No es que no mostrara nerviosismo, sino que no lo experimentaba. Cuanto más caótica era la situación que le rodeaba, más sereno y centrado se sentía, una cualidad que le había convertido en uno de los mejores tiradores de combate de las Fuerzas Especiales durante la primera guerra del Golfo. Cuando alguien disparaba contra él, parecía como si su personalidad abandonara su cuerpo dejando en su lugar una metralleta. Hilger sabía que, de haber vivido en la época de los duelos, no habría permitido que nadie se pusiera chulo con él.

Hilger sabía también que su imperturbabilidad constituía un rasgo muy útil para un líder. En combate, cuando sus hombres observaban lo sereno y letal que se mostraba, asumían también una actitud serena y letal. Y ahora, en su nuevo papel, Hilger había descubierto que su actitud de encefalograma plano le confería poder sobre las personas a las que dirigía. Cuanto más se alteraban durante una crisis, más disminuía la temperatura de Jim, enfriando también a la gente que le rodeaba. Parecía como si los otros dieran por supuesto que Hilger sabía algo que ellos ignoraban; de lo contrario, él también habría perdido los estribos. Lo cierto era que Hilger dudaba que supiera más que los demás. Simplemente confiaba en su frialdad, creía que era una de las cualidades con las que podía contar para superar una crisis, como siempre había ocurrido. Confiaba en ello más que en ninguna otra cosa.

Cuando Manny le había llamado la víspera, casi histérico de furia, había puesto a prueba la serenidad de Hilger. «Cuéntame lo ocurrido», había repetido Hilger mientras Manny tronaba y amenazaba. Le había costado lo suyo, pero por fin había logrado que Manny se sosegara. No obstante, la situación era como para ponerse histérico. Alguien había tratado de asesinar a Manny en Manila, y Calver y Gibbons, dos de los mejores hombres de Hilger, los cuales habían pertenecido a su unidad durante la guerra del Golfo, habían muerto en el tiroteo. Una primera e importante reunión con un colaborador, que Jim Hilger había tratado de concertar con ayuda de Manny desde hacía dos años, y para la que Calver y Gibbons se habían desplazado a Manila, había sido abortada. ¡Qué desastre!

Mientras Manny le contaba la noticia entre jadeos y bufidos, Hilger comenzó automáticamente a pensar en la forma de resolver el problema.

—¿Dónde está VBM? —preguntó, utilizando las siglas que habían asignado al nuevo colaborador.

—No lo sé —respondió Manny—. No tengo una forma inmediata de comunicarme con él. Probablemente acudió al lugar donde debía celebrarse la reunión y, al ver que no aparecíamos, se marchó.

«Mierda.» No era la primera impresión en la que Hilger había confiado.

—¿Puedes volver a ponerte en contacto con él y fijar otra reunión? —preguntó.

Eso generó un pequeño estallido.

—¿Otra reunión? ¡Alguien ha tratado de asesinarme! ¡Delante de mi familia!

Hilger comprendió que no estaba manifestando las debidas prioridades. Bien, vayamos por partes.

—Mira, no podemos resolver nada por teléfono —dijo Hilger a Manny—. Es preciso que nos veamos para que me des todos los detalles. Luego pensaremos en lo que debemos hacer.

—Pero ¿cómo puedo fiarme de ti? —se lamentó Manny—. ¿Cómo sé que no estás detrás de esto?

—Esos hombres que murieron estaban a mis órdenes —contestó Hilger—. No puedo darte una prueba más fehaciente.

Manny no se comportaba de forma racional.

—Quizá fuera un truco —dijo.

Hilger suspiró.

—Si trabajamos juntos, quizá logremos resolver este problema como es debido —dijo.

Se produjo una larga pausa. El corazón de Hilger latía a un ritmo lento y regular.

—De acuerdo —respondió Manny.

—Bien. ¿Dónde quieres que nos veamos? —preguntó Hilger. Dar a Manny la opción de elegir el lugar contribuiría a aplacar sus absurdas sospechas.

—En Manila, no. Puedo ir a...

Manny se detuvo, y Hilger dedujo que había estado a punto de decir Hong Kong, pero había cambiado de parecer. Hong Kong era donde residía Hilger, donde vivía bajo su tapadera de consultor financiero. Manny no quería

ofrecerle demasiadas ventajas en esos momentos y, probablemente para fastidiar, se afanaba por ponerle las cosas difíciles.

—Yakarta —dijo Manny—. Puedo ir a Yakarta.

A Hilger no le apetecía volar a Yakarta. Manny era un coñazo de tío.

—De acuerdo. Pero antes tengo que resolver unos asuntos aquí, lo cual me llevará unos días. ¿Estás seguro de que no puedes venir a Hong Kong?

Se produjo un prolongado silencio.

—Mira, podemos encontrarnos donde quieras —dijo Hilger—, pero en Hong Kong solucionaremos antes el tema, y me gustaría zanjarlo cuanto antes. Podemos reunirnos en cualquier lugar de Hong Kong. ¿Te parece bien?

Manny accedió. Al día siguiente estaban sentados en una cafetería cerca de Nathan Road en Kowloon, a quince minutos en taxi del despacho de Hilger a través del túnel de Cross-Harbor. En Kowloon no se veían tantos rostros blancos como en el distrito Central, donde trabajaba Hilger, pero los suficientes para que ninguno de los dos llamara la atención, y no era probable que Hilger se topara con algún conocido. No es que temiera que alguien reconociera a Manny —su rostro no aparecía en unos carteles en las comisarías, aunque quizá el día menos pensado aparecería—, pero había que andarse con pies de plomo. Hilger había tomado las precauciones habituales para asegurarse de que no le seguían, y confiaba en que Manny hubiera hecho lo propio. Hilger había escuchado pacientemente mientras Manny se dejaba llevar por su acostumbrado histerismo. Después de un buen rato de limitarse a asentir con gesto comprensivo, comenzó a interrogarle.

—Cuéntame exactamente lo ocurrido —ordenó Hilger a Manny, sabiendo que su serenidad tranquilizaría a éste—. No sólo ese día, sino todos los días, desde el momento en que llegaste a Manila.

Manny obedeció. Cuando terminó, Hilger profundizó en los detalles.

—Dices que había dos tipos.

—Eso creo. Alguien entró después de que lo hiciera el guardaespaldas.

—Pero no le viste la cara.

—No con claridad. Era un tipo corpulento. Creo que caucásico. No estoy seguro.

Después de reflexionar unos instantes, Hilger dijo:

—No importa. Aunque no le hubieras visto, yo te habría dicho que estaba allí. Dices que el primer tipo, el asiático, ya se encontraba en el lavabo.

—Sí.

—Te había estado siguiendo durante un rato antes de tomar la decisión de adelantarse a ti y entrar en el lavabo. Pero no lo habría hecho de no haber

tenido a un colega que te estuviera observando constantemente. De lo contrario, si se hubiera equivocado al creer que ibas a entrar en el lavabo, te habría perdido.

—Sí, parece lógico —respondió Manny asintiendo con la cabeza.

—¿Crees que podrías reconocer al asiático?

Manny asintió.

—Sí, si le viera de nuevo. Le vi la cara con bastante claridad. ¿Puedes dar con él? ¿Y el otro?

—Tengo unas fotografías —respondió Hilger tras reflexionar unos instantes—. Te las enseñaré antes de que te vayas. Así comprobaremos si viste a los hombres que creo que estaban allí.

—Entonces puedes dar con ellos.

Hilger sabía que si tenía razón sobre la identidad de esos hombres, identificarlos sería coser y cantar comparado con la tarea de dar con ellos. No obstante, respondió:

—Creo que sí.

—Más vale que des con ellos —dijo Manny inclinándose hacia delante—. Y cuando los encuentres, hazles sufrir durante un buen rato. Me siguieron cuando iba acompañado de mi familia, podrían haber lastimado a mi hijo.

Hilger asintió para demostrar a Manny que podía contar con él.

—¿Y VBM? —preguntó Hilger—. ¿Puedes ponerte en contacto con él, concertar otra entrevista?

Hilger quería que Manny comprendiera que se trataba de un favor a cambio de otro favor.

Manny se encogió de hombros.

—Ya le he dejado un mensaje. Pero no es fácil localizarlo. Quizá se asuste cuando averigüe lo que ocurrió en Manila.

Hilger dudaba que VBM se asustara con facilidad. Los hombres como él son duros de pelar. Pero no merecía la pena contradecir a Manny.

—Si se asusta, mala suerte —dijo—. Pero si le has explicado lo que los de mi organización pueden hacer por él, creo que no dudará en asistir a esa reunión.

—Ya se lo he dicho.

—Bien. Sigue tratando de localizarlo. Cuando lo consigas, dile que ya nos hemos ocupado de las personas implicadas en el problema de Manila. Dile que...

—Se lo diré cuando sea cierto.

—Cuando consigas dar con él, será cierto —replicó Hilger con un tono tan impávido como su mirada.

Manny asintió con la cabeza, y Hilger prosiguió:

—Dile que yo también asistiré a esa reunión, que podemos organizarla donde él prefiera. Y dale el número de mi móvil, para que me llame cuando quiera hablar directamente conmigo.

Manny asintió de nuevo con la cabeza.

—De acuerdo —respondió.

Hilger detectó cierto gesto de malhumor en la forma en que Manny apretó los labios, sin duda provocado por el empeño de Hilger en hablar de temas no relacionados directamente con los problemas que había sufrido Manny recientemente.

—¿Quién crees que puede estar detrás de esto? —preguntó Hilger, en parte para seguir interrogando a Manny sobre el incidente y en parte para aplacarlo.

Manny se repantigó en su asiento y se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? Podría ser cualquiera.

—«Cualquiera» no me sirve, procura ser más concreto.

—¿Sospechas tú de alguien?

—Yo tengo mis propias ideas, Manny, pero dudo que haya alguien más cualificado para saberlo que tú. ¿Me estás ocultando algo? Porque en ese caso va a dificultar mi tarea.

Manny negó con la cabeza.

—No te oculto nada. No lo sé. Supongo que pudo haber sido el Mossad. Quizá no les gusten mis amistades. ¡Malditos hipócritas!

Hilger había pensado en los israelíes. De hecho, estaban a la cabeza de su breve lista.

—¿Se te ocurre alguien más?

Manny miró a Hilger.

—La CIA, por supuesto.

Hilger asintió con la cabeza.

—Los contactos que tengo allí lo están investigando. ¿Quién más? ¿El BIN?

—¿El BIN?

—El Badan. Los servicios de inteligencia de Indonesia. Han tenido muchos problemas: Bali, el Yakarta Marriot, la embajada australiana...

—El BIN, sí. Es posible.

Hilger comprendió que Manny no iba a ayudarlo en eso. Era el tipo de hombre al que le irrita reconocer que tiene enemigos peligrosos, lo cual, teniendo en cuenta sus actividades, era casi cómico. Parecía como si fuera la primera vez que Manny se enfrentaba al hecho de que alguien estaba empeñado en eliminarlo y no reparara en medios para conseguirlo. A Manny le llevaría un tiempo aceptar esa realidad. Entre tanto, Hilger tendría que investigar por su cuenta. En cualquier caso, estaba acostumbrado a hacer las cosas solo. A veces era la única forma de obtener resultados.

Hilger decidió regresar a la primera parte del interrogatorio, en la que Manny se mostraba más útil.

—Dices que cuando el asiático te vio, se quedó como paralizado —dijo Hilger—. ¿Quizá porque vio a tu hijo?

—No, creo que me vio a mí —contestó Manny con hosquedad.

Hilger se preguntó cuántos detalles recordaba Manny del episodio. No creía que lo recordara con gran precisión; los recuerdos de los incidentes traumáticos no suelen ser exactos. Por otra parte, Manny probablemente quería convencerse de que los hombres que habían intentado matarlo eran unos asesinos crueles e inhumanos. De esa forma se sentiría como un dechado de virtudes en comparación con ellos. El que uno de esos hombres hubiera dudado al ver al niño no encajaba con ese punto de vista, impedía que Manny se sintiera virtuoso en comparación con los otros y, por tanto, lo rechazaría. La mentalidad de un hombre como Manny tenía muchas formas de halagarse inconscientemente. Uno tenía que andarse con cautela.

—No obstante —dijo Hilger—, me extraña que ese hombre dudara, independientemente de sus motivos. El dudar suele ser un defecto de los inexpertos.

Manny le miró malhumorado.

—Puede que esos hombres fueran inexpertos.

—Unos inexpertos no habrían podido cargarse a tu guardaespaldas y a mis hombres. Los despacharon a todos de unos tiros certeros en la cabeza. Créeme, esos tiradores no eran unos principiantes.

—Entonces, ¿por qué dudó ese tío?

—Aún no lo sé —respondió Hilger meneando la cabeza.

—Mi hijo está traumatizado —dijo Manny—. Su madre y él han ido a pasar una temporada en casa de unos parientes que tiene ella en las provincias.

—Puedo conseguir más protección para ellos.

—Allí estarán seguros. Pero yo necesito un nuevo guardaespaldas.

Eso era lo más aproximado que Hilger había oído a una manifestación de pesar por la muerte de uno de los hombres que habían sacrificado su vida para salvar la de Manny. «Yo, yo, yo», pensó Hilger. No era sólo Manny. Era todo el puto mundo.

—De lo contrario —prosiguió Manny—, no podré seguir ayudándote.

Hilger suspiró. Manny siempre profería unas amenazas innecesarias y a destiempo.

—Ya me he ocupado de eso —respondió Hilger.

—¿Y los tipos que trataron de matarme?

—Mis hombres darán con ellos.

Manny crispó la mandíbula y dijo:

—Pues procura dar con ellos cuanto antes. No eres el único amigo que tengo.

Otra estúpida amenaza. Hilger la había previsto.

—Ya sé que tienes muchos amigos, Manny —dijo Hilger—. ¿Te han demostrado ser tan fiables como yo?

Tras guardar silencio unos instantes, Manny le espetó:

—¡Me aseguraste que nuestra amistad me protegería, que jamás ocurriría algo como esto!

Hilger le miró. Por primera vez desde que habían iniciado la conversación, dejó que su tono denotara cierta emoción; en parte para impresionar a Manny, pero no del todo.

—Dos de mis hombres murieron para protegerte —dijo Hilger—. Junto con el guardaespaldas que te asigné.

Manny no respondió. Hilger interpretó su silencio como un gesto petulante. Habían muerto tres hombres por él, y Manny ni siquiera era capaz de decir: «De acuerdo, tienes razón».

—Si acudes a otras personas —prosiguió Hilger—, eso complicará mi tarea. Dame tiempo para solventar el problema antes de complicar las cosas, ¿de acuerdo?

—Tengo otros amigos —insistió Manny.

Hilger suspiró. Había llegado el momento de administrarle una inyección de realismo.

—Manny, las personas a las que te refieres no son amigas tuyas. Son personas que conoces, que tienen sus propios intereses. Si esas personas deciden que sus intereses no coinciden con los tuyos, adoptarán una actitud decididamente poco amistosa hacia ti. ¿Cómo quieres que yo te proteja entonces?

Manny miró a Hilger, enojado porque éste no se tomaba en serio sus amenazas y encima había proferido una amenaza velada.

—Hazles sufrir —repitió Manny, exigiendo algo para guardar las apariencias.

Hilger asintió.

—Lo haré —respondió, más porque pensaba en sus hombres que por el deseo de complacer a Manny.

Capítulo 7

Para matar el rato antes de encontrarme con Dox y pasar juntos la velada, me dirigí en taxi a la cercana zona de Silom, en busca de un cibercafé.

Por lo general, cuando instalo un tablón de anuncios electrónico, no lo borro. Los clientes tienen que disponer de un medio para ponerse en contacto conmigo, como el que les ofrece un tablón de anuncios electrónico. Pero cuando los imperativos laborales no justifican el mantenerlo continuamente, el placer, en forma de una persistente esperanza, me proporciona la necesaria motivación. De haber establecido un tablón de anuncios con Midori, que me había amado y posteriormente abandonado al averiguar que yo había matado a su padre, probablemente lo consultaría constantemente. En lugar de un tablón de anuncios, mantengo vivas mis esperanzas con respecto a Midori escuchando sus discos compactos, de los que poseo cuatro, a cual más profundo, conmovedor e innovador; imaginando a sus admiradores aplaudiendo con entusiasmo sus interpretaciones al piano en las oscuras cuevas de *jazz* en el sur de Manhattan, por el cual Midori había abandonado Tokio; susurrando su nombre cada noche como un melancólico conjuro que siempre logra invocar, junto con ciertas cualidades del espíritu de Midori, el persistente dolor de su ausencia.

Mientras consultaba el tablón de anuncios que había establecido con Delilah, me dije que era una mezcla de trabajo y placer. El haberme presentado Delilah a los israelíes fue lo que me había proporcionado el encargo de liquidar a Manny, y si yo conseguía solventar las catastróficas consecuencias del mismo, quizá recibiera más encargos. Pero el trabajo no era el motivo por el que yo mantenía el tablón de anuncios electrónico, ni el motivo de consultarlo casi a diario. Sabía que el verdadero motivo era el tiempo robado que Delilah y yo habíamos pasado juntos en Río después de nuestro altercado inicial en Macao, y la experiencia cercana a la muerte que yo había sufrido allí.

No era sólo sexo, por más que había sido fantástico, ni la impresionante belleza de Delilah. Era algo más profundo que poseía Delilah, algo que yo no lograba alcanzar ni identificar: remordimientos por el papel que había

desempeñado en numerosos asesinatos; amargura por el trato despectivo que recibía de los de su organización; pesar por haber renunciado a una vida normal, a su familia, que probablemente jamás podría recuperar. Delilah no había sido una compañera ideal para mí. A veces se mostraba exigente, otras malhumorada, y tenía mal genio. Pero supuse que la dulzura y la perfección eran la pantomima que Delilah representaba ante los objetivos de su trabajo. La incertidumbre y las barreras que aderezaban nuestra relación me convencieron de sus sentimientos hacia mí y me indujeron a confiar en ella. Y la confianza, como yo había empezado a descubrir con Dox, era un narcótico peligroso. Creía haberme liberado de su hechizo, haber superado el «*mono*» que me producía su ausencia. Pero había vuelto a probar unas gotas de ese elixir, y pese a haberme acostumbrado a vivir sin él durante muchos años, éste se había vuelto de pronto indispensable.

Dije al taxista que me dejara en Silom Road, debajo de la estación del Sky Train, o tren elevado, de Sala Daeng. El tren había sido inaugurado hacía unos años, y era la primera vez que me hallaba de regreso en Bangkok e iba a comprobar su eficacia. No sabía si me complacería. Era indudable que su presencia facilitaba el tránsito por la ciudad, uniendo unos puntos que antes habían permanecido inoportunamente alejados debido a los embotellamientos del tráfico. Pero todo tiene un precio. El pasaje elevado formado por vías férreas y andenes de hormigón sumergía las calles que discurrían debajo en sombras, y concentraba y amplificaba el ruido, la contaminación y el peso condensado de la metrópoli. Sonreí con cierta tristeza porque había observado el mismo fenómeno en Tokio debido a las autopistas elevadas, para profundo pesar de todo el mundo salvo las empresas constructoras y sus corruptos colegas en el gobierno, los cuales se habían beneficiado de la ejecución de esos proyectos y sin duda volverían a beneficiarse cuando los urbanistas municipales decidieran que había llegado el momento de eliminar esas oscuras monstruosidades que anteriormente habían defendido. Al construir un metro que circulaba a través del cielo, los custodios de Bangkok habían convertido las calles que discurrían debajo de él en unos pasos subterráneos. Imaginé una época, no muy lejana, en la que el tren elevado se ampliaría dramáticamente y estaría tan atestado de restaurantes de comida rápida, tiendas de radios y vídeos, que la vida en las calles, los peatones, los coches y los comercios se convertirían sin una planificación deliberada o un reparto equitativo de responsabilidades en el auténtico paso subterráneo de la ciudad, la última parada para los habitantes que se habían caído a través de las grietas y yacían invisibles en la oscuridad del mismo.

Caminé haciendo zigzag a través de los *sois* y *sub-sois* —las calles principales y sus arterias— entre Silom y Surawong, pasando frente a varios escaparates que ofrecían acceso a internet y llamadas telefónicas al extranjero. En su mayoría consistían en unos pequeños espacios ubicados en grandes edificios que probablemente no habían sido utilizados hasta el invento de internet y la consiguiente posibilidad de sacar provecho de esos locales con media docena de mesas y sillas y unos terminales. Al cabo de unos minutos vi uno cuyo aspecto me gustó. Ocupaba un nicho en la planta baja de un suntuoso edificio que albergaba el Banco de Bangkok, casi como si se ocultara allí. Dentro había diez terminales, varias de las cuales estaban ocupadas por unas mujeres que parecían camareras de barra americana, que quizá estuvieran enviando unos correos electrónicos a sus clientes *farang* lo suficientemente estúpidos para facilitarles sus señas, contándoles unas historias intercambiables sobre madres enfermas, búfalos de agua agonizantes y demás motivos para pedir a esos *farang*, avergonzadas y excepcionalmente, unos dólares, unas libras esterlinas o unos yenes. Elegí una mesa que me permitía sentarme de espaldas a la pared. Las chicas, absortas en su correspondencia, apenas repararon en mi persona.

Antes de empezar, descargué un programa informático comercial de una página de almacenamiento que utilizo y consulté mi terminal para comprobar si los monitores de teclado y otros sistemas antiintrusos habían detectado algo. Tras comprobar que todo estaba en orden, abrí el tablón de anuncios que había establecido con Delilah, con la vaga esperanza de costumbre.

Tenía un mensaje. El corazón me dio un vuelco.

Tecleé mi contraseña y pasé a la pantalla siguiente. El mensaje decía: «Dispongo de unos días libres. ¿Y tú?». A continuación aparecía un número telefónico con el prefijo 331, el código de Francia y de París.

Maldita sea. Eché un vistazo a mi alrededor, un gesto reflejo en respuesta a la repentina alteración que había experimentado mi sensación de soledad. Las chicas siguieron tecleando con mirada calculadora y esperanzada.

Miré de nuevo la pantalla. El mensaje había sido enviado el día anterior. Escribí el número de teléfono, utilizando mi código habitual, salí del tablón de anuncios electrónico y limpié el navegador para eliminar todo rastro de las páginas que había visitado.

Me levanté, salí y eché a andar de nuevo por Silom. El corazón me latía aceleradamente, pero mi cerebro no se había desconectado. Me costaba creer que fuera una coincidencia que Delilah me hubiera llamado precisamente en

ese momento. Probablemente estaba relacionado con la operación Manny, aunque no podía estar seguro de ello.

Me detuve y pensé: «¿No estás seguro? Pero ¿qué diablos te ocurre?».

Nunca he creído en las casualidades, y menos en ese tipo de casualidades. Puede que existan, pero conviene comportarse como si no existieran. Por regla general compruebas que lo que pudo haber sido una casualidad no lo era, y tus dudas te ayudan a sobrevivir. Pero ¿y si te equivocas y era una casualidad? ¿Hay alguna pega? Ninguna.

Pero, por lo visto, había una pega y parecía como si mi mente tratara de alterar mi cosmovisión. Lo que yo quería creer no importaba. Lo importante era lo que debía creer.

«Entonces ignora el mensaje. No la llames, al menos hasta que hayas resuelto el asunto de Manny.»

Era un pensamiento deprimente, incluso doloroso.

Dox no lo sabía, y yo no iba a decírselo, pero su comentario sobre la última vez que me había follado a una tía me había llegado al alma. Sí, de vez en cuando pago para divertirme. Uno tiene que satisfacer sus necesidades físicas. Pero no había tenido una relación real, importante, desde Delilah, y las que había tenido antes de ella eran escasas.

¿Cómo podía averiguar de qué se trataba, qué se proponía Delilah, si no nos veíamos? Quizá Delilah había obtenido la información que yo necesitaba para acercarme de nuevo a Manny. Quizá podía facilitarme ciertos datos sobre lo que opinaban los de su organización acerca de lo ocurrido en Manila, acerca de lo que pensaban hacer al respecto. Sí, comportaba unos riesgos. Como siempre. Que yo podía controlar. Como siempre.

Mi instinto me decía que merecía la pena arriesgarse. Durante unos instantes temí no poder fiarme de mi intuición, que el instinto que siempre me había guiado estuviera quizá algo distorsionado y comprometiera los instrumentos internos de navegación. Pero luego pensé: «Si el instinto te empieza a fallar, estás perdido».

Lo cual podía ser también una distorsión. Pero daba lo mismo.

Vi un teléfono público internacional y marqué el número. Mientras marcaba, noté que el corazón me latía con fuerza, haciendo que me sintiera como un estúpido. De haberlo sabido, Dox me habría tomado el pelo, diciéndome que me comportaba como un niño o algo por el estilo.

Delilah respondió después del primer tono.

—Alló —la oí decir.

—Hola —dije contemplando la calle, temiendo hacerme ilusiones.

—Hola —respondió Delilah. En vista de que yo no contestaba, preguntó —: ¿Cómo estás?

Al margen de mis expectativas, no había supuesto que fuera una conversación tensa.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. He estado trabajando en un... proyecto, pero puedo tomarme unos días libres si tú también puedes.

Ni la menor alusión a un asunto de trabajo. O era una llamada personal, como yo quería creer, o una de negocios camuflada bajo una llamada personal, lo cual, entre la gama de posibilidades, seguramente representaba la peor.

—Sí, puedo tomarme unos días. Estoy ocupado en un asunto que de momento ha quedado aparcado, pero que puede activarse repentinamente.

Me pregunté si Delilah reaccionaría a ese comentario. Pero no lo hizo.

—Puedo ir a reunirme contigo —dijo—, si te parece más conveniente.

Reflexioné unos instantes. Necesitaba permanecer en la zona, por si a Boaz y Gil se les ocurría algo que permitiera que Dox y yo retomáramos el asunto de Manny. Por lo demás, deseaba reunirme con Delilah en un lugar que le presentara ciertos problemas si decidía comparecer acompañada, por si acaso.

—¿Puedes venir a Bangkok? —le pregunté.

—Sí. Confío en poder tomar un vuelo sin escalas desde el Charles De Gaulle.

—Anota tu itinerario en el tablón de anuncios. Te estaré esperando a la salida de la aduana.

—De acuerdo. ¿Estás seguro de que quieres que nos encontremos en Bangkok? Dicen que citarte allí con tu pareja es como llevar una tartera a un restaurante.

—Conozco el tipo de comida que me gusta —respondí sonriendo.

Delilah se rió, y la tensión remitió un poco.

—De acuerdo. Me ocuparé del billete, y lo demás lo dejo en tus manos.

Reconocí la concesión a lo que Dox habría calificado de paranoia mía. Delilah sabía que era más cómodo para mí que me dejara elegir el destino final de nuestro encuentro, sin decírselo de antemano.

—Necesito que me digas el nombre con el que viajarás —dije—, para hacer la reserva.

—Lo colocaré en el tablón de anuncios.

—De acuerdo.

Después de una pausa, Delilah dijo:

—Tengo ganas de verte.

—Ya. Me alegro de que te pusieras en contacto conmigo.

—*Jaa* —respondió Delilah, exhibiendo ciertos conocimientos de japonés.

De acuerdo.

Sonreí.

—*A bientôt* —dije, y colgué.

Caminé durante unos minutos, tras lo cual entré en otro cibercafé. Después de comprobar de nuevo si algún intruso había tratado de colarse en mi terminal, consulté los vuelos a Bangkok desde París. Los únicos vuelos sin escalas eran los de Thai Air y Air France. El vuelo de Thai partía a las 13:30. Ya eran las 13:15 en París, de modo que Delilah no podría tomarlo. El vuelo de Air France partía todos los días a las 23:25 y llegaba al aeropuerto internacional de Bangkok a las 16:35 del día siguiente.

Reflexioné unos instantes. O Delilah había comprobado de pronto que disponía de unos días libres, como me había dicho, en cuyo caso querría disfrutarlos a tope, o venía para hablar de negocios, lo cual era lo más probable y explicaba la urgencia que tenía de verme. En cualquier caso, yo sabía que Delilah se movería con rapidez, lo que significaba que probablemente tomaría el vuelo nocturno de Air France. Estaba convencido de ello.

Pensé adónde llevarla, y cómo abordar el asunto. Tenía que ser un lugar especial. En parte, reconozco que era porque quería impresionarla. Pero sobre todo, porque quería que se sintiera distanciada de quienquiera que la hubiera enviado a verme. Una sensación de distancia, de desconexión, aumentaría las posibilidades de que Delilah hablara con franqueza, o cuando menos que cometiera un desliz. Asimismo, tenía que ser un lugar seguro. Y teníamos que llegar a él de forma que yo tuviera la oportunidad de cerciorarme de que Delilah viajaba sola.

Consulté el tablón de anuncios de nuevo y vi que Delilah me había dejado el nombre bajo el que viajaría. Excelente. Pasé la siguiente media hora haciendo las reservas por internet. Cuando terminé, repasé de nuevo todos los detalles y me sentí satisfecho en todos los aspectos. El único problema era mi inopinada impaciencia. Todo estaba arreglado, y sólo cabía esperar. Al día siguiente, lo único que podría hacer sería matar el rato.

Por lo general, matar el rato en Bangkok significa asistir a un combate de boxeo tailandés en Lumpini o Ratchadamnoen, escuchar *jazz* en el Brown

Sugar o el bar Bambú del Oriental, o pasar la velada con una de las chicas de Spasso en el Grand Hyatt. Pero esa noche simplemente saldría con un amigo.

La idea se me antojó extraña. No desagradable, ni mucho menos. Pero extraña. Era como oír una canción que tiempo atrás me había gustado y que había olvidado, una simple canción que en su momento me había parecido estupenda, fresca y llena de promesas y que ahora, debido a su inadvertida pérdida e inesperada reaparición, se había metamorfoseado en algo evocador, un recordatorio no sólo de lo que había experimentado sino de lo que había perdido durante los años acumulados, cuya melodía estaba ahora teñida de la esperanza de poder recuperar lo perdido y del temor de que su pérdida fuera irre recuperable.

Dox y yo nos encontramos en el vestíbulo del hotel, tal como habíamos quedado, y, después de las oportunas precauciones, tomamos un taxi a Silom. Le pregunté adónde íbamos, pero Dox se negó a decírmelo. El que yo no pidiera al taxista que parara para apearme del vehículo demostraba el grado de confianza que había depositado en Dox. Pero su pueril actitud al negarse a responderme me irritó.

Nos apeamos frente al State Tower Bangkok y subimos en el ascensor a la planta sesenta y tres, la más alta del edificio. Después de apearnos del ascensor, atravesamos una puerta de cristal que iba del suelo al techo y contemplamos lo que reconozco que constituía un espectáculo impresionante.

En la terraza al aire libre que se abría ante nosotros había unas mesas dispuestas simétricamente y cubiertas con unos manteles de hilo blancos y, en un extremo, una barra circular sobre un resplandeciente promontorio que pasaba del color rojo al azul y luego al amarillo. A nuestra izquierda había una terraza situada en un nivel más alto, en la que un cuarteto de *jazz* amenizaba la velada de los comensales. El suelo del restaurante, de piedra y madera de teca oscura, se prolongaba hasta los bordes del edificio, más allá de los cuales parpadeaban las innumerables luces de la ciudad en todas las direcciones y discurría el río Chao Phraya, manifestándose tan sólo como una sinuosa ausencia de luz, serpenteando en silencio a través de la ciudad. Un letrero de cristal situado al pie de la escalera indicaba discretamente que el local se llamaba Sirocco.

—¿Qué te parece? —preguntó Dox—. ¿Te gusta?

—Desde luego —confesé sin poder ocultar mi sorpresa.

—¿Creíste que iba a llevarte a un bar de chicas gogó o algo por el estilo?

—¿Es una pregunta retórica?

Dox frunció el ceño.

—A veces me subestimas, colega.

Ese comentario me sorprendió. Dox hacía el payaso tan a menudo y tan bien, que me chocó que pretendiera que yo reconociera de vez en cuando que tenía buen gusto.

—¿Cómo te enteraste de que existía este lugar? —le pregunté.

Dox se encogió de hombros.

—Paso mucho tiempo aquí, de modo que procuro enterarme de cosas. Se inauguró hace unos meses, y supuse que era el tipo de local que te gustaría. Así que pensé que podíamos cenar aquí.

Le miré y dije:

—Gracias. No pretendía...

—Olvídalo —respondió Dox sonriendo.

—Sólo iba a decir que yo pediré el vino.

La sonrisa empezó a disiparse, pero enseguida apareció otra de doble voltaje.

—Como quieras —respondió Dox.

La camarera nos condujo a nuestra mesa. El menú, consistente en lo que el Sirocco llamaba «sublime cocina mediterránea», era tan magnífico como la vista. Pedimos costillas de cordero a la parrilla adobadas con ajo y romero, langosta Phuket asada con una salsa de limón y aceite de oliva aromático, *confit* de pato y unos bocaditos de *foie-gras* dorados a la sartén. Yo pedí el vino: una botella de Emilio's Terrace Cabernet Sauvignon, reserva del 96. Era un vino un poco joven, pero cuando respirara, cobraría más fuerza.

—Caray, es excelente —dijo Dox después de que la camarera hubiera descorchado y escanciado el vino y hubiéramos bebido los primeros sorbos—. No sé quién es ese Emilio, pero me gustaría estrecharle la mano. ¿Cómo es que entiendes tanto de vinos?

Me encogí de hombros.

—No soy un experto —respondí.

—Déjate de falsas modestias. Está claro que lo eres.

Volví a encogerme de hombros.

—Debido a mi profesión, tengo que saber desenvolverme en distintos estratos sociales. Para ello es preciso conocer los pequeños detalles. Como entender de vinos, o utilizar el tenedor adecuado. O cómo vestirse. O qué decir. No sé. Me limito a observar y procuro aprender. Soy un buen imitador. —Bebí un trago del Emilio's Terrace—. Además, el vino me gusta.

—¿De modo que puedes asumir esa actitud y quitártela cuando te conviene, como un disfraz?

—Supongo que sí. Tú también lo haces, aunque en otro sentido. He comprobado que tienes el don de desaparecer cuando te conviene.

—Sí, lo aprendí en la escuela de francotiradores. Tienes que hacer acopio de toda tu energía. Es una práctica zen. Es difícil de explicar. Un colega me dijo en cierta ocasión que es como lo que hace el monstruo en *Depredador*, o un buque de guerra klingon provisto de un sistema de ocultación. Creo que es cierto. No me importaría aprender a desenvolverme cómodamente en esos estratos sociales que frecuentas. Pero debe de ser un tanto extraño poder moverte en ellos sin pertenecer a ninguno.

Asentí con la cabeza.

—Sí —contesté.

La cena resultó un inesperado placer. La comida y el vino eran de primer orden, y el hallarme en el corazón de la densa metrópoli que nos rodeaba, aunque encima de ella y aislado de la misma, me produjo una sensación tonificante, casi embriagadora. Hacía un tiempo espléndido en Bangkok: fresco y relativamente seco, con unas pocas estrellas diseminadas a través de la contaminada bóveda celeste. Dox y yo hablamos largo y tendido sobre Afganistán, que era el conflicto que teníamos en común: los hombres que habíamos conocido allí, las locuras que habíamos cometido, las consecuencias imprevistas de un grupo armado y perfectamente adiestrado de fanáticos islámicos que habían aparecido tras la partida del ejército soviético que habíamos contribuido a expulsar.

Hablamos también sobre Asia. Me sorprendieron los conocimientos y el afecto de Dox por esa región. Sus preguntas, especialmente sobre la cultura japonesa, eran inteligentes y oportunas. Me habló de su amor por Tailandia, donde había pasado unas temporadas durante varios años, prolongando su estancia con cada visita, y donde confiaba en poder retirarse. Me confesó que ya no se sentía a gusto en Estados Unidos.

Le comprendí perfectamente. Hay algo excepcional en la cultura tailandesa, y cierto tipo de *farang*, de extranjeros, se sienten muy atraídos por ella. La vertiente oscura del fenómeno son los pedófilos y demás depravados que vienen para satisfacer sus vicios ocultos. Y luego existen los tipos de mediana edad, los gerentes intermedios, que tratan de anestesiar su amargura por no haber alcanzado sus ambiciones y la inexorable aproximación cotidiana de la muerte alquilando a mujeres con las que no pueden funcionar como es debido porque están demasiado viejos y demasiado deteriorados, y de tranquilizarse sobre su valía personal viviendo en un estilo neocolonial que los lugareños no pueden permitirse. Pero muchos se quedan por unos motivos

más nobles. Algunos, en cierto sentido, son unos orientales atrapados en unos cuerpos occidentales, que comprueban que pueden liberar su auténtica naturaleza en el ambiente «extranjero» de Tailandia. Algunos son meros aventureros, adictos a lo exótico. Otros vienen para refugiarse de una relación que terminó mal, o un divorcio, o una bancarrota u otros traumas personales. Y algunos, como Dox y yo, son soldados que están demasiado traumatizados por las cosas que hicieron en la guerra para regresar a la tierra de su juventud. Para algunos, la distancia entre quién eras y en quién te has convertido se ha hecho insalvable, y la disonancia que genera el intento de repatriación constituye un recordatorio permanente de los cambios que ansían olvidar.

Cuando terminamos de cenar, y mientras charlábamos distendidamente ante unos capuchinos servidos en unas tazas enormes, dije a Dox:

—Necesito que me ayudes a resolver un problema.

Dox me miró.

—Lo que quieras, colega, ya lo sabes. No tienes más que decírmelo.

—Se trata de mi contacto israelí, la chica que organizó el encuentro con Boaz y Gil. Se ha puesto en contacto conmigo. Quiere que nos veamos.

—Puede que sea la oportunidad que esperábamos. Quizá te dé más información sobre Manny.

Negué con la cabeza.

—No dijo nada acerca de Manny. Sólo dijo que quería verme.

Dox ladeó la cabeza y me miró.

—No lo entiendo. ¿Por qué quiere verte si no es por el asunto de Manny?

—Antes de que esa chica concertara mi reunión con Boaz y Gil, ella y yo pasamos un tiempo juntos. —Ofrecí a Dox una versión abreviada de cómo nos conocimos Delilah y yo en Macao, de lo que ocurrió entre nosotros allí y luego en Río.

Dox me escuchó en silencio, con una expresión inusitadamente grave. Cuando terminé, dijo:

—Estás pensando en reunirte con ella.

Asentí con la cabeza.

—¿Vas a hacerlo porque crees que esa mujer puede tener alguna información sobre la operación, o porque te apetece?

Parar ser un tipo al que le gusta hacerse el paleta, Dox tiene una gran habilidad para ir al grano. Quizá me equivocara, pero decidí ser sincero con él. Se lo merecía.

—Porque me apetece verla, simplemente.

Dox asintió con la cabeza durante unos instantes, tras lo cual dijo:

—Me alegro de que lo hayas dicho. Lo adiviné por lo forma en que te referiste a esa mujer, y me habría preocupado que trataras de engañarme. Me habría preguntado si estabas tratando de engañarte también a ti mismo.

—No sé si me engaño o no.

—Eso ya es de por sí una confesión profundamente honesta.

Bebí un trago de mi capuchino.

—Es posible que esa mujer pueda facilitarnos información. No creo que haya elegido precisamente este momento para reunirse conmigo por casualidad.

—Si no es una casualidad, y te ha dicho que añoraba tu encantadora personalidad, no ha sido sincera contigo. Quizá oculte algo execrable.

—¿Execrable?

—Ya sabes, inmoral, vil.

Fruncí el ceño.

—Sé lo que significa.

Dox sonrió.

—Pues si sabes lo que significa, ¿qué piensas al respecto?

—Quizá tengas razón.

—Pero vas a reunirte con ella.

—Sí.

Dox frunció los labios y espiró con fuerza.

—Suena a sexo peligroso, colega. Y no estoy seguro de querer ser el condón.

Asentí con la cabeza.

—Dicho así, yo tampoco estoy seguro.

Dox me dirigió una sonrisa de medio voltaje.

—De todos modos, dime qué quieres que haga.

—Esa mujer va a venir a Bangkok. Le dije que me reuniría con ella frente a la aduana. Si envía allí a unas personas para esperarme, tú podrás localizarlas.

—De acuerdo...

—Tomaremos un taxi desde la terminal internacional hasta la de vuelos nacionales. Tú nos seguirás, y así tendrás ocasión de comprobar si nos siguen a Delilah y a mí. Si no voy armado, pasaremos sin problemas los controles de seguridad en la terminal de vuelos nacionales. Llevaré dos billetes para Phuket, que es adonde nos dirigimos Delilah y yo, y tú llevarás un billete para otro destino. Así podrás pasar también los controles de seguridad y tendrás otra oportunidad de comprobar en el área de embarque si estamos solos.

—¿De modo que vais a Phuket? Confío en que hayas hablado con tu agente de viajes. Algunos lugares todavía no han sido reconstruidos después del *tsunami*.

—Lo sé.

—Podrías ir a Ko Chang, que está en el golfo de Tailandia y no ha sufrido ningún daño. Además, está menos edificado y tan sólo a una hora de Bangkok en coche.

—Lo sé. Prefiero volar. De ese modo será más difícil seguirnos.

—En eso tienes razón. En cualquier caso, Phuket es un lugar estupendo. ¿Dónde os alojaréis?

Dudé unos segundos antes de responder, más por costumbre que por otro motivo.

—En Amanpuri.

—¡Caray! ¡El paraíso en la Tierra! En cierta ocasión me alojé allí y vi a Mick Jagger. Ese lugar me encanta, aunque prefiero la playa de Chedi, que está al lado. No necesito alojarme en una de las villas ni nada por el estilo. Me conformo con un pabellón. Con una buena vista del océano, por supuesto. No tiene sentido estar en el paraíso si no puedes ver el agua.

—No creo que...

—¿Cómo quieres que te proteja si no estoy allí? Esa mujer podría llamar a los de su organización cuando llegais y estarías solo.

—Sé cuidar de mí mismo.

—Entonces, ¿por qué me pides ayuda?

—No sé si podré conseguir otra habitación allí. Tuve suerte de poder reservar una con tan poca antelación.

—Venga, tío, sabes que las reservas hoteleras han disminuido porque los turistas piensan que los daños causados por el *tsunami* son peores de lo que son. Los cámaras de la CNN se apresuraron a ir allí y preguntaron a los lugareños: «¿Pueden mostrarnos un escenario de destrucción total para que aumente nuestra cuota de pantalla?». Los televidentes pensaron: «¡Joder!, lo ha arrasado todo, más vale que vaya a Hawai». Pero tú y yo sabemos que no es así.

No observé ningún margen de negociación en la expresión de Dox.

—De acuerdo —dije con un suspiro de resignación—. Pero esa mujer es muy lista. Toma nota de todo lo que sucede a su alrededor y recuerda las caras. Si te limitas a comportarte como un francotirador, todo irá bien. Pero si metes la pata, Delilah lo detectará inmediatamente. Lo cual podría multiplicar tus problemas.

Dox sonrió.

—Prometo portarme bien.

Le miré. Una parte de mí meneó la cabeza, pensando: «Esto no puede salir bien».

Sin embargo, me limité a decir:

—De acuerdo.

—Me alegro de ir a Amanpuri con todos los gastos pagados, pero no me gusta, colega. No conviene mezclar el placer con los negocios. Te confunde. Y sería trágico que te mataran para aclarar la confusión.

Bebí otro trago de mi capuchino.

—Existe cierto riesgo, pero también tiene sus ventajas. Si no me reúno con esa mujer, echaré a perder la oportunidad de averiguar lo que saben los israelíes, lo que están tramando.

—De acuerdo, hijo mío, pero ésas no son las únicas ventajas en las que estás pensando.

—Cierto.

—Ya eres mayorcito, de modo que no voy a decirte a qué hora debes acostarte ni con quién. Espero que esa chica valga el riesgo al que te expones.

Asentí con la cabeza. De pronto se levantó una brisa, y durante unos instantes hizo frío en la terraza. Me pregunté si era prudente lo que hacía, y si era justo que involucrara en ello a Dox.

Las estrellas, que habían sido visibles durante poco rato, habían desaparecido, reclamadas por el contaminado firmamento. Contemplé las luces de la ciudad. Después de la cena ya no tuve la grata sensación de estar por encima de todo, alejado del caos. Al contrario, tuve la sensación de haberme metido en algo que desconocía.

Capítulo 8

Hilger estaba sentado ante su mesa en su despacho situado en la planta ochenta y ocho del International Finance Center. El IFC Dos era uno de los edificios construidos recientemente en Hong Kong y el más alto, pues medía más de cuatrocientos metros de altura. Hilger reconocía que le gustaba este lugar. No sólo por las vistas, los servicios, la sensación de hallarse en la cima del mundo, aislado, todopoderoso, intocable. El edificio era una tapadera casi perfecta. El alquiler era tan impresionantemente caro que era inconcebible que un gobierno o una organización sin afán de lucro pudieran pagarlo. Lo cierto era que el Tío Sam no costeaba el alquiler del despacho de Hilger, ni ningún otro aspecto de su operativo. Hoy por hoy el Tío Sam le dejaba tranquilo, beneficiándose de sus excelentes servicios de inteligencia pero prefiriendo no averiguar cómo los conseguía. Lo cual satisfacía a Hilger.

La habitación estaba decorada con madera de roble natural y una alfombra de lana color crudo beréber. La mesa contenía unos pocos objetos: una lámpara halógena de níquel pulido Leonardo Marelli; un teléfono Bang & Olufsen Beocom 2500, con un circuito de seguridad telefónica instalado por la CIA; y un Macintosh de aluminio anodizado con una pantalla plana de treinta pulgadas y un teclado y un ratón inalámbricos. El aspecto general, que Hilger había puesto a prueba con éxito con numerosos clientes, era de solidez, eficacia, dinero, contactos. La vista de los rascacielos del distrito Central y de Victoria Harbor formaba parte de la impresión, y a Hilger le entusiasmaba. Esa noche, para minimizar los reflejos y realzar el espléndido paisaje urbano, Hilger tenía encendida sólo la lámpara de su mesa para iluminar la habitación. Contemplar el panorama serenaba su estado de ánimo, le ayudaba a resolver los problemas. Lo cual le venía de perilla, porque en esos momentos Hilger tenía que resolver varios asuntos.

No podía decirse que la situación fuera positiva, desde luego, pero aún podía solventarse. Sí, había perdido a dos hombres, pero no era la primera vez que ocurría y Hilger entendía que perder a unos hombres, o quizá su propia vida, formaba parte de cualquier misión. Lo importante era la misión, la operación. Ésta tenía que salir bien, y Hilger estaba empeñado en conseguirlo.

Hilger repasó la situación desde un principio. El objetivo: proteger la operación. Lo cual significaba: poner fin a la amenaza contra Manny, que constituía una parte crítica de la operación. ¿Cómo lograrlo? Muy sencillo. Descubriendo quién había ordenado el asesinato de Manny y quién había tratado de llevarlo a cabo, y luego, en la medida en que fuera posible, eliminando a ambos.

El problema era llevarlo a cabo bajo una intensa presión. Después de haberse encontrado con Manny por la mañana en Kowloon, Hilger había regresado a su despacho. Tenía un mensaje de un miembro de su operativo que en la actualidad estaba destinado en Langley. Hilger le había llamado. El hombre le había proporcionado una importante información: la noticia de que Calver y Gibbons habían sido asesinados en Manila había llegado de inmediato a las altas esferas. El cuartel general de la Agencia en Manila se había puesto en contacto con la policía de Metro Manila, que había examinado el historial del guardaespaldas asesinado y había averiguado que su único cliente era un tal Manheim Lavi, un conocido cabronazo. En la actualidad Lavi estaba ilocalizable, pero suponían que el guardaespaldas había muerto para proteger al susodicho cabronazo, y que los dos ex agentes secretos habían estado relacionados con éste. La pregunta del millón, según había dicho ese agente, era: ¿Qué diantres hacían Calver y Gibbons con ese cabronazo, y quién más estaba implicado en el asunto? Hilger comprendió que tenía que atar todos los cabos sueltos antes de que otro diera con ellos y descubriera el pastel.

Con respecto a lo primero, quién había tratado de asesinar a Manny, Hilger se había movido con rapidez. Por la descripción que le había proporcionado Manny, Hilger había sospechado enseguida de John Rain. Sabía que éste se había encargado el año pasado de la operación Belghazi en Kwai Chung, en Hong Kong. Hilger se había opuesto a esa operación, e incluso había tratado de eliminar a Rain para impedir que se llevara a cabo. Pero Rain había demostrado ser un hombre difícil de disuadir, y había conseguido atrapar a Belghazi. Lo cual, curiosamente, había resultado positivo: ese cabrón de Belghazi había estado tratando de mover unos misiles radiológicos ante las mismas narices de Hilger. Si Rain no lo hubiera liquidado, habría tenido que hacerlo el propio Hilger.

Pero esa operación había sido un desastre. Algunos de los colaboradores que Hilger se había esmerado en cultivar habían sospechado que éste estaba implicado en el asunto. De no ser por Manny, Hilger dudaba que hubiera conseguido recuperar la confianza que esa gente había depositado en él. Para

colmo, Hilger había tenido que soportar la presión de la CIA, que quería saber hasta qué punto estaba implicado éste en el asunto y por qué no se habían rellenado los informes pertinentes. En ese caso, la intervención de un elemento ajeno había sido también decisiva. El contacto que tenía Hilger en el NSC, o Consejo Nacional de Seguridad, había conseguido aplacar al director de la Central de Inteligencia, asegurándole que la Agencia tenía carta blanca para atribuirse todo el mérito de haber abortado una operación terrorista en Kwai Chung. Al día siguiente toda la prensa se había hecho eco de la noticia, y los héroes de la CIA, entre los cuales destacaba el DCI, habían acaparado los focos aduladores. Pero también había habido unos beneficios adicionales. Puesto que el Consejo Nacional de Seguridad se había pronunciado en nombre del presidente, el que éste hubiera intervenido de forma agresiva en favor de Hilger había indicado al DCI que Hilger gozaba de la protección de las altas instancias. A partir de ahí el DCI, el director de operaciones domésticas y todos los altos cargos de la Dirección de Operaciones habían dejado a Hilger tranquilo.

Pero ahora había un nuevo DCI, un tipo llamado Goss, y debido a los despidos y dimisiones que se habían producido, todas las personas que se habían sentido intimidadas habían desaparecido. El aspecto positivo era que Goss estaba en la inopia, al menos hasta la fecha. Tenía tantas cosas que controlar, que Hilger dedujo que podría eludir su radar durante un tiempo. Pero si se producía otra metedura de pata, o si Goss decidía hacer méritos a costa de Hilger, las cosas podían volver a ponerse peliagudas. Sí, Hilger quizá lograra que le devolvieran algunos favores ayudándole a salirse del aprieto, pero prefería no tener un altercado con el nuevo director a esas alturas. Aunque Hilger ganara, tendría que pechar con las consecuencias. A los cazadores no les gusta que les interrumpen cuando se disponen a capturar su presa.

La participación de Rain en el asunto demostraba que la CIA había ordenado la operación, al igual que en el caso Belghazi. La idea era casi nauseabunda. Si esos idiotas supieran lo que Hilger se traía entre manos, lo que había conseguido en tres cortos años, no vacilarían en retirarse y dejarlo tranquilo. Si tuvieran dos dedos de frente, más que dejarlo tranquilo se arrodillarían ante él.

Hilger se puso a tamborilear con los dedos en el borde de su mesa de madera clara mientras observaba las barcas iluminadas que avanzaban lentamente como animales acuáticos sobre la oscura superficie del muelle, cuatrocientos metros más abajo. Hilger no sabía muy bien por qué sus

hombres creían en él, pero el caso es que lo hacían. Siempre habían creído en él. Hilger intuía que, a punto de cumplir los cuarenta años, se había convertido en una especie de figura paternal para ellos. Sería excesivo decir que lo adoraban, pero para sus hombres era muy importante la opinión que Hilger tuviera sobre ellos, al igual que su comprensión, su capacidad de perdonar, por las cosas que su trabajo les exigía hacer. Hilger nunca había tenido a nadie como él en su vida, pero entendía el poder y la responsabilidad que comportaba el cargo. Podía dar una palmada en la espalda a un hombre, a veces literalmente, y decirle que no se preocupara, que había hecho lo correcto, que las imágenes y los olores, los temores y las dudas, los efectos corrosivos de los remordimientos y todo lo demás formaban parte de la nobleza de ese hombre por no haber optado por la vía fácil y habitual de inhibirse de su obligación. Y puesto que nadie conocería nunca sus silenciosos actos heroicos, los sacrificios anónimos que hacían, porque nunca obtendrían ninguna medalla ni se organizarían desfiles en su honor ni gozarían de la gratitud de una nación agradecida, la comprensión de Hilger y, en caso necesario, su perdón constituían el único consuelo que tenían sus hombres. Por supuesto, eso no bastaba para eliminar la carga, pero al menos la aligeraba. A veces Hilger lamentaba no poder acudir a alguien en busca de consuelo como hacían sus hombres con él, pero sabía que era imposible y que el hecho de tener que cargar él solo con las dudas y los recuerdos amargos formaba parte de la responsabilidad del liderazgo.

Manny le había dicho que había visto a otro hombre, un tipo blanco y corpulento. Eso no servía de gran cosa, pero Hilger tenía otros datos. En Kwai Chung había habido un francotirador. Quizá fuera Rain, pero Hilger sabía que Rain no se había adiestrado como francotirador, y el de Kwai Chung era un profesional. Había saltado la tapa de los sesos a los dos cobradores de Transdníester desde la distancia suficiente como para que nadie oyera los disparos. Ése no era el estilo de Rain, que trabajaba a distancias cortas. Hilger no estaba seguro, pero sospechaba que el tirador era un tipo contratado por la CIA llamado Dox. Hilger había tratado de contratar a Dox, a través de un intermediario, para que eliminara a Rain y salvara a Belghazi. Posteriormente Hilger se había preguntado si ese maldito ex marine había decidido trabajar con Rain en lugar de contra él. Sabía que habían «servido» juntos en Afganistán, ayudando a los muyahidines a expulsar al Ejército Rojo. Hilger suponía que el instinto mercenario de Dox sería más poderoso que el sentido de camaradería que pudiera experimentar por haber participado con Rain en ese conflicto, pero al parecer se había equivocado.

Hilger tenía unos dossiers sobre esos dos hombres, que contenían unas fotografías. La foto de Rain era un poco antigua, pero Hilger había utilizado un programa informático de la Agencia para actualizarla. Había mostrado las fotos a Manny antes de que éste regresara a Manila, y Manny los había identificado a los dos.

Hasta ahí, todo iba bien. Pero era muy difícil averiguar quién estaba detrás de la operación. Hilger había pensado en primer lugar en la CIA, pero no había podido averiguar nada al respecto. Como es lógico, sus pesquisas tenían que ser muy discretas, para evitar que alguien lo relacionara a través de Manny con los hombres que habían muerto en Manila, pero Hilger tenía sus fuentes, y ninguna había podido facilitarle la información que deseaba. Era posible que la CIA prefiriera que Manny estuviera muerto, pero nada indicaba que hubieran tratado de eliminarlo.

Entonces, ¿quién había sido? Por más que Manny se resistiera a afrontarlo, Hilger y él habían convenido la víspera en que la lista era bastante larga. El problema era que Rain no tenía ninguna relación que ellos conocieran con los principales sospechosos. Tenía una historia con el Partido Democrático Liberal Japonés y, por supuesto, con la Agencia, con la cual mantenía una relación que se remontaba a la época de Vietnam, pero que se supiera, no trabajaba para nadie más. Lo cual no significaba que no tuviera otros clientes, claro está; Rain trabajaba por cuenta propia, era un mercenario. Pero en el tipo de trabajo que desarrollaba Rain no era fácil ampliar la base de clientes. No puedes colgar un letrero, ni colocar unos anuncios en la prensa. Uno va adquiriendo nuevos clientes lentamente, suponiendo que lo consiga.

No obstante, existía una forma bastante sencilla de llegar al fondo del asunto. Lo único que tenía que hacer Hilger era interrogar a Rain o a Dox. Quizá no quisieran responderle, pero probablemente le creerían cuando Hilger les dijera que entendía que eran tan sólo unos sicarios, que no tenía ningún motivo personal o profesional para querer eliminarlos. Es más, después de que hubiera conseguido esclarecer el caso, incluso le complacería que entraran a formar parte de su equipo.

Que eso se aproximara a la verdad lo haría más creíble. Lo cierto es que habría sido verdad si Rain y Dox no hubieran asesinado a Calver y a Gibbons, lo cual convertía el tema en un asunto personal. Y habían aterrorizado al hijo de Manny, destruyendo cualquier posibilidad de que Manny aceptara también olvidar el incidente.

Lo único que tenía que hacer Hilger era dar con ellos. Un secuestro limpio, ocultándolos en la parte posterior de una furgoneta camuflada,

discreta. Mantener con ellos, en la medida de lo posible, una conversación razonable, cara a cara. Si no era posible, aplicarles unas pinzas de contacto electrificadas en los testículos. En cualquier caso, obtendría la información que deseaba.

Hilger suspiró profundamente. Sí, necesitaba a alguien capaz de secuestrarlos y posteriormente interrogarlos, y que conociera la región lo suficientemente bien para poder hacerlo con rapidez.

Había varios hombres que Hilger podía haber elegido, pero entre éstos destacaba un nombre: Mitchell William Winters. Era un experto. Se había formado con el célebre equipo de rescate de rehenes del FBI y había eliminado a un buen número de indeseables. Y había trabajado en Asia, como consultor de seguridad para empresas que necesitaban esos servicios en la región. Winters era un experto en artes marciales; Hilger recordaba haber oído hablar sobre *kali* o algo parecido en Filipinas, y sobre boxeo tailandés en Bangkok. A Hilger no le interesaba mucho el *karate*; la modalidad de artes marciales que le atraía más era un SIG P229, oculto en una faja en el vientre, y no había conocido a ningún maestro Long Dong Do capaz de interceptar una bala disparada con esa arma, pero quién sabe, en Asia todo era posible.

Winters presentaba otra ventaja. Hilger sabía que se había graduado en un programa sobre interrogatorios hostiles instaurado por la CIA que no figuraba en los libros de la Agencia. El programa estaba oficialmente destinado a enseñar a los agentes secretos a resistir la tortura, pero en la comunidad era bien sabido que dicho programa enseñaba diversos métodos de tortura y que ése era su auténtico propósito. Algunos asimilaban el cursillo con más facilidad que otros. Hilger sabía que Winters había demostrado poseer una gran habilidad.

Hilger observó que el cielo empezaba a clarear detrás del distrito Central, a su derecha. Después de consultar su directorio, tomó el teléfono.

Capítulo 9

Después de cenar, Dox insistió en visitar los bares de chicas gogó en Patpong. A mí no me apetecía, pero comprendí que tenía que aceptar que Dox era lo suficientemente gigantesco para contener multitud de personalidades: letal y escandaloso; culto y zafio; profundo y frívolo. Lo que había dicho hacía un rato sobre ser capaz de desenvolverse él solo era cierto. Se me ocurrió que quizá yo fuera injusto con Dox y decidí esforzarme en confiar más en él. Era una idea extraña e incómoda, pero era lo que debía hacer.

Me detuve en un cibercafé para consultar los planes de Delilah. Tenía un mensaje de ella: tomaría el vuelo de Air France y llegaría a Bangkok a las 16:35 del día siguiente. Perfecto. Después de hacer las pertinentes reservas para Dox, regresé al Sukhothai, tomé un baño caliente en la fabulosa bañera, me acosté y dormí.

Pero tuve un sueño agitado. Soñé que era de nuevo un niño, en el apartamento donde me había criado, y que alguien me perseguía de una habitación a otra. Llamé a mis padres, pero no acudió nadie y me aterrorizaba estar solo. Mi padre tenía una catana, una espada larga japonesa que según me había explicado había pertenecido a su bisabuelo, colocada sobre un atril ceremonial en el dormitorio de mis padres. Entré apresuradamente allí y cerré la puerta a mi espalda. Pero cuando fui a tomar la catana, comprobé que en vez de una había dos, y no supe cuál elegir. Me quedé bloqueado. Mi mente gritaba: «¡Coge una, la que sea!», pero no podía moverme. De pronto la puerta empezó a abrirse...

Me desperté, salté de la cama y me puse en cuclillas. Permanecí en esa postura durante un buen rato, conteniendo el aliento, sintiendo que el sudor se secaba sobre mi cuerpo, tratando de olvidar el sueño y recobrar la serenidad. Por fin me incorporé, fui al lavabo y luego tomé otro baño.

Pero esta vez el baño no me ayudó a conciliar el sueño. Permanecí tendido en la cama durante largo rato, dándole vueltas. Me preocupaba haberme vuelto a quedar bloqueado, incapaz de moverme, aunque se tratara de un sueño. Podía haber elegido entre dos espadas, lo cual no deja de ser una ventaja si estás en peligro. Pero no había podido tomar ninguna de las dos. De

no haberme despertado, la persona que me perseguía en el sueño me habría matado.

Al día siguiente Dox y yo nos dirigimos al aeropuerto a primera hora de la tarde para establecer una ruta de contravigilancia y comprobar su eficacia. Utilizamos el mismo equipo transmisor que empleamos en Manila. Si Dox tenía que advertirme de algo, podía hacerlo desde lejos y en mi oído. Eso nos ofrecía un abanico de opciones más eficaces que si Dox hubiera tratado de protegerme desde lejos sin poder ponerse en contacto conmigo.

La zona frente a la aduana estaba atestada de gente que esperaba a alguien: familias, tailandesas y expatriadas; chóferes de coches de los hoteles vestidos con uniformes blancos; mochileros con greñas grasientas y calzados con sandalias que venían a recoger a unos amigos aventureros procedentes de Europa y Australia. Nadie hizo que se activara mi radar, pero la zona estaba demasiado abarrotada para tener la certeza. Si iba a tener problemas, supuse que tendrían aspecto israelí. A fin de cuentas, que los superiores de Delilah me hubieran contratado se debía en primer lugar a su falta de recursos asiáticos. Por supuesto, era una «falta» relativa: Israel tiene contactos en Tailandia a través del comercio de gemas y la venta clandestina de armas a grupos como los Tigres Tamiles de Sri Lanka. No obstante, si querían moverse con la suficiente rapidez para aprovecharse de cualquier información que pudiera suministrarles Delilah, no tendrían tiempo de contratar a un sicario independiente. Lo cual no significa que yo no diera importancia a personas que no encajaran en ese perfil, pero conviene guiarse por ciertas pautas.

Me situé en el extremo derecho de la puerta de salida, desde donde vería a Delilah cuando saliera de la aduana pero ella tendría que esforzarse en localizarme. Dox estaba situado a unos metros detrás de mí y a la derecha, y cuando me volví disimuladamente, tardé unos segundos en localizarlo, a pesar de conocerlo y de saber dónde se hallaba. Dox poseía el don de los francotiradores de mimetizarse con su entorno.

Existían dos posibilidades: la primera, que los otros habían apostado a alguien frente a la aduana, donde yo había dicho a Delilah que la recogería; la segunda, que habían colocado a alguien en el avión que había tomado Delilah, el cual tendría que seguirla para que su presencia fuera de alguna utilidad. De las dos posibilidades, pensé que la segunda era la más probable y la más fácil de resolver. Más probable, porque la falta de recursos asiáticos de la

organización les impediría contratar a alguien rápidamente; y más fácil de resolver, porque la persona que siguiera a Delilah tendría que pegarse a ella cuando bajaran del avión y le resultaría muy difícil pasar inadvertido a partir del momento en que yo recogiera a Delilah. En cualquier caso, no me preocupaba excesivamente que alguien decidiera llevar a cabo una acción dentro del aeropuerto. Los niveles de vigilancia, seguridad y control sobre las puertas de acceso y salida hacían que fuera casi imposible llevar a cabo un secuestro o un asesinato dentro de un aeropuerto.

El avión llegó con diez minutos de antelación sobre la hora prevista, sin que yo hubiera detectado nada anormal entre la multitud que se agolpaba frente a la aduana. Vi a Delilah en cuanto salió. Lucía un traje pantalón azul marino y unos zapatos de tacón marrones, y llevaba su larga melena rubia recogida en una cola de caballo. Llevaba una bolsa de viaje de cocodrilo colgada en bandolera del hombro izquierdo, apoyada cómodamente sobre su cadera derecha. El aspecto exterior rebosaba belleza, elegancia, dinero, confianza en sí misma, estilo. Yo sabía que Delilah poseía otras cualidades aparte de éstas, pero lucía su persona exterior con gran desenvoltura.

Metí la mano en el bolsillo y conecté el transmisor, tras lo cual puse en marcha el minidetector de micrófonos ocultos que Harry había confeccionado para mí en Tokio y en el que confío plenamente. El primer artilugio habría activado el segundo, y quería cerciorarme de que Delilah no llevaba un transmisor.

Delilah se volvió y sonrió al verme. Sentí algo en la entrepierna, como un perro adormilado que reacciona al percibir un olor apetitoso, y pensé: «Tranquilo, chico, no me pongas en evidencia».

Delilah se acercó y depositó la bolsa en el suelo, se inclinó sobre mí y me besó ligeramente en los labios. La abracé. Olía igual que la primera vez que la había besado, un olor limpio y fresco con un toque seductor de un perfume que no logré identificar. Su calor, su cuerpo contra el mío y su olor se introdujeron debajo de mi ropa, y el abrazo se convirtió de pronto, en el atestado aeropuerto, en un gesto privado, intenso, casi desnudo en su intimidad.

Delilah inclinó la cabeza hacia atrás y me miró, con una mano apoyada en mi nuca y la otra apoyada ligeramente en mi pecho. El perro se había despabilado del todo. Dentro de un minuto el maldito chucho se alzaría de patitas en un gesto de súplica. Me aparté un poco y miré a Delilah.

Delilah sonrió; sus ojos de color cobalto mostraban una expresión jovial.

—Supongo que debería preguntar: «¿Llevas una pistola en el bolsillo o...?» —dijo.

—No —respondí—, es que me alegro de verte.

Delilah se rió.

—¿Adónde vamos?

El detector de micrófonos dormitaba apaciblemente en mi bolsillo. Delilah no llevaba ningún aparatito oculto. Adopté una pose despreocupada, con las manos en los bolsillos. Desconecté el detector de micrófonos y puse en marcha el transmisor. Oí un leve sonido sibilante en mi conducto auditivo, donde tenía insertada la unidad de color carne.

—A un lugar que conozco en Phuket —respondí.

—¡Estupendo! He oído decir que es una maravilla, pero no lo conozco. ¿Cómo está la situación allí después del *tsunami*?

—El lugar al que vamos está sobre un promontorio, alejado de la playa, por lo que no sufrió daños. De hecho, la mayor parte de la isla se está recuperando rápidamente. ¿De cuánto tiempo dispones?

—Tres días. Quizá más. ¿Y tú?

—No lo sé. Estoy esperando algo. Confío en que tarde unos días en concretarse.

—Pues no perdamos tiempo. ¿Adónde vamos?

—A la otra terminal. Nuestro vuelo parte dentro de una hora.

En lugar de tomar el bus del aeropuerto, elegí una ruta que requería atravesar a pie la terminal y descender al nivel inferior. Delilah comprendió mi propósito, pero no dijo nada. Al llegar a la planta baja, paré un taxi y dije al conductor que nos llevara a la terminal de vuelos nacionales. Un minuto después de haber arrancado el vehículo, oí a Dox decir en mi oído:

—Hasta ahora todo va bien. No parece que nadie os esté siguiendo. Si lo hacen, se esmeran en hacerlo disimuladamente. Me adelantaré para comprobar si vemos alguna cara conocida.

El taxi se detuvo frente a la terminal de vuelos nacionales. Pagué al taxista, me bajé y ayudé a Delilah a apearse al tiempo que me volvía para mirar detrás de nosotros. Delilah se dio cuenta —yo no trataba de hacerlo con disimulo, y en cualquier caso ella se habría percatado—, pero tampoco hizo ningún comentario al respecto. Atribuí el hecho de que no protestara a que estaba preocupada por algo. En Río yo había dejado de tratarla como una amenaza potencial, y sabía que mi decisión de bajar la guardia había sido importante para ella. Supuse que mi renovada suspicacia la había ofendido, y conocía por experiencia sus ocasionales arrebatos de ira. A menos, claro está,

que Delilah conociera los motivos de mi renovada suspicacia y tratara equivocadamente de calmarme.

Entramos en la terminal y nos encaminamos hacia la puerta ocho. Al cabo de unos minutos apareció Dox, pero se mantuvo en la periferia. Le oí decir de nuevo en mi oído:

—Nadie os ha seguido hasta aquí, colega. Tampoco he visto a nadie que estuviera esperando frente a las llegadas internacionales. Así que a menos que alguien supiera adónde te dirigías y llegara aquí antes que nosotros, todo va bien. Creo que nuestro próximo motivo de preocupación será nuestro destino. Quizá esa mujer haga una llamada telefónica cuando lleguéis, para informar a los de su organización sobre el lugar donde os encontráis. De este modo no tendrán que exponerse a que los descubras cuando traten de seguirus. Si yo fuera esa tía, disculpa, si fuera tu amiga, sé que es un tema sensible para ti, y tuviera intenciones aviesas, emplearía este método.

«Basta», pensé. Yo ya lo había analizado todo mentalmente. De hecho, Dox y yo ya habíamos hablado de ello. Dox estaba de un humor muy locuaz.

Charlé con Delilah de cosas intrascendentes referentes al vuelo. Ella había volado en primera clase y había dormido durante todo el viaje, por lo que estaba descansada y dispuesta a gozar de una velada en un paraíso tropical. Pero Dox no dejaba de hablar, y como Delilah estaba a mi lado, no podía decirle que se callara.

—Por cierto, colega, tengo que reconocer que esa mujer está imponente. ¿Por qué no me lo dijiste? Hubiera entendido enseguida tu deseo de reunirte con ella. ¡Joder, yo también me habría afanado por reunirme con ella! De haber sabido que el sujeto era ella, habría hecho este trabajo de contravigilancia gratis, no habrías tenido que pagar mis vacaciones. Pero es demasiado tarde, un trato es un trato.

Dox se detuvo, y pensé: «¡Gracias a Dios!». Pero al cabo de unos instantes prosiguió:

—¡Y yo que pensaba que llevabas una vida solitaria sin otro consuelo que tu fatigada mano! Confieso que te he juzgado mal. A partir de ahora eres mi héroe y procuraré seguir tu ejemplo en materia de relaciones sentimentales.

Cuando subimos al avión, comprendí que estaba a salvo, al menos temporalmente, y me quité el auricular, pensando con satisfacción que a partir de ahora Dox tendría que hablar consigo mismo.

Delilah y yo seguimos charlando. La conversación giró principalmente en torno a temas intrascendentes, lo cual era preferible. Hasta el momento yo tenía dos datos, y ambos apuntaban a un problema: el momento que Delilah

había elegido para ponerse en contacto conmigo y el que no hubiera reaccionado a mis medidas de seguridad. Yo no conocía aún las intenciones de Delilah, pero las pruebas en su contra se acumulaban. En cierto aspecto esta situación me preocupaba. En Río todo había ido sobre ruedas. Debería haber comprendido que Delilah era una profesional, que el trabajo es el trabajo, pero el caso es que me preocupaba.

Aparte, Delilah era guapísima. No me extrañaba que fuera tan eficaz en su trabajo. Tenía algo, un aura, un magnetismo, que jamás había visto en otra persona.

A pesar de mis suspicacias, me alegraba de haberme reunido con ella. Quizá estaba equivocado. Quizá los datos empezarán a acumularse en un sentido más favorable.

El descenso y aterrizaje fueron impecables. Frente a la terminal había un coche esperándonos para trasladarnos a Amanpuri. Mientras circulábamos por las estrechas carreteras de dos carriles de Phuket hacia el complejo hotelero, el Sol empezó a declinar. Intuí lo que estaría pensando Delilah: «¿Éste es el lugar donde vamos a alojarnos? ¡Vaya birria!». Pero aún nos encontrábamos en el interior de la isla, cuya belleza no comienza a mostrarse hasta que llegas a la costa. Y yo sabía que en ese momento las escasas esperanzas de Delilah harían que Amanpuri le pareciera espectacular.

Enfilamos el camino serpenteante y vallado del complejo hotelero en el preciso instante en que el Sol se ocultaba detrás de los empinados tejados de estilo tailandés de los *bungalows* y pabellones y el mar de Andamán que se extiende detrás de ellos. Las siluetas de las palmeras se mecían bajo la suave brisa del océano. Una terraza de teca se extendía desde el borde del camino de acceso hasta una piscina alargada con el fondo negro, cuya superficie parecía de ónice pulido en contraste con el cielo crepuscular. La tenue luz dorada daba a la escena el aspecto de un decorado cinematográfico.

Un portero abrió la puerta del coche, y Delilah y yo nos apeamos.

—Bienvenidos a Amanpuri —dijo el portero uniendo las manos debajo del mentón e inclinando la cabeza en un ceremonioso *wai*, un gesto tailandés de saludo y gratitud.

Delilah miró a su alrededor y luego a mí. Tenía la boca ligeramente entreabierta.

—¿Qué es este maravilloso olor? —preguntó.

—*Sedap malam* —respondió el portero—. Procede de Indonesia. Significa «noche celestial» porque sólo ofrece su perfume de noche. Creo que en su idioma se llama «nardo».

—¿Te gusta? —pregunté mirando a Delilah y sonriendo. Delilah se detuvo unos instantes y luego exclamó:

—¡Cielo santo!

—¿Eso significa que sí?

Delilah asintió con la cabeza y miró de nuevo a su alrededor. Luego me miró con una sonrisa radiante.

—Sí —respondió—, por supuesto.

Nos registramos debajo de las vigas del techo del pabellón de entrada situado al aire libre. Una mujer llamada Aom nos ofreció una rápida visita guiada de las dependencias del hotel: el gimnasio, la biblioteca, el *spa*. Todo era de teca y piedra y se alzaba del montañoso terreno formando un panorama tan autóctono como las palmeras que lo rodeaban. Observé la presencia de numerosos guardias, todos extremadamente discretos. Amanpuri es un lugar que atrae a las celebridades como un imán, y la dirección del complejo hotelero se toma muy en serio el tema de la seguridad, lo cual representaba para mí uno de sus atractivos. Aunque Delilah informara a los de su organización de nuestro paradero, les sería muy difícil presentarse aquí sin anunciarse y tratar de pasar inadvertidos. En cuanto a Delilah, a juzgar por lo que yo había visto sobre el *modus operandi* de su organización, su misión consistía en instalar los bolos, no en derribarlos. Por lo demás, puesto que no había facturado su equipaje, era improbable que portara un arma. Sabiendo todo esto, e inevitablemente influido por la extraordinaria belleza del lugar, empecé a relajarme. Era como si nos hubieran concedido un respiro, durante el cual yo confiaba en averiguar lo que necesitaba saber. Quizá lograra, en caso necesario, invertir la situación. Sí, Delilah y yo nos habíamos enfrentado tiempo atrás a un conflicto de intereses y habíamos hallado el medio de resolverlo. Quizá lo consiguiéramos de nuevo.

Aom nos condujo a nuestro pabellón, el número 105, que ofrecía una increíble vista del océano. La habitación estaba decorada en un estilo discreto y lujoso. Las paredes, el suelo y los austeros muebles eran de teca, con una bañera muy larga de porcelana, un nórdico de algodón y unas toallas grandes y esponjosas de un blanco deslumbrante. Todo parecía relucir bajo la luz dorada del Sol, que aún era visible a través de la puerta del pabellón que daba al oeste.

Delilah estaba hambrienta, de modo que decidimos cenar en uno de los restaurantes al aire libre del complejo hotelero. Nos sentamos junto a la balaustrada, frente al océano. El Sol se había ocultado en el horizonte, y aparte de la fina y reluciente línea roja que se interponía entre ambos, la

superficie del agua estaba tan oscura como el firmamento. El restaurante, como todas las dependencias de Amanpuri, excluía sabiamente toda música ambiental, dejando que la brisa que mecía las palmeras y las olas que lamían la playa proporcionaran el necesario ambiente.

Pedimos pato asado salteado con campanillas moradas, cangrejo de mangle salteado con salsa chili, surtido de verduras y brotes de soja rehogados con *tofu* y chili. Para empezar, pedí una botella de Veuve Clicquot del 93.

—Debo decirte —dijo Delilah mientras comíamos— que he estado en algunos de los lugares más hermosos del mundo: Post Ranch en Big Sur, el Palace en Saint-Moritz, el parque nacional del Serengeti. Pero éste se lleva la palma. Sonreí.

—No hay muchos lugares que consigan que te olvides de todo. Todos los sitios que conoces, todo lo que has hecho...

Delilah arqueó las cejas.

—¿Cuáles son, según tú, los otros lugares?

Reflexioné unos instantes antes de responder.

—Aunque te parezca increíble, algunos lugares en Tokio. Pero en realidad son unos enclaves, unos oasis. Te protegen de lo que hay fuera, pero sabes que sigue allí. Esto... es otro universo.

Delilah bebió un trago de champán.

—Te entiendo. Hay una playa en Haifa, donde me crié. A veces, cuando regreso allí, por las noches me refugio en un lugar apacible. El olor del mar y el sonido de las olas hacen que me sienta de nuevo como una niña, inocente y pura. Como si estuviera sola, en un sentido positivo, ¿comprendes?

—Sentirse acompañado por unos recuerdos constantes —dije citando a un amigo que había dicho esa frase en cierta ocasión— equivale a alcanzar un estado de gracia.

—¿Estado de gracia? —preguntó Delilah interpretando la referencia en sentido literal—. ¿Crees en Dios?

Me detuve unos instantes, recordando mi conversación con Dox.

—Procuro no hacerlo —respondí.

—¿Y eso te ayuda?

—No —contesté encogiéndome de hombros—. Pero ¿qué más da en lo que uno crea? Las cosas son como son y punto.

—Lo que uno cree es fundamental.

Miré a Delilah. Ya habíamos tocado ese tema anteriormente, y el reproche implícito y el tono condescendiente de su comentario no me gustaron, ni

entonces ni ahora.

—Entonces debes tener cuidado con lo que crees —dije—, y con lo que puede costarte.

Delilah desvió la vista durante unos instantes. Yo no estaba seguro de que fuera un gesto de irritación.

Apuramos el champán y pedí una botella de Lafon Volnay Santenots del 99. Sabía que Delilah tenía una mente disciplinada, pero nadie se desenvuelve tan brillantemente en presencia de vino y de desfase horario o en ausencia de éstos como ella. Y si Delilah había venido por algún motivo «execrable», como había dicho Dox, la disconformidad entre sus sentimientos hacia mí desde tiempo atrás y sus intenciones hacia mí ahora debía de generarle una fuerte tensión. Decidí hacer cuanto pudiera por transformar esa tensión en una falla, la falla en una grieta que se iba ensanchando.

Seguimos charlando sobre diversos temas. Delilah no dijo nada que indicara que estaba al corriente del asunto de Manny, ni que la desastrosa operación en Manila tuviera nada que ver con su presencia aquí en estos momentos. Conforme avanzó la velada, comprendí que me era imposible creer que el hecho de que Delilah se hubiera puesto en contacto conmigo precisamente ahora fuera una casualidad. Por lo que deduje que la ausencia de todo comentario al respecto debía de ser una omisión. Una omisión deliberada.

De haberse tratado de otra persona en lugar de Delilah, y si esto hubiera ocurrido hacía uno o dos años, yo habría aceptado la verdad de lo que sabía. Y habría obrado en consecuencia. Hacerlo habría protegido mi cuerpo, aunque a expensas de mi alma. Pero estando como estaba sentado frente a ella, sin duda bajo la influencia del vino, el paraje y los sentimientos que aún experimentaba hacia ella, empecé a buscar otra vía. Algo menos directo, menos irredimible, algo basado en la esperanza en lugar de sólo en el temor.

Saber que me estaba arriesgando me produjo una curiosa y al mismo tiempo grata sensación, si bien no tan cruda como la emocionante perspectiva de «sexo peligroso», como había insinuado Dox. Era la sensación de las posibilidades, el potencial que ofrecía la situación. No sólo la posibilidad de que si interrogaba a Delilah y ésta acababa confesando, me proporcionaría una información que me ayudaría a comprender mi situación con respecto a Manny. Asimismo, era consciente de que albergaba una esperanza más profunda, la esperanza de que Delilah me proporcionara algo más que una simple información, algo intangible pero infinitamente más valioso.

Después del postre consistente en fruta y dulces tailandeses, seguido por unas humeantes tazas de capuchino, regresamos dando un paseo al pabellón. Dejamos una iluminación tenue y nos sentamos en un mullido sofá de teca frente al mar, presente por el sonido de las olas pero invisible en la oscuridad exterior. En la habitación se hizo un silencio que se me antojó denso y alarmante. Mis anteriores tácticas sesgadas encaminadas a sonsacar alguna información a Delilah me habían procurado sólo algunos indicios y pistas. Había llegado el momento de actuar de forma más directa. Noté que tenía la boca un poco seca ante la perspectiva, quizá porque en parte temía lo que pudiera descubrir.

—¿Te han explicado los de tu organización el trabajo que me han encargado? —pregunté.

Delilah me miró, y algo en su expresión me indicó que la pregunta le incomodaba. No habíamos vuelto a la habitación para eso; eso no formaba parte del guión.

—No —respondió—. Todo se reduce a «lo que debo saber». Si no debo saberlo, es mejor que no lo sepa.

—Me contrataron para que eliminara a un tipo en Manila.

Delilah sacudió la cabeza.

—¿Por qué me lo cuentas?

—No quiero que lo que hay entre nosotros se reduzca simplemente a «lo que debemos saber». En tal caso, estaríamos jugando el uno con el otro.

—Protegiéndonos mutuamente.

—¿Tú me protegerías?

—¿De qué?

—¿Y si las cosas se torcieran?

—No me pongas en un aprieto tal.

—¿Y si tuvieras que elegir?

—No lo sé —respondió Delilah entrecerrando un poco los ojos—. Tú ¿qué harías?

—Para mí es muy fácil —contesté mirándola—. Yo no creo en nada, ¿recuerdas? Tomo mis decisiones yo solito.

—Ésa no es una respuesta.

—Es una respuesta más concreta que la que acabas de darme.

—Insisto, no lo sé. Lamento que no sea la respuesta que querías que te diera.

—Quiero saber la verdad.

—Tú sabes quién soy.

—Por eso te lo pregunto.

Delilah se rió.

—Es como si estuviera casada, ¿comprendes? Tengo una familia a la que debo regresar siempre.

No respondí. Al cabo de unos instantes, Delilah dijo:

—Deja de fingir que no sabes de qué va esto.

Eso sonaba peligrosamente semejante a una racionalización que conozco bien: «Él sabía en qué se estaba metiendo. Si no hubiera participado en el juego, no habrían querido eliminarlo».

A mi modo de ver, de todos los ángulos y todas las estrategias posibles, la verdad era lo que menos convenía a Delilah. Cuanto más me aproximaba a ella, más la apartaba del juego que se traía entre manos.

—¿Has venido sólo por razones personales? —le pregunté.

Delilah se rebulló ligeramente en el sofá.

—Sí.

—Mírame a los ojos cuando digas eso.

Delilah obedeció. Tras una prolongada pausa, repitió:

—He venido sólo por razones personales.

No. Yo la conocía desde la ocasión en que habíamos pasado unos días juntos en Río. Si lo que acababa de decir fuera cierto, mis sospechas la habrían provocado al instante. Pero Delilah estaba tratando de controlar su comportamiento en presencia del cansancio, de unas emociones contrapuestas, del alcohol y de la tensión que le producían mis preguntas, y el inusitado esfuerzo era evidente.

La miré en silencio. Delilah me devolvió la mirada. Pasó largo rato, unos diez o quince segundos. Observé que se había sonrojado levemente y que cada vez que espiraba, sus fosas nasales se dilataban.

Delilah desvió bruscamente la vista. Observé que respiraba trabajosamente.

—Maldito seas —dijo con una voz que era apenas un murmullo—. Maldito seas.

Delilah miró alrededor de la habitación, moviendo la cabeza de un lado para otro con unos gestos rápidos y eficaces.

Luego se levantó y empezó a pasearse arriba y abajo, primero lentamente, luego más deprisa, asintiendo con la cabeza como confirmando algo para sus adentros, tratando de aceptarlo. Miró hacia todas partes menos a mí.

—Tengo que salir de aquí —dijo, más para sí misma que a mí. Se acercó a una de las cómodas, abrió uno de los cajones y empezó a meter unas cosas en

su bolsa de viaje.

—Delilah —dije.

Delilah no respondió ni se detuvo. Abrió un segundo cajón y metió también su contenido en la bolsa.

—Delilah —repetí, levantándome.

Delilah se echó la bolsa al hombro y se dirigió hacia la puerta.

—Espera —dije interceptándole el paso.

Delilah trató de pasar por mi izquierda. Se lo impedí. Luego trató de pasar por mi derecha. Pero tampoco lo consiguió. Se movió de nuevo hacia la izquierda. Era inútil.

Casi parecía ajena a mi presencia, como si en su camino se hubiera interpuesto algo que trataba de esquivar ciegamente. Pero como no podía avanzar, tuvo que cambiar de estrategia, y entonces comprendió que ese obstáculo era yo. Achicó los ojos y pareció como si moviera las orejas hacia atrás. En mi visión periférica observé que trasladaba el peso de su cuerpo de un pie al otro, una ligera rotación de sus caderas. Acto seguido alzó el codo derecho para golpearme en la sien.

Aparté la cabeza y encogí el hombro izquierdo al tiempo que alzaba la mano izquierda para protegerme el rostro. Su codo apenas me rozó la parte superior de la cabeza. Entonces Delilah alzó el codo izquierdo. Me cubrí, me agaché y esquivé de nuevo el golpe.

Delilah retrocedió y trató de golpearme en la nariz con la palma de su mano izquierda. Me moví hacia un lado y desvié el golpe con la mano derecha. Delilah intentó la misma maniobra con la otra mano, pero sin éxito.

Trató de asestarme dos ganchos en la cabeza. Esquivé el impacto de ambos golpes. Entonces me agarró del brazo e intentó apartarme a un lado, pero la rabia y la ira frustraban sus tácticas.

Si hay algo que he aprendido en los veinticinco años de practicar *judo* en el Kodokan en Tokio, es a conservar el equilibrio. Por más que Delilah se esforzara en derribarme, era como si tratara de mover uno de los gruesos postes de teca de la habitación.

Delilah soltó un grito de rabia y de desesperación. Retrocedió y trató de golpearme en la cabeza con la bolsa. Frené una parte del impacto desviando la cabeza y absorbí el resto cubriéndome con el hombro, los bíceps y el antebrazo. Delilah se detuvo unos segundos para volver a coger fuerzas y me atacó de nuevo. Encajé de nuevo el golpe empleando la misma táctica.

Delilah empezó a soltar unas palabrotas en hebreo y a tratar de golpearme con la bolsa, sin otro propósito evidente que el de desahogar su furia. Dejé

que me golpeará, absorbiendo buena parte de los impactos con los brazos y los hombros. Delilah estaba en excelente forma, y tardó más de lo que supuse en cansarse. Pero al cabo de un rato la potencia de los golpes remitió y el intervalo entre ellos se prolongó. Por fin se detuvo, sosteniendo la bolsa de viaje con una mano, jadeando. Bajé los brazos y la miré.

Delilah miró de nuevo alrededor de la habitación. Supuse que buscaba un arma más eficaz que la bolsa. Me tensé para sujetarla antes de que pudiera tomar un objeto pesado y contundente, o afilado.

Delilah debió de intuir que yo había adivinado sus intenciones. O quizá no vio ningún objeto que le pareciera útil. El caso es que dejó de registrar la habitación con la vista y me miró a los ojos. Tenía las pupilas enormes y negras, dilatadas debido a la adrenalina.

—Apártate... de mí... de una puñetera vez —dijo con voz entrecortada y jadeando.

—No hasta que me digas qué ocurre.

Delilah suspiró profundamente y respondió:

—Que te den.

La miré.

—Ésta va a ser una noche muy larga.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Quiero... —respondí.

Pero había sido una finta. Delilah bajó el hombro derecho y cargó contra mí, tratando de derribarme. El movimiento me pilló desprevenido y Delilah estuvo a punto de conseguir sus propósitos, pero la sujeté por los hombros con ambas manos y utilicé mi cuerpo para inmovilizarla momentáneamente. Delilah se revolvió, tratando de golpearme con la cabeza, y me alcanzó en el mentón. Cerré la boca bruscamente, casi mordiéndome la lengua.

Estaba harto de ese jueguito. La agarré por los bíceps y la empujé contra la pared.

—Dime qué ocurre —insistí.

Delilah soltó la bolsa y trató de asestarme un gancho en el vientre. La así por las muñecas y le inmovilicé los brazos contra la pared, a ambos lados de su cabeza. Nuestros rostros casi se rozaban.

Sentí que Delilah alzaba una rodilla y oprimí mi cuerpo contra ella para frenar el golpe. Delilah se revolvió hacia un lado y el otro. Yo tenía la mejilla oprimida contra la suya, y su olor, ese perfume que me gustaba tanto, que se mezclaba con el sudor, el temor y la rabia, me penetró en la piel y me produjo

una extraña alquimia. Apoyé la cara en su cuello, como para inmovilizarla, pero de pronto empecé a besarla.

—No, no —oír decir a Delilah, pero sin oponer resistencia, o en todo caso poca.

Mientras yo seguía sujetando sus brazos y su cuerpo contra la pared, moví la cara para besarla en la boca. Delilah apartó la cabeza. Le solté las muñecas y tomé su rostro entre mis manos. Delilah se resistió durante unos instantes, tratando de apartarme, pero luego me besó ferozmente, casi atacándome con su boca. Le acaricié los pechos y le sobé la cintura y el culo. Me di cuenta de que la estaba besando con tanta pasión como ella a mí.

Traté de desabrochar uno de los botones de su blusa, pero las manos me temblaban y no pude. «Joder.» Introduje los dedos de ambas manos en los ojales de los botones y tiré con fuerza. Los botones saltaron. Debajo de la blusa Delilah lucía un sujetador de encaje, con un corchete en la parte delantera. Palpé a través del tejido sus pezones, que estaban duros. Al tratar de desabrocharle el sujetador, se desgarró el tejido. El sujetador se abrió y le sobé los pechos. Delilah tenía la piel suave, cálida y húmeda debido al esfuerzo.

Delilah me besó con tal ímpetu que me obligó a apartarme de la pared y me desgarró la camisa del mismo modo que yo le había roto la suya. Luego trató de desabrochar la hebilla de mi cinturón. «No —pensé—, primero tú.» Le bajé la blusa y el sujetador hasta las muñecas y le obligué a volverse hacia la pared. Empezamos a forcejear de nuevo. Le inmovilicé el brazo izquierdo sujetándolo por la muñeca y doblándolo hacia atrás. Lo sostuve en alto, casi a la altura de sus omóplatos, con mi mano izquierda, y la empujé contra la pared. Luego introduje mi mano derecha debajo de su falda. Tenía las bragas húmedas. Le levanté la falda, sosteniendo el tejido contra su culo con mi cadera, y le arranqué las bragas. Delilah echó la cabeza hacia atrás y me asestó un cabezazo en la mejilla que me hizo ver las estrellas. Me apreté contra ella con más fuerza y oprimí mi mejilla contra la suya, de forma que tenía la cabeza aplastada contra la pared. Luego deslicé la mano hacia abajo y empecé a acariciarla. Delilah cerró los ojos y gimió. Le metí los dedos en la vagina y su cuerpo empezó a temblar.

Miré frenéticamente a mi alrededor. A nuestra izquierda estaba la cómoda. Arrastré a Delilah hasta ella. Sobre la cómoda había una pila de revistas, que derribé al suelo con la mano que tenía libre. Luego obligué a Delilah a tumbarse sobre la cómoda, apoyándome sobre su brazo e inmovilizando su torso. Delilah se revolvió, pero yo la sujeté con fuerza por la

muñeca. Me aparté a un lado, me desabroché el cinturón, el botón de la bragueta y me bajé la cremallera.

Pisé la vuelta de la pernera izquierda con el pie derecho y me quité el pantalón, apartándolo a un lado con mi pierna izquierda en cuanto cayó al suelo. No iba a follarme a Delilah con el pantalón alrededor de mis tobillos. Repetí la operación con mi pierna derecha y me quité los calzoncillos. Tenía el pene erecto, apuntando hacia arriba como un objeto de cemento cargado por un resorte.

Me coloqué entre las piernas de Delilah y le levanté la falda. Delilah respiraba trabajosamente, al igual que yo.

Sin dejar de sujetarla por la muñeca, empecé a acariciarla de nuevo. No sé a qué estaba esperando. Quizá quería atormentarla un poco, atormentarnos un poco a los dos.

—Hazlo —dijo Delilah con voz entrecortada—. Hazlo o te mato.

Mi corazón latía tan violentamente que me retumbaba en la cabeza. Sentí un hormigueo en los dedos de las manos y los pies. Obligué a Delilah a separar las piernas de un puntapié, unté mi miembro con un poco de su flujo vaginal y la penetré rápida y fácilmente.

Delilah emitió un gemido tan potente que me recorrió el cuerpo como un grito en *feedback* a través de un micrófono. Comencé a moverme dentro de ella, moviendo las caderas hacia arriba y hacia delante, encogiendo y relajando el vientre y el culo cada vez que le metía la polla hasta lo más profundo.

La miré. Delilah tenía un lado de la cara oprimido contra la cómoda, los ojos cerrados, la boca entreabierta, y jadeaba de dolor o placer, o ambas cosas. Lo ignoro. Tenía la mejilla humedecida por las lágrimas. Seguí moviéndome dentro de ella sin detenerme.

Transcurrió un minuto, quizá dos. Olvidé quién era Delilah, quién era yo, por qué estábamos allí. Sólo era consciente de la habitación, del calor, de una singularidad que generaba un ritmo tan antiguo como los océanos.

Oí un profundo gemido y comprendí que provenía de mí. O quizá era de Delilah. Abrió los ojos y me miró con gesto implorante. Le solté la muñeca y la aferré por las caderas. Delilah sujetó los bordes de la cómoda y se alzó de puntillas, levantando el culo. Movié los labios, pero si pronunció unas palabras, yo no las oí. Las piernas le temblaban. Cuando sentí que empezaba a correrse, me volví loco. Le clavé los dedos en las caderas. Los violentos latidos que me retumbaban en el pecho y la cabeza se fundieron con todo lo demás, mis piernas, mis testículos, mi vientre, el cuerpo de Delilah debajo de

mí y frente a mí. La oí proferir de nuevo unas palabrotas en hebreo al tiempo que sentía que se corría en unas oleadas debajo de mí y a mi alrededor, y me corrí junto con ella.

Al cabo de unos instantes el delirio remitió. Me tendí suavemente sobre ella, apoyándome en mis antebrazos para no aplastarla. Ambos permanecemos quietos mientras nuestra respiración se normalizaba y nuestro sudor se secaba, recuperando el control.

Al cabo de un rato me incorporé, me aparté a un lado y la toqué en el hombro.

Delilah se alzó de la cómoda y me miró. Ninguno de los dos dijimos nada.

—¿Estás bien? —le pregunté al cabo de unos instantes.

—Sí —respondió Delilah.

—¿Quieres que hablemos?

—No, quiero salir de aquí.

—¿Crees que adelantarás algo con eso?

—No.

—Entonces es mejor que hablemos.

Se produjo una pausa. Delilah miró los jirones de su blusa y su sujetador y dejó que se deslizaran por sus brazos y cayeran al suelo. Luego se quitó la falda.

—Quiero saber una cosa —dijo Delilah.

—Adelante.

—Dime que no lo has hecho nunca. Me refiero a acostarte con una mujer sin ponerte un condón.

Pensé en Naomi y sobre todo en Midori.

—No lo he hecho desde hace unos años.

Delilah asintió con la cabeza.

—Me alegro. Aunque a estas alturas lo que menos me preocupa es el sida.

—Dime qué te traes entre manos.

Delilah se encaminó hacia la ducha, tomó un albornoz que colgaba de un gancho junto a la puerta y se lo puso. Yo me levanté e hice lo propio. Luego ambos nos sentamos en la cama.

—Esos hombres que mataste en Manila —dijo Delilah mirando sus manos. Tenía la voz un poco ronca—. Dos de ellos eran agentes de la CIA.

La miré. Comprendí que no me mentía.

—Joder —dije.

Delilah no respondió. Al cabo de unos instantes le pregunté:

—¿Es grave la situación?

—Mis colegas temen que la Agencia dé con tu paradero y te obliguen a confesar. No quieren correr ese riesgo.

—De modo que te enviaron ellos.

Delilah se encogió de hombros.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar?

—¿Has venido para tenderme una trampa?

—Eso creía. Pero ahora no estoy segura.

—Eso no es lo que quería oír.

—Es la verdad.

—¿No tenías el valor de apretar tú misma el gatillo?

—Mi trabajo no es fácil.

Ambos guardamos silencio un rato mientras yo asimilaba la noticia.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

Delilah se apartó unos mechones de pelo que tenía adheridos a la cara.

—Se supone que debo llamar a mi contacto para informarle de cuándo y dónde estarás en una situación vulnerable.

—¿Qué vas a decirle?

Delilah miró el techo y respondió:

—No tengo mi puñetera idea.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunté, pensando: «Aunque quizá no lo hayas hecho. Quizá sea ésta la trampa más astuta que has tendido a una víctima».

Decidí seguir poniéndola a prueba para cerciorarme. No creí que la forma en que su cuerpo había respondido fuera fingida. Pero quizá había un montón de tíos que habían muerto convencidos también de eso. Y quizá fuera un idiota por suponer que el cuerpo sigue siempre los dictados de la mente. O a la inversa.

Tras un largo silencio, Delilah dijo:

—Hasta ahora has tenido suerte. No conozco a nadie que haya tenido tanta suerte durante tanto tiempo. Pero nadie es inmune a las balas. No puedo seguir protegiéndote.

—¿Protegiéndome?

—Te advertí sobre aquel tipo en tu habitación en Macao.

—No era preciso que lo hicieras.

—¿Ah, no? Pero tomaste buena nota de mi advertencia.

Pasé por alto su comentario.

—¿Y esta vez? —pregunté.

Delilah me miró.

—Ya basta, ¿vale? Tú sabes por qué no quiero ser responsable de tu muerte. En Manila la cagaste y no sé si esta vez lograrás sobrevivir. Pero no quiero matarte. Ni contribuir a que te maten.

—No quisiera complicarte la vida.

Delilah me miró indignada.

—Deja de comportarte como un niño. Tú mismo provocaste esta situación, en la que yo también estoy metida.

Me detuve y suspiré. Necesitaba reflexionar. Tenía que haber una forma de salir del apuro.

—¿Te contaron lo que ocurrió en Manila? —pregunté.

—Sólo lo que les explicaste tú. Que trataste de matar a Lavi en unos lavabos, pero apareció su hijo y se interpuso entre vosotros. Luego entraron el guardaespaldas y otros dos tipos, y Lavi y el niño se escaparon.

—Sí, así fue como ocurrió más o menos.

—Quisiera oír tu versión, con todos los detalles.

Se lo conté, omitiendo a Dox.

Cuando terminé, Delilah dijo:

—Eso encaja con lo que mis colegas me han explicado. Al menos fueron sinceros.

—¿Saben qué hacía Manny con esos agentes de la CIA?

—Si lo saben, no me lo han contado. Aparte de decirme que Lavi es un conocido colaborador de la CIA.

Había algo que no dejaba de rondarme por la cabeza, reclamando mi atención. Analicé los datos, tratando de identificar las suposiciones. De pronto lo comprendí.

—¿Cómo saben tus colegas que esos hombres eran de la CIA? —pregunté.

Delilah se encogió de hombros.

—Lo ignoro. No se lo pregunté.

Tras reflexionar unos instantes, dije:

—Por lo que me han contado los de tu organización, Manny es un indeseable de primer orden. No es el tipo de persona que la Agencia pueda incorporar a su nómina. De hecho, es ilegal emplear a un tipo como Manny, incluso con posterioridad al 11-S. Si trascendiera, causaría a la CIA un problema de órdago. Las personas implicadas en el tema tendrían que dimitir.

—No te entiendo.

—Lo sé —respondí asintiendo con la cabeza—, y puede que tus colegas tengan el mismo problema. Trabajáis para una organización pequeña,

cohesionada, que opera con escasa supervisión y pocos controles. Pero la CIA es distinta. Lo sé porque he trabajado para ellos esporádicamente durante muchos años. Los han atacado una y otra vez: la comisión eclesiástica, las purgas durante la época de Stansfield Turner y ahora de nuevo con ese tío llamado Goss. Han desarrollado una aversión pavloviana al riesgo. ¿Hacen bien reclutando a terroristas? Por supuesto. Pero si tú eres el tipo que se encarga de hacerlo, la persona que los recluta, más vale que te andes con cuidado. Que Dios se apiade de ti si pagas a alguien que tiene las manos manchadas de sangre americana, y si tu nombre figura en un documento comprometedor, la primera vez que un comité del Congreso trate de reafirmar sus prerrogativas, o que alguien necesite echar mano de un chivo expiatorio, o te granjees un enemigo burocrático, te crucificarán.

—De modo que das por supuesto que estaban utilizando a Lavi. Quizá enviaron a esos tíos para matarlo, al igual que te enviaron a ti.

Negué con la cabeza.

—No —respondí—. Por la forma en que entraron apresuradamente en el lavabo cuando Manny pulsó el botón de alarma, está claro que se dieron cuenta de que estaba en peligro y acudieron para protegerlo. Créeme, conozco los métodos que emplean.

—De acuerdo, no iban a por él.

—Exacto. ¿Entiendes adónde quiero ir a parar? Aquí hay algo que no encaja. Manny no es como un segundo secretario del consulado chino de cuya muerte todo el mundo quiere arrogarse el mérito. Es un tipo explosivo, un terrorista con las manos manchadas de sangre americana. Si Manny trabaja para la CIA, lo tratarán como si fuera radiactivo. No hubieran enviado a dos agentes para encararse con él. No tendría sentido.

Delilah me miró.

—Y si no eran de la CIA...

—Yo no tendría problemas con la CIA. En todo caso, no más graves que los que suelo tener con ellos. Quizá la situación sea más fluida de lo que parece en estos momentos. Quizá pueda intentar de nuevo eliminar a Manny.

—Ya te entiendo.

—¿Puedes averiguar cómo saben tus colegas lo que creen saber?

Delilah miró a su derecha, un signo neurolingüístico de construcción. Estaba imaginando cómo iba a hacerlo.

—Lo procuraré —contestó.

—¿Qué vas a decirle a Gil? —pregunté tratando de adivinar lo que Delilah estaba pensando.

—Que...

Delilah me miró, dándose cuenta de mi maniobra y de que había metido la pata. Pero el daño ya estaba hecho y prosiguió:

—Le llamaré por la mañana. Le diré que te propuse ir a bucear a una determinada playa en un determinado momento y que mi propuesta te hizo sospechar. Que cuando me desperté, te habías ido.

Supuse que sería Gil. Un asesino conoce a otro asesino.

—¿Crees que se lo tragará? —pregunté.

—Supongo que sospechará. Pero eso nos permitirá ganar tiempo.

—¿Confías en él?

Delilah frunció el ceño.

—Es un tipo muy... comprometido.

—Sí, a mí también me dio esa impresión.

—Pero es un profesional. Se mueve impulsado por un motivo. Si eliminas ese motivo, se centrará en otra cosa que le mantenga desvelado por las noches.

Asentí con la cabeza. El análisis de Delilah coincidía con el mío.

—Necesito dormir —dijo Delilah restregándose los ojos.

Me incliné hacia ella y le acaricié la mejilla. La miré a los ojos, deseando averiguar qué vería en ellos.

Fuera lo que fuere, era positivo. No había nada más que añadir. Apagamos la luz y nos metimos en la cama. Durante largo rato escuché su respiración en la oscuridad. Luego no recuerdo nada.

Delilah durmió profundamente durante dos horas, tras las cuales se despertó debido al desfase horario. Se volvió de costado y observó a Rain mientras dormía. Cielos, menudo follón.

Había venido convencida de que Rain la había pifiado y que la única forma de resolver el problema que había causado era matarlo. Rain conocía los riesgos y en cierto modo se merecía las consecuencias. Pero Delilah comprendió ahora que eso no era más que un intento de racionalizar el asunto, una defensa psíquica contra unos sentimientos que temía. Ver a Rain no había nublado su juicio, sino que lo había aclarado.

Habían contratado a Rain para un trabajo, y Rain había hecho lo que había podido sin apenas ningún dato en que basarse. ¿Qué pretendían que hiciera, que asesinara al niño? ¿Habían llegado a ese extremo? Delilah sabía que en el caso de Gil, sí. Si se encaraba con él, Gil utilizaría los argumentos de «un mal

mayor y un mal menor», «daños colaterales» y «o ellos, o nosotros». Delilah no creía en nada de eso. Se negaba a creerlo. Le impresionaba que Rain aún fuera capaz de hacer distingos morales después de llevar en esta profesión tanto tiempo, más tiempo que Gil. Le hacía confiar en que ella también podía salvarse. Delilah no quería contribuir a tenderle una trampa por haberse comportado de una forma que hasta Gil, en última instancia, confesaría públicamente que era correcta. Sí, existía un problema, pero el director, Boaz y Gil habían propuesto una solución equivocada. Delilah lo veía ahora con toda claridad. Lo único que tenía que hacer era hallar una solución más conveniente. Estaba convencida de que lo lograría. De lo contrario... No, no quería pensar en eso. A menos que no tuviera más remedio.

Delilah sabía que, en cierto modo, estaba racionalizando el tema, que sus colegas considerarían su afán de hallar una tercera vía como una traición. Pero no le importaba. No eran tan listos como creían. Y su inversión era distinta de la de Delilah. Para ellos, Rain no era más que una pieza del tablero. Para Delilah, se había convertido en algo mucho más importante.

Rain le gustaba mucho, más de lo que le había gustado un hombre desde hacía tiempo. El sexo era estupendo —más que estupendo, increíble—, pero sólo constituía una parte. Además de eso, Delilah se sentía cómoda con Rain. No había reparado en la ausencia de ese bienestar en su vida hasta después de haber pasado unos días con él en Río. Hacía mucho tiempo que esa sensación había desaparecido, y en aquel entonces se había sentido tan abrumada por otros problemas que no había lamentado su pérdida.

Delilah había tenido muchas relaciones, tantas que había perdido la cuenta. Pero ninguno de esos hombres sabía a qué se dedicaba. Por intenso que fuera el enamoramiento, por satisfactorio que fuera el sexo, Delilah siempre era consciente de que esos hombres no la conocían, no podían conocerla. No podían comprender sus convicciones, sus dudas, calmar sus frustraciones, aliviar el dolor periódico de su alma. No era de extrañar que se cansara rápidamente de ellos.

Rain era distinto. Desde un principio Delilah había comprendido que Rain sabía exactamente a qué se dedicaba, aunque Delilah no se lo hubiera dicho. Rain la comprendía sin que ella tuviera que darle ninguna explicación. Se mostraba paciente con sus arrebatos de malhumor. Sabía lo que hacía, sí, pero no la juzgaba. Más importante aún, Delilah intuía que Rain incluso la admiraba por sus convicciones, por los sacrificios personales que había hecho para la causa que la definía. Delilah había identificado la ausencia de una causa en el caso de Rain, y su afán de alcanzarla, como uno de los rasgos

clave de su personalidad, y recordaba, no sin remordimientos, que ella misma se lo había contado a sus colegas por considerarlo una baza potencialmente útil.

Delilah había hallado también cierto confort en la situación en que se encontraban ambos: no cabía la menor duda sobre el estatus de ambos, ni absurdas esperanzas sobre adónde los conduciría su relación. No había dolor ni recriminaciones sobre por qué uno de ellos no había llamado al otro o había tenido que anular una cita. Ni siquiera sus distintas filiaciones y el posible conflicto de intereses que éstas podían provocar, como efectivamente había ocurrido, representaban un problema grave. En francés lo llamaban *sympa*, «simpatía». En inglés utilizaban la expresión banal pero quizá más descriptiva de *same sheet of music*, «estar en la misma onda». En cierto aspecto era maravilloso.

Todo eso era importante para Delilah, pero había algo aún más importante, más improbable: Delilah sabía que Rain confiaba en ella. Como es natural, Rain no había abandonado sus tácticas, ni ella esperaba que lo hiciera. Sus movimientos eran tan sutiles como de costumbre, pero por más que Rain tratara de fingir un comportamiento normal y corriente, Delilah sabía lo que hacía. El hecho de recogerla frente a la aduana en Bangkok y conducirla en taxi a la terminal de vuelos nacionales había sido una forma agradable, aunque evidente, de controlar la situación. Si Gil u otra persona hubieran estado siguiendo a Delilah, Rain lo habría descubierto en el acto. Delilah sospechaba que Rain utilizaba otros medios, posiblemente electrónicos, de contravigilancia, que ella no había detectado. A veces era consciente de que las preguntas «inocentes» que le hacía Rain encerraban unas trampas y unos significados ocultos. Pero eran unos reflejos automáticos en Rain, generados por la costumbre. Delilah intuía que Rain empleaba esas tácticas para asegurarse de que no se había ablandado, de que seguía protegiéndose, de que no iba a ser tan estúpido como para fiarse de alguien como ella.

Aunque no se lo habría revelado a Gil ni a nadie, Delilah había comprendido desde el momento en que sus colegas se lo habían propuesto que Rain aceptaría reunirse con ella. Delilah se preguntó qué razonamientos había utilizado Rain para convencerse de que debía reunirse con ella en Bangkok. Probablemente se había dicho que Delilah le proporcionaría más datos sobre Lavi. Y quizá Rain había confiado en que fuera así, pero Delilah conocía la verdadera razón. La verdadera razón era que confiaba en ella.

Al observarlo mientras dormía, Delilah sintió una gratitud tan profunda que se le saltaron las lágrimas. Deseaba despertarlo con un beso, tomar su rostro entre sus manos, mirarle a los ojos y darle las gracias, para que Rain comprendiera el valor que tenía para ella esa confianza, una confianza que ni siquiera los hombres con quienes trabajaba habían depositado jamás en ella. Delilah sonrió ligeramente ante aquel deseo tan ridículo y esperó a que se le pasara.

Rain era en muchos aspectos un tipo extraño, lo cual a Delilah le parecía muy atrayente. A veces lo que veía en sus ojos le recordaba lo que habían mostrado los ojos de sus padres cuando su hermano había sido asesinado en el Líbano. Era una expresión que la enternecía, al igual que el que Rain tratara siempre de borrarla cuando se percataba de que Delilah le observaba atentamente. En cierta ocasión Delilah le había preguntado si alguna vez había sido niño. Rain había respondido negativamente. Delilah no había insistido, intuyendo que debía abordar los eventos capaces de propiciar esa expresión de forma progresiva, indirecta, suponiendo que eso fuera posible.

Delilah sabía que Rain y ella lo tenían todo en contra, pero no quería pensar en eso ahora. Prefería pensar en cómo tratarían de recuperar el tiempo perdido cuando todo se resolviera. Habían estado juntos en Macao, en Hong Kong y ahora en Tailandia. Siempre en territorio de Rain. Y en Río, que constituía un terreno neutral. Delilah deseaba llevar a Rain a Europa, donde se sentía más en su casa que en Israel. Quizá a Barcelona, o a la costa amalfitana. Un lugar donde Rain no hubiera estado nunca, donde el tiempo que pasaran juntos representara una novedad despojada de recuerdos.

Delilah observó a Rain. Jamás había conocido a un hombre que durmiera de una forma tan silenciosa. No dejaba de ser un tanto inquietante que alguien se mostrara sigiloso incluso cuando dormía.

Al cabo de un buen rato, Delilah se quedó también dormida.

Capítulo 10

A la mañana siguiente me desperté temprano. Delilah aún dormía. Me levanté de la cama y me dirigí sigilosamente a la sala de estar, cerrando a mi espalda la puerta corredera de teca que la separaba del dormitorio. Tomé mi móvil e inserté una de las tarjetas SIM que había comprado en Bangkok, confiriendo al teléfono una nueva identidad. Luego me dirigí al lavabo, cerré la puerta detrás de mí y encendí el aparato. Tenía que hacer dos llamadas, y en esos momentos quería que fueran privadas. Por regla general prefiero no utilizar un móvil desde un lugar fijo, pero con la nueva tarjeta SIM la terminal sería estéril. Y las conversaciones serían breves.

Primero llamé a Tatsu, mi viejo amigo y rival en el Keisatsucho, el FBI japonés. Tatsu me debía un montón de favores por haberme cargado a Murakami, un asesino *yakuza* que Tatsu quería quitarse de en medio extrajudicialmente, y había llegado el momento de que me devolviera uno de esos favores.

Su móvil sonó sólo una vez, tras lo cual oí su voz. Tatsu, que no era propenso a malgastar palabras y ni siquiera sílabas, se limitó a decir:

—*Hai*.

—Hola, viejo amigo —respondí en japonés.

Se produjo una pausa, e imaginé que Tatsu esbozaba una de sus poco frecuentes sonrisas.

—Hola —dijo—. Hace mucho que no sé nada de ti.

—Demasiado.

—¿Estás en la ciudad?

—No.

—Entonces llamas para pedir información.

—Sí.

—¿Qué necesitas?

—Hace cuatro días se produjo un tiroteo en un centro comercial de Manila. Quiero saber lo que puedas decirme sobre los hombres que murieron en ese tiroteo.

Supuse que Tatsu se preguntaría si yo había estado involucrado en el asunto, pero sabía que era inútil plantearme la cuestión.

—De acuerdo —contestó.

—Gracias.

—¿Va todo bien? —preguntó Tatsu.

—Como de costumbre.

—Lamento oírlo.

Me reí.

—Gracias, amigo.

—Lláname cuando estés en la ciudad. Charlaremos de cosas intrascendentes.

Sonreí. Tatsu era congénitamente incapaz de charlar de cosas intrascendentes, un defecto sobre el que yo solía tomarle el pelo.

—De acuerdo —respondí.

—*Jaa*. —«Muy bien.»

—*Jaa*. —Y colgué.

Sabía que la siguiente llamada sería más problemática. El riesgo era mayor, pero la recompensa también.

Pulsé el número y esperé a que respondieran. Me dije que si los hombres del incidente en Manila pertenecían a la CIA, estaba en un buen lío y no podía empeorar mi situación. Si no era así, la mejor forma de averiguarlo era llamando a la CIA.

Esta vez respondieron también rápidamente al teléfono con un breve «*Hai*». Sonreí, preguntándome brevemente si Tatsu era el mentor de este joven. Sospechaba que sí.

Tomohisa Kanazaki era un americano japonés de tercera generación y una estrella emergente en la oficina de la CIA en Tokio. Ambos habíamos estado involucrados en varios proyectos clandestinos durante los últimos años, y, al igual que con Tatsu, yo había logrado mantener con él un *modus vivendi* mutuamente beneficioso. Éste era el momento de poner a prueba los límites de nuestra ambigua relación.

—Hola —dije en inglés, sabiendo que Kanazaki reconocería el saludo y mi voz.

Después de una pausa, Kanazaki respondió en inglés:

—Me preguntaba cuándo llamarías.

—Pues aquí me tienes.

—¿Buscas trabajo?

—¿Puedes ofrecerme alguno?

—No como los de antes. La histeria posterior al 11-S empieza a remitir. Durante un tiempo la consigna imperante era «*no hacer prisioneros*», pero eso se ha acabado. Si fuéramos el Ministerio de Fauna y Pesca, lo de ahora lo llamaríamos «un programa de captura y puesta en libertad».

—Lamento oírlo.

—Yo lamento decirlo.

—En cualquier caso, no busco trabajo.

—¿No?

—No. No quiero saber nada de esas cosas. Son demasiado peligrosas.

Kanezaki se rió.

—Necesito un favor —dije.

—Adelante.

—He oído decir que hace poco se produjo un tiroteo en un centro comercial de Manila.

Tras una pausa, Kanezaki respondió:

—Yo también lo he oído.

Mierda. Supuse que Kanezaki no habría oído hablar de ello a menos que la CIA estuviera implicada de alguna forma. Quizá no debí llamarlo. En cualquier caso, era demasiado tarde.

—¿Sabes algo sobre los hombres que murieron? —pregunté—. He oído decir que pertenecían a la compañía.

Se produjo otra pausa.

—Eran unos ex empleados de la compañía.

Ex empleados de la compañía. Que interesante.

—¿Sabes qué hacían allí? —pregunté.

—No.

—Yo sé algo. Si te lo digo, ¿puedes averiguar más detalles?

—Haré lo que pueda.

No era una promesa en firme, pero yo tenía que aceptar lo que me ofreciera.

—Habían ido allí para reunirse con un tipo llamado Manheim Lavi. Un ciudadano israelí, residente en Sudáfrica. Examina tus archivos y averiguarás de quién se trata.

Se produjo otra pausa.

—¿Cómo sabes eso? —inquirió Kanezaki.

Fue un acto reflejo. Kanezaki sabía que no le respondería.

—Examina tus archivos —repetí.

—Sé quién es Manny.

Debí suponerlo. La última vez que me había puesto en contacto con él, Kanezaki había sido responsable de varias iniciativas antiterroristas en el Sudeste Asiático. Si había hecho sus deberes, de lo que no me cabía duda, tenía a Manny en su pantalla de radar.

—De acuerdo. ¿Se te ocurre algún motivo por el que unos ex empleados de la compañía quisieran reunirse con él en Manila?

—Sólo sé que se llamaban Calver y Gibbons. Se habían jubilado de la Agencia hacía dos años. Trabajaban para la División del Nordeste, en Oriente Medio. No llegué a conocerlos cuando trabajaban aquí, pero los conocían las suficientes personas para que sus muertes causaran un revuelo. Todo el mundo comenta la noticia.

—Procura averiguar algo más: quiénes eran sus superiores cuando trabajaban para el Gobierno, qué se traían entre manos últimamente y esas cosas.

—Dime que no estabas involucrado en esto —respondió Kanezaki tras una pausa.

—Te he dicho que ya no me dedico a esas cosas.

—¿De veras? ¿Y a qué te dedicas?

—Estoy pensando en montar un negocio de tarjetas de visita.

—Muy gracioso. ¿Vas a usar un zapatófono?

Sonreí.

—Si averiguas algo, te agradeceré que me lo comuniques.

—Sí, por el medio habitual —contestó Kanezaki, refiriéndose al tablón de anuncios electrónico.

—Gracias.

—Y no olvides que esta calle es de una sola dirección. Me estoy exponiendo mucho. Espero que a cambio me proporciones una información interesante.

—Por supuesto. —Colgué y cerré el móvil.

Me puse unos pantalones cortos e hice mis doscientas cincuenta abdominales de costumbre, me puse en cuclillas y me levanté quinientas veces, hice el pino puente hacia delante y hacia atrás durante varios minutos y otros ejercicios de musculación y estiramiento utilizando el peso corporal, todos ellos según los preceptos hindúes. Si la gente supiera lo que se puede conseguir en treinta minutos de ejercicios constantes utilizando sólo el suelo, tu peso corporal y la gravedad, la industria de los gimnasios se iría a pique.

Cuando terminé, me metí en la ducha. Me embadurné la cara con jabón para afeitarme y, al tocarme la mejilla, hice una mueca de dolor. Me miré en

el espejo de la puerta de la ducha y vi que tenía un moretón en la mejilla. Luego observé que tenía también los antebrazos cubiertos de moretones. ¡Menos mal que la bolsa de Delilah no contenía ningún objeto contundente y que yo había vuelto la cara para esquivar su cabezazo!

Cuando terminé de afeitarme, se acercó Delilah.

—No te preocupes, acepto tus disculpas —le dije.

Delilah me miró con una curiosa expresión, medio sonriente y medio furibunda.

—Te lo merecías —contestó—. Eso y más.

Decidí responder a su sonrisa, no a su mirada furibunda. La abracé con fuerza.

Tardé un rato en terminar de ducharme. Gracias a Dios, esta vez todo fue más pausado, más tierno.

Después, Delilah se quedó en la ducha. Me puse unos vaqueros y un polo verde aceituna e hice la maleta.

Me senté en el sofá y esperé a Delilah. Cuando terminó de ducharse, entró en la *suite* desnuda. No iba maquillada y tenía el pelo chorreando. Estaba fabulosa. Me habría gustado pasar más tiempo con ella. En fin, quizá en otra ocasión, si teníamos suerte.

Delilah se puso unos pantalones cortos de seda azul marino y una blusa de hilo color crema. Se sentó a mi lado y se apartó unos mechones húmedos de la cara.

—Tengo unos datos preliminares —le dije.

Delilah arqueó las cejas, y proseguí:

—Tengo un contacto en la Agencia. Según él, esos hombres no estaban de servicio. Estaban jubilados.

Delilah frunció el ceño.

—¿Y qué esperabas? Has llamado a la CIA y tus preguntas han confirmado tu culpabilidad. Tu contacto ha reaccionado tranquilizándote, diciéndote que el asunto es menos grave de lo que temías. Es lógico que te dijera eso.

Delilah tenía una mente enrevesada. Probablemente pensaba que yo le había dicho eso para que se lo transmitiera a Gil y compañía, quizá para que se replantearan lo que iban a hacer conmigo. Había descartado mi información por no considerarla fidedigna.

—Hace tiempo que conozco a ese tipo —contesté meneando la cabeza—. No creo que me mintiera.

—Esperemos que tengas razón.

—Habla con los de tu organización. Procuremos resolver la aparente discrepancia. Si logramos hallar alguna prueba, o algo semejante a una prueba, quizá tus colegas consigan que los de la Agencia cambien de parecer antes de que las cosas se pongan feas.

Delilah asintió lentamente con la cabeza, como si reflexionara. Luego dijo:

—Pensaba decírtelo... Vi a un hombre corpulento, rubio, en la terminal de llegadas en Bangkok, y luego aquí después de cenar. ¿No te fijaste en él?

—No —respondí, sacudiendo la cabeza automáticamente como si no tuviera importancia y fuera sólo una coincidencia. Maldita sea, Delilah me había pillado desprevenido.

Delilah asintió con la cabeza.

—Me chocó que ese tipo estuviera en el aeropuerto de Bangkok al mismo tiempo que nosotros, y luego aquí, pero no viajó en nuestro avión.

—Quizá esperaba a alguien que tomó un vuelo posterior.

Delilah me miró.

—Me sorprende que me fijara en una incongruencia y tú no. Pensé que estabas pendiente de lo que ocurría a nuestro alrededor.

Maldita sea. Comprendí que Delilah se había dado cuenta de mi metedura de pata. No obstante, dudé unos instantes antes de responder.

—Supongo que no soy tan perspicaz como antes. —Dada la torpeza con que había respondido a su comentario, mis palabras sonaban alarmanamente ciertas.

—Si no le conoces y no te habías percatado de su presencia, me extraña que ese tipo no te preocupe —insistió Delilah.

Me abstuve de responder. Delilah había descubierto a Dox. Yo no podía hacer nada al respecto.

—¿Quién es? —inquirió Delilah.

—Mi colega —respondí con un suspiro de resignación.

Delilah asintió como si ya lo supiera.

—¿Estaba contigo en Manila?

Me encogí de hombros. No había nada que decir.

—Llámale. Tenemos que hablar.

Caí en la cuenta de que nunca había estado con Dox en presencia de una persona civilizada. La perspectiva no me hacía gracia.

—No creo que sea una buena idea —repliqué.

Delilah interpretó mal mi reticencia.

—Sería más provechoso que analizáramos juntos la situación.

Por segunda vez en dos días, pensé: «Esto no puede salir bien».

Y por segunda vez respondí:

—De acuerdo.

Saqué el móvil y llamé a Dox, que respondió enseguida.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Fenomenal —contesté, la contraseña para indicar que todo iba bien, que no me hallaba en una situación comprometida—. Pero mi amiga te ha visto en el aeropuerto y aquí. Quiere conocerte.

—Joder, ¿cómo es que se fijó en mí? ¿Le hablaste de mí?

—No. Simplemente se fijó en ti.

—¿Cómo es posible? Puñeta, esto es muy embarazoso.

Miré a Delilah. Sonreía ligeramente, como si se divirtiera imaginando lo que decía Dox.

—Ya te lo dije, es muy lista —respondí.

—Ya lo veo. ¿Vas a echarme la bronca por esto?

—Naturalmente.

Se produjo una pausa.

—De acuerdo, reconozco que me lo merezco. Pero no lo hagas delante de ella, ¿vale? Me siento avergonzado.

—De acuerdo.

—Prométemelo.

«Joder.»

—Te lo prometo.

—Bien, ¿dónde quieres que nos reunamos? —El tono de Dox era el de un niño resignado a recibir una azotaina.

—Creo que será mejor que nos reunamos en mi habitación. Es mejor que no nos vean a los tres juntos.

Dox suspiró.

—No tardo nada.

Colgué.

—¿Está molesto? —preguntó Delilah.

—Avergonzado —respondí encogiéndome de hombros. Delilah sonrió.

—Yo también lo estaría en su lugar.

—Le prometí no echarle una bronca delante de ti.

La sonrisa de Delilah se ensanchó.

—¿Le prometiste eso?

Asentí con la cabeza y añadí con tono inocente:

—Pero se lo prometí yo. Tú no le prometiste nada.

Delilah se rió y dijo:

—Veo que tienes una veta cruel.

—¿Por qué te fijaste en él? —pregunté volviéndome hacia Delilah—. Dime la verdad.

—Ya te lo dije, las incongruencias... Pero también porque aunque es un hombre alto y corpulento, cuando le miras casi parece como si no estuviera presente.

Asentí con la cabeza. No me pareció oportuno explicar a Delilah que Dox era un francotirador.

—Es como el doctor Jekyll y mister Hyde. Por lo general se comporta de una forma tan escandalosa y desagradable como la sirena de una ambulancia. Pero cuando adopta una actitud discreta, casi consigue desaparecer.

—Eso fue lo que me llamó la atención en él. No reparé en su presencia, pero entonces caí en la cuenta de que no había reparado en él. Le miré de nuevo y comprobé que era un gigantón. Entonces deduje que era un profesional. No es fácil para un hombre de su envergadura física pasar inadvertido hasta ese extremo. Es difícil hasta para un individuo bajito.

En estas llamaron a la puerta. Me encaminé hacia ella, me aparté a un lado y miré por la mirilla para cerciorarme de que era Dox.

Abrí la puerta. Dox casi tapaba la luz solar con su corpachón. Me volví y le invité a pasar.

Delilah no se movió. Dox la miró con cierta timidez. Luego se volvió hacia mí. Al ver el moretón en mi mejilla, puso cara de sorpresa. Después observó las magulladuras que yo tenía en los brazos y esbozó su característica sonrisa.

—No sé qué estaríais haciendo aquí esta noche, pero espero que fuera consensuado —comentó Dox.

«Joder», pensé. Así era Dox, y nadie podía hacer nada al respecto.

Delilah miró a Dox con una expresión divertida no exenta de reproche.

—¿Te parece una forma correcta de presentarte? —preguntó Delilah suavemente, mirando a Dox a los ojos.

Dox le devolvió la mirada, y de pronto ocurrió algo extraño. La sonrisa se disipó, y sus mejillas se tiñeron de rojo. Dejó caer las manos frente a su pantalón, como si sostuviera un sombrero, y respondió:

—No, señora, no lo es.

«Pero ¿qué demonios le ocurre?», pensé.

Delilah le dirigió una sonrisa que indicaba «*eso está mejor*» y le tendió la mano.

—Me llamo Delilah —dijo manteniendo la cabeza erguida y una postura erecta y formal.

Dox le estrechó la mano e hizo una leve inclinación con la cabeza.

—Todos me llaman Dox.

Delilah arqueó las cejas.

—¿Dox?

Él asintió con la cabeza y observé que se enderezaba, imitando la postura de Delilah.

—Es una abreviatura de «heterodoxo», que es como me consideran algunas personas.

Cielo santo, era como observar a un perro de aspecto feroz entrar bruscamente en una habitación y tumbarse boca arriba para que le rasquen la barriga.

Delilah le miró sonriendo, con expresión afable y divertida.

—A mí no me pareces heterodoxo —dijo.

Dox la miró con una expresión casi solemne.

—No lo soy —contestó—. Soy normal. Los heterodoxos son los demás. —Tras una pausa, añadió—: Pero el apodo me gusta. Me lo pusieron hace tiempo. Puede llamarme Dox, si quiere.

Delilah sonrió.

—Lo haré. Y tutéame, por favor.

Dox asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, señora. —Se sonrojó, e imaginé que se diría para sus adentros: «Pero qué burro eres»—. Quiero decir, Delilah.

—¿Nos sentamos? —pregunté.

Dox se volvió hacia mí como recordando de pronto que yo estaba presente. Asintió con la cabeza y luego se volvió hacia Delilah, invitándola a sentarse en el sofá como un perfecto caballero del sur. Delilah sonrió y se sentó en el sofá. Yo me senté junto a ella. Dox acercó la butaca y se sentó frente a nosotros.

Delilah y yo le informamos de la conversación que habíamos tenido la noche anterior y de lo que yo había averiguado esa misma mañana.

Cuando terminamos, Dox comentó:

—Comprendí que esos tipos eran unos sicarios por la forma en que se movían. Y temí que fueran de la CIA. Es una lástima. Por regla general, procuro no ofender a ninguna organización de espionaje y a sus agentes.

—Ésa es la cuestión —dije—. ¿A qué organización hemos ofendido?

—¿Y tus colegas? —preguntó Dox a Delilah—. John me ha dicho que trabajas para el Mossad o una de sus filiales.

Delilah me miró con gesto inquisitivo.

—¿Eso te ha dicho?

Dox se encogió de hombros.

—Tienes pinta de ser una profesional, si no te molesta que te lo diga. Hace unos años trabajé con unos francotiradores israelíes.

¡Con unos francotiradores! Joder, sólo faltaba que Dox facilitara a Delilah su currículo.

—¿Y qué te parecieron? —inquirió Delilah.

—Me cayeron bien. Eran unos cabrones prepotentes, quiero decir unos tipos prepotentes, pero tenían motivos para serlo. Me enseñaron tantos trucos como yo a ellos. —Dox sonrió. El tema de los francotiradores era un terreno familiar para él. Me miró y dijo—: Se requiere un karma especial para ofender a la CIA y al Mossad, y no digamos a ambos al mismo tiempo. Si le hubiera ocurrido a otra persona, me reiría a gusto. —Dox miró a Delilah y se puso de nuevo serio—. Espero que consigas ayudarnos a salir de este apuro antes de que la situación empeore.

Delilah asintió con la cabeza.

—Lo intentaré —respondió.

—Te lo agradezco —dijo Dox inclinando la cabeza—. Y mi colega también.

—¿Cómo puedo ponerte en contacto contigo? —preguntó Delilah dirigiéndose hacia mí.

Le di uno de los números de las tarjetas SIM de mi móvil. Le dije que tenía casi siempre el móvil apagado para que no pudieran rastrear las llamadas, pero que podía comprobar de vez en cuando y con cautela si tenía algún mensaje de voz, y con más frecuencia y facilidad que el tablón de anuncios electrónico.

—De acuerdo —añadí—. Ha llegado el momento de batirnos en retirada. Yo me encargaré de pagar la cuenta del hotel.

Dox y yo nos levantamos. Me incliné hacia Delilah y la besé.

—Gracias —dije.

—No me des las gracias todavía —replicó Delilah meneando la cabeza.

Capítulo 11

Hilger había regresado esa mañana a su apartamento en Lugard Road, en la zona residencial de Mid-Levels, después del amanecer. Dormía con ayuda de un antifaz negro cuando empezó a sonar su móvil en la mesilla de noche. Hilger se incorporó de inmediato, se quitó el antifaz y pestañeó, deslumbrado por la luz que penetraba por la ventana de su dormitorio. Respiró hondo un par de veces y carraspeó para aclararse la garganta. Tenía el presentimiento de que sabía quién llamaba, aunque no había ningún motivo racional para ello.

Tomó el teléfono y dijo:

—Hilger al habla.

—Hola, señor Hilger. Nuestro mutuo amigo me dio su número de teléfono.

Era una voz suave y firme, con un ligero acento árabe. Hilger sonrió. No se había equivocado. Era VBM.

—Perfecto —respondió Hilger—. Le agradezco que me haya llamado.

—¿Esta línea es segura? —inquirió la voz.

—Totalmente —contestó Hilger.

La voz siguió expresándose de forma indirecta.

—Al parecer hubo un problema en Manila.

—Sí —respondió Hilger, adoptando también un tono indirecto para que su interlocutor se sintiera cómodo—. Como sin duda sabe, nuestro mutuo amigo tiene enemigos.

—¿Y?

—Hemos resuelto el problema. —Hilger no creía haber dicho una mentira porque confiaba en que no tardaría en ser cierto. Quizá ya lo fuera.

—Bien.

—Si se queda en esta zona, espero que podamos vernos. Me gustaría asistir personalmente a la reunión.

—La última vez no pudo asistir personalmente.

El tipo se mostraba insistente. Quizá era un rencoroso. O quizá quería poner a prueba la paciencia de Hilger. En cualquier caso, no tenía importancia.

—Cierto. Pero quizá fue mejor que no asistiera.

Hilger oyó reírse a su interlocutor. Menos mal.

—¿Dónde quiere que nos reunamos? —preguntó la voz.

—¿Por qué no viene a Hong Kong? Yo correré con todos los gastos. Le instalaré en el mejor hotel. Podemos alquilar un barco, asistir a las carreras de caballos, lo que le apetezca...

—Me temo que dispongo de poco tiempo.

Sí, era un tipo rencoroso. Quería demostrar que era él quien fijaba los límites, quien llevaba la batuta. Pero lo importante era que había accedido implícitamente a lo esencial de la propuesta de Hilger. Ahora sólo quedaba concertar la reunión y hacer creer a ese individuo que él controlaba el asunto.

—Entiendo —respondió Hilger—. No obstante, si su agenda se lo permite, comprobará que una visita a Hong Kong en plan lujo con todos los gastos pagados es una experiencia muy agradable.

Se produjo una pausa, durante la cual Hilger supuso que su interlocutor estaba reflexionando sobre lo que le había dicho. Hilger sabía por experiencia que los ricos solían ser las personas más tacañas y avariciosas del planeta. Teniendo en cuenta la gente que le respaldaba, ese tipo probablemente podía comprar la mitad de Hong Kong, pero la perspectiva de que alguien adquiriera una pequeña parte para ofrecérsela de regalo le hacía salivar.

—Ya veremos —dijo la voz.

Hilger sabía que eso equivalía a una respuesta afirmativa. Sonrió y dijo:

—Haré unas gestiones y colgaré el resultado en el tablón de anuncios. ¿Le parece que nos reunamos mañana para cenar? Hablaremos del asunto que nos ocupa y después, si dispone de tiempo, puede quedarse unos días en Hong Kong como mi huésped.

—Me parece bien que cenemos juntos mañana —respondió el otro, comprometiéndose a lo único que a Hilger le importaba.

—Excelente —dijo Hilger—. Haré las gestiones oportunas y las colgaré enseguida en el tablón de anuncios.

—Muy bien. —Y con esto, el otro colgó.

Hilger se levantó y se acercó a su mesa. Encendió su ordenador portátil y reflexionó durante unos minutos. Dado que Calver y Gibbons habían muerto, le pareció oportuno llevar a Winters a la reunión con VBM. En cualquier caso, estaba previsto que Winters viniera a Hong Kong para informar a Hilger de lo que había averiguado sobre Rain y Dox. Puede que a VBM no le gustara esa pequeña sorpresa, pero a esas alturas no podía desdecirse. Hilger pensó que merecía la pena correr el riesgo de enojar a VBM momentáneamente con

tal de tener a alguien que le respaldara en la reunión y alguien en quien delegar posteriormente. Por otra parte, Hilger necesitaba que Manny estuviera presente para ofrecer su *imprimatur*. Sería un simpático grupo de cuatro personas. Hilger conocía el lugar ideal.

Hilger pasó las tres horas siguientes colgado al teléfono y conectado a internet, haciendo las gestiones pertinentes, notificando a los actores. Cuando terminó, consultó uno de los tableros de anuncios seguros.

«Esto va viento en popa», se dijo Hilger, orgulloso de la calidad de los hombres con quienes trabajaba. Era una suerte que hubieran conseguido localizar a Dox en Bangkok. Ese tío había cometido un error que le iba a costar muy caro. Si Rain estaba con él, como creía Hilger, ambos pagarían por ello.

El teléfono sonó de nuevo.

—Hilger al habla —dijo éste.

—Soy yo —dijo la persona que llamaba.

Hilger reconoció la voz ligeramente nasal de su interlocutor. Era su contacto en el Consejo Nacional de Seguridad.

—Adelante.

—Tenemos un problema.

Hilger esperó.

—Esta mañana he recibido una llamada —dijo su contacto—, de un reportero del condenado *Washington Post*.

La preocupación de Hilger se manifestó en forma de una deliciosa y fría sensación de calma.

—¿Qué quería?

—Confirmar el rumor de que los tipos de Manila eran unos agentes de la CIA que murieron cuando iban a reunirse con un conocido terrorista.

—¿Qué más sabía?

—No me lo dijo.

—Puede que tratara de sonsacarte información.

—Lo dudo. Su información era muy precisa en ciertos aspectos. Creo que tiene una fuente.

Mierda, alguien se había apresurado a juntar las piezas.

—¿Va a publicar un artículo?

—No lo creo. Aún no. Creo que quiere averiguar más datos, contrastar los que tiene.

—Entonces tenemos tiempo.

—Mira, invertí mucho capital en subsanar la situación después de lo de Kwai Chung. No sé si podré volver a hacerlo.

Hilger contuvo el aliento durante unos instantes y respondió:

—No tendrás que hacerlo.

—Es preciso echar tierra sobre el asunto lo más pronto posible —replicó la voz—. No podemos permitir que vuelvan a ponernos en jaque.

«¡No me digas, tío!»

—Lo resolveré hoy mismo —le aseguró Hilger—. Te llamaré cuando esté zanjado.

—De acuerdo. Muy bien.

Hilger colgó. Miró el teléfono, preguntándose cómo iría todo en Bangkok. Durante unos instantes pensó que quizá debió ir él mismo, para controlarlo todo. Pero no. Winters era el mejor. Hilger le había visto en acción y no era un espectáculo agradable. Pero el tipo obtenía resultados.

Hilger miró el reloj que había sobre su mesa. Quizá Winters estuviera obteniendo resultados en ese preciso momento.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 12

Delilah esperó una hora para asegurarse de que Rain y Dox tuvieran tiempo suficiente para marcharse, tras lo cual llamó al móvil de Gil.

Gil respondió al primer tono. Delilah lo imaginó como hacía siempre en esa fase de una operación, sentado a solas en la penumbra de una habitación de un hotel, sin que necesitara comida ni otro sustento, con su móvil sobre una mesa o un escritorio frente a él, en silencio, aguardando pacientemente a que el aparato sonara para aventurarse cual fantasma en el mundo y hacer lo que mejor hacía.

—Ken —le oyó decir Delilah en hebreo. «Sí.»

—Soy yo —respondió Delilah. Gil no contestó. Delilah prosiguió, ignorando lo que interpretó como una de las tácticas de poder de Gil—. Nuestro amigo se marchó esta mañana. Hizo las maletas y se largó.

Tras una pausa, él respondió:

—Mierda. ¿Dónde estás?

—En Phuket.

—¿Por qué no me llamaste antes?

—No pude. Estuve con él todo el tiempo.

—¿Ese tío no duerme nunca?

—¿Y tú?

Se produjo otra pausa, seguramente mientras Gil trataba de hallar una buena respuesta. Como no se le ocurrió ninguna, dijo:

—Así que te ha llevado a Phuket.

Delilah captó la insinuación y contestó indignada:

—Así es la vida, Gil. Algunos hombres saben cómo tratar a las mujeres. Saben cómo conseguir lo que desean.

Delilah se arrepintió inmediatamente de haberlo dicho. Por regla general, su profunda necesidad de no tolerar impertinencias le resultaba útil, pero en esa ocasión iba a perjudicarla. Quería obtener información de Gil. Para ello, tenía que tratarlo con prudencia, manipularlo, no reaccionar automáticamente a sus constantes y mezquinas provocaciones. Sí, ella le había devuelto el

golpe, pero Gil seguía obligándola a luchar de acuerdo con sus propias reglas. El único medio de derrotarlo era cambiar las reglas del juego.

Gil guardó silencio, y Delilah pensó que quizá su comentario le había herido. Ese pensamiento aplacó su indignación, la hizo sentirse más generosa. Intuyó que esa sensación podía serle útil.

Delilah reflexionó unos instantes. Quizá lo que necesitaba Gil era tan sólo una victoria en la incesante dialéctica que mantenían ambos. Puede que eso restaurara su virilidad, le permitiera comportarse de otra forma en lugar de tratar continuamente de ofenderla. Delilah había pensado a menudo que eso era lo que el Gobierno debía hacer con los palestinos. A fin de cuentas, fue después de la guerra de Yom Kippur, después de propinar a Israel una sonora derrota, que Egipto se había mostrado dispuesto a hacer las paces. Quizá eso era lo que Delilah debía hacer en esos momentos con Gil. Quizá si le permitía gozar por una vez de una insólita posición de éxito y poder, Gil se mostraría generoso, o en todo caso bajaría la guardia y le facilitaría la información que Delilah deseaba. Sí, ésa era la solución: dejarle ganar.

Al cabo de unos instantes Gil preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

—Creo que nuestro amigo empezó a sospechar.

—¿Sabes adónde ha ido?

—No.

—Mierda —volvió a decir Gil.

Sí, mierda. Para Gil, no poder asesinar a alguien que tenía en su punto de mira representaba algo así como un *coitus interruptus*.

—¿Dónde estás? —preguntó Delilah.

—En Bangkok.

Era lo que Delilah había supuesto. Había dicho a Gil que iba a Bangkok para encontrarse con Rain. Gil trataría de permanecer lo más cerca que le fuera posible para moverse con rapidez.

—Tengo que pasar por Bangkok para ir al lugar al que me dirijo —dijo Delilah—. ¿Por qué no nos encontramos allí para que yo te informe sobre el asunto? —Luego, como si se le hubiera ocurrido repentina y espontáneamente, agregó—: O podrías venir tú aquí. Es un lugar maravilloso, y quién sabe si tendremos la oportunidad de volver.

Después de una larga pausa, Gil respondió:

—Es mejor que vengas tú aquí.

La pausa dio a entender a Delilah que su propuesta de encontrarse con él en Phuket había tentado a Gil, quizá por la sutileza con que Delilah había

empleado el plural del pronombre personal. La respuesta de Gil le indicó asimismo que recelaba; de lo contrario, habría cedido a la tentación.

—De acuerdo —dijo Delilah—. Tomaré el próximo vuelo y te llamaré en cuanto llegue. Estaré allí dentro de unas pocas horas.

—De acuerdo —contestó Gil, y colgó.

Delilah asintió con la cabeza. Un lugar desconocido, solos, lejos de la gente que ambos conocían... Un lugar ideal para hacer que alguien se relaje y desembuche. Delilah lo sabía por experiencia. John, sin ir más lejos, había empleado esa táctica con ella.

Delilah se trasladó al aeropuerto en el coche del hotel y consiguió un billete para un vuelo de Thai Air que partió menos de una hora más tarde. Cuando llegó al aeropuerto de Bangkok, llamó a Gil. Éste le pidió que se dirigiera al hotel Oriental y se reuniera con él en la terraza del restaurante, que daba al río. Delilah le aseguró que estaría allí al cabo de una hora.

El tráfico de mediodía no era excesivamente denso, y Delilah tardó menos de cuarenta minutos en llegar al hotel. En cuanto lo vio, comprendió por qué lo había elegido Gil. Era un edificio de un estilo colonial clásico, que ocupaba una manzana de la ciudad y sin duda disponía de varias entradas y salidas. Los huéspedes podían abandonarlo en taxi, en *tuk-tuk* o en una especie de taxi fluvial adyacente a la entrada del hotel. Por lo demás, el hotel disponía de numerosas medidas de seguridad, tales como cámaras de vigilancia y guardias provistos de auriculares. Lo cual dificultaba el crear un embudo para una emboscada, llevar a cabo la emboscada sin que las videocámaras captaran tu imagen y seguir de cerca a alguien cuando éste saliera del hotel. Gil no sólo recelaba, sino que le preocupaba que Delilah se hubiera pasado al otro bando.

Durante unos instantes Delilah experimentó de nuevo una sensación de irritación. Luego pensó: «Gil no anda muy desencaminado».

Delilah atravesó el vestíbulo del hotel y salió a la terraza. Gil estaba apoyado en la balaustrada, cual turista admirando la espectacular vista del río. Pero en cuanto apareció Delilah, se volvió y la miró. A continuación se enderezó y la saludó con un gesto de la cabeza. Al aproximarse, Delilah observó que Gil miraba detrás y a ambos lados de ella para cerciorarse de que nadie la seguía. Lucía una camisa de manga corta fuera del pantalón, como la mayoría de los turistas. La diferencia era que, en el caso de Gil, ese atuendo informal le permitía ocultar la pistola que Delilah sabía que llevaba. Gil era diestro y, dado que llevaba la camisa fuera del pantalón, probablemente tenía la pistola sobre su cadera derecha, lo cual Delilah pensó que era una buena solución intermedia entre el ocultamiento y el acceso. Tomar nota de esos

detalles no era particularmente relevante en esos momentos —a fin de cuentas se trataba de Gil, y aunque fuera un cretino, ambos estaban en el mismo bando—, pero esas observaciones constituían un acto reflejo para Delilah, que lo hacía casi de forma inconsciente al margen de la persona con quien fuera a encontrarse.

—Qué lugar tan bonito —comentó Delilah pasando por alto la evidente suspicacia de Gil.

Gil asintió con un movimiento de cabeza, pero no respondió. Delilah notó que estaba tenso. Tenía que hallar la forma de tranquilizarlo.

—¿Qué prefieres? —preguntó Delilah—. ¿Que nos quedemos aquí, o que vayamos a otro lugar?

Gil la miró durante unos instantes y luego se encogió de hombros.

—Podemos quedarnos aquí.

—Perfecto. Tengo hambre.

Comieron en el Verandah Restaurant, frente al río. Era un escenario magnífico, que Delilah pudo admirar a gusto porque Gil ocupó el asiento de espaldas al río. A Delilah no le hacía gracia estar sentada de espaldas a la puerta, pero muchos de sus objetivos estaban obsesionados con el tema de la seguridad y ella estaba acostumbrada a esa pega. Gajes del oficio.

Pidieron *khao phad goong* —a fin de cuentas estaban en Bangkok, y era lógico que degustaran la cocina local— y conversaron. Delilah explicó a Gil su encuentro con Rain desde que éste fuera a recogerla al aeropuerto de Bangkok. Dejó que Gil le formulara unas preguntas. Al principio, Gil se divirtió deslizándole alguna que otra insinuación ofensiva. Delilah lo había previsto y había decidido no hacer caso, pero después de tragarse varias e irritantes pullas, dijo:

—Mira, prefiero que enfoquemos esto desde el punto de vista profesional, ¿vale?

Gil captó el mensaje, y Delilah comprendió que la reacción que había tenido, más espontánea que la táctica que había planeado, era más provechosa. A partir de ese momento, Gil dejó de hacer sus habituales insinuaciones y Delilah respondió a sus preguntas con la sinceridad que éste esperaba. Quería que su charla con Gil se basara más en un interrogatorio por parte de éste que en un informe por parte de ella. De esta forma Gil se sentiría más cómodo. Y de paso creería que controlaba la situación.

Gil miraba a su alrededor con frecuencia. Un observador ajeno lo habría interpretado como una indicación de que gozaba de ese paraje exótico, de que trataba de asimilar todo su encanto. O quizá esperaba a alguien y echaba de

vez en cuando un vistazo a su alrededor para comprobar si esa persona había llegado. Pero Delilah sabía por qué lo hacía Gil. Y no le gustó la insistencia con que lo hacía.

—¿Te pongo nervioso? —preguntó Delilah cuando Gil escrutó por enésima vez el perímetro del restaurante, sonriendo con expresión afable y divertida.

—No —contestó Gil mirándola.

La sonrisa de Delilah se ensanchó, sin perder su carácter afable.

—Por un momento pensé que no te fiabas de mí.

—No me fío de nadie.

Delilah sospechó que era la triste realidad.

—Y menos de mí —dijo Delilah como si lo lamentara.

—No es personal.

—¿Seguro? —El tono de Delilah denotaba una mezcla de tristeza e incertidumbre a partes iguales.

Gil meneó la cabeza, temiendo o resistiéndose a adentrarse en esos vericuetos.

—¿Qué crees que hizo sospechar a nuestro amigo? —inquirió Gil.

Delilah comprendió que su táctica no había dado resultado. Pero no tenía importancia, y decidió seguir guiándose por su intuición.

—Es paranoico por naturaleza —respondió encogiéndose de hombros—. Hasta que le propuse que fuéramos a una playa privada, Rain se había encargado de organizarlo todo. El que otra persona propusiera el momento y el lugar...

—No debiste precipitarte. Eso fue lo que le alarmó.

En otras circunstancias, ese comentario habría hecho que Delilah se lanzara sobre la yugular de su interlocutor. Eso era lo que Gil esperaba, y estaba preparado para ello. Pero Delilah estaba cansada de esas fintas. Si Gil pretendía presionarla, ella esquivaría sus pullas, confiando en que eso le desestabilizara.

—Lo sé —respondió Delilah, bajando la vista como si le costara confesarlo, como si Gil hubiera conseguido minar su resistencia—. Lo siento. Debí ser más sutil con Rain. Yo tengo la culpa.

Se produjo una pausa mientras Gil digería las palabras de Delilah. Luego dijo:

—Me choca que cometieras ese error. Tu intuición no suele fallarte.

Parecía un cumplido, pero Gil lo había dicho para demostrar su derecho y su prerrogativa a juzgarla. Por tanto, era otro comentario que en otras

circunstancias habría enfurecido a Delilah.

Delilah sonrió débilmente, como si se sintiera al mismo tiempo agradecida por la manifestación de confianza por parte de Gil y avergonzada de su metedura de pata. Luego desvió la vista.

Al cabo de unos instantes, Gil dijo:

—No te preocupes. Buscaremos otra solución.

Hacia unos minutos, Delilah se había ablandado al darse cuenta de que había herido a Gil, y ahora su supuesta rendición había tenido el mismo efecto en Gil. Excelente.

—Gracias —respondió Delilah mirándole.

Gil meneó la cabeza y desvió la vista, como si se sintiera turbado por su gratitud. Delilah aprovechó el momento para decir:

—¿Por qué te muestras siempre tan hostil conmigo?

Gil la miró tratando de mostrarse perplejo, pero sin conseguirlo.

—¿Hostil? No siento ninguna hostilidad hacia ti.

—No mientas. Lo noto continuamente.

Gil meneó de nuevo la cabeza.

—Tengo que realizar un trabajo y me lo tomo muy en serio. No tengo tiempo de andarme siempre con miramientos, por más que algunos no lo entiendan.

«Claro, eso forma parte del tema», pensó Delilah, respetando la intuición de Gil de ofrecerle una respuesta que no era mentira sino una verdad a medias.

—De acuerdo —dijo Delilah emitiendo una risita nerviosa—, quizá sea demasiado susceptible.

—Tu trabajo también es duro —respondió Gil—. No creas que no me doy cuenta.

Delilah bajó la vista, como si la amabilidad de Gil la hubiera conmovido en lo más profundo de su psique, como si quisiera darle a entender algo más pero no encontrara la forma de expresarlo. Delilah observó que había pasado un minuto sin que Gil efectuara una de sus exploraciones visuales.

Estaban a punto de conectar. Delilah sabía que a Gil le parecería una perspectiva atrayente y no la desaprovecharía.

—Colgaré otro mensaje en el tablón de anuncios —dijo Delilah—. Diré a nuestro amigo que me siento ofendida por haberme dejado plantada de esa forma. Quizá acceda a reunirse de nuevo conmigo.

Gil asintió con la cabeza. Delilah intuyó que éste prefería proseguir por unos derroteros menos prácticos. Quizá estaba dispuesto a saltarse algunas

normas con tal de retomarlos.

—O quizá la CIA pueda ofrecernos alguna pista —continuó Delilah—. Ellos también le están buscando. ¿Se han puesto en contacto con nuestra organización para averiguar algo?

—No.

—¿No? Pensé que habrían tratado de obtener alguna información de unos servicios de inteligencia amigos.

—Todavía no.

Delilah asintió con la cabeza.

—Se me ha ocurrido una cosa —dijo—. Quizá te parezca raro, pero ¿estamos seguros de que esos hombres no eran de la CIA?

Gil asintió con la cabeza, satisfecho de poseer una información que Delilah no tenía, de que ésta se viera obligada a preguntárselo.

—Segurísimos —respondió Gil.

—Porque ya sabes cómo son los americanos. Para ellos es difícil atrapar a un tipo como Lavi. Si el Congreso lo averiguara, más de uno se vería en una situación muy comprometida.

Gil se echó a reír. Burlarse de los puntos débiles de la CIA era como pescar en un barril. Y el comentario chistoso de Delilah le recordó que ellos no eran así, que estaban en el mismo bando.

—Hace aproximadamente un año —dijo Gil—, cuando empezamos a sospechar lo que Lavi se traía entre manos, dirigí un equipo que se encargó de seguirlo y monitorizar sus movimientos. Le vimos reunirse en más de una ocasión con un americano que yo había conocido durante la primera guerra del Golfo que se llamaba Jim Huxton, pero que ahora se hace llamar Jim Hilger. Por aquella época, Hilger servía en las Fuerzas Especiales estadounidenses. Los dos americanos que Rain mató en Manila formaban parte de la unidad de Hilger. Después de la guerra todos abandonaron el ejército para trabajar para la CIA.

A Delilah le sorprendió que los vínculos de Gil con esa gente se remontaran a esa época.

—¿Trabajaste con ellos?

Gil asintió con la cabeza.

—Tenían como objetivo las lanzaderas de misiles balísticos SCUD de Hussein. No sé qué más se traían entre manos. A nosotros no nos lo dijeron.

Delilah reflexionó unos instantes.

—¿Te dijeron que iban a trabajar para la CIA? —preguntó.

Gil se encogió de hombros.

—Ya sabes, miradas de complicidad, codazos, guiños... Pero la relación de Hilger con Lavi lo confirma, aunque era una confirmación innecesaria. Disponemos de unos interceptores electrónicos muy sofisticados. El nombre en clave de Hilger en la CIA era «Pez Gordo». ¿Sabes qué nombre en clave pusieron a Lavi?

Delilah negó con la cabeza.

—«El Judío» —respondió Gil.

—Caray.

Gil volvió a encogerse de hombros.

—Así fue como lo averiguamos.

—¿Sabemos qué hacían esos hombres en Manila con Lavi?

—No. De haber sabido que iban a estar allí, habríamos prevenido a Rain.

—¿Qué crees que la Agencia conseguía de Lavi?

—Lo ignoro. Fuera lo que fuere, no lo compartían con nosotros. De haberlo hecho, quizá habríamos comprendido que Lavi era más útil vivo que muerto, al menos durante un tiempo. El Gobierno quiere a tipos como Lavi... —Gil hizo ademán de despachar o liquidar algo.

—Para que otro pueda ocupar su lugar —dijo Delilah sonriendo con auténtica tristeza.

—Ya sabes cómo funciona. Todo se basa en trastocar y privar. Matar a Lavi trastocará las redes que dependen de él. Y les privará de sus conocimientos.

Delilah asintió. Había llegado el momento de reconducir la conversación por unos derroteros más personales. Estaba dispuesta a complacer a Gil, pero no como éste esperaba.

—¿Recuerdas nuestra estancia en Viena? —preguntó Delilah mirándole.

Gil le devolvió la mirada, pero no respondió. Delilah sabía que deseaba responder «sí» para que ella prosiguiera, pero temía que si pronunciaba esa palabra, confesaría algo que no quería confesar.

—No es que no me apeteciera. Pero no puedo. He de guardar las distancias con los colegas. De lo contrario, acabaría enloqueciendo. ¿Lo comprendes?

Gil asintió con gesto turbado. ¿Qué iba a hacer?

—Te admiro por lo que haces —prosiguió Delilah—. Sé que debe de ser difícil. Quería que... lo supieras.

Las palabras de Delilah daban a entender que quería decirle muchas otras cosas. El sentirse admirado, incluso deseado, no podía sino ablandar a Gil, y

evitar que pensara en las perspicaces preguntas que Delilah acababa de hacerle.

—De acuerdo —contestó Gil esbozando una efímera y vacilante sonrisa.

Delilah había logrado que Gil aceptara que en esa ocasión no iba a ocurrir nada, y que por tanto confiara que en el futuro quizá se presentara una oportunidad más favorable.

Delilah sonrió también. Qué fácil era convencer a los hombres.

Capítulo 13

De regreso en Bangkok, Dox y yo nos registramos en el Grand Hyatt Erawan, en Ratchadamri. No era un hotel tan discreto como el Sukhothai, pero siempre procuro no utilizar el mismo hotel dos veces seguidas. Lo que le faltaba en cuanto a encanto y discreción, el Erawan lo compensaba con unas magníficas prestaciones: estaba dotado de múltiples entradas y salidas en dos plantas y de una buena infraestructura de seguridad en forma de guardias y cámaras. Por regla general, las medidas de vigilancia y seguridad constituyen un obstáculo para mí, por lo que trato de evitarlas. Pero en esta ocasión quería alojarme en un lugar que presentara obstáculos a cualquiera que decidiera visitarme de forma inesperada. Aunque nadie conocía mi paradero, siempre duermo mejor cuando todos los elementos están controlados. Y si uno de esos elementos son unas sábanas de puro hilo de algodón egipcio, mejor que mejor. Teniendo en cuenta los escasos incentivos que ofrece esta profesión, procuro aprovecharlos todos.

Sólo cabía esperar, y dejé que Dox me convenciera para salir de nuevo juntos esa noche. Había disfrutado con la cena que habíamos compartido hacía unas noches, pues había sido mejor que pasar como de costumbre la velada solo en la habitación de hotel, por lo que a Dox no le costó mucho convencerme. Pero en esta ocasión yo elegí dónde iríamos.

Bajé al vestíbulo para encontrarme con Dox a las ocho, tal como habíamos convenido. Dox se me había adelantado de nuevo. Lucía una camisa de hilo color crema fuera del pantalón y unos vaqueros, lo cual le daba el típico aspecto de expatriado local. Parecía absorto en el libro que estaba leyendo. Al acercarme, observé el título: *Más allá del bien y del mal*.

—¿Lees a Nietzsche? —pregunté incrédulo.

Dox alzó la vista y me miró.

—Sí, ¿te extraña?

Durante unos instantes me devané los sesos en busca de una respuesta que no fuera ofensiva.

—No, es que...

Dox sonrió.

—Ya sé que todo el mundo piensa que un tipo sureño no puede ser un intelectual. Mi padre trabajaba para una importante empresa farmacéutica, y yo me crié en Alemania, donde estaba destinado mi padre. Estudié al viejo Friedrich en la escuela, y sus obras me gustaban, especialmente las que tratan de la voluntad de poder y todo eso. Ahora, cuando las leo, me reconfortan.

—Quién iba a decirlo —comenté, imitando el acento sureño de Dox.

Dox se echó a reír.

—Y tú ¿cómo has reconocido lo que yo leía? No te creía capaz de ello.

Me encogí de hombros.

—De niño siempre estaba enfrentado a alguna pandilla. Comprobé que el mejor lugar para esconderme era la biblioteca. Nunca se les ocurría buscarme allí. Al cabo de un rato, cuando me aburría, me ponía a leer libros. No he dejado de hacerlo desde entonces.

—¿No has dejado de tener problemas con alguna pandilla?

—Eso parece —contesté riendo—. No, me refiero a que no he dejado de leer.

—Ahora comprendo de dónde sacas esas frases grandilocuentes que sueles utilizar. Me tenías perplejo. Por otra parte, nunca te muestras irritado por mi extenso vocabulario, ni siquiera por una palabra como «perineo». Pareces acostumbrado a oírlas.

Dox cerró el libro y se levantó.

—¿Adónde vamos esta noche? ¿A una discoteca? ¿A una sala de masaje?

—Había pensado que podemos asistir a unos combates de boxeo tailandés en Lumpini y luego tomarnos unas copas en un bar. Un bar para adultos.

—De acuerdo, me encantaría ver unos combates de boxeo tailandés. En cuanto a lo del bar de adultos... ¿Se parecen a los vídeos para adultos? Me encantan.

—Entonces quizá te lleves un chasco. Pero deberías probarlo.

Dox sonrió.

—Por supuesto —respondió—. Me considero un trisexual, colega. Estoy dispuesto a probarlo todo al menos una vez.

Bajamos por la escalera hacia el sótano y salimos a través del centro comercial de Amarin Plaza. Al alcanzar la calle, Dox levantó la mano para parar un taxi.

—Espera —dije—, movámonos un poco.

—¿Que nos movamos un poco? ¿Es imprescindible? Ya exploramos el trayecto de camino al hotel. Sabemos que no nos sigue nadie.

—Que antes no nos siguiera nadie no significa que ahora tampoco nos sigan. Ayer te duchaste, ¿no es así? ¿Significa eso que ahora ya no necesitas ducharte?

—Ya, pero...

—Existen varias formas de localizar a alguien, aparte de seguirlo físicamente. ¿Recuerdas lo que dijo Delilah? Hay unas personas muy motivadas que nos buscan. No les facilitemos la tarea.

—De acuerdo —respondió Dox con un suspiro de resignación—. Pero no quiero perderme los combates.

Nos dirigimos a pie a la estación de Chit Lom y tomamos el tren elevado hasta Phloen Chit, que era la próxima parada. Esperamos en el andén hasta que todos los pasajeros se marcharon y nos montamos de nuevo en el tren para regresar a Siam. Bajamos en el ascensor hasta el nivel de la calle y luego atravesamos uno de los *sois* hasta Henri Dunant, donde tomamos un taxi.

Dox consultó su reloj.

—¿Estás satisfecho? Nos perderemos la mitad de los combates.

—Los buenos empiezan a las nueve.

Dox me miró.

—Veo que conoces Tailandia mejor de lo que supuse.

—He pasado un tiempo aquí —respondí encogiéndome de hombros—. Aunque no últimamente, y no como tú.

—Eres un enigma, Rain.

Al oírle pronunciar mi nombre, torcí el gesto. De acuerdo, sé que soy un paranoico, como solía decirme Harry. Mi nombre no le diría nada al taxista, que nos había recogido al azar y que seguramente no hablaba inglés. Pero ¿qué sacas con utilizar un nombre? Si tu paranoia no te cuesta nada, ¿por qué no vas a alimentarla? Hasta ahora me ha dado un excelente resultado.

No obstante, lo dejé correr. Había aprendido que con Dox, como quizá en cualquier circunstancia, tenía que elegir mis batallas.

Tardamos diez minutos en llegar en taxi al estadio de Lumpini. Adquirimos dos asientos de primera fila a mil quinientos baht cada uno y entramos.

El *Muay Thai*, o boxeo tailandés, constituye la forma autóctona de pugilismo en Tailandia. Los contendientes utilizan guantes, y en éste y en algunos otros aspectos ese arte se asemeja superficialmente al boxeo occidental. Pero los boxeadores *thai* luchan también de forma legítima y entusiástica con sus pies, rodillas, codos y cabezas, incluso en unas llaves que cualquier árbitro occidental separaría de inmediato. El ambiente que rodea

este tipo de combate también es distinto, pues carece de la estúpida jerga que preside numerosos deportes americanos. Los boxeadores *thai* realizan juntos un precalentamiento en el cuadrilátero, ignorándose mutuamente mientras ejecutan los bailes *wai khru* mediante los cuales rinden homenaje a sus maestros, y combaten al son de la música, una enloquecedora mezcla de clarinete, tambores y címbalos. Durante los años que pasé en Japón trabajé con un ex púgil que se había inscrito en el Kodokan para aprender *judo*. Nos enseñamos varias cosas, y llegué a sentir un profundo respeto por la ferocidad y eficacia de este tipo de lucha.

El estadio era puramente funcional: tres gradas, un desvencijado suelo de hormigón y unas luces incandescentes que iluminaban despiadadamente el cuadrilátero. El aire apeataba a años de sudor y linimento acumulados. La segunda grada era la más atestada, y la más típicamente tailandesa, pues era donde se llevaban a cabo las apuestas más fuertes, y cada patada en la espinilla o patada circular con el talón era acogida por ese sector con un coro de gritos que tenían tanto que ver con el comercio como con la sed de sangre.

Dox y yo presenciábamos los tres últimos combates de la velada. Como de costumbre, me impresionó la destreza y el entusiasmo que esos hombres derrochaban en el cuadrilátero, y en esa ocasión experimenté también cierta envidia. Cuando yo tenía su edad, poseía la misma agilidad que ellos, y mi rapidez me había librado de más de un apuro. Pero mis reflejos, aunque seguían siendo buenos, y pese a una esmerada dieta, unos suplementos vitamínicos y constantes ejercicios, ya no eran los mismos. Palpé el cuchillo que llevaba en el bolsillo y pensé: «Para eso están estos juguetitos, junto con las tácticas modernas».

Dox se mostró tan bullicioso como siempre, gritando con entusiasmo durante los combates e incluso levantándose para felicitar en tailandés a los vencedores cuando éstos abandonaban el cuadrilátero. Habría preferido que se comportara de forma más discreta, pero comprendí que eso era imposible para Dox. Pensé que, si pretendía que nuestra amistad en ciernes prosperara, tenía que aceptar a Dox tal como era.

Cuando concluyó el último combate, Dox dijo:

—La noche es joven. ¿Hacemos una visita a ese bar para adultos?

—Sí —respondí asintiendo con la cabeza—, si no estás demasiado cansado.

Dox sonrió.

—Si a ti te apetece, a mí también. Tomemos un taxi. —Al observar mi expresión, comentó—: No, tío, otra vez no...

—Sólo unos metros. Caminaremos por Lumpini Park. Luego tomaremos un taxi. Hay menos gente, por lo que será más fácil.

—¿Por Lumpini Park? Ahí no habrá ni un alma.

—Mejor que mejor. Así no tendremos competencia.

Dox suspiró y asintió con la cabeza. Comprendí con una rara sensación de gratitud que Dox había hecho el mismo cálculo sobre nuestra incipiente amistad.

Después de caminar un rato, paramos un taxi. Tardamos sólo unos minutos en llegar al local que yo había elegido: el Brown Sugar, el mejor club de *jazz* de Bangkok.

El club estaba situado en Soi Sarasin, frente a la esquina noroeste del gigantesco Lumpini Park. Anunciaba su presencia con discreción y firmeza: una simple marquesina de color verde con unas letras blancas que decían «Brown Sugar: el mejor restaurante de *jazz*». Una fachada de ladrillo rojo y una puerta de madera lacada, la cual estaba abierta, nos invitaban a entrar. En el exterior del local había una ventana con unas baldas de cristal que exhibían diversos objetos: una licorera de *bourbon* de cerámica, una colección de botellines de cristal, una antigua coctelera para preparar martinis, una tacita, unos soldados de cerámica ataviados con el uniforme napoleónico; así como unas mesas y sillas de madera dispuestas en la acera frente al local, iluminadas tan sólo por la luz que se escapaba del interior del mismo.

Me alegré al comprobar que el local seguía prosperando. Estaba situado entre un callejón, a la derecha, y un grupo de bares, a la izquierda, iluminados por unos letreros de neón y con unos nombres como Bar D y The Room and Café Noir. En contraste con el Brown Sugar, que tenía un aspecto clásico —algunos dirían que trasnochado—, los otros parecían nuevos. Tuve la sensación de que dentro de un año ninguno de esos advenedizos seguiría abierto. Por más que el Brown Sugar fuera un local antiguo, tenía la suficiente solera para perdurar.

Dox y yo nos apeamos del taxi, atravesamos la calle y entramos en el club de *jazz*. Un cartel junto a la puerta indicaba que tocaba una banda denominada Anodard, la cual consistía en dos guitarras, un saxo, unos teclados, una batería y una atractiva cantante. Estaban interpretando una bonita versión de «*Baby Eyes*», de Brenda Russell, y la sala principal, un espacio reducido con el techo bajo que algunas noches probablemente alojaba a una treintena de personas, estaba algo más de medio llena. La decoración era justamente como debía ser: una luz tenue, el techo desnudo, unas mesas tan destartaladas como el suelo y unas fotografías desteñidas de personajes del *jazz* colgadas en las

paredes. Confié en que no se le ocurriera a nadie reformar el local. Dox y yo nos sentamos a una mesa situada en el lado derecho del bar, frente a la banda. El único defecto del Brown Sugar era su poco imaginativo surtido de *whiskys* de malta, pero me conformé con un Glenlivet de dieciocho años. Dox pidió un Stoli con hielo. Nos instalamos cómodamente, bebiendo nuestras copas y escuchando la música. Ésta era más *pop* que *jazz*, pero los componentes de Anodard eran buenos y eso era lo importante.

Me resultaba un tanto extraño escuchar una música en vivo con un acompañante. Por lo general voy a los clubes de *jazz* solo, entrando y saliendo silenciosa y discretamente sin tener que preocuparme de si alguien disfruta de la experiencia tanto como yo. Al cabo de una media hora, cuando los músicos hicieron una pausa, pregunté a Dox:

—¿Qué te parece?

Dox frunció el ceño como si se concentrara.

—Me cuesta un poco acostumbrarme. En la mayoría de los establecimientos de Bangkok que conozco hay unas chicas bailando sobre las mesas y luciendo unos números en las braguitas de sus bikinis. Pero es agradable.

—Menos mal —respondí asintiendo con la cabeza—. Aún hay esperanza para ti.

—Y la cantante es muy sexi.

—Poca esperanza.

Dox se echó a reír.

—Esa mujer, Delilah, tiene clase. No me explico qué hace con un indeseable como tú.

—Yo tampoco.

Dox esbozó una sonrisa despectiva.

—Parece que en Phuket te dio un buen viaje. No sabía que te gustaran esos números.

Miré a mi alrededor en busca de la camarera.

—Me gusta que una mujer no tema mostrarse apasionada —prosiguió Dox con gesto pensativo, pasando por alto mi falta de respuesta—. Sólo con pensar en ello me pongo cachondo.

—No es necesario que me cuentes tus batallitas sentimentales.

—Venga, hombre, somos colegas y amigos y nos encontramos en el gran estado de Bangkok, la tierra de las sonrisas. Podemos relajarnos un poco.

—Tú siempre lo estás, Dox.

—Tomo tu comentario como un cumplido. En cualquier caso, creo que tu chica nos ayudará. Lo intuyo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—No siempre puedes hacer caso de tu intuición.

—Verás, colega, yo no tengo tu desarrollado sentido de paranoia universal, por lo que generalmente sólo puedo apoyarme en mi intuición. Hasta ahora no me ha ido mal, puesto que aún puedo contarlo.

Me sorprendió comprobar que las palabras de Dox me habían escocido. Desde que nos habíamos marchado de Phuket, yo no había dejado de imaginar diversos escenarios, confiando en que Delilah fuera tan leal con nosotros como yo esperaba. Me habría gustado tener la aplastante seguridad que tenía Dox.

—Ya veremos —me limité a responder.

Cuando la camarera se acercó, pedimos otra ronda. Periódicamente entraba una nueva pareja o un grupo en el local. Me complació ver que Dox miraba la puerta cada vez que eso sucedía. En un profesional debería ser un acto reflejo, tan natural como respirar. Uno siempre tiene que vigilar quién entra y sale, para tener controlada a la gente que le rodea.

De pronto alcé los ojos y vi entrar a una joven tailandesa muy hermosa. Lucía una blusa de seda estampada de color peltre, sin mangas, con un cuello Mao, y unas sandalias de tacón alto. Iba perfectamente maquillada y peinada con un elegante moño que acentuaba su empaque y su airoso caminar. En sus orejas relucían unos pendientes que parecían de jade.

La joven se sentó en la barra como una reina en un trono y echó un vistazo a su alrededor. Dox me dio un codazo y preguntó:

—¿Te has fijado en esa chica que acaba de entrar?

Asentí con la cabeza, pensando que tal vez me había equivocado al atribuir a Dox un marcado sentido del deber al vigilar el perímetro. La explicación más probable quizá fuera su excesivo afán de ligarse a una chica.

La mujer miró a Dox y le sonrió. Dox le devolvió la sonrisa.

«Genial —pensé—, lo que faltaba.»

—¿Te has fijado, tío? —preguntó Dox—. Esa mujer me ha sonreído.

Me volví hacia Dox.

—Probablemente es una prostituta —respondí—. Sonríe a todo el mundo, especialmente a los occidentales de los que supone que tendrán suficiente dinero para comprarle unos pendientes de jade.

—Me importa un bledo cómo se gana la vida. Quizá le apetezca echar una canita al aire. ¿Qué más da? Eso no importa. Lo importante es que creo que le gusto.

—Lo que le gusta es tu dinero.

—Puede que también le guste mi dinero, y quizá le dé una buena propina, como muestra de mi agradecimiento y para ayudarla un poco. Pero no me sentiría atraído por ella si no se hubiera fijado en mí como hombre. Observa.

Dox miró de nuevo a la joven y le dedicó una prolongada sonrisa. La joven sonrió también, dijo algo al barman, se levantó y se encaminó hacia nuestra mesa.

—¿No te lo dije? —preguntó Dox.

La seguridad que mostraba la joven al encaminarse descaradamente hacia Dox me demostró que no me había equivocado al sospechar que era una prostituta. Pero pensé que su presencia en el local era un tanto chocante. Las prostitutas de alto nivel suelen frecuentar los clubes y bares elegantes como el Spasso en el Grand Hyatt, no unos tugurios auténticos y alejados del centro como el Brown Sugar. Quizá la chica no había tenido suerte en ninguno de los locales cercanos y había entrado aquí para escuchar música o tomarse una copa. No obstante, agucé mis sentidos, como hago siempre cuando algo me llama la atención. Aunque había permanecido discretamente pendiente de lo que ocurría a nuestro alrededor, eché un vistazo para cerciorarme de que no ocurría nada extraño. Todo parecía normal.

La joven se acercó a nuestra mesa. Observé sus manos. La derecha estaba vacía, y en la izquierda sostenía un bolsita negro de vestir que probablemente sólo contenía el móvil, una barra de labios y un espejo. No capté ninguna señal de peligro. Pero mi intuición de que había algo que no encajaba persistía, por lo que no bajé la guardia.

La chica me miró a mí y luego a Dox.

—Hola —dijo con una voz al mismo tiempo dulce y ligeramente ronca—. Me llamo Tiara. —Tenía un marcado acento tailandés.

—Hola, Tiara —respondió Dox, con una enorme sonrisa—. Yo me llamo Bob, y éste es Richard. Pero la mayoría de la gente le llama Dick. —Dox me miró al tiempo que su sonrisa se ensanchaba.

La chica ofreció la mano a Dox, que se la estrechó. Luego me la tendió a mí. Tomé su mano y se la apreté suavemente. Tenía los dedos lisos, desprovistos de callos. Cuando la joven retiró la mano, se la miré. Tenía los dedos largos y bien arreglados, y sus uñas pintadas relucían bajo la luz como si fueran unas pequeñas gemas.

—¿Te apetece tomarte una copa con Dick y conmigo? —preguntó Dox.

La joven le dedicó una sonrisa radiante e hizo ademán de arreglarse el pelo.

—Me encantaría —respondió. Supuse que ese tipo de conversación era el único en el que la joven sabía desenvolverse en inglés, aparte quizá de: «¡Qué polla tan grande tienes! ¡Haces que me corra!», y otras frases shakespearianas típicas de su profesión.

Me levanté y le ofrecí mi silla, situada junto a la de Dox y frente a la banda de *jazz*.

—Siéntate —dije—, tengo que ir al lavabo. No tardo nada. Entre tanto, Bob y tú podéis iros conociendo.

La chica asintió cotí la cabeza y se sentó en mi silla.

—Gracias Dick —dijo Dox sonriendo.

Lo cierto era que yo no tenía ninguna necesidad de ir al lavabo. Sólo quería aprovechar la oportunidad para escrutar la sala desde otros puntos de vista, para observar nuestra mesa como la observaría otra persona, para tranquilizarme.

El Brown Sugar tiene dos cuartos interiores, a los que me asomé. Ambos estaban ocupados por unos grupos de tailandeses de mediana edad que charlaban, comían y reían animadamente. Las otras mesas estaban ocupadas por personas de veinte y treinta y tantos años, extranjeras y tailandesas. Ninguna hizo que se activara mi radar. Pero había algo que seguía preocupándome. No era nada grave, pero ahí estaba.

«Puede que estés nervioso —me dije—. No estás acostumbrado a frecuentar un local acompañado y que otra persona se acerque inopinadamente.»

Era posible. Después de utilizar el lavabo, regresé a la mesa. Dox y la chica habían pedido otras dos copas. Conversaban en voz baja y cogidos de la mano. Todo indicaba que yo acabaría la velada solo.

Me situé a la izquierda de la joven y dije:

—La verdad es que estoy un poco cansado.

La joven alzó la vista y me miró. Visto desde ese ángulo, el cuello Mao de su vestido quedaba un poco desbocado. Debajo de su piel tersa observé el leve bulto del cartílago cricoides, la nuez.

«Vaya, vaya», pensé. De pronto comprendí lo que me había chocado desde un principio. Reprimí una carcajada.

—Venga, hombre, la noche es joven. Quédate un rato y procura divertirte.

«Seguro que me divertiré —pensé para mis adentros—. De eso no me cabe la menor duda.»

Miré a Dox con gesto risueño, tratando de reprimir la falsa sonrisa que mi talante demandaba en esos momentos.

—De acuerdo. Me quedaré para escuchar otro par de canciones.

—Estupendo —contestó Dox señalando la silla situada frente a él—. Siéntate. Tiara y yo hemos pedido unos Stolis. ¿Te apetece otro *whisky*?

—Sí —contesté.

Dox indicó a la camarera que se acercara y pidió magnánimamente otra ronda para los tres. Luego Tiara y él juntaron de nuevo sus cabezas y siguieron cuchicheando.

La situación prometía ser de lo más divertida. Yo no sabía qué había hecho para merecer algo tan maravilloso. La velada no había hecho más que empezar.

La camarera nos sirvió las copas. Gocé de la mía en silencio, observando alternativamente la barra, la sala y a mis compañeros de copas, quienes se hallaban en su microcosmos particular. El brazo de la joven había desaparecido debajo de la mesa. A juzgar por el ángulo de sus cuerpos, deduje que la chica tenía la mano apoyada, como mínimo, en el muslo de Dox. Posiblemente la tuviera apoyada algo más al norte.

La joven susurró algo a Dox, y éste asintió con la cabeza. La chica me sonrió, se levantó, se disculpó y se dirigió al lavabo.

Dox apuró su copa y se inclinó sobre la mesa. Tenía la cara arrebolada.

—Te echaré de menos, colega, pero el deber es el deber. Sonreí.

—Lo comprendo. Vas a hacer a esa chica muy feliz, eso está claro.

—Espero que ella también me haga feliz a mí. ¿Te has fijado en ella? ¿Cuánto hace que no ves a una tía tan estupenda? Tiene poco pecho, pero eso no me molesta en absoluto. Seguro que posee otros encantos que contrarrestan ese defecto.

—Desde luego. Estoy convencido de que... debe de estar muy bien dotada. —No me resultaba fácil controlar mi voz. Si se me escapaba la risa, sabía que se desencadenaría un torrente de carcajadas.

—Gracias por mostrarte tan comprensivo. Ha llegado el momento de que esa joven viva la experiencia de su vida. Después de esta noche, los demás hombres la decepcionarán, pero ése es el precio de gozar de una noche de amor con Dox.

Asentí con la cabeza. Sabía que si intentaba articular una respuesta, estaba perdido.

Dox interpretó equivocadamente mi silencio.

—No tienes por qué pasar la noche solo. No tienes mal aspecto, y las mujeres no se darán cuenta de tus defectos hasta que ya sea tarde. No te costará ligarte a una tía.

Una parte de mí, mayor de lo que yo estaba dispuesto a reconocer, quería que Dox se diera la costalada. Hubiera pagado casi cualquier precio por estar presente en el momento de la verdad. Sin embargo, Dox era un buen amigo. Me había salvado la vida. No podía dejar que se llevara ese chasco, aunque lo tenía bien merecido.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Esa chica es un *katoey*, Dox.

Un *katoey*, o transexual, posee numerosas acepciones, desde un tío al que le gusta vestirse de mujer de vez en cuando a un hombre que se ha sometido a una operación de cambio de sexo y se ha convertido en una mujer. En Tailandia proliferan y en general son aceptados por la sociedad, aunque no siempre es fácil reconocerlos. Al margen de las diferencias, lo que todos tienen en común es que supuestamente Dox no querría acostarse con ninguno de ellos.

Dox hizo una mueca y ladeó la cabeza.

—Ése no es tu estilo, colega. No trates de estropearme la velada simplemente porque no has conseguido ligar.

—¿No has observado sus manos? Son demasiado grandes para su estatura. ¿No te has fijado en su nuez? Las mujeres no tienen nuez, y esa tía luce un cuello Mao para ocultarla.

Dox palideció un poco.

—No me gastes esas bromas, colega.

Negué con la cabeza al tiempo que reprimía una carcajada.

—No es una broma.

En ese preciso momento la chica regresó al lavabo. Dox se levantó y le dijo:

—Oye, mira, Dick cree que... que...

Sonreí suavemente y dije:

—No quiero que haya un malentendido. Bob no se ha dado cuenta de que eres un *katoey*.

La joven sonrió también y miró a Dox sorprendida.

—¿No te gustan los *katoey*?

Dox palideció aún más.

—Yo... Yo... —balbució.

—Supuse que lo sabías —dijo la chica—. Por eso no dije nada.
—Pues no, no lo sabía —contestó Dox con tono angustiado.
—Para la mayoría de los hombres eso no es un problema. De noche...
—No soy así.

La chica sonrió.

—Por favor, cariño. Tú me gustas.

La expresión de Dox indicaba casi un malestar físico.

—No quiero ser grosero —dijo—, pero vete.

La chica titubeó unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—De acuerdo, gracias por la copa.

—De nada —respondió Dox. Su tono hacía patente su desazón.

La chica se levantó y abandonó el club, sin duda decepcionada de que el tiempo que había invertido no le hubiera reportado ningún beneficio. Parecía como si Dox hubiera recibido un balazo en la tripa.

Dox se sentó en la silla y me miró.

—¿Cuándo te fijaste en sus manos y su cuello? Estuviste calladito durante un buen rato, colega.

—Supuse que lo sabías. Estaba muy claro.

—Yo no creo que estuviera tan claro.

—¿Estás seguro de que no te apetece llevártela al hotel? Si te apresuras...

—Por supuesto que estoy seguro.

—Venga, hombre, tuviste que darte cuenta de algún detalle.

—Te aseguro que no me di cuenta de nada hasta que me lo dijiste.

—¿De veras? Tú mismo comentaste que tenía poco pecho. Y me parece increíble que no te fijaras en sus manos y en su nuez. Era como si llevara un letrero colgado del cuello.

—Pues yo no lo vi. De todas maneras, creo que debería llevar un letrero.

—Quizá te hubieras divertido —dije sonriendo.

—Ya vale.

—Me refiero a que si esa chica sólo te la hubiera mamado, no te habrías dado cuenta. Sólo habrías pensado que era la mejor mamada que te habían hecho en la vida. Se habría convertido en uno de tus mejores recuerdos. —Rompí a reír. No pude evitarlo—. No habrías dejado de hablar de ello.

—¿Quieres otra copa? —preguntó Dox—. Yo necesito otra.

—¿Cuántas veces, Dox? Ésa es la cuestión. ¿Cuántas veces te ha ocurrido con anterioridad?

Dox indicó a la camarera que nos trajera otras dos copas.

—Joder —dijo estremeciéndose—, de buena me he librado. Habría preferido que hubieras intervenido antes en lugar de gozar con mi desgracia.

—¿Que yo gozaba?

—Ya veo que te parece muy cómico. —Dox apuró su Stoli y volvió a estremecerse.

Pensé en proseguir con el tema, en señalar a Dox que pese a sus conocimientos sobre los usos y costumbres del lugar, había estado a punto de enrollarse sin querer —o supuestamente sin querer— con un transexual. Sin embargo, tenía un aspecto tan deprimido que decidí abandonar el asunto.

La banda de *jazz* comenzó a tocar de nuevo. Al cabo de unos minutos, Dox se inclinó hacia mí y dijo:

—Si no te importa, prefiero cambiar de local. Si quieres, puedes acompañarme, pero no sé si el lugar al que me apetece ir te gustará.

—¿Unas chicas con las tetas al aire y unos números pegados a sus braguitas?

—Es probable, sí.

—Perfecto. Si están desnudas, podrás cerciorarte de... ya me entiendes.

Dox me miró con cara de pocos amigos.

—¿Quieres venir? —preguntó.

—No, es mejor que vayas solo. No quiero inmiscuirme con el deseo de un hombre de recuperar su virilidad. Por otra parte, ¿quién va a prevenirte si vuelves a tropezarte con otro...?

—Puedo ir solo. No necesito que me acompañe un yanqui degenerado como tú.

Sonreí y le tendí la mano.

—De acuerdo. Hablaremos por la mañana.

—Hasta mañana —respondió Dox, y nos despedimos con un apretón de manos. Dox se levantó, dejó unos cuantos centenares de baht sobre la mesa y se encaminó hacia la puerta.

Sonreí para mis adentros. Me complacía tener algo en mi arsenal a lo que echar mano cada vez que Dox me irritara.

Me reí de nuevo, más suavemente. No obstante, seguía pareciéndome raro que esa chica hubiera entrado en el local. Daba la impresión de ir en busca de algún cliente, y el Brown Sugar no era el lugar adecuado. Claro que podía haber entrado para disfrutar de la música o tomarse una copa, pero la forma en que había escudriñado el local, la forma en que se había fijado de inmediato en Dox...

Puede que fuera una casualidad.

Pero no parecía una casualidad. Parecía algo calculado.

Reflexioné sobre ello. De pronto, en un destello semiconsciente que se me apareció en su totalidad en lugar de deducirlo por partes, pensé: «Si alguien quisiera ir a por Dox y a por ti, lo primero que haría sería tratar de separaros. Para conseguirlo, si era inteligente, emplearía algún medio que te distrajera, al menos temporalmente, e impidiera que te percataras de alguna disparidad en el entorno que te rodeaba. Te ofrecería algo que te llamara la atención. Por ejemplo, un *katoey*. Para hacerte decir: ¡Eso es lo que me chocaba, el que esa chica no sea en realidad una mujer! O bien, si no te percatabas y uno de vosotros se iba con ella... ¡Bingo, habría logrado separaros! Quizá habría sido más fácil, menos complicado, utilizar a una verdadera mujer como cebo. Pero un *katoey* presenta ciertas ventajas. Un transexual sabe salirse del apuro en caso de producirse un altercado. Y está acostumbrado a actuar, a hacerse pasar por lo que no es, a engañar a la gente, a engatusarla».

Sentí que palidecía y que el corazón me latía con fuerza al tiempo que la adrenalina corría por mis venas. De haber estado Dox sentado a la mesa, se habría reído de mí. Pero me tenía sin cuidado. Yo estaba dispuesto a modificar ciertos rasgos de mi carácter para no perjudicar nuestra amistad. Pero no estaba dispuesto a prescindir de mi intuición.

Me levanté y me encaminé apresuradamente hacia la puerta, tan rápidamente como pude sin llamar la atención. Confiaba en estar equivocado, pero en el fondo sabía que no lo estaba.

Capítulo 14

Durante unos instantes, después de salir del bar, no me fijé en nada concreto. Lo asimilé todo: la disposición de las mesas en la acera, los clientes, los coches aparcados junto al bordillo, los transeúntes.

Observé un movimiento frente a mí: un musculoso tipo tailandés vestido con una camiseta negra, de unos veintitantos años, apoyado en un taxi aparcado junto a la acera, que se enderezó de golpe.

—¿Quiere un taxi? —me preguntó con marcado acento tailandés. Luego echó a andar hacia mí—. Le llevo a donde quiera. Uso el taxímetro. Todo en orden.

El tipo no llevaba nada en las manos y estaba a unos tres metros de mí. Eché un rápido vistazo en busca de Dox. Había salido menos de medio minuto antes que yo, por lo que aún podía estar en la zona. No le vi. Pero no tenía tiempo de seguir buscándole, ni de preocuparme por lo que podía haberle ocurrido.

Eché una ojeada a mis flancos.

Flanco izquierdo: un hombre caucásico, a punto de cumplir los cincuenta, sentado solo en una de las mesas en la acera.

Flanco derecho: dos hombres tailandeses, de veintitantos años y musculosos como el otro tipo, observándome con cierta intensidad y levantándose ágilmente de su mesa.

¿Lograría convencer a un tribunal con estas pruebas?

«Señoría, mi colega me dejó después de un encuentro con un transexual. Yo me marché. Alguien me preguntó si quería un taxi, y los hombres situados a mi derecha me observaban de forma sospechosa, ya me entiende. Por eso los maté a todos.»

Por supuesto que no lograría convencerlo. Pero una de las cosas que distinguen a los tipos como yo de civiles vivos y agentes muertos es la capacidad y voluntad de actuar de forma decisiva basándonos en unas pruebas que harían sonreír a personas educadas y por las que un tribunal te enviaría a la cárcel. Cuando estás seguro, no hay vuelta de hoja. No esperas a recabar

más pruebas. Pasas a la acción. Si cometes un error, tienes que pechar con las consecuencias. Si te equivocas en sentido contrario, te matan.

El hombre situado frente a mí se hallaba a dos metros de distancia.

—¿Quiere un taxi? —volvió a preguntarme al tiempo que con la mano derecha me indicaba que le siguiera.

—Sí —respondí. Avancé hacia él como si me dispusiera a pasarle por la derecha. El tipo sonrió, una sonrisa afable pero que a mí me pareció depredadora.

Le devolví la sonrisa, una sonrisa que decía «muy amable por su parte querer ayudar a un despistado como yo». Convencido de que esto iba a ser de lo más fácil, el tipo asintió con la cabeza.

Pero no iba a ser fácil. En absoluto.

Justo antes de detenerme junto a él, le agarré por la muñeca derecha con la mano izquierda y le tiré del brazo hacia mi derecha. Luego le asesté un puñetazo en el tríceps y lo arrastré hasta colocarlo frente a mí. El peso que ejercía sobre su brazo le obligó a avanzar, y cuando me moví describiendo un círculo en el sentido de las manecillas del reloj hasta situarme detrás de él, le vi abrir la boca en un gesto de sorpresa. Al parecer, mi reacción no formaba parte del ensayo.

Le rodeé la cintura con mi brazo izquierdo y le sujeté la muñeca derecha. Le estreché con fuerza contra mí, y el tipo soltó un gemido al tiempo que comenzaba a boquear. Ambos estábamos de cara al bar. Los dos hombres que se habían levantado se hallaban a un par de metros a nuestra izquierda. Observé que sus rostros se endurecían. Tenían las manos vacías, y comprendí que se habían propuesto secuestrarme, no matarme. De lo contrario, habrían llevado armas y no habrían dudado en utilizarlas.

Respiré hondo y grité «¡Dox!» con todas mis fuerzas, en parte para prevenirlo si se hallaba cerca y en parte para pedirle ayuda.

Los dos hombres situados a la izquierda comenzaron a avanzar hacia nosotros.

El tipo al que yo sujetaba separó las piernas y se agachó para crear una base más estable. Por su reacción deduje que había estudiado artes marciales. Trató de propinarme un cabezazo, pero no logró alcanzarme porque yo tenía la cara inclinada hacia la derecha y oprimida contra su hombro. Metí la mano en mi bolsillo delantero derecho, donde guardaba la navaja. Con un rápido movimiento la saqué, la abrí y la hundí entre sus piernas separadas, desde detrás, en su perineo y sus testículos.

Hay un tipo de alarido humano que es imposible no percibir, que te penetra en las zonas más primitivas del cerebro. Hace que se te erice el vello, que contraigas el escroto y que te pares en seco. Es el alarido que emitió el tipo al que sujetaba cuando mi cuchillo se clavó en sus partes pudendas, justamente el alarido que yo quería oír. Sus colegas, que avanzaban por la izquierda, se detuvieron automáticamente. Sus mentes conscientes pensaban: «¿Qué coño ha sido eso?». Sus mentes inconscientes gritaban: «¿Qué más da? ¡Larguémonos de aquí!». Ambos se detuvieron aproximadamente a un metro de mí.

No esperé a que sus circuitos se activaran. Empujé al tipo que sujetaba hacia ellos y me volví hacia la derecha, dispuesto a largarme a toda velocidad. Pero otro tipo tailandés avanzó hacia mí desde esa dirección, lo suficientemente rápido como para cerrarme el paso. Deduzco que salió del callejón situado a la derecha del bar. El alarido que había hecho que sus camaradas se pararan en seco no había tenido el mismo efecto en él. O era muy valiente, o muy estúpido, o muy sordo. Fuera cual fuere la explicación, en esos momentos me impedía pasar.

Yo había dado la vuelta a la navaja de forma que la sostenía con la hoja oculta en mi muñeca y la parte inferior de mi antebrazo. Pero el tipo sordo no debió de percatarse, porque habría comprendido que yo sostenía un objeto que había hecho que su colega gritara como el eunuco en que se había convertido, un objeto probablemente afilado y puntiagudo. O puede que el motivo de que no se hubiera detenido como sus camaradas era pura y simplemente estupidez, porque no existe nada más estúpido que participar en un combate con navaja desarmado.

El tipo se paró a un metro de mí y alzó los puños como si se dispusiera a boxear. Observé, no del todo conscientemente, que tenía unas cicatrices alrededor de las cejas y el bulto que indicaba que tenía la nariz partida, y pensé: «*Muay Thai*, estos tipos están adiestrados en boxeo tailandés».

Detecté un ligero cambio de postura en mi adversario, quien apoyó su peso en la pierna izquierda, y de repente alzó la derecha para propinarme una patada con la espinilla en mi muslo izquierdo. Las patadas con la espinilla son tan contundentes como un golpe asestado con un bate de béisbol, y de no haber adivinado sus intenciones y no haber dispuesto de una fracción de segundo para prepararme, el tipo me habría derribado y yo habría tenido que luchar contra tres hombres, o quizá más, desde el suelo.

Pero aproveché esa fracción de segundo. La utilicé para aproximarme, esquivando la patada en la pierna y agachándome de forma que mi cadera

recibió buena parte del impacto. Cuando mi contrincante me propinó la patada, le agarré la pierna, sujetándole por la pantorrilla con mi brazo izquierdo. El tipo reaccionó de inmediato: me agarró por la cabeza, tensó la pierna que yo tenía sujeta y dio un salto hacia delante y hacia mí al tiempo que trataba de golpearme en la cara con la rodilla izquierda, como sin duda había hecho multitud de veces en el cuadrilátero.

Alcé el brazo derecho para protegerme la cabeza. La rodilla del tipo me golpeó en el antebrazo. Eso me dolió, sobre todo debido a los moretones que me había provocado Delilah, pero menos que si me hubiera partido la mandíbula. El tipo empezó a agacharse. Saqué la navaja que tenía oculta en mi antebrazo sujetándola como si fuera un pico de hielo, con la hoja hacia dentro, y se la clavé en la parte interna de su muslo derecho, junto a la pelvis. En el fragor de la batalla, y debido al torrente de adrenalina que circulaba por sus venas, el tipo pareció no darse cuenta de lo ocurrido. Sin embargo, le rajé de arriba abajo, seccionándole la femoral y otras arterias, lo cual sí notó. Soltó un alarido y se apartó de mí, moviéndose de forma convulsiva. Le obligué a doblar la pierna que tenía apoyada en el suelo con una *ouchi-gari* modificada, una llave de *judo*, y lo solté justo antes de que se desplomara para no caer al suelo junto con él.

Luego me volví hacia los otros dos tipos, y me complació verles retroceder. No tenían ninguna duda de que yo empuñaba una navaja y que no dudaría en emplearla contra ellos. Al parecer, esto era más complicado de lo que habían previsto y estaban dispuestos a afrontar, por lo que dieron media vuelta y salieron huyendo.

Me volví. El tipo caucásico que había estado sentado en la terraza del bar se había levantado.

—¿Está usted bien? —me preguntó en un inglés con acento americano.

Eché un vistazo a mi alrededor. Las personas que habían ocupado las otras mesas permanecían inmóviles, estupefactas. Los tipos postrados en el suelo no dejaban de gemir y de retorcerse. Por las heridas que yo les había causado y la cantidad de sangre que se extendía sobre la acera, calculé que tardarían unos segundos en morir.

—Lo he visto todo —dijo el individuo caucásico avanzando hacia mí—. Esos hombres le atacaron. Fue en defensa propia. Soy abogado, puedo ayudarle.

Pensé absurdamente: «Genial, justo lo que necesito, un abogado».

De pronto me percaté de algo. Quizá fue una intuición. Quizá fue mi inconsciente filtrando unos datos que eran invisibles para mi mente

consciente, detalles como la forma en que ese individuo había estado sentado a la mesa, con los pies apoyados firmemente en el suelo, como dispuesto a pasar a la acción; o su posición, en uno de mis puntos ciegos cuando salí del bar; o la expresión serena y afable de preocupación que acababa de mostrar, cuando los demás espectadores se habían quedado clavados donde estaban o habían huido.

Ese tipo no había emitido ninguna vibración. Ni siquiera me había fijado en él. Puede que eso formara parte del plan: yo buscaba a más tailandeses, no a un individuo blanco. Quizá fuera que, al margen de quién fuera ese Perry Mason, su actuación había sido impecable.

El hombre siguió avanzando hacia mí. Tenía las manos vacías... ¿O sostenía algo con la izquierda? No estaba seguro.

—¡Deténgase! —grité.

El hombre meneó la cabeza y contestó:

—¿Qué dice? Sólo pretendo ayudarle. —Y continuó avanzando.

Cuando le dices a alguien que avanza hacia ti que no dé un paso más, con el oportuno tono de gravedad y autoridad en tu voz, tanto más cuando ese tono está reforzado por la presencia de una navaja con la que acabas de matar a dos personas, y el tipo sigue avanzando, no te enfrentas a alguien que quiere que le enciendas el cigarrillo, o que le indiques una dirección, o la hora que es, o cualquier otra excusa para invadir tu espacio. Te enfrentas a un tipo decidido a arrebatarte algo de lo que no quieres desprenderte, incluida tu vida, y que no se detenga es prueba más que suficiente de esto, y de cómo debes resolver el problema.

Eché un rápido vistazo al perímetro. Aparte de los estupefactos observadores, algunos de los cuales se habían recobrado del susto y habían salido huyendo, todo indicaba que estábamos él y yo solos. Eché a andar hacia él.

De golpe, Perry Mason cambió de talante. Empezó a retroceder. Pero no era una retirada, sino una pausa táctica. Porque, mientras retrocedía airosamente, metió la mano que tenía libre en su bolsillo derecho delantero y sacó una navaja plegable. Empezó a abrirla antes de extraerla del bolsillo del pantalón, y por la rapidez con que la sacó deduje que ese hombre no era un aficionado, sino que se había sometido a una prolongada y dura formación para adquirir la destreza y seguridad en sí mismo que yo acababa de presenciar.

Me detuve. No sabía si esa exhibición estaba destinada a prevenirme, o si el tipo se proponía matarme. Puede que el plan B, si fallaba el secuestro, fuera

matarme. Era imposible adivinarlo. En cualquier caso, yo no quería luchar con él. Sólo quería huir. No me habría importado matarlo con tal de conseguirlo, pero puesto que ese tipo iba armado, matarlo no era el medio más sencillo de salir de aquí.

El tipo comenzó a aproximarse describiendo un círculo. Se movía con rapidez y agilidad. Se hallaba a una distancia que me parecía segura para darme media vuelta y echar a correr. Yo me moví también, consciente de mis flancos en caso de que los dos que se habían largado hubieran decidido volver. Sostenía la navaja con mi mano derecha como un sable, junto a mi cintura, con mi mano izquierda abierta y parcialmente extendida para defenderme y agarrarlo en un combate cuerpo a cuerpo. En caso de que lucháramos, yo no sabía si saldría con vida. Lo que sabía con certeza era que ese tipo no sobreviviría.

En estas oí una voz a mi espalda.

—¡Agáchate, colega!

Era Dox. Me coloqué de cuclillas, manteniendo la navaja pegada a mi cuerpo, y al volverme, vi al gigantesco francotirador avanzar sosteniendo una silla de madera sobre su cabeza. Me agaché más. Dox se precipitó hacia mi contrincante y arrojó la silla como si se tratara de un F-14 despegando de la cubierta de un portaaviones.

Cuando un hombre de la estatura y la envergadura de Dox arroja una silla, más vale que no te pille de frente. En ese aspecto, Perry Mason no tuvo suerte. La silla le alcanzó en el tórax y lo derribó al suelo.

Dox y yo nos abalanzamos sobre él al instante. Dox le arrebató la navaja y otra cosa, el objeto que creí haber visto en su mano izquierda. Ambos objetos rodaron sobre la acera, junto al tipo. Me arrodillé a horcajadas sobre su pecho y estuve a punto de rebanarle el cuello para acabar con él, pero observé que estaba indefenso. No cesaba de gemir y de escupir sangre.

Eché otro vistazo al perímetro. No vi nada anormal. Fijé los ojos en Perry Mason y dije a Dox:

—¡Rápido, échame una mano!

Dox se arrodilló a mi lado. Observé que estaba escrutando la calle y la acera, y me satisfizo comprender que, esta vez, ese acto no tenía nada que ver con el sexo sino con nuestra supervivencia.

—¿Qué quieres hacer con él? —preguntó Dox.

—Trasladarlo allí, donde está oscuro —contesté inclinando la cabeza hacia el callejón, situado a unos cinco metros.

Sujetamos al tipo por las axilas y lo transportamos hacia el callejón. El tipo trató de resistirse, pero la silla le había destrozado por dentro y apenas tenía fuerzas.

En ese tramo de la acera no había farolas, como suele ocurrir en la mayoría de calles poco importantes de Bangkok, y en cuanto nos alejamos del Brown Sugar, nos sumimos en la oscuridad. En el callejón, junto a la acera, alguien había aparcado una furgoneta Toyota blanca. La puerta corredera del asiento del copiloto estaba abierta, de cara a los clubes situados a la izquierda. Al percatarme, comprendí enseguida que el plan de esos tipos consistía en montarme en el vehículo para trasladarme a un lugar donde pudieran interrogarme tranquilamente.

Apoyamos a Perry Mason contra la puerta del asiento del copiloto y le registramos. Llevaba una Fred Perrin La Griffe con una hoja de punta lanceolada de cinco centímetros en una funda colgada del cuello, aparte de la navaja plegable. Corté el cordón que llevaba alrededor del cuello, y Dox se guardó el cuchillo y la funda. En el bolsillo delantero de su pantalón encontramos una llave de un coche Toyota y una tarjeta magnética del Holiday Inn Silom Bangkok. Oprimí el botón de «abrir» de la llave del coche, y la furgoneta emitió un chirrido. Sí, el vehículo era suyo. Aparte de eso y de un reloj de pulsera G-Shock de Casio, el tipo no llevaba nada que le identificara.

Me guardé las llaves en el bolsillo y le miré a los ojos. De sus comisuras brotaba un chorro de sangre. Aún estaba consciente, entre los vivos. Perfecto.

—¿Cómo diste con nosotros? —le pregunté.

El tipo movió la cabeza y desvió la vista.

Dox le agarró por la cara y le obligó a mirarme.

—¿Cómo diste con nosotros? —insistí.

El tipo hizo rechinar los dientes y no respondió.

Empecé a palpar su abdomen. Cuando le toqué las costillas, hizo una mueca de dolor. O las tenía rotas, o se le había reventado algo debajo de las costillas, o ambas cosas. Apreté con fuerza, y el tipo gimió.

—Podemos ponértelo fácil o difícil —dije—. Responde a unas preguntas y nos largaremos. Nada más.

El tipo desvió de nuevo los ojos. Trataba de concentrarse en algo, para dejar que su imaginación lo transportara lejos de ahí.

Yo conocía esa técnica. Existen varios métodos para soportar un interrogatorio. Estaba bien adiestrado en ellos, y tenía la impresión de que ese tipo también. Te enseñan a aceptar que te encuentras en una situación en la

que no puedes sobrevivir. Tu vida ha concluido. Primero padecerás unas horas de dolor, sí. Te machacarán y destrozarán tu cuerpo. Pero luego la muerte te librará del sufrimiento. Tienes que concentrarte en ese momento de liberación, dejar que tu imaginación vaya a su encuentro, y utilizar la expectativa de ese encuentro para resistir al máximo. Si lo consigues, puedes distanciarte de lo que le ocurre a tu cuerpo y hacer que tu mente sea menos accesible.

Yo tenía que interrumpir su ensoñación; hacerle comprender que su aceptación de la muerte no le ofrecía un control paradójico de la situación; asustarlo para que se convenciera de que no estábamos jugando a un juego binario de vivir o morir, de vida o muerte, sin ninguna otra posibilidad intermedia.

Extraje mi navaja con la mano derecha y la abrí. Le agarré la cara con la mano izquierda y le obligué a mirarme.

—Al margen de lo que ocurra aquí —le dije—, no vas a morir. No vamos a matarte. Vivirás.

Oprimí la navaja contra su mejilla, apoyando la punta justo debajo del borde inferior de su ojo izquierdo.

—Pero si no respondes a mis preguntas —dije—, te dejaré ciego. Primero de un ojo, y luego del otro. ¿Cómo diste con nosotros?

El tipo no contestó, pero por su agitada respiración deduje que había captado su atención, que le había hecho regresar de ese lugar relativamente seguro en el que había tratado de refugiarse.

—Depende de ti —dije deslizando la navaja lentamente hacia arriba.

El tipo cerró los ojos y trató de apartar la cabeza. Dox le sostuvo la cabeza contra la puerta de la furgoneta, y yo seguí moviendo la navaja hacia el norte.

La respiración del tipo se hizo más laboriosa, aproximándose a la cadencia del pánico, al tiempo que movía el globo ocular hacia arriba para esquivar la navaja. Un milímetro más y alcanzaría el límite de su capacidad de maniobra y yo le ensartaría el ojo.

—Un móvil —dijo el tipo jadeando—. Registramos las llamadas de un móvil.

Dejé de mover la navaja, pero no la retiré.

—¿De quién era ese móvil?

—De ése. De Dox.

«Maldita sea —pensé—. Le dije que mantuviera el móvil apagado.»
Luego me dije: «Ahora no es el momento. Ya le echaré la bronca más tarde».

—¿Cómo averiguaste mi nombre, mamón? —preguntó Dox.

Dirigí a Dox una mirada fulminante que decía «cierra la boca, esto lo controlo yo», y miré de nuevo a Perry Mason.

—¿Cómo conseguisteis el número?

—No lo sé. Me lo dieron.

«Y una mierda que no lo sabes.»

—Si me obligas a preguntártelo otra vez, te vació este ojo.

Después de una pausa, el tipo respondió:

—No lo sé seguro. Me dijeron que se lo había proporcionado una organización rusa.

Yo sabía que Dox había trabajado hacía poco con los rusos. Le miré enarcando las cejas. Dox respondió encogiéndose de hombros, con una expresión que indicaba «supongo que es posible».

Muy bien. Yo había empezado premeditadamente con una pregunta sobre herramientas y tácticas, con una pregunta a la que este tipo podía responder sin temer que estaba arriesgando su integridad. Eso le ablandaría, le ayudaría a racionalizar sus respuestas a las preguntas más comprometidas que yo le haría a continuación. Habíamos empezado por el «cómo», y el resultado era satisfactorio. Yo quería hablar sobre «quiénes», pero intuía que el tipo aún no estaba preparado, ni siquiera a costa de sus ojos. Decidí utilizar el «porqué» a modo de puente entre lo que habíamos conseguido y lo que quedaba por hacer.

—¿Por qué venís a por nosotros? —pregunté.

El tipo se detuvo y luego respondió:

—Porque tratasteis de liquidar a un agente en Manila.

—¿Qué agente? —pregunté.

El tipo tenía el cuello tensado al máximo debido al esfuerzo de resistir la presión de la navaja.

—Lavi —contestó—. Manheim Lavi.

—¿Por qué? ¿Para vengaros?

Yo ya conocía la respuesta a esa pregunta: lo que querían era información, no vengarse. De haber querido vengarse de nosotros, habrían tratado de matarnos a Dox y a mí. No se habrían molestado en contratar a unos tipos locales para que nos secuestraran y ocultaran en la parte trasera de una furgoneta. Pero yo quería hacerle hablar un rato más antes de ir al meollo del asunto.

—Para obtener información —respondió el tipo—. Queríamos saber quién se ocultaba detrás del operativo, para resolver el problema.

—¿A qué te refieres con «resolver el problema»?

—Hemos de proteger a nuestros agentes. Si se presenta una amenaza, tenemos que eliminarla.

El tiempo apremiaba. Los clientes que seguían frente al club podían descubrir una reserva oculta de valor y decidir intervenir. Y la policía no tardaría en presentarse.

«Bien, vamos al grano.»

—¿A quiénes te refieres cuando dices «*nosotros*»? —pregunté.

El tipo meneó la cabeza. Gritó cuando moví la navaja un milímetro.

—Por última vez. Si no contestas, pierdes este ojo. ¿Quiénes sois «*nosotros*»?

El tipo empezó a respirar aceleradamente. Se sostenía de puntillas, y las piernas le temblaban. Pero no respondió a mi pregunta.

Me resistía a hacerlo, no por un problema de escrúpulos, sino porque cuando comienzas a hacer daño a alguien, empiezas a perder influencia sobre él. El temor es la motivación principal, pero lo que uno teme es por definición lo que aún no ha ocurrido. Una vez que ha ocurrido, dejas de temerlo. Cuando yo le hubiera sacado un ojo, la pérdida de ese ojo ya no representaría una amenaza. El temor a perderlo ya no le motivaría.

Pero si amenazas a un tipo y no cumples tu amenaza, todas las amenazas que utilices a partir de ese momento pierden credibilidad. No es agradable, pero así es como funciona un interrogatorio a fondo.

Se me ocurrió que había otro problema. Quienesquiera que estuvieran detrás de ese tipo, si lo encontraban sin uno o los dos ojos, sabrían que había muerto después de ser interrogado. Probablemente modificarían sus planes, su sistema de seguridad, para proteger lo que su agente hubiera revelado bajo presión. Y aunque este tipo había revelado muy poco, teníamos la llave de su habitación del hotel. Lo cual presentaba unas interesantes posibilidades a las que yo no quería renunciar.

Maldito dilema. Pero antes de que yo pudiera solventarlo, Perry Mason se puso a gritar, no de dolor, ni siquiera para pedir auxilio, sino por rabia y desesperación.

Dox le tapó la boca con la mano, pero los gritos de ese tipo me impulsaron a actuar. Dox y yo corríamos un riesgo, y había transcurrido demasiado tiempo desde el inicio del incidente. Había llegado el momento de largarnos de allí.

Miré a Dox. Éste asintió con la cabeza, y deduje que había comprendido. Retrocedí medio paso y asesté al tipo un rodillazo en la entrepierna. Los gritos fueron sustituidos por un gemido y su cuerpo trató de desplomarse

hacia delante, pero Dox le sostuvo con firmeza. Empuñé la navaja como si fuera un pico de hielo, con la hoja hacia dentro, y se la clavé en el pectoral superior izquierdo, justo debajo de la clavícula. Le rajé de arriba abajo y en sentido lateral, seccionando la arteria subclavia.

Aparté a Dox. El tipo cayó de rodillas. Emitió un alarido agudo y prolongado y cayó boca abajo, pero antes de golpearse la cabeza en la acera, extendió los brazos para evitar el impacto. No había mucha sangre —la arteria estaba seccionada, y la hemorragia se produciría principalmente en su pecho y sus pulmones—, pero no cabía duda de que el tipo perdería el conocimiento dentro de unos segundos y moriría al poco rato. Me acerqué y le asesté un par de navajazos en los antebrazos. El tipo se desplomó de bruces, gimiendo y retorciéndose.

Vi que yo tenía las manos manchadas de sangre, de la que el tipo había echado por la boca o el tórax. Saqué un pañuelo de mi bolsillo trasero y me limpié las manos como pude. Luego pasé el pañuelo a Dox y le indiqué que hiciera lo propio. Dox me miró con los ojos muy abiertos, como si estuviera un poco pasmado, pero utilizó el pañuelo. Más tarde nos limpiaríamos los restos de sangre.

Quedaba una cosa más. Miré a través de la puerta abierta de la furgoneta y vi lo que andaba buscando: el equipo para registrar llamadas de un móvil, pegado con cinta adhesiva a uno de los asientos posteriores. Aparte de eso, el interior de la furgoneta estaba vacío. Utilicé el pañuelo para abrir la puerta del copiloto y luego la guantera, confiando en hallar algún documento o pista que revelara la identidad de Perry Mason. Vi un botiquín de primeros auxilios. Al abrirlo, comprobé que contenía unas ampollas de atropina y naloxona y unas jeringuillas. Muy interesante. Pero no había ningún documento de identidad ni ningún otro objeto que identificara a las personas que habían alquilado la furgoneta.

—Marchémonos —dije a Dox, que había permanecido insólitamente callado durante un par de minutos—. Tenemos que largarnos de aquí.

Atravesamos rápidamente la calle hacia la zona de Lumpini Park, que ofrecía una reconfortante oscuridad. Mientras nos alejábamos, me volví para echar un vistazo a la acera situada frente a los bares. Todos los clientes se habían refugiado en el interior. Los dos individuos postrados en la acera estaban inmóviles. Cortamos hacia un *sub-soi* paralelo a Ratchadamri y enfilamos hacia el sur en busca de un taxi. Me detuve bajo la luz reflejada del destartalado escaparate de un comercio y miré a Dox, que no había pronunciado una palabra en un rato sospechosamente largo.

—Eh, mírame —dije pausadamente—. ¿Qué aspecto tengo? ¿Tengo alguna mancha de sangre?

Dox me miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—No. Estás limpio.

Le examiné también de arriba abajo y asentí con la cabeza.

—Tú también estás limpio.

Dox no respondió. Jamás pensé que me preocuparía el silencio de Dox, pero no era normal en él.

—¿Te sientes bien? —pregunté.

Dox cerró los ojos, respiró hondo dos veces, se inclinó hacia delante y vomitó.

Eché un vistazo a nuestro alrededor. En ese tramo de la calle no había transeúntes. Aunque hubiera habido alguno, difícilmente el espectáculo le hubiera llamado la atención. No sería la primera vez que alguien veía a un *farang* que había bebido demasiado.

Cuando Dox terminó de vomitar, se limpió la boca y se enderezó.

—¡Jo, tío, qué vergüenza! —exclamó.

Dox y yo echamos de nuevo a andar.

—No te preocupes —le dije.

—No me había ocurrido nunca, colega.

—Puede pasarnos a todos.

—¿A ti te ha ocurrido alguna vez?

Me detuve y confesé:

—No, pero no es algo de lo que me enorgullezca.

—No sabía que ibas a hacer eso, acuchillarlo de esa forma. De haberlo sabido, me habría preparado.

—Lo siento. No podía advertirte a ti sin advertirle a él.

—¿Por qué le asestaste unos navajazos en los brazos? La herida que le produjiste en el tórax era mortal.

—Quería que pareciera como si ese tipo hubiera muerto luchando, no tras ser interrogado. Si los de su organización creen que fue interrogado, deducirán que reveló información. No quiero que lo sepan.

—De modo que si luchó...

—Es lógico que tenga unas heridas defensivas en los antebrazos.

—Ya entiendo. Me alegra saber que no lo hiciste por sadismo. ¿Es por eso que no le sacaste el ojo?

—Sí.

—¿Lo habrías hecho?

Tras reflexionar unos instantes, contesté:

—Sí.

—Joder. Temí que lo hicieras.

Deduje que Dox no tenía mucha experiencia en materia de interrogatorios hostiles. Pensé que podía darse por satisfecho en ese sentido.

En esos momentos pasó un taxi y lo detuvimos. Dije al taxista que nos llevara a la estación del tren elevado de Chong Nonsi.

Cuando nos alejamos, empecé a pensar que lo habíamos conseguido, empecé a asimilar la magnitud de lo ocurrido. Sí, Dox me había echado una mano, pero su estupidez había generado el problema. Le había dicho que tuviera el maldito móvil apagado. Se lo había dicho claramente. ¿Por qué no me había hecho caso? ¿Tan complicado era apagar un móvil? Traté de no decir nada al respecto, pensando que en esos momentos era inútil, pero no cesaba de rondarme por la cabeza.

—¿Qué te dije sobre el maldito móvil? —murmuré—. ¿Qué te dije?

Dox me miró con expresión sombría.

—Oye, mira, no estoy de humor.

—Existe un aparato capaz de triangular un móvil. Los de esa organización lo tenían en la furgoneta. Tiene una precisión de unos seis metros. Tiara, el transexual que trató de ligar contigo, probablemente tenía la misión de ir a los bares cercanos al Sugar Brown para reducir ese margen.

—¿Cómo querías que lo supiera? Tú tampoco lo supiste hasta hace un rato.

—¿Lo tienes encendido en estos momentos?

Dox palideció y se deslizó hacia delante en el asiento para sacar el móvil de su bolsillo. Luego lo abrió y oprimió un botón. El aparato emitió una alegre melodía de despedida y se apagó.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué lo dejaste encendido?

—Oye, mira, tengo clientes, ¿vale? Algunas personas tienen que poder localizarme.

—¡No cuando estamos operativos! —Tras una pausa, añadí—: No me creo lo de los clientes. Se trata de una chica, ¿no es así? O de varias chicas.

—¿Y qué? —replicó Dox sulfurándose.

—Acabas de provocar un agujero del tamaño de un túnel en nuestra seguridad, estando como estamos operativos, sabiendo como sabemos que unas personas van a por nosotros. ¡Y todo para follarte a una tía!

—No todo el mundo goza de tu marcado sentido de la soledad, colega. De vez en cuando me gusta tener compañía.

—¡Pueden utilizar los mensajes de voz!

—¡Vale, de acuerdo! Metí la pata, lo reconozco. ¿Qué más quieres de mí?

Abrí la boca para responder, pero me controlé. Dox tenía razón, era inútil echárselo en cara en esos momentos. Me sentí mal. El tío acababa de salvarme el pellejo con aquella silla.

Cerré los ojos y suspiré.

—Lo siento. Ese tipo de cosas me ponen de mal humor. Por lo general no tengo a nadie sobre quien descargarlo.

Tras una pausa, Dox respondió:

—Yo también lo siento. Fue un error estúpido. Tenías razón.

—¿Qué ocurrió? ¿Adónde fuiste? Temí que te hubiera sucedido algo.

Dox sonrió, un síntoma de que había recuperado su buen humor.

—¿Me estás dando a entender que te preocupa lo que pueda pasarme? Tengo la sensación de que sí.

Le miré.

—Me gusta más cuando te pones a vomitar.

Dox se rió.

—Me dirigí hacia Lumpini para mear. Te oí gritar, pero tardé un minuto en cortar el chorro y poner a Nessie a buen recaudo.

—¿Nessie? —pregunté sin pensar.

—Ya sabes, el monstruo del lago Ness. Tuve una novia a la que llamaba...

—Vale, ya lo he captado.

—Vine a toda velocidad. ¿Por qué saliste del bar detrás de mí?

Le conté que había sospechado que Tiara te había tendido una trampa.

—Hijo mío, eres un crac —respondió Dox—. Confieso que yo estaba en la inopia. Prometo no volver a acusarte de paranoico.

El taxi se detuvo frente a la estación de Chong Nonsi. Dox y yo nos apeamos y le observamos alejarse.

—¿Ves alguna alcantarilla? —pregunté mirando a mi alrededor—. Tenemos que deshacernos de estas navajas y del pañuelo.

—¿Deshacernos de ellos?

—Pues claro. No debemos llevar encima ningún objeto que pueda relacionarnos con un homicidio múltiple cometido recientemente.

—Esas navajas son una Benchmade AFCK y una Fred Perrin La Griffe, colega. Son unos instrumentos de destrucción de gran calidad y muy difíciles de conseguir. Es una lástima arrojarlas a una alcantarilla.

Miré a Dox.

—La lástima sería que el fiscal las utilizara como prueba para mandarnos el resto de nuestras vidas a una prisión tailandesa.

—De acuerdo, comprendo tu punto de vista. ¿Qué te parece si las esterilizo? Con alcohol, lejía o lo que sea. Dime cómo debo hacerlo y lo haré. Puedes quedarte con la que prefieras.

Me detuve unos instantes. Supuse que si las limpiábamos, el riesgo era ínfimo. Era más seguro, más profesional, deshacernos de ellas, pero puede que ésa fuera una de las muchas batallas que no valía la pena que librara con Dox.

—Me quedo con La Griffé —dije.

Dox me miró cariacontecido.

—Jo, tío, yo también quiero La Griffé. Es de lo más guay.

—De acuerdo —respondí con tono de resignación—. Me quedaré con la AFCK.

—Gracias, colega —contestó Dox alegremente—. Eres buena gente.

—Ya que estás de un talante tan magnánimo —dije—, movámonos un rato. Quiero hacer algunas cosas para romper la relación entre nosotros y lo que ocurrió frente al club.

Dox asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

«¿Lo ves? Si cedes un poco, el otro también cede», me dije.

Encontramos una alcantarilla para arrojar por ella el pañuelo y la navaja que yo había utilizado para liquidar a Perry Mason y sus amigos.

—Un momento —dijo Dox cuando me disponía a deshacerme de esos objetos—. Tira esto también —añadió sacando algo del bolsillo—. Creo que es una jeringuilla.

La miré y asentí con la cabeza.

—Efectivamente, es una jeringuilla.

Era un objeto de color carne, parecido al que utilizamos para gastar una broma, que ocultamos en la palma de la mano y produce una vibración semejante a una pequeña descarga eléctrica cuando le estrechamos a alguien la mano. Pero en lugar de un botón que se oprime, este objeto estaba provisto de una aguja corta y gruesa, probablemente del calibre dieciséis. La aguja estaba recubierta por una especie de cera lo suficientemente dura como para impedir que el usuario se pinchara sin querer, pero lo suficientemente blanda como para ceder a una presión intensa. La parte posterior estaba pegajosa, por lo que deduje que Perry Mason la había llevado adherida a la palma de la mano al acercarse a mí.

—Muy ingenioso —comenté—. No había visto nunca un objeto como éste. Debe de ser típico de aquí. Mira —dije pegando la jeringuilla a la palma de mi mano y alzando ésta para mostrársela a Dox—. Supuse que esos tíos querían secuestrarme. Y no me equivocaba. Los cuatro tipos tailandeses me capturan. El tipo blanco se acerca y me golpea en la pierna con la palma de la mano, o me sujeta con fuerza. Luego me inyecta la sustancia que contiene esta jeringuilla, que deduzco que debe de ser un anestésico de uso veterinario, fentanyl, droperidol o algo por el estilo, cuyo efecto es tan potente como la mordedura de una serpiente. Imagino que esta jeringuilla contiene una dosis capaz de dejar fuera de combate a un caballo. Al cabo de unos segundos pierdo el conocimiento y me meten en la furgoneta. Por eso llevaban atropina y naloxona en la guantera, para contrarrestar de inmediato la insuficiencia cardíaca y respiratoria y no perder sin querer al paciente. Ése era el plan.

—¿Y yo?

Tras unos instantes, respondí:

—No estoy seguro. Pero creo que el objetivo principal era yo. Primero tratan de separarnos. Si consiguen capturarme, siempre pueden ocuparse de ti más tarde. Recuerda que habían rastreado tu móvil.

—Dudo que me permitas olvidarlo.

—O en caso de que te hubieras marchado con Tiara, ésta probablemente te habría propuesto que fuerais a su apartamento, diciéndole que lo compartía con una chica que estaría más que dispuesta a formar un trío con un tío cachas y blanco. Aunque imagino que tú no te habrías tragado esa patraña.

—Por supuesto que no, soy inmune a ese tipo de propuestas.

—Si hubieras ido a su apartamento, habrías caído en una emboscada. Si en vez de eso te hubieras llevado a Tiara a tu hotel, ésta habría hecho una llamada para informarles de la situación y recibir órdenes.

—¿Quiénes crees que son?

Tras reflexionar unos instantes, respondí:

—No lo sé. Los tailandeses eran unos tipos duros, pero no unos profesionales, sino unos matones locales. En cambio, el tipo blanco era de cuidado. Un agente profesional, y te garantizo que no era la primera vez que llevaba a cabo un secuestro.

—¿Crees que pertenecía a la organización?

—Es una posibilidad. Pero ¿por qué contrataron a los tailandeses?

Dox se encogió de hombros.

—Quizá el tipo blanco tuvo que optar por la vía rápida. No tenía tiempo de reunir a un equipo de profesionales.

—Sí, es posible.

Tras examinar de nuevo la jeringuilla, la guardé en el bolsillo de mi camisa, procurando que la aguja quedara en la parte exterior.

—Nos quedamos con las navajas —dije—. Quizá nos sean útiles.

Subimos la escalera de la estación, compramos los billetes y nos dirigimos al andén.

—¿Adónde vamos? —preguntó Dox.

—Al hotel de ese tipo, el Silom Holiday Inn. Llevaba encima la llave de la habitación. Me quedé con ella.

—¿Pretendes que tratemos de abrir todas las puertas del hotel? Conozco ese lugar. Antiguamente era el Crowne Plaza. Probablemente haya setecientas habitaciones.

Pensé en Perry Mason; en el hecho de no haber hallado nada en sus bolsillos ni en la furgoneta que lo identificara; en su destreza al abordarme, su seguridad al enfrentarse a mí.

Comprendí que era un hombre cauto, un superviviente. Sí, no había más que ver los objetos que llevaba, la calidad de las navajas, el reloj G-Shock de Casio. Era un escultista aplicado. Cuidaba los detalles, buscaba pequeñas ventajas.

Un tipo que aparca la furgoneta de forma que pueda cargar la mercancía por el lado por el que la transporta, para ganar unos segundos en caso de tener que largarse a toda velocidad. Un tipo minucioso.

Un tipo que insistiría en el hotel para que le dieran una habitación situada en un piso bajo y junto a una escalera por la misma razón.

—¿Cuántos pisos tiene ese hotel? —pregunté.

—No lo sé con exactitud. Tiene dos torres. Una de unos quince pisos y la otra de unos veinticinco.

—¿Qué te apuestas a que la habitación de ese tío está situada en una de las cinco primeras plantas y junto a una escalera? Calculo que habrá dos escaleras en cada torre, tres habitaciones junto a cada escalera o frente a la misma. Eso significa que tendremos que probar la llave en un total de sesenta puertas. Con suerte, menos.

Dox sonrió.

—No me apuesto nada.

Asentí con la cabeza.

—Yo tampoco. Anda, vamos.

Capítulo 15

Tomamos el tren elevado y nos apeamos en la segunda parada, en Surasak. Mientras recorríamos el breve trecho al hotel, dije:

—No sabemos con certeza que la habitación esté vacía. De modo que cuando demos con la puerta que buscamos, entraremos rápidamente para sorprender a quienquiera que pueda estar en la habitación y reducirlo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Quién entrará primero?

—Yo. Tú me cubrirás.

—¿No lo hago siempre?

—Sí, cuando no estás tratando de ligarte a un *katoey*.

—Venga, tío...

—Mira, ahí hay un *drugstore*. Chapurreas el tailandés, ¿no es así?

—Sí.

—Necesitamos algo para limpiar las navajas y las manos: lejía y alcohol.

—Vuelvo enseguida.

—Compra también un cepillo de dientes y cuatro pares de guantes de goma.

—¿Cuatro pares de guantes de goma? Me tomarán por un tipo raro.

—Ya sabes, Dox, a quien le pica...

—Vale, ahora vuelvo.

Dox entró en el *drugstore* y salió al cabo de unos minutos llevando una bolsa de plástico. Cuando nos acercamos al hotel, dije:

—Yo entraré primero. Tú espera un minuto y sígueme. Es mejor que no nos vean juntos. Nos encontraremos en la primera planta, no en el vestíbulo, sino en el piso sobre éste, junto a los ascensores.

—¿En qué torre?

—¿Cómo se llaman?

—No me acuerdo.

Tras reflexionar unos instantes, dije:

—La que esté más cerca del vestíbulo al que entraremos. En el peor de los casos, si te equivocas de edificio y no me encuentras, sabrás que estoy en el

otro.

—De acuerdo.

Entré en el hotel y me encaminé hacia los ascensores, como cualquier otro cliente cansado de haber pasado la velada recorriendo los locales nocturnos del barrio cercano de Patpong y anhelando acostarme para dormir la mona. Junto a los ascensores había un guardia de seguridad, que se limitó a devolverme el saludo y me dejó pasar. Observé una cámara situada frente a los ascensores, y confié en que no hubiera otras distribuidas por las plantas.

Subí en el ascensor hasta la planta séptima. Al salir, eché una ojeada a mi alrededor. No había ninguna cámara. Excelente. De haberse tratado del Four Seasons, The Oriental u otro hotel de lujo de la ciudad, habríamos tenido un problema. Con cámaras instaladas en los pasillos, sólo puedes tratar de abrir dos o tres puertas antes de que los guardias de seguridad se percaten de lo que ocurre y corran a detenerte. Pero el Holiday Inn no posee ese nivel de servicio.

Bajé por la escalera hasta la primera planta y esperé. Dox apareció al cabo de un minuto, saliendo del ascensor. Habría sido más prudente que hubiera subido hasta otra planta y hubiera bajado por la escalera, como había hecho yo, por si alguien en el vestíbulo observaba en qué piso se detenía el ascensor. Pero no tenía demasiada importancia y no merecía la pena que yo lo comentara.

Empezamos junto a la escalera cercana a los ascensores y fuimos subiendo. Tardamos menos de un minuto en cada planta. No tuvimos suerte. Al llegar a la quinta planta, nos dirigimos hacia la segunda escalera y fuimos bajando. Al llegar a la tercera planta, dimos con lo que buscábamos: la habitación 316, situada a la derecha de la escalera. Introduje la tarjeta magnética y se encendió la luz verde. Giré el pomo, abrí la puerta y entré rápidamente en la habitación.

Era una habitación sencilla, no una *suite*. Las luces estaban encendidas en el dormitorio, situado frente a la puerta; el baño, a la derecha, estaba a oscuras. De haber habido alguien ahí, no era probable que estuviera sentado en un baño a oscuras. En primer lugar eché un vistazo al dormitorio. Estaba vacío. El mero hecho de haber podido abrir la puerta —de que el cerrojo no estuviera corrido— era alentador. De haber habido una persona en la habitación temerosa de ser asaltada, habría echado el cerrojo. Y el que yo no percibiera ninguna exclamación de sorpresa, ningún movimiento reactivo, también era buena señal. No obstante, tenía que cerciorarme. Miré en el baño. Estaba desierto. Incluso miré en el armario y debajo de la cama, lo cual,

teniendo en cuenta el último traspie de Dox, sin duda habría suscitado algún comentario por su parte. Nada. Lo habíamos conseguido.

Dox y yo nos enfundamos los guantes y empezamos a registrar la habitación. Lamentablemente, estaba tan vacía como la furgoneta. Uno de los cajones de la cómoda contenía una muda, y junto a la pared había una maleta. En el baño había unos artículos de tocador. Aparte de eso, nada.

Dox registró el armario ropero.

—La caja fuerte está cerrada —le oí decir.

Me acerqué y comprobé que se trataba de la típica caja de seguridad de un hotel. Traté de abrirla, pero estaba cerrada.

—Ya te lo dije —dijo Dox—. Reconozco que estabas en lo cierto sobre la forma de entrar en la habitación. Pero no soy experto en abrir cajas fuertes, y dudo que tú lo seas. Creo que hemos llegado a un callejón sin salida.

—Es posible —respondí mirando la caja fuerte—. O quizá no.

Me acerqué a la mesa, descolgué el teléfono y pulsé el botón de servicio de habitación. Dox me observó intrigado, pero no dijo nada.

Después de un tono, alguien atendió la llamada.

—¿En qué podemos ayudarle, señor Winters? —preguntó la voz al otro lado del hilo telefónico.

—¿Cómo? —pregunté mirando a Dox—. ¿Me tienen registrado como señor Winters?

—Sí, señor, «el señor Mitchell William Winters». ¿No es usted el señor Winters?

—¡Winters! Creí que había dicho Vintners. Debo de estar volviéndome sordo. Lo siento.

—No se preocupe, señor Winters. ¿En qué podemos ayudarle?

—¿Puede decirme qué tipo de aparatos de ejercicio tienen en el hotel?

—¿Aparatos de ejercicio?

—Ya sabe, bicicletas estáticas, pesas, una sauna y esas cosas.

—Ah, ¿quiere que le ponga con el gimnasio? Esto es el servicio de habitación.

—¿El servicio de habitación? Vaya, aparte de sordo, debo de estar atontado. Disculpe que le haya molestado.

—En absoluto, señor. Pero el gimnasio está cerrado ahora. Abre a las seis de la mañana, y podrá hablar con alguien que le facilite la información que desea. Entre tanto, si lo desea, puede acceder a él con la llave de su habitación.

—De acuerdo. Un servicio muy práctico. Gracias.

Colgué y me volví hacia Dox.

—Mitchell William Winters —dije—. Al menos, ése es el nombre con el que se ha registrado.

Dox asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero ¿qué hacemos ahora? ¿Tratamos de abrir la caja fuerte diciendo «ábrete sésamo»?

—No, creo que será mejor que llames a recepción y les digas que has olvidado el PIN que utilizaste para cerrarla.

—¿Yo? ¿Por qué quieres que lo haga yo?

Miré a Dox.

—¿Tengo aspecto de llamarme Mitchell William Winters?

Dox se encogió de hombros.

—Bien pensado, no. Pero tampoco tienes aspecto de llamarte John Rain.

—Esto no viene al caso. Podría llamarme Winters, pero es preferible no suscitar preguntas ni hacer nada que llame la atención.

—De acuerdo, sólo quería pincharte un poco. ¿Estás seguro de que ningún empleado del hotel reconocería a ese tío?

—No te preocupes por eso —respondí meneando la cabeza—. No creo que fuera el tipo de individuo que quiere que se fijen en él, o que haría algo para llamar la atención. —Estuve a punto de añadir: «A diferencia de alguien que conozco», pero eso habría sido contraproducente.

Consulté mi reloj. Era más de medianoche. Quería resolver el asunto cuanto antes y salir de ahí.

—No te pedirán tu carné de identidad —dije—. El que llames desde la habitación les convencerá de que todo está en orden.

—Da la impresión de que has hecho esto en alguna ocasión, colega.

—Y aunque te pidan el carné de identidad, diles que lo has guardado todo en la caja fuerte.

—Muy bien, y luego ¿qué?

Me esforcé en no perder la paciencia. Trabajar solo no deja de tener sus ventajas.

—Improvisa —respondí—. ¿No fuiste marine?

Dox me miró.

—Sí, hijo —contestó descolgando el teléfono.

—Espera. Primero cámbiate. Ponte un albornoz del hotel. Abre el grifo de la ducha como si fueras a ducharte, o mejor, como si tuvieras una invitada en la habitación. Así se afanarán por marcharse cuanto antes.

Dox sonrió.

—Por regla general, colega, cuando me ven desnudo, a las personas les entran ganas de quedarse.

—Cuando terminemos, puedes llamar a Tiara.

La sonrisa de Dox dio paso a una expresión ceñuda.

—Procura que parezca que eres el dueño de la habitación —le dije—. Ésta es tu habitación; ellos están aquí para servirte, pero porque tú lo has solicitado, ¿entendido?

—Vale, de acuerdo. ¿Tú crees que tendrán un PIN maestro?

Asentí con la cabeza.

—Es lo que utilizan cuando un cliente olvida su PIN personal o se muere en la habitación o algo por el estilo. Teóricamente, sólo lo conoce el director del hotel.

—De acuerdo.

—Y no dejes que la persona que suba eche un vistazo al interior de la caja fuerte. Probablemente ni lo intentará, por discreción, pero no le des la oportunidad de hacerlo. Quién sabe, es posible que Winters haya guardado una pistola en ella, y no conviene que lo sepa nadie.

—Tienes razón.

—Otra cosa. Pregunta a la persona que suba si puede decirte qué PIN utilizaste. Por lo general las cajas fuertes están configuradas de forma que la persona que utiliza el PIN maestro puede ver los doce últimos PINS que han sido utilizados.

—Pero cuando tengamos la caja fuerte abierta...

—Tenemos que cerrarla utilizando el mismo PIN. Si alguien lo comprueba más tarde, no quiero que parezca como si otra persona hubiera entrado en la habitación y abierto la caja fuerte.

—Eres un tipo muy minucioso, Rain. Eso me gusta.

Dox empezó a desnudarse. Entré en el baño, abrí el grifo de la ducha y le di un albornoz.

Cuando Dox se hubo cambiado, le pasé el teléfono y pulsé el botón de recepción. Dox explicó el problema, dijo que sí en dos ocasiones, les dio las gracias y colgó.

—Ya está —dijo—. Van a enviar a alguien para abrir la caja fuerte del señor Winters.

—Tu caja fuerte.

Dox frunció el ceño.

—Oye, mira, no soy un estúpido, ¿de acuerdo? Ya lo he captado.

—Escucha, Dox, yo no me meto en los asuntos relativos a tu profesión porque eres el mejor francotirador que conozco y no tengo nada que enseñarte en esa materia. Pero en estas cosas, hay que estar pendiente de todos los detalles para evitar que algo te delate.

Dox se sonrojó ligeramente.

—De acuerdo, de acuerdo. No quiero que me tomes por un picajoso. Pero olvida el tema de esa Tiara.

—Lo siento —respondí meneando la cabeza—, pero no puedo.

Durante unos instantes Dox me miró enojado. Luego soltó la carcajada.

—Sí, supongo que eso es mucho pedir —dijo.

—Dame tus guantes —dije—. Y procura no tocar muchos objetos mientras no los lleves puestos.

Dox se quitó los guantes y me los entregó.

—Es usted un buen hombre, señor Winters —dije alargando la mano.

Dox sonrió y nos dimos un apretón de manos.

—Ah, y las navajas. Las limpiaré en el baño mientras tú te ocupas de la caja fuerte.

Dox sacó las navajas del bolsillo del pantalón y me las dio. Entré en el baño y cerré la puerta con llave.

Tardé unos pocos minutos en limpiar las navajas. Las desmonté y utilicé en primer lugar el alcohol. Las cepillé con el cepillo de dientes. Luego las lavé con agua jabonosa y las enjuagué. Repetí la operación con lejía. Después me lavé las manos y cuando terminé, cerré el grifo del lavabo, me puse unos guantes limpios, lo limpié todo y volví a montar las navajas.

En estas sonó el timbre de la puerta. Oí que Dox la abría.

—Gracias por venir —le oí decir—. Iba a darme una ducha y no habría estado tranquilo sabiendo que había olvidado la combinación de la caja fuerte.

Puse los ojos en blanco. Jamás he conocido a un francotirador mejor que Dox, pero había varios aspectos de su carácter que era preciso limar.

Les oí pasar al interior de la habitación. Apenas oí lo que decían. Luego se dirigieron de nuevo hacia la puerta.

Al cabo de un momento Dox abrió la puerta del baño y dijo:

—Ya puedes salir.

—¿Algún problema?

—No. Lo del albornoz fue una idea excelente. Reconozco que estás en todo. ¿Qué te parece si asaltamos el minibar? Ésta es la oportunidad de nuestra vida.

—¿Te dio el PIN que utilizó Winters?

Dox asintió con la cabeza.

—Ocho-ocho-siete-uno.

—Perfecto. Buen trabajo. ¿Qué has tocado?

—Sólo tres cosas: el pomo de la puerta, la manecilla de la puerta del baño y la caja fuerte.

—De acuerdo —dije al tiempo que le entregaba otros guantes—. El alcohol y la lejía están en el baño. Lávate las manos con un producto, enjuágatelas y utiliza el otro producto. Tú también te manchaste con la sangre de Winters. Luego ponte los guantes. Yo limpiaré las huellas de los objetos que has tocado.

Tomé una toalla de manos y limpié las superficies que había tocado Dox, luego entré en el baño y limpié el lavabo después de que Dox terminara de lavarse. Dox se puso los guantes, y guardé todos los objetos, incluida la toalla de manos, en la bolsa en la que los habíamos traído. Dejé la bolsa frente a la puerta para no olvidárnosla.

Nos acercamos a la caja fuerte, que estaba abierta. Contenía tres artículos: una billetera, un pasaporte y un teléfono avanzado Treo 650.

Dox se vistió mientras yo examinaba los artículos. En primer lugar, el pasaporte. Estaba expedido en Estados Unidos a nombre de Mitchell William Winters. Luego la billetera, que contenía varias tarjetas de crédito y un carné de conducir indonesio con unas señas de Yakarta, expedido también a nombre del señor Winters. La billetera contenía unas rupias indonesias, unos dólares estadounidenses, unos baht tailandeses y unos dólares de Hong Kong.

Examiné de nuevo el pasaporte. El señor Winters era un trotamundos. El pasaporte ostentaba sellos de todo el mundo; los más recientes eran los de Tailandia, como es natural.

Lo que más me interesaba era el Treo. Al encenderlo, la pantalla se iluminó y pidió la contraseña.

—Mierda —dijo Dox.

Tras reflexionar unos instantes, pulsé ocho-ocho-siete-uno.

En la pantalla apareció el menú de inicio. Lo habíamos conseguido.

—¡Te felicito, tío! —exclamó Dox dándome una palmada en la espalda—. Lástima que el viejo Winters utilizara la misma contraseña en diversos sitios.

—¿Utilizas tú distintas contraseñas en todos tus artilugios? —pregunté mirando sorprendido a Dox.

—Hombre, yo...

—No lo hace nadie. En la interminable batalla entre la seguridad y la conveniencia, siempre gana la conveniencia.

—Supongo que tienes razón.

—A partir de ahora estás prevenido —dije sonriendo—. Recuerda que la seguridad es como una cadena, tan fuerte como su eslabón más débil.

Examinamos a fondo el Treo: contactos, citas, memorandos. El aparato contenía mucha información.

—Esto nos lleva demasiado tiempo —dije—. Guardemos de nuevo el pasaporte y la billetera en la caja fuerte. Nos llevaremos el Treo. Es posible que alguien descubra que ha desaparecido, pero merece la pena correr ese riesgo.

—De acuerdo.

—Sal antes que yo. No salgas por el mismo sitio que entraste, no conviene que el guardia de seguridad te vea salir poco después de verte entrar. Nos reuniremos dentro de veinte minutos en la zona Surawong de Patpong Two.

Dox sonrió.

—Conozco bien Patpong.

—Lo sé. Pero sólo vamos allí en busca de un cibercafé. No te distraigas.

—Temía que dijeras eso. ¿Por qué necesitamos un cibercafé?

—Tengo una intuición. Quizá podamos comprobar algunos de los datos que hemos hallado en el Treo. Podríamos hacerlo desde un ordenador portátil en el hotel, pero me gusta navegar de forma anónima.

—A mí también —respondió Dox sonriendo—. Nunca sabes cuándo el Gobierno va a caer sobre nosotros, los aficionados a la pornografía.

Dox salió antes que yo. Guardé de nuevo el pasaporte y la billetera en la caja fuerte y la cerré. Eché una última ojeada a la habitación para asegurarme de que no habíamos dejado nada fuera de lugar. Todo estaba en orden.

Escruté a través de la mirilla. No había nadie. Abrí la puerta con mi camisa y bajé por la escalera. Utilicé una salida lateral y eché a andar por los *sois* paralelos a Silom que conducían a Patpong.

Capítulo 16

Veinte minutos más tarde Dox y yo estábamos sentados en un cibercafé cerca de Surawong, examinando los datos contenidos en el Treo. La agenda era interesante. Había una entrada de una cita fijada a las diecinueve horas del día siguiente. La entrada decía: «TD, JB, VBM @ CC».

—Está en clave —dije.

—Joder, ¿tú crees? —preguntó Dox.

No le hice caso.

—Veamos qué más encontramos aquí —dije.

En la lista de contactos había unas docenas de nombres. Yo sólo conocía uno, Jim Hilger.

—Mira eso —dije, señalando el nombre.

—Hilger. ¿El tipo de Hong Kong? ¿El AEO de la CIA?

—Exacto, el agente encubierto oficioso, el que se largó con dos millones de dólares del dinero que Belghazi pagaba a aquellos tipos de Transdniester que creían que éramos rusos.

—Ese dinero nos pertenecía, colega. Confiaba en toparme algún día con ese tipo para hablar claramente sobre el tema.

Asentí con la cabeza y pasé a la sección de memorandos. Sólo había una entrada: el número de confirmación de un billete abierto electrónico de Bangkok a Hong Kong.

—Parece que nuestro amigo Winters planeaba visitar Hong Kong —dije, indicando la entrada—. Este billete lo confirma. Y en su billetera había unos dólares de Hong Kong.

—Hilger reside en Hong Kong, ¿no es así? Al menos, por la época en que eliminamos a Belghazi.

—Sí, estoy pensando lo mismo que tú. —Miré de nuevo la entrada del calendario, pero no conseguí descifrar la clave de Winters. La observé durante unos minutos, pero fue inútil.

—¿Cómo funciona? —preguntó Dox—. ¿Tú crees que si lo observas durante un rato, te revelará sus secretos?

—Probablemente no —respondí con un suspiro de resignación—. Pero... «CC»... Winters iba a ir a Hong Kong.

Me volví hacia el teclado y entré en Google. Tecleé «Hong Kong CC».

Obtuve unas entradas de Hong Kong Correspondence Chess (ajedrez por correspondencia en Hong Kong), The Hong Kong Computer Center (centro informático de Hong Kong), The Hong Kong Cricket Club (club de críquet de Hong Kong) y The Hong Kong Cat Club (club de gatos de Hong Kong).

—Ah, el Cat Club, un viejo lugar de reunión en Hong Kong —dijo Dox—. Los muy pillos, debimos suponerlo.

Estaba claro que si Dox y yo íbamos a seguir trabajando juntos, yo tendría que utilizar una táctica de supervivencia consistente en no hacerle caso.

—El Hong Kong Cricket Club —dije—. El Hong Kong Cat Club. El Hong Kong... China Club.

—¿El China Club?

Asentí con la cabeza.

—Es un club privado con un restaurante de cinco estrellas situado en el antiguo edificio del Banco de China en Central. Ahora tienen uno también en Pekín, y en Singapur.

—Pero no has obtenido ninguna entrada referente a ese club.

—Cierto. —Tecleé «China Club Hong Kong» y pulsé «enter». Obtuve unos tres millones de resultados, pero ninguno referido a lo que buscaba.

—¿Estás seguro sobre ese lugar? —preguntó Dox.

—Es un club muy exclusivo. No me sorprendería que no tuvieran una página electrónica y dudo que se anuncien en internet. —Tecleé numerosas variaciones de lo que estaba buscando hasta conseguir un número telefónico. Tomé mi móvil, lo encendí y marqué el número.

El aparato al otro lado del hilo telefónico sonó una vez y luego otra. Respondió una voz femenina.

—China Club, buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero confirmar una reserva en el restaurante —contesté.

—Le paso —dijo la voz.

Al cabo de unos instantes oí la voz de un hombre.

—Restaurante del China Club. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quisiera confirmar una reserva —respondí— a nombre de Jim Hilger, para mañana.

Tras una pausa, la voz dijo:

—En efecto, a las siete de la tarde de mañana, un comedor privado, para cuatro personas.

—Muchas gracias —dije sonriendo.

Colgué y miré a Dox.

—Una cena mañana por la noche en el China Club, para cuatro, en un comedor privado. Creo que se olvidaron de invitarnos.

Dox sonrió.

—En cualquier caso, quizá debamos asistir a esa cena.

—Sí, creo que sería muy oportuno.

—¿Sabemos quién más asistirá?

Negué con la cabeza.

—No podía preguntar eso. Probablemente no lo saben, y la pregunta les hubiera extrañado.

—Nos libramos por los pelos hace un rato frente al Brown Sugar —dijo Dox—; pero bien pensado, quizá nos hubiera venido bien, nos hubiera facilitado las cosas. No hay nada como un hallazgo fortuito para hacerte comprender que todo está en orden en el universo.

La gigantesca descarga de adrenalina que me había ayudado a sobrevivir a la emboscada frente al Brown Sugar y sus consecuencias empezaba a remitir, pero aún sentía sus efectos. Esa noche no iba a poder pegar ojo.

—Todo indica que Hilger estaba detrás de Winters —dije—. Durante un rato temí que fueran los israelíes.

—¿Crees que Delilah lo habría organizado? No lo creo. Además, no conoce mi número.

—¿Cómo, no se lo diste?

—Déjate de tonterías. Eso no hubiera sido correcto.

Me pasé la mano por la cara y reflexioné.

—Aun antes de hallar esa entrada en el Treo, no creí que fueran los israelíes. Aunque si algunos rusos tienen tu número, supongo que hay muchas otras personas que pueden conseguirlo, incluidos los israelíes. Pero Delilah ni sabía que existías hasta hace poco. No veo cómo los israelíes pudieron conseguir tu número tan rápidamente. Por otra parte, su posición en Asia es relativamente débil, lo cual explica en parte que quisieran que yo eliminara a Manny. Dudo que puedan desplegar los medios técnicos necesarios en tierra para rastrear de inmediato un teléfono móvil en Bangkok.

Dox asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo. Por consiguiente, podemos descartar a los israelíes.

—Supongamos que Winters estuviera compinchado con Hilger. Todo parece indicarlo: la entrada en el Treo, la conexión de Hong Kong, la reserva

en el restaurante. Creemos que Hilger pertenece a la CIA. ¿Significa eso que todo proviene de la CIA?

—No necesariamente. Es posible que Hilger trabaje para la CIA, pero él no es exactamente lo mismo que la CIA.

—Correcto. Sin embargo, la Agencia tiene tu número de teléfono, ¿no es así?

—Sí, han sido clientes míos. Jamás pensé que eso podía ser un problema.

—¿Conoce la Agencia el trabajo que has hecho para los rusos?

—Nunca se lo dije. Cuando no dejo mi móvil encendido para ligar con un transexual, te aseguro que soy muy discreto.

Me reí.

—En cualquier caso, es posible que la Agencia lo sepa. A fin de cuentas, son espías. Quizá Winters nos dijo que obtuvo el número de los rusos para ocultar la implicación de la CIA en el asunto.

—O quizá lo obtuvo de Ivan.

—Sí. Es imposible que lo averigüemos, al menos por ahora. Pero al margen de con quién estuviera compinchado Winters, disponían de un equipo muy sofisticado. Tuvieron que rastrear tu móvil hasta Bangkok, lo cual significa acceder a los transportistas, y localizarlo en el Brown Sugar, lo que requiere un equipo y unos conocimientos técnicos muy sofisticados. Se movieron con rapidez. Hace sólo dos días que llegamos a Bangkok desde Manila, de forma que consiguieron organizarlo todo en... —consulté mi reloj — poco más de sesenta horas. Es impresionante.

—Sí, pero por otra parte, dijiste que esos tipos tailandeses no eran unos profesionales. Los contrataron para ese trabajo. Dos de ellos salieron corriendo en cuanto la cosa se puso fea.

—Supongo que el dinero que cobraron no merecía que arriesgaran el pellejo.

—Exacto. Ahora bien, si el secuestro hubiera sido una operación de la CIA, lo lógico habría sido que utilizaran a un grupo integrado de la rama paramilitar de la Agencia. Tienen los agentes necesarios y pueden moverse con rapidez.

Dox se reclinó en su silla.

—Cuéntamelo otra vez. ¿Cómo sabemos que Hilger pertenece a la CIA?

—No lo sabemos con certeza. Pero dos personas lo insinuaron, Kanezaki y el difunto Charles Crawley tercero.

Crawley era el empleado de la CIA que había tratado de contratar a Dox para que me eliminara. Dox me había prevenido. Después de lo cual yo había

mantenido lo que el Gobierno denomina «una conversación sincera y profunda» con el señor Crawley en su lujoso apartamento de Virginia, en el que me había presentado inopinadamente. Crawley me había hablado sobre un agente encubierto en Hong Kong, pero se había negado a decirme su nombre. Que Hilger apareciera poco después en escena me confirmó que se trataba de él.

—Si Hilger es de la CIA —dijo Dox— y estaba detrás del incidente del Brown Sugar, ¿por qué envió a unos tipos locales en lugar de a un equipo de profesionales?

—No envió a unos tipos locales. Envío a Winters. Fue Winters quien reunió al equipo de locales.

—Ya entiendo lo que dices. Ése es el enfoque correcto.

Miré a Dox.

—De modo que la pregunta...

—... es: ¿quién es Winters?

—Exacto. ¿Pertenece Winters a la Agencia, o no? Ahora mismo, apostaré a que no. Lo cual contribuiría a indicarnos qué se proponía Winters.

Me volví hacia la pantalla y tecleé «Mitchell William Winters» en Google. No conseguí ningún resultado.

—Al parecer, el señor Winters ha vivido mucho tiempo como un agente encubierto.

—Eso parece. Un momento.

Consulté el tablón de anuncios electrónico que utilizaba con Tatsu. Había un mensaje de él: los dos tipos que habían muerto se llamaban Scott Calver y David Gibbons. Eso encajaba con lo que me había dicho Kanezaki. Ambos eran ex militares, de las Fuerzas Especiales; veteranos de la primera guerra del Golfo, tras la cual fueron condecorados. Cuando se jubilaron, sirvieron en el Ministerio de Asuntos Exteriores y fueron destinados a Ammán, Karachi y Riad.

Salvo los nombres propios, el mensaje estaba en japonés. Se lo traduje a Dox.

—De modo que dejaron las Fuerzas Especiales para hacerse diplomáticos —comentó Dox—. Una trayectoria profesional muy creíble.

—Sí —respondí—. Durante un tiempo pertenecieron a la Agencia. Pero el mensaje dice que se marcharon en 2003. Al parecer, Kanezaki no mintió cuando dijo que eran ex empleados de la compañía.

Miré de nuevo la pantalla. El mensaje de Tatsu decía que los dos hombres habían abandonado el gobierno para integrarse en Gird Enterprises. Se lo leí a

Dox.

—¿Qué crees que es eso? —preguntó Dox.

—Supongo que una compañía. Mi contacto dice que no tiene más información al respecto, pero...

Consulté «Gird Enterprises» y «Gird Enterprise» en Google. Nada.

Miré de nuevo el mensaje de Tatsu. En la parte inferior había un párrafo adicional.

Me gustaría hablar contigo lo antes posible sobre un asunto personal. No está relacionado con el tema que nos ocupa. ¿Tienes pensado volver pronto a Japón? Me gustaría que nos viéramos y mantuviéramos una de nuestras charlas, las cuales confieso que echo de menos. Confío en que estés bien. Cuídate.

Me pregunté de qué asunto personal se trataba, y esperé que Tatsu y su familia estuvieran bien. Tecleé un mensaje:

Necesito información sobre Jim Hilger, un americano residente en Hong Kong, presuntamente un agente encubierto de la CIA. Hay una conexión con un tipo llamado Mitchell William Winters, que probablemente reside en Yakarta y que probablemente desarrolla unas operaciones militares especiales, probablemente con experiencia en Tailandia. Posible conexión de ambos con Gird Enterprises.

Me gustaría mucho verte para tomar el té contigo y hablar de ese asunto personal que mencionas. Espero que tú y tu familia estéis bien. Gracias por tu ayuda y cuídate.

—¿Y Kanezaki? —preguntó Dox.

Consulté el tablón de anuncios. Había un mensaje:

Sigo investigando, pero me topo con muchos obstáculos y debo andarme con cuidado. Si pudieras proporcionarme más datos, me facilitarías la tarea.

Tecleé:

¿Qué puedes decirme sobre Gird Enterprises? Al parecer, los dos hombres que murieron abandonaron el Gobierno para trabajar para una empresa con ese nombre.

Cerré los dos tabloneros de anuncios y me puse a navegar por internet.

—Veamos si hay alguna noticia interesante —dije.

Consulté en Google algunas variaciones sobre «Tiroteo en un centro comercial de Manila protagonizado por unos agentes de la CIA». Obtuve un titular muy interesante, del *Washington Post*: «En el tiroteo murieron dos norteamericanos que, al parecer, eran agentes de la CIA».

—Caray, mira eso —dijo Dox.

Dox y yo leímos el artículo. Por lo visto, unas «fuentes» afirmaban que los dos hombres muertos pertenecían a la CIA. Un portavoz de la CIA, acogiéndose a la política de la Agencia, se negaba a confirmar o negar las filiaciones de esos hombres.

Ambos guardamos silencio durante unos instantes. Por fin Dox dijo:

—Kanezaki dijo que esos hombres eran ex espías.

—Cierto —respondí asintiendo con la cabeza.

—A mí esto me parece una contradicción.

—Sí.

—Quizá tu amiga haya averiguado algo que contribuya a esclarecer la situación. ¿Por qué no la llamas?

Reflexioné unos instantes. Por todos los motivos que Dox y yo habíamos comentado, no creía que Delilah estuviera involucrada en el incidente ocurrido frente al Brown Sugar. Lo que me preocupaba era que yo confiaba en que Delilah no estuviera involucrada. Comprendí que eso era peligroso. Hasta ahora siempre me había limitado a realizar los cálculos matemáticos pertinentes y aceptar los resultados. No confiaba en que éstos indicaran una cosa o la otra ni permitía que mis sentimientos estuvieran implicados en el tema. Ahora estaba implicado emocionalmente en el resultado. Lo cual hizo que me preguntara si sería capaz de no interpretar los datos de forma sesgada.

Tendría que averiguarlo sobre la marcha, suponiendo que pudiera.

Llamé a Delilah. Después de tres tonos, Delilah respondió:

—Soy yo. ¿Puedes hablar?

—Sí. Iba a enviarte un mensaje.

—¿Dónde estás?

—En Bangkok.

—Yo también. ¿Podemos vernos?

—No. Gil está aquí. He de andarme con cuidado. Y tú también.

—¿Que Gil está aquí? —pregunté.

Delilah debió de captar algo en mi voz, o me conocía lo suficientemente bien para adivinar lo que estaba pensando. Fuera como fuere, respondió:

—Ni lo pienses. Si le ocurre algo a Gil, me convertirás en tu enemiga. Te lo prometo.

No respondí. Me molesta la sensación de que me persiguen. Me lo tomo de una forma personal.

De modo que Gil formaba parte del equipo de Delilah. Era un dato que convenía que yo recordara.

—Lo comprendo —dije—. Procuraré pasar inadvertido.

—Bien.

—¿Has averiguado alguna novedad?

—Sí. Al parecer, esos hombres eran de la CIA. Gil los conoció durante la primera guerra del Golfo. Pertenecían a la misma unidad, a cuyo mando había un hombre llamado Jim Huxton, que actualmente se llama Jim Hilger.

De nuevo aparecía Hilger. Perfecto.

—¿Qué más?

—Hilger fue visto en multitud de reuniones con Lavi. Y utiliza nombres en clave de la CIA. Hilger es «el Pez Gordo»; Lavi, «el Judío».

—Eso no es políticamente correcto.

Delilah se rió.

—Lo digo en serio. ¿Crees que podrías utilizar ese tipo de nombre en clave en una agencia gubernamental estadounidense? Si la Administración de la Seguridad en los Medios de Transporte ni siquiera puede registrar a fondo a un saudí que recita versos del Corán y murmura «*Alla-hu Akbar*» antes de embarcar en un avión, ¿cómo quieres que la CIA ponga a uno de sus agentes el apodo de «el Judío»?

—Tienes razón.

Tomé el Treo y miré la agenda. De pronto las iniciales «TD» y «JB» adquirieron un significado distinto.

—¿Qué me dices de «VBM»? —pregunté.

—¿«VBM»?

—Sí, probablemente es otro nombre en clave.

—A mí no me dice nada. Gil no lo mencionó. Sólo los dos nombres clave que te he dicho. ¿Por qué lo preguntas?

—No estoy seguro. De todos modos, los dos nombres que has averiguado son muy útiles. Gracias.

—¿Útiles en qué sentido?

Me detuve unos instantes antes de responder. Mi sentido común me decía que podían ser útiles, quizá incluso necesarios, pero quería reflexionar un poco antes de formular la pregunta.

—¿Estás segura de que no podemos vernos? —pregunté.

—No es una buena idea. No quiero que Gil sospeche más de lo que ya sospecha.

—¿Pasas mucho tiempo con él?

Tras una pausa, Delilah respondió:

—¿Estás celoso?

—Sí, creo que sí.

—Qué bonito. Eso me gusta.

Maldita sea, tenía ganas de verla. En cualquier caso, el aspecto positivo era que la negativa de Delilah a vernos hizo que me fiara de ella. Si se hubiera negado y luego hubiera dejado que yo la convenciera, me habría oído a chamusquina. Delilah no era una persona sin carácter.

—Según me han informado, esos tipos no eran unos espías —dije—. Eran ex espías. Recientemente habían trabajado para una empresa llamada Gird Enterprises. ¿Te suena ese nombre?

—No. ¿Has mirado en Google?

Durante unos instantes comprendí por qué Dox se enojaba conmigo cuando le hacía unas preguntas que le parecían obvias.

—Claro —respondí—. No he encontrado nada.

—Procuraré averiguar algo —dijo Delilah—. ¿Estás seguro de los datos sobre esos hombres?

—No, pero tengo dos fuentes independientes; una de ellas, dentro de la propia organización y los archivos de la organización. Creo que vosotros estáis equivocados, aunque no me explico el motivo.

—No sé qué más puedo hacer sobre ese tema. Ya he indagado. Si insisto, sospecharán que hay gato encerrado.

Se produjo una pausa.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Bangkok? —pregunté.

—Lo ignoro. Se supone que debo colgar un mensaje en nuestro tablón de anuncios diciendo que estoy enojada y dolida por haberte marchado dejándome plantada, que quiero volver a verte. Probablemente puedo esperar un par de días para ver si te pones en contacto conmigo.

—En ese caso deja que compruebe un par de cosas y utilice la información que me has dado. Ya te llamaré.

—No me mantengas al margen. He arriesgado el cuello en este asunto.

Delilah tenía unas buenas antenas.

—No te mantendré al margen —respondí.

Sospeché que Delilah no se lo creería, pero no podía decirlo.

—Te llamaré —le dije.

Tras una pausa, Delilah respondió:

—Más te vale. —Luego colgó.

Informé a Dox sobre los nombres clave y todo lo demás.

—Hilger, Manny, el llorado señor Winters y el misterioso señor VBM —dijo Dox—. Todo indica que deberíamos estar en Hong Kong, colega.

—Sí, pero si vamos a Hong Kong, ¿nos enfrentaremos a toda la CIA, o a otra cosa?

—Vamos por partes. Los israelíes nos han dicho una cosa, y Kanezaki y tu contacto japonés nos han dicho otra distinta. ¿Qué información te parece más creíble?

Me encogí de hombros.

—Debido a su posición, Kanezaki es quien debe de estar mejor informado.

—Estoy de acuerdo, siempre que sea sincero con nosotros.

—Por otra parte, tenemos una información independiente.

—En eso coincidido también contigo. Entonces, ¿qué pudo haber despistado a los israelíes?

Reflexioné unos instantes.

—Uno, podrían estar mintiendo. Dos, alguien ha cometido un error, lo cual es más probable. No es inverosímil. Delilah dijo que Gil había conocido a Hilger y a los otros dos tipos cuando se incorporaron a la Compañía. Posteriormente, cuando Gil estuvo siguiendo a Hilger, lo vio con Manny, lo cual le lleva a deducir que Hilger sigue trabajando para la Agencia y que Manny es un colaborador. Cuando esos dos tipos mueren al ir a reunirse con Manny, la suposición de que trabajaban para la CIA cobra más fuerza. A nadie se le ha ocurrido preguntar si esos tipos estaban metidos en otra cosa. No pueden hacer demasiadas indagaciones porque es un asunto sensible. Por otra parte, está la filtración a la prensa, como hemos visto en el artículo del *Washington Post*. Puede que ellos también lo hayan visto, lo cual refuerza la tesis de una suposición equivocada.

Dox asintió con la cabeza durante unos instantes, como si estuviera pensando. Luego dijo:

—Quizá nos estemos limitando demasiado con este enfoque en el que sólo caben dos opciones.

Miré a Dox intrigado.

—Por ejemplo —prosiguió Dox—, ¿pertenece nosotros a la CIA? En realidad no, somos unos agentes independientes. Pero la CIA nos utiliza de vez en cuando. Y no sólo a nosotros. En la actualidad están Halliburton, Blackwater, DynCorp, Vinnell y Kroll-Crucible..., unas empresas que surgen como hongos, y es difícil determinar dónde termina el Gobierno y comienza el sector privado.

—Es verdad —dije.

—Por si fuera poco, el Gobierno ha convertido a todo el mundo en un cazarrecompensas al ofrecer veinticinco millones por la cabeza de Osama.

—El capitalismo en acción —dije—. La oferta y la demanda.

—Lo sé. Cuando contemplé en la CNN cómo avasallamos a los iraquíes la primera vez que les invadimos, esperaba que el locutor dijera: «Este ataque aéreo ha sido patrocinado por los cereales Kellogg's», o algo por el estilo. Las cosas no están tan claras como antes.

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes quién colabora más con las fuerzas de coalición allí, después de Estados Unidos y el Reino Unido?

—Sin duda, los agentes independientes, hijo mío. Somos el futuro y estamos decididos a formar una unión.

Asentí con la cabeza.

—Aunque Estados Unidos procure no pregonarlo.

—A eso me refiero.

Dox se frotó la barbilla como si reflexionara.

—Pero en términos generales —prosiguió—, no creo que en este caso nos enfrentemos al Tío Sam, ni a los tailandeses, ni a «el Judío». Como tú mismo has dicho, los Cristianos en Acción tienen un deprimente historial que demuestra que también han utilizado a impresentables como Manny. Además, tanto tu contacto japonés como Kanezaki afirman que esos tipos de Manila eran ex espías, no que ejercieran en la actualidad de espías. Que sepamos, es una confirmación independiente.

—¿Y el artículo del *Washington Post*?

Dox se encogió de hombros.

—Un reportero que da palos de ciego. Ha caído en el mismo error que los israelíes.

—Estoy de acuerdo —dije asintiendo con la cabeza.

—Por otra parte, Hilger se largó de Kwai Chung con esos dos millones.

—No estoy seguro de que eso influya en el tema. Hilger puede seguir siendo un agente corrupto que trabaja para el Gobierno.

—A eso me refiero. Creo que Hilger trabaja para la Agencia, aunque se haya alejado del redil.

Tras reflexionar unos instantes, dije:

—Lo cual presenta una posibilidad muy interesante.

—Desde luego. Si tengo razón y el hecho trasciende, la Agencia probablemente negará toda relación con el discípulo de Hilger. No sería la primera vez que ocurre.

—Hilger sería vulnerable en ese sentido.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con lo que digo?

—Sí.

—¿Crees que tenemos que trasladarnos a Hong Kong?

Miré a Dox.

—Creo que tenemos que partir mañana por la mañana. Después del incidente del Brown Sugar, no me siento a gusto en Bangkok.

Miré en internet y encontré un vuelo de Thai Air que partía a las ocho de la mañana. Consulté mi reloj; faltaban menos de siete horas. Excelente. Quería que Dox y yo estuviéramos fuera del país antes de que Hilger se enterara de lo que le había ocurrido a su agente Winters, o en todo caso antes de que tuviera tiempo de reaccionar. Reservé un asiento para mí, y otro en un vuelo de Cathay Pacific que partía a las ocho y veinticinco de la mañana para Dox. Era más prudente que viajáramos por separado. Para mayor seguridad, utilicé una de las identidades falsas con las que viajábamos por si a Hilger se le ocurría ordenar que nos liquidaran cuando pasáramos la aduana. Reservé unas habitaciones en un par de hoteles grandes y anónimos: el Intercontinental de Kowloon para Dox, y el Shangri-La en la isla de Hong Kong para mí.

—Me alegro de que viajemos en plan lujo —comentó Dox cuando hice las reservas.

—El China Club sólo admite a miembros —respondí—. Tenemos que alojarnos en unos hoteles que consigan que sus clientes puedan entrar en ese club.

—No me quejo.

—También tendremos que comprar ropa —dije—. Es un club muy elegante. Supongo que en la galería comercial del Intercontinental habrá un sastre que pueda confeccionarte un traje mientras esperas. Si no es así, pediremos al conserje que nos recomiende uno.

Dox sonrió.

—Hong Kong me encanta. Es el lugar más rápido del mundo.

—Dile al sastre que quieres un traje oscuro y discreto —dije—. Él se ocupará del resto. Y que te elija una corbata.

—¿No te fías de mi buen gusto?

Decidí que era mejor no responder. Terminé de trabajar con el ordenador y me puse a navegar de nuevo por internet.

—Se me ocurre una cosa —dijo Dox—. Si Winters tenía que asistir a esa cena en el China Club y no se presenta, Hilger empezará a preocuparse. O

quizá Winters tenía que ponerse antes en contacto con él, y al no hacerlo, Hilger cambió los planes. ¿No era eso lo que te preocupaba, el motivo por el que no querías que supieran que Winters había muerto durante el interrogatorio?

Asentí con la cabeza.

—Hemos de tener eso en cuenta. Pero el que ya hayan fijado el lugar de reunión es positivo. Habría sido más prudente para Hilger el haber comunicado a la gente el lugar en términos generales, y haber esperado al último momento para indicarles el local preciso. Tengo la impresión de que ese VBM, quienquiera que sea, no es tan accesible, o que tienen ciertas limitaciones para comunicarse en tiempo real. Por lo demás, hay que tener presente que esta reunión está relacionada con lo ocurrido en Manila. Ya tuvieron que cancelar la reunión en una ocasión. Dudo que quieran volver a cancelarla porque alguien no se presente o no llegue a tiempo. Quizá me equivoque, cosa que no tardaremos en averiguar, pero tengo la sensación de que la cena no se cancelará.

Dox se reclinó en su silla y dijo:

—Estoy de acuerdo. ¿Cuál es el plan general?

Empecé a imaginar los detalles, pensando en lo que necesitábamos y cómo íbamos a conseguirlo.

—Manny y Hilger —dije—. Los eliminamos a los dos. Al liquidar a Manny, cumplimos el contrato con los israelíes. Cobramos lo estipulado. En cuanto a Hilger, o no es de la CIA, o lo es pero se ha alejado del redil. En cualquier caso, una vez muerto, la Agencia negará toda relación con él. Entonces los israelíes comprenderán que no tienen un problema con la Agencia. Y nosotros nos los habremos quitado a todos de encima.

—De todas formas, aunque el Gobierno niegue toda relación con Hilger, puede que alguien quiera vengarlo. No sería la primera vez que ocurre.

Me encogí de hombros.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo. Al margen de todo lo demás, en estos momentos la presión directa proviene de Hilger, más que de los israelíes. No veo mejor forma de aliviar esa presión que eliminar la fuente.

—Me parece razonable.

Una parte de mí se preguntó cómo había llegado al punto en que el proponer tranquilamente que matáramos a dos hombres, uno de los cuales quizá fuera de la CIA, podía parecer razonable. Tenía que reflexionar sobre ello cuando tuviera tiempo.

—Por lo demás —dije—, puesto que, al parecer, la razón de que los israelíes quisieran que Manny muriera de una causa relativamente «*natural*» se debía a su errónea suposición de que era un colaborador de la CIA, no hemos de tener demasiados miramientos con los métodos que utilicemos.

Dox asintió con la cabeza.

—Eso me tranquiliza. Donde yo me crié, los caballeros se mataban a tiros. Me siento más a gusto con ese sistema.

Asentí y, por segunda vez en pocos minutos, pensé que existían unas personas en el mundo a las que este tipo de conversación les chocaría, e incluso les repugnaría. Me pregunté a qué venía esta nueva perspectiva. Decididamente tenía que meditar sobre ello más tarde.

—El caso —dije— es que no creo que utilicemos armas de fuego.

Dox me miró perplejo.

—¿Ah, no?

Meneé la cabeza.

—Creo que ni Kanezaki podría conseguirnos lo que necesitamos en un plazo de tiempo tan breve. En cualquier caso, no me parece prudente pedirselo. Y mi contacto japonés podría ayudarnos si estuviéramos en Tokio. Pero en Hong Kong... No hay tiempo.

—Es una lástima. Me imaginaba en un tejado armado con el temible M-40A3 y el correspondiente telescopio nocturno AN/PVS-10. Habría sido un sistema muy civilizado.

Asentí con la cabeza.

—O yo podría irrumpir en el comedor privado con una cuarenta y cinco mientras saboreaban el pato al estilo de Pekín. Pero quizá...

Dox me miró.

—Estoy pensando en Hilger. El año pasado, en Kwai Chung, estaba armado.

—Armado y peligroso —dijo Dox, asintiendo con la cabeza—. Ese tío era una máquina de matar. Si no me equivoco, llevaba la pistola principal en una funda en el cinto o sujeta a la barriga, y una segunda pistola en el tobillo.

—¿Crees que fue una cosa coyuntural?

—No. Ese tipo va siempre armado. Se sentiría desnudo sin su pistola.

—Y aunque no sea así, sabemos que va armado cuando está operativo.

—Como mañana por la noche, por ejemplo.

—Por ejemplo.

Dox se frotó la barbilla y sonrió.

—Quizá vaya también armado el viejo Manny. Yo en su lugar iría armado, después de que estuvo a punto de diñarla en Manila.

—Eso mismo pensaba yo.

—Es todo un detalle que nos proporcionen ellos las armas.

Asentí con la cabeza.

—Sólo tengo que acercarme a uno de ellos por detrás, cuando esté solo. Por ejemplo, en el lavabo.

Dox carraspeó para aclararse la garganta.

—Supongo que no estarás preocupado por la reacción que tuviste la última vez que viste a Manny...

Negué con la cabeza al tiempo que experimentaba que en mi interior se movía algo parecido a un bloque de granito congelado.

—No —respondí—, no estoy preocupado en absoluto.

TERCERA PARTE

Capítulo 17

Teniendo en cuenta que Winters y compañía podían haber rastreado el móvil de Dox hacía varios días, el Grand Hyatt ya no era un lugar seguro. Dox y yo tomamos todo tipo de precauciones al regresar allí, y permanecemos sólo el tiempo suficiente para recoger nuestras cosas. Luego nos dirigimos a Sukhumvit, empleando las medidas de seguridad adecuadas, y alquilamos unas habitaciones en el Westin. Consciente de que Winters había estado a punto de atraparnos, Dox no puso ninguna objeción.

Después de ducharme y afeitarme, me di un baño muy caliente, lo que suele ayudarme a conciliar el sueño. Pero seguía tenso debido al desagradable incidente ocurrido frente al Brown Sugar. Tenía que partir para el aeropuerto a las seis de la mañana, y si no lograba descansar, ya no podría hacerlo hasta haber montado en el avión.

Acerqué una butaca al lado de la ventana y me senté en la oscuridad, contemplando Sukhumvit Road y la masa urbana en la calle. La vista no tenía nada de particular; el Westin no es un edificio muy elevado y la ciudad está demasiado congestionada. Durante unos instantes deseé, absurdamente, hallarme de nuevo en mi apartamento de Sengoku, un sector tranquilo de Tokio donde había residido hasta que la CIA y Yamaoto habían descubierto mi paradero allí. En aquellos momentos no había caído en la cuenta de lo seguro que me sentía allí, de lo apacible que era esa zona. Tenía la impresión de que eso había ocurrido hacía mucho tiempo, y que desde entonces habían sucedido muchas cosas. Comprendí que no me había parado para lamentar el haber tenido que marcharme de allí. En todo caso, hasta ese momento. Pero ahora no podía permitirme el lujo de recrearme en ello.

Pensé en el plan que Dox y yo habíamos urdido. Parecía sensato, hasta cierto punto. Pero me pregunté por qué todas las soluciones a las que llegaba eran siempre violentas.

«¿Violentas? Estamos hablando de matar.»

Sonreí sarcásticamente. Cuando sólo dispones de martillos, todo parece un clavo.

Quizá mi mentalidad por defecto fuera atrocemente defectuosa, o retorcida. Quizá existieran otros métodos menos siniestros, que mis largos y nefastos hábitos me impidían ver.

Sí, era posible. Pero la sensación que experimenté sentado allí en la oscuridad, repasando los pormenores del operativo que íbamos a montar al día siguiente, me resultaba momentáneamente tan familiar que conllevaba el peso opresivo del destino.

Llevaba matando desde el primer Vietcong que había abatido, junto al río Xe Kong, cuando tenía diecisiete años. Durante un tiempo había llevado la cuenta, pero ya no recordaba cuántas vidas me había cobrado, lo cual, lógicamente, había horrorizado a Midori cuando me lo había preguntado. ¿Era posible que hubieran sido las circunstancias lo que me habían obligado a empezar tan joven y seguir haciéndolo durante tanto tiempo, o se debía a algún rasgo intrínseco de mi carácter?

Mucha gente reconocía que yo era un asesino: Tatsu; Dox; los psiquiatras del ejército; Carlos Hathcock, el legendario francotirador que había conocido en Vietnam.

«¿Por qué le das tantas vueltas? —me pregunté—. Acéptalo y punto.»

Recordé algo de mi infancia relacionado con una visita a la iglesia. Creo que un versículo del Evangelio según san Mateo, en el que Jesús decía: «Enfunda de nuevo tu espada, pues el que a hierro mata a hierro muere».

Tras reflexionar sobre ello unos instantes, pensé: «¡Y un cuerno! A Dios le importa un comino. Como dice Dox, si le importara, ya habría hecho algo al respecto. Si Dios hiciera algo al respecto, ¿te darías cuenta? ¿Prestarías atención? Claro que me daría cuenta si Dios me castigara o algo parecido, que es lo que haría yo».

Pensé que quizá se tratara justamente de eso. Hacía tiempo que esperaba —que exigía— que Dios me castigara por mis transgresiones y confirmara con ello su existencia. Pero ¿y si Dios no se dedicara a castigar a la gente? ¿Y si los castigos fueran impuestos sólo por el hombre, y Dios prefiriera comunicarse mediante unos métodos más sutiles, unos métodos que los tipos como yo fingían que no existían?

Me incliné hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, y miré mis manos como si pudieran ofrecerme una respuesta. Ojalá pudiera experimentar cansancio. Anhelaba dormir.

Pensé en *El libro de los cinco anillos*, de Musashi, que había leído repetidas veces. En sus relatos de más de sesenta duelos con espada, y de más de media docena de grandes batallas en las que había participado, Musashi no

mostraba la menor duda sobre la moralidad de sus actos. Parecía dar por sentado que los hombres luchaban, mataban y morían, y supuse que Musashi daba tan poca importancia al tema como al hecho de que los hombres respiraban, comían y dormían. Lo primero era natural e inmutable, como lo segundo. Lo importante era la destreza que tuviera uno.

De alguna forma, Musashi había logrado deponer su espada al hacerse viejo. Poco antes de cumplir sesenta años, había dedicado buena parte de su tiempo a enseñar, pintar, meditar, beber té y escribir poesías y, por supuesto, esa obra tan profunda. Incluso había logrado morir en la cama, una perspectiva que no me disgustaba. Pero no sabía cómo iba a alcanzar ese apacible fin si no dejaba esta profesión.

Cuando las personas hacen balance de su vida, ¿cómo se lo plantean? ¿De dónde obtienen su satisfacción, su justificación? Mientras permanecía solo en esa habitación en penumbra, traté de hallar el medio de hacer balance de mi existencia, de justificar quién era yo. Pero lo único que se me ocurrió fue: «Eres un asesino».

Apoyé la cabeza en las manos. No se me ocurría nada más. Lo único que hago bien es matar. Matar y sobrevivir.

Sin embargo, quizá no había captado lo esencial del asunto. Por más que mi naturaleza fuera inmutable, las causas a las que prestaba esa naturaleza dependían de mí. Entonces pensé en el sueño que había tenido, el de las dos catanas. A eso se refería justamente el sueño.

Al margen de otras funciones que pueda tener, una espada es esencialmente un instrumento mortal. Sí, uno puede utilizarla como el quicio de una puerta o un abridor de cartas, pero ésa no es la función a la que está destinada. No es lo que la espada desea, en el fondo, hacer. Pero su naturaleza intrínseca no hace que una espada sea buena o mala, sino que la moral de la espada viene determinada por el uso que se le dé. Existe la *katsujinken*, la espada que da vida, o arma de justicia, y la *setsuninto*, la espada que quita la vida, o arma de opresión. En el sueño, algo indescriptible había estado a punto de atraparme debido a mi incapacidad de tomar una decisión. No podía permitirme el lujo de cometer ese error en mi vida.

¿Podía convertirme en una *katsujinken*? ¿Era ésa la respuesta? Matar a Belghazi en Hong Kong hacía un año había impedido el envío de unos misiles equipados con puntas radiológicas a unos grupos que pretendían detonarlos en zonas metropolitanas. ¿No había salvado mi acción un número incontable de vidas humanas? ¿No podía esa acción contrarrestar... otras cosas que yo había hecho?

La idea era al mismo tiempo sugestiva y preocupante: sugestiva porque insinuaba la posibilidad de redención; preocupante porque indicaba la certeza de que, de una forma u otra, en última instancia yo sería juzgado.

Solté una amarga carcajada. *Katsujinken* y redención... Seguiría tratando de conciliar Oriente y Occidente hasta que el intento acabara matándome.

Pensé en Manny. Era como Belghazi. Su muerte aportaría numerosos beneficios.

«Y su hijito sufrirá durante muchos años.»

Pensé en el tacto con que Dox me había preguntado si temía volver a quedarme bloqueado, y la simple confianza con que había aceptado mi respuesta cuando yo le había asegurado que no tenía por qué preocuparse.

De pronto el hecho de quedarme bloqueado, atrapado en un siniestro purgatorio entre criterios contrapuestos, empezó a parecerme la peor de las posibilidades. Éste no era el momento para ponerme a filosofar, ni dejar que las dudas me atormentaran. Me tenía sin cuidado el precio que tuviera que pagar. Me tenía sin cuidado si era justo o injusto. Estaba decidido a terminar lo que había iniciado.

Sentí que mis compuertas mentales se cerraban, obstaculizando el paso de las emociones, haciendo que me concentrara sólo en los elementos esenciales de lo que tenía que hacer y cómo lo haría. Una parte insensible de mí, desconectada del resto de mi ser, activó los resortes para que todo ocurriera como tenía que ocurrir. Fuera lo que fuere, este sentimiento me ha resultado muy útil en infinidad de ocasiones en mi vida. No sé si otras personas lo poseen, pero forma parte esencial de mí, de lo que hace que sea quien soy y como soy. Cuando esas compuertas se cerraron, la parte de mi ser que quedó aislada tras ellas se preguntó si eso no sería otra transgresión, otro pecado. Haberme aproximado tanto a lo que parecía una epifanía complicada y haber renunciado deliberadamente a ella...

Me recliné en la butaca y dejé que mi mirada se paseara por la habitación. Empecé a pensar en cómo podíamos hacerlo de la forma que tenía que hacerse.

Había estado en el China Club en una ocasión y conocía la disposición del local. Ocupaba las tres plantas superiores del viejo edificio del Banco de China en Central. Los ascensores se detenían en la planta trece, y sólo se podía acceder a las dos plantas siguientes a través de una escalera interior.

Tendría que llegar temprano y utilizar un pretexto para entrar. Podía decir que trabajaba para una gigantesca corporación japonesa y tenía que comprobar si a mi jefe le merecería la pena desembolsar un montón de yenes

para hacerse socio del club. Era un buen ardid. Lo había utilizado anteriormente, y por lo general hacía aflorar los deseos más profundos de mi anfitrión de mostrar los aspectos más positivos de su local y responder a todas mis preguntas inocentes.

Lo malo era que Manny podía reconocerme. Podía minimizar el problema alterando un poco mi aspecto, lo cual tendría que hacer en cualquier caso, dado que seguramente habría unas cámaras de seguridad instaladas en el perímetro del edificio y posiblemente en el interior. Por lo demás, soy muy hábil a la hora de mimetizarme con el entorno si es necesario. Pero Hilger, que supuse que sería un objetivo mucho más difícil de alcanzar que Manny, también nos reconocería a Dox y a mí. La CIA tenía unas fotos de ambos, como yo había averiguado con motivo del operativo Belghazi hacía un año, y Hilger las habría examinado atentamente, al igual que habría hecho yo. Entrar en el edificio no sería difícil. Pero una vez dentro, Dox y yo no podríamos movernos con libertad.

Seguía reflexionando sobre el asunto. Podía llegar temprano y probablemente hallar un sitio donde ocultarme: un lavabo, un armario ropero o algo parecido. Dox llegaría más tarde. Quizá podríamos utilizar unas cámaras, como habíamos hecho en el Península de Manila, y Dox podría monitorizarlas e indicarme a través de nuestro equipo transmisor lo que debía hacer. Pero ¿dónde podíamos situarlo de forma que nadie reparara en él? Imaginé a Dox sentado solo en el famoso bar del China Club llamado Gran Marcha, que estaba destinado a agasajar e impresionar a los clientes. Cualquiera que permaneciera solo durante varios minutos allí llamaría la atención. Esa opción quedaba descartada.

Claro que si Dox no estaba solo, la opción era más factible. Podía estar acompañado por una atractiva ejecutiva europea.

Imaginé a Dox vestido con un traje austero, confeccionado por un sastre de Hong Kong, acompañado por Delilah, que probablemente luciría un traje de chaqueta elegante y de buen gusto. Dox podía hacerse pasar por un directivo empresarial expatriado; Delilah, por una inteligente ejecutiva europea de publicidad que trataba de conseguir una cuenta con la empresa de Dox. Ese tipo de negocios se llevan a cabo todas las noches en el China Club. Ni Dox ni Delilah desentonarían allí.

Estaba desvelado. Me levanté, encendí una de las lámparas de lectura y tomé el móvil. Coloqué una nueva tarjeta SIM, lo encendí y llamé a Delilah. Ésta respondió después del primer tono.

—Hola —dije—. Espero no haberte despertado.

—No. Aún sufro los efectos del desfase horario.

—¿Podemos hablar?

—Desde luego. Estoy sentada en mi habitación.

Se me ocurrió preguntarle de nuevo si quería que nos reuniéramos. Era absurdo que ambos estuviéramos en la misma ciudad y no nos viéramos. Quizá Delilah se alojaba en mi hotel, en la habitación contigua a la mía.

Sin embargo, comprendí que Delilah tenía razón. Habría sido una estupidez quedar para vernos sabiendo que Gil la estaba vigilando. Si Delilah tenía que tratar de despistarlo, quizá sólo tendría una oportunidad, y yo quería que esa oportunidad fuera el China Club. Por lo demás, una parte de mí, quizá la menos madura, se resistía a ser rechazada por tercera vez, aunque los motivos del rechazo estuvieran fundados y no fueran personales.

—Creo que mañana tendré la oportunidad de zanjar este asunto —dije—, de terminar lo que empecé.

Tras una pausa, Delilah respondió:

—De acuerdo.

—Pero necesito que me ayudes. Si eso representa un problema, lo comprenderé. Este asunto no te concierne.

Delilah se rió suavemente.

—Ojalá fuera cierto.

—De acuerdo. Si estás dispuesta a ayudarme a solucionar el asunto, ¿puedes viajar a Hong Kong mañana?

Se produjo otra pausa.

—Le he dicho a Gil que me quedaría unos días en Bangkok por si te ponías en contacto conmigo. No sé cómo explicarle mi repentina necesidad de marcharme.

Después de reflexionar unos instantes, respondí:

—Dile que me he puesto en contacto contigo, que me he disculpado por haberte dejado plantada y te he pedido que te reúnas conmigo en Hong Kong.

—Pero si le digo eso, Gil querrá ir también a Hong Kong, al igual que vino a Bangkok, para poder pillarte cuando aparezcas de nuevo. Además, sospecha de mí. No querrá perderme de vista.

—¿Puedes sortear todos esos contratiempos?

Noté que Delilah estaba sopesando los pros y los contras. Por fin respondió:

—Probablemente.

—¿Puedes tomar el primer vuelo que parta por la mañana?

—Desde luego.

—De acuerdo. Hazlo. Cuando llegues, consulta el tablón de anuncios. O yo te llamaré de nuevo.

Delilah guardó silencio unos instantes, y pensó: «Quiero que nos veamos esta noche. Dímelo».

Pero Delilah se limitó a decir:

—De acuerdo. Iré.

Le di las gracias y colgué.

Desconecté el móvil, apagué la luz y me senté de nuevo en la butaca, al estilo oriental, con las piernas cruzadas. Observé a través de la ventana cómo las luces de la ciudad empezaban a apagarse, casi imperceptiblemente, una tras otra.

Pensé en Delilah, tan cerca y a la vez tan lejos.

Confiaba en poder fiarme de ella. Necesitaba hacerlo. Pero eso no era lo que me preocupaba.

Lo que me preocupaba era lo mucho que ansiaba fiarme de ella.

Capítulo 18

Hilger concluyó el trabajo financiero de la jornada. Ciertos aspectos del mismo constituían su tapadera en Hong Kong; otros tenían más que ver con su auténtica actividad, su misión real. No había sido fácil sortear todos los problemas que se habían producido últimamente.

Hilger se levantó de su mesa, se estiró y miró su reloj. Joder, las dos de la mañana. Tenía que irse a casa y dormir un rato. Mañana le aguardaba una jornada dura.

En estas sonó el teléfono. Hilger volvió a sentarse. Era un número oculto, lo cual hizo que Hilger supusiera que Winters le llamaba para darle la buena noticia. Le había extrañado que Winters tardara tanto en ponerse en contacto con él.

Pero era Demeere, otro miembro de la red de Hilger que se había trasladado a Tailandia para ayudar a Winters a interrogar a Rain. Antes de que Hilger tuviera tiempo de preguntarse por qué le llamaba Demeere en lugar de Winters, que era el jefe del equipo, Demeere dijo:

—Malas noticias.

—Adelante —respondió Hilger sin inmutarse.

—Winters y los tailandeses trataron de liquidar a Rain frente a un club en Pathumwan. Rain logró escapar. Winters ha muerto, al igual que dos de los tailandeses.

Por una vez Hilger perdió un poco la calma.

—Mierda —dijo. Quería añadir algo más, pero no se le ocurrió nada, de modo que repitió—: Mierda.

Winters era un profesional, y Hilger había supuesto que no se expondría a riesgos innecesarios. En el peor de los casos, Hilger había supuesto que quizá no dieran con Rain, o que éste se escabullera cuando lo encontraran. No había supuesto que alguno de sus hombres muriera, y menos aún Winters.

—¿Y Dox? —preguntó Hilger tras recobrar la compostura.

—También se escapó, según me informaron dos de los tailandeses.

—¿Representan los tailandeses un peligro en estos momentos?

—No. No saben lo suficiente para poder perjudicarnos.

Después de reflexionar unos instantes, Hilger preguntó:

—¿Qué ocurrió?

—Al parecer, Rain se dio cuenta de la emboscada y reaccionó antes de que los otros pudieran posicionarse.

Si Rain había visto a Winters aproximarse a él, debía de ser clarividente. O bien los tailandeses habían cometido un error. Éstos jamás lo confesarían. A fin de cuentas, eran unos matones locales, unos sicarios. Después de que Calver y Gibbons hubieran muerto en el fiasco de Manila, Hilger no había podido reunir a un equipo de profesionales.

—¿Cómo murió Winters? —preguntó Hilger.

—Rain llevaba una navaja.

Hilger frunció el ceño. Todas esas técnicas referentes al *kali*... Winters era un experto con navajas.

—¿Rain derrotó a Winters con una navaja? —preguntó, pensando que había algo que no encajaba en esa historia.

—Dox le arrojó una silla que, al parecer, le derribó al suelo.

«Eso habría colocado a Winters en una posición de desventaja.»

—¿Y luego?

—Los tailandeses dicen que Rain y Dox se abalanzaron sobre Winters y le cosieron a navajazos. Los tailandeses no podían hacer nada y echaron a correr.

A Hilger no le extrañó que los otros echaran a correr. Sólo se preguntó en qué momento de la refriega lo habían hecho.

—¿Has podido confirmar estos datos? —preguntó.

—Sí. Tengo un contacto en la embajada que los contrastó con la policía tailandesa. Winters tenía unas costillas rotas y murió a causa de una herida de navaja en el pecho. Presentaba también unas heridas en los brazos por haberse defendido.

Pese a su ira y su dolor por haber perdido a Winters, Hilger se sintió aliviado de que éste hubiera muerto sin ser interrogado. Winters sabía mucho, y habría sido un problema que Rain y Dox hubieran conseguido interrogarlo. No es que Winters fuera un blandengue —hubiera costado mucho obligarle a revelar una información que no deseaba revelar—, pero eso despejaba todas las dudas que Hilger pudiera tener al respecto.

—¿Qué piensa la policía al respecto? —inquirió Hilger.

—Que fue a causa de un asunto de drogas. Winters no llevaba nada encima que indicara su identidad. No hay ningún problema.

Maldita sea, Winters había sido un buen elemento, muy profesional. Perderlo era un duro golpe.

Hilger comprendió que tendría que llamar a la hermana de Winters, Elizabeth Shannon. Winters no se había casado; su hermana era su pariente más cercano. Hilger había salido con ella después de la guerra. Elizabeth se había casado posteriormente y tenía hijos, pero ella y Hilger seguían manteniendo una relación amistosa. A Hilger le fastidiaba tener que hacer esa llamada. Odiaba a Rain por obligarle a hacerla.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Demeere.

Hilger pensó en decirle que viniera a Hong Kong para asistir a la reunión con VBM, pero cambió de parecer. Sería conveniente que Demeere ocupara el lugar de Winters, pero Hilger decidió que era más importante que alguien vigilara a Rain y a Dox. Quería acabar con ellos.

—Tratar de localizar de nuevo a Rain y a Dox —le dijo Hilger—. Utiliza tu criterio, pero no es aconsejable que tratemos de nuevo de secuestrarlos. Ya hemos perdido a demasiados hombres, y no veo cómo podríamos lograrlo sin un buen equipo. Si consigues dar con ellos y se te presenta la oportunidad, elimínalos.

—De acuerdo —respondió Demeere—. Le mantendré informado.

Hilger colgó. Maldita sea, la operación estaba a punto de irse al traste. Pero tenía que hallar el medio de solucionarlo. Había tardado dos años en organizar esa reunión con VBM. No se trataba sólo del tiempo que había invertido en ello, sino de lo que había tenido que hacer para conseguirlo. Eso le atormentaría el resto de sus días, y si Dios existía, Hilger sabía que algún día tendría que rendirle cuentas al respecto.

Hilger apoyó los codos en la mesa, cerró los ojos y descansó la frente en las yemas de los dedos. Sí, había tenido que tomar unas decisiones muy duras, unas decisiones que nadie tendría que verse obligado a tomar. No había sido fácil eliminar a ese tipo en Ammán, un americano, padre de familia. Y abstenerse de divulgar una información que Hilger sabía que habría salvado muchas vidas en Bali, en Yakarta y otros lugares... También tendría que vivir con ese peso en la conciencia.

Pero la operación había producido también unos resultados muy beneficiosos, y eso era lo importante. Era preciso tener en cuenta el conjunto. ¿Se habían equivocado los ingleses al no evacuar Coventry cuando averiguaron que los nazis iban a bombardearlo? Si hubieran evacuado la ciudad, los nazis habrían comprendido que los ingleses habían descifrado su clave Enigma, y el esfuerzo de guerra de los aliados se habría visto

comprometido. Habían tenido que sacrificar a la población de Coventry para salvar la vida de otras personas. No era agradable cuando lo decías en voz alta, pero ésa era la realidad. La diferencia estribaba en que hoy en día los políticos no tenían las pelotas para tomar ese tipo de decisiones. De modo que el trabajo duro recaía en hombres como Hilger.

Era curioso, pensó Hilger, que la democracia no pudiera sobrevivir si tenía que adherirse de cabo a rabo a sus ideales. Hilger sabía que eran hombres como él, que trabajaban en la sombra, solos, llevando a cabo lo que otros no se atrevían a hacer, los que lograban que la democracia funcionase, los que la salvaban de su inherente hipocresía, los que hacían que la gente durmiera apaciblemente por las noches.

Paradójicamente, Rain era un hombre que seguramente comprendía esto. ¿Cómo lo llamaban los japoneses? *Honne* y *tatema*, verdad auténtica y fachada social. Lástima que el inglés no tuviera unos términos como éstos. Su ausencia del léxico americano no dejaba de ser revelador: no sólo no podíamos apreciar la necesidad, sino que ni siquiera reconocíamos el concepto.

Hilger imaginó la satisfacción que experimentaría cuando le confirmaran que Rain había muerto. A Hilger le sorprendió la intensidad de sus sentimientos. Por lo general, esas cosas no le afectaban de modo personal. Pero había perdido a tres magníficos agentes y ahora tenía que hacer esa llamada a Elizabeth Shannon... Y no digamos los problemas que esto representaba para todo el operativo.

Sí, Hilger quería acabar con Rain, y con Dox. Se preguntó si tendría la oportunidad de hacerlo él mismo.

Capítulo 19

El vuelo a Hong Kong que tomé a la mañana siguiente transcurrió sin novedad. Después de la agitada noche que había pasado, me alegré de poder dormir durante buena parte del viaje. Llegué al aeropuerto internacional de Hong Kong descansado y con renovadas fuerzas y tomé un taxi al Shangri-La.

Después de registrarme en el hotel, llamé a Dox al móvil de prepago que éste llevaba. Dox se hallaba a bordo de un taxi de camino a Kowloon.

—Pásate en primer lugar por el punto de encuentro —dije—. No conviene que ambos vayamos allí al mismo tiempo. Luego regístrate en el hotel y compra la ropa que necesites.

—De acuerdo.

El punto de encuentro era una cafetería cercana al templo Man Mo en Hollywood Road. Cuando estás operativo o cometes un acto que las autoridades no aprobarían si te pillasen, conviene elegir un lugar de encuentro por si no es prudente regresar al hotel y tienes que conseguir ciertos artículos como dinero u otro pasaporte, si estás de suerte o tienes unos contactos lo suficientemente importantes como para conseguir esas cosas. Conviene que sea un lugar accesible a todas horas y que ofrezca unos escondites adecuados: la parte inferior del mostrador o una estantería, la parte trasera de un lavabo o algo por el estilo. Al margen de que la operación salga bien o mal, necesitas disponer de esos artículos sólo durante unas horas. Si la operación fracasa, tendrás unos problemas más graves que el que alguien se tope con la pasta que has ocultado en la parte inferior de un retrete en una cafetería que está abierta toda la noche.

—Cuando hayas terminado —dije—, reúnete conmigo en el entresuelo del Grand Hyatt a las dieciséis horas. Queda apartado del vestíbulo, es privado y no desentonarás con tu nuevo atuendo.

—Me parece bien. ¿Tienes el material?

—Y todo lo demás.

—De acuerdo, colega, hasta pronto.

Apagué el teléfono y me dirigí a la galería comercial del hotel, donde me cortaron el pelo y me afeitaron. Les pedí que me echaran una generosa

cantidad de gel en el pelo para alisármelo hacia atrás, cosa que no suelo hacer pero que no representa un cambio radical en mi apariencia. Varios pequeños cambios surtieron el efecto deseado. Acto seguido me encaminé a una óptica para comprar unas gafas rectangulares con montura de metal que dieron otro aire a los ángulos de mi rostro. Después visité la tienda Dunhill, en un centro comercial cercano al hotel, para adquirir el resto de lo que necesitaba: un traje de gabardina azul marino con chaqueta de botonadura sencilla y dos aberturas laterales, provista de unos puños de tres centímetros que me ajustaron en quince minutos; una camisa de algodón blanco Sea Island y unos sencillos gemelos de oro; unos zapatos con cordones de color marrón y unos calcetines azul marino; un cinturón de cocodrilo marrón y un maletín color tostado. En Hong Kong no hacía mucho frío, pero el suficiente para justificar la adquisición de unos guantes de cabritilla marrones, que guardé en el maletín. Me miré en el espejo antes de salir de la tienda y me gustó lo que vi: un acaudalado hombre de negocios japonés, con un gusto internacional en materia de ropa, que ostenta un discreto cargo en una poderosa industria que trata de implantarse en Hong Kong a través de una de sus célebres instituciones de negocios, el China Club. Con suerte podría quedarme con la ropa cuando hubiera concluido la operación. Con suerte no estaría agujereada.

Regresé al hotel y metí en el maletín el equipo transmisor y demás material. Tomé un taxi desde el hotel que me llevó al lugar de encuentro, donde pegué con cinta adhesiva un pasaporte adicional y otros artículos necesarios en la parte posterior de un retrete en el lavabo de hombres. Luego di un paseo hasta encontrar un cibercafé, donde consulté el tablón de anuncios electrónico. No había ningún mensaje de Kanazaki, pero sí de Tatsu, que me comunicaba una noticia interesante. El mensaje decía:

Jim Hilger: Asesor financiero de clientes de alto nivel en Hong Kong. No puedo confirmar su posible filiación con la CIA, aunque algunas fuentes creen que durante un tiempo existió cierta relación entre ambos. De un tiempo a esta parte se le considera un elemento corrupto. Se sospecha que está involucrado en el tráfico de armas, incluido el envío de armas israelíes a unos grupos separatistas de la región. Se sospecha que dirige una organización al estilo de Crimen, S. A., que emplea a ex militares y posibles agentes de espionaje y contactos.

Mitchell William Winters: veterano de la primera guerra del Golfo, Fuerzas Especiales. No dispongo de más datos.

Espero verte pronto. Cuídate.

A medida que averiguaba más detalles, estaba más convencido de que Dox y yo estábamos en lo cierto. O Hilger dirigía el cotarro, o se había alejado tanto del redil gubernamental que en cualquier caso era el jefe de la

organización. Entré en Google y tecleé «Dos americanos asesinados, posibles agentes de la CIA» para seguir el artículo que Dox y yo habíamos visto en el *Washington Post*. Esta vez había docenas de reseñas sobre el tema, puesto que otros servicios se habían informado acerca de la historia. Consulté la página electrónica del *Post* porque parecía que disponía de más información. Leí un nuevo artículo titulado «Asesinato en Manila de unos norteamericanos relacionados con una misteriosa empresa».

El *Post* había averiguado la historia sobre Gird Enterprises y la había publicado. Habían hecho algunas averiguaciones, y al parecer las señas que figuraban en el documento de constitución en sociedad de la empresa hacían referencia a una *suite* vacía y ubicada en un sector industrial de New Jersey. El *Post* se había puesto en contacto con el bufete jurídico que había redactado el documento, y al decirles quiénes eran y el motivo de su llamada, el abogado que había respondido al teléfono había colgado. Muy interesante.

Tomé un taxi al Grand Hyatt y llamé a Delilah desde el vestíbulo.

—Hola —dijo Delilah—, me preguntaba cuándo ibas a llamar.

—Lo siento, he estado muy ocupado ultimando los preparativos del viaje. ¿Cuándo puedes reunirte conmigo en el vestíbulo del Grand Hyatt?

—Dentro de quince minutos.

—Perfecto. Hasta pronto. —Y colgué.

Subí por la escalera de granito negro que se curvaba junto a la pared hasta el entresuelo. Éste se abría sobre el suntuoso vestíbulo de la planta baja y ofrecía una excelente vista del mismo para comprobar si Delilah llegaba sola.

Dox no había llegado todavía. Me quedé de pie para observar el vestíbulo, explicando a la mujer que me ofreció un asiento que prefería esperar de pie para ver llegar a mis amigos, que no tardarían en aparecer.

Delilah llegó al cabo de quince minutos, tal como me había prometido. Echó una ojeada al vestíbulo y luego alzó la vista hacia el entresuelo. Cuando me vio, le indiqué con la cabeza que subiera, y la observé atravesar el vestíbulo y subir por la amplia escalera de caracol. No la siguió nadie. Si Gil la vigilaba, hasta ahora lo hacía de lejos.

Cuando Delilah se acercó, le ofrecí la mano, como si saludara a una conocida con la que había quedado para tomar una copa después de una reunión de negocios. Nos saludamos con un apretón de manos y permanecemos de pie, observando el vestíbulo. El detector de micrófonos ocultos que me había dado Harry reposaba en mi bolsillo, sin emitir ninguna señal.

—Dox no tardará en llegar —dije—. Esperaremos aquí hasta que aparezca.

—De acuerdo.

Lo cierto era que yo quería observar el vestíbulo durante un rato para cerciorarme de que Delilah había venido sola. Ella lo sabía, por supuesto; pero dadas las circunstancias, no podía protestar.

—¿Dónde está Gil? —pregunté.

—Aquí. Le dije que te habías puesto en contacto conmigo y me habías propuesto que nos reuniéramos en Hong Kong. En estos momentos seguramente estará en la habitación de su hotel, esperando a que yo le llame.

Me habría gustado poder encararme con él. Nunca he sido proclive a echar a correr y ocultarme. No estoy en contra de una retirada táctica, pero como mínimo hay que dejar unas trampas a lo largo del camino, o describir un círculo detrás de las personas que te persiguen hasta que eres tú quien las persigue a ellas. Así es como yo trabajo, como me organizo.

Sin embargo, me limité a decir:

—Procuraremos terminar el trabajo antes de que Gil empiece a inquietarse.

Dox se presentó al cabo de diez minutos. Nunca le había visto así, vestido con un traje gris marengo de corte impecable, una camisa blanca clásica y una corbata azul lisa. Lo único que desentonaba era su perilla; me había olvidado mencionarla. Llamaba demasiado la atención, y teníamos que modificar su apariencia en la medida de lo posible. Era preferible que se la afeitara.

A diferencia de Delilah, lo primero que hizo Dox fue alzar la vista hacia el entresuelo. En él era un gesto reflejo asegurarse de que no había ningún francotirador escondido. Al vernos, atravesó el vestíbulo y subió la escalera.

Se encaminó hacia nosotros y saludó a Delilah con un apretón de manos.

—Me alegro de volver a verte —dijo.

Pensé que la formalidad latente que Delilah evocaba en Dox era perfecta para el trabajo que éste debía realizar. Dox, cuyas dotes de actor en mi opinión dejaban mucho que desear, se comportaría automáticamente como un perfecto caballero, hombre de negocios y anfitrión solícito, justamente lo que debía ser hoy.

Delilah le sonrió afablemente y respondió:

—Yo también me alegro de verte.

—Lamento haberme retrasado un poco. El sastre tardó bastante en ajustarme el traje. Aquí no están acostumbrados a tipos fornidos como yo.

—Estás muy elegante —dijo Delilah, moviendo la cabeza con gesto de aprobación.

Dox se sonrojó. Decidí que un día le preguntaría a Delilah cuál era su secreto.

—Gracias —contestó Dox—. Tú también.

Ciertamente, Delilah estaba estupenda. Lucía un traje gris oscuro con una chaqueta cruzada y entallada, a la cadera, con unos botones bajos. Debajo llevaba una blusa blanca con el cuello desabrochado. El pantalón también era ajustado, un poco más amplio a partir de la rodilla; calzaba unos zapatos planos de color morado, menos elegantes que unos zapatos de tacón pero más prácticos para moverse rápidamente. El conjunto quedaba realzado por unos pendientes de brillantes y una sencilla cadena de platino. Portaba un maletín de cuero y un pequeño bolso de mano. Llevaba su pelo rubio suelto y ahuecado, el cual sin duda llamaría la atención en Hong Kong y haría que la gente se fijara más en ella que en Dox, a quien Hilger podía reconocer.

Nos sentamos y pedimos té. Les informé sobre lo que acababa de averiguar a través de mi «fuente en Japón» y el artículo publicado recientemente en el *Washington Post*. Los tres convinimos en que, aunque la información de Gil indicaba lo contrario, estaba claro que Jim Hilger era el artífice del operativo. Ahora sólo quedaba eliminarlo, y también a Manny.

Pasamos largo rato organizándolo todo. Yo había pedido al hotel que me reservaran una mesa en el China Club para más tarde, y Dox y Delilah tenían que hacer lo propio. Las reservas no serían un problema; sólo tenían que llegar al club lo suficientemente temprano para sentarse en una de las mesitas del bar. Nos comunicaríamos a través de nuestro equipo habitual. Dox y yo utilizaríamos los transmisores inalámbricos que habíamos empleado en Manila, pero incorporando esta vez el sistema de audio. La combinación nos informaría de cuándo llegaban nuestros objetivos, dónde se situaban y, más importante aún, el momento en que uno de ellos se disculpaba durante la cena para atender una necesidad fisiológica. Yo confiaba en hallar un lugar donde esconderme en el local; Dox y Delilah lo monitorizarían todo desde el bar y me informarían sobre lo que debía saber. En cuanto a Manny y a Hilger, mataría al primero que me ofreciera la oportunidad de hacerlo con las manos y procuraría liquidar al segundo de inmediato. Con suerte, a esas alturas ya habría logrado hacerme con un arma. El misterioso VBM también moriría si presentaba un problema, pero aparte de eso no significaba nada para mí.

De haber requerido esta operación un francotirador, yo habría sido el francotirador; Dox y Delilah, los observadores. El reparto de tareas no

siempre es necesario, pero casi siempre resulta útil. Tener a un colega que se ocupa de observar, calibrar la situación y monitorizar al objetivo permite al francotirador concentrarse en una sola tarea: matar. En este caso, habría sido un incordio para mí tener que deducir cuándo Hilger o Manny se aproximaban a mi posición; seguirles si se dirigían hacia otro lugar y reaccionar si hacían algo que yo no había previsto. Dox y Delilah, sentados de espaldas a la pared, monitorizándolo todo con el ordenador portátil como si fueran dos ejecutivos que comentan una presentación con PowerPoint, me proporcionarían la información necesaria y me cubrirían si las cosas se torcían.

Consulté mi reloj. Eran casi las cinco. Había llegado el momento de marcharme.

—Llevaos el maletín —dije depositándolo sobre la mesa y retirando discretamente los objetos que necesitaba—. Todo el mundo lleva una cartera en Hong Kong, y tenéis que vestir vuestro cargo. El maletín contiene el equipo transmisor y el ordenador portátil.

—¿Y tú?

Me deslicé hacia delante en el asiento y guardé en mis bolsillos delanteros los objetos que había cogido.

—Ya buscaré algo adecuado para transportar unos transmisores inalámbricos con cinta adhesiva en la parte posterior.

Dox sonrió.

—Lo que todo hombre bien vestido lleva hoy en día, según tengo entendido.

Indeciso, le miré unos instantes, y luego dije:

—Creo que vas a tener que afeitarte la perilla. Es demasiado llamativa.

Dox me miró como si le hubiera propuesto una vasectomía.

—Hijo, hace más de veinte años que llevo esta perilla.

—Justamente. Si Hilger tiene unas fotos de ti, y estoy seguro de que las tiene, en lo primero que se fijará será en la perilla. El traje e ir acompañado de una mujer hermosa ayudan, pero es preferible que te afeites la perilla.

—Reconozco que el traje me da un aspecto muy distinto, pero no es la primera vez que voy acompañado por una mujer hermosa —replicó Dox—. De modo que eso no representa para mí un disfraz. Maldita sea, me siento como Sansón con la cabeza apoyada en el tajo —dijo acariciándose la barba. Luego se volvió hacia Delilah y añadió—: Tienes un nombre muy apropiado.

Delilah sonrió.

—Creo que estarás estupendo sin la perilla.

—¿De veras?

Delilah asintió con la cabeza.

—Tienes una buena osamenta. ¿Por qué la ocultas?

Dox sonrió y me miró.

—¡Que alguien me traiga una maquinilla de afeitar! —exclamó. Luego se volvió de nuevo hacia Delilah—. Nunca se me ha ocurrido casarme. Pero si alguna vez te cansas de mi colega, soy capaz de proponerte matrimonio.

Delilah se echó a reír.

—¿He dicho algo divertido? —preguntó Dox.

—Tengo que irme —dije levantándome—. Procurad llegar allí dentro de cuarenta y cinco minutos, antes de que el bar se llene, y antes de que Hilger y sus acompañantes aparezcan.

Dox y Delilah se levantaron también, y nos despedimos con un apretón de manos, sin apartarnos de nuestro papel. Bajé la escalera, tomé un taxi hasta el Mandarín Oriental, atravesé la calle y entré en una tienda de maletas. Vendían artículos de calidad, pero esencialmente los aburridos maletines de ejecutivos... y un maletín de color caoba de la marca Tanner Krolle. «Es caro —pensé jugueteando con las cerraduras, que se abrieron con la precisión de la cámara acorazada de un banco o la puerta de un Rolls-Royce—, pero la vida es corta...»

Cinco minutos más tarde anduve alrededor del antiguo edificio del Banco de China, portando el maletín. El edificio, de un estilo que evoca el *art dèco*, había cumplido más de medio siglo y constituía una antigualla comparado con los rascacielos de Hong Kong. Constaba de quince plantas, lo cual lo convertía en un pigmeo, y con la torre de acero de la sede del HSBC irguiéndose a su derecha, y el espectáculo de luz controlada por fibra óptica como una fuente del Cheung Kong Center alzándose a su espalda, ofrecía el aire de una estructura que se ha salvado milagrosamente de las máquinas del progreso que habían demolido a sus coetáneas para hacer sitio a los gigantes que la rodeaban. Era como un hombre condenado que conservase su aire digno, pero que viviese de tiempo prestado.

Tomé nota de todas las salidas y entradas, del sentido del tráfico, de la presencia de cámaras. Sólo se utilizaba una entrada, en el lado oeste, junto a una calle corta de una sola dirección que era lo único que separaba el edificio de sus gigantescos vecinos. Al otro lado de la calle, frente a la entrada del edificio, había un contenedor industrial que sería una tapadera y un escondite muy útil si tenía que utilizarlo por algún motivo. Había cuatro ascensores y dos cámaras de seguridad en el centro; un guardia de seguridad con aire

aburrido detrás de un mostrador, a la derecha; una escalera y una puerta de incendios, a la izquierda. Un empleado de las oficinas salió de la escalera cuando me acerqué, y cuando la puerta se cerró tras él, observé que no llevaba una tarjeta electrónica u otro tipo de llave. De modo que se podía acceder a las puertas de la escalera desde el interior, al menos en la planta baja. Lo cual era previsible, desde luego —no puedes encerrar a la gente en un edificio si se declara un incendio—, pero me alegré de poder confirmarlo.

Me monté en uno de los ascensores, pasándome la mano por el pelo alisado para ocultar mi rostro mientras buscaba más cámaras. De pronto vi un modelo instalado en el techo. Oprimí el botón con un nudillo y mantuve la cara agachada mientras subía en el ascensor. Pensé en quién era yo y qué hacía allí: Watanabe, ejecutivo de una potente corporación industrial japonesa que va a echar un vistazo al China Club para comprobar si merece la pena que su jefe se gaste una fortuna en hacerse socio del club.

Me apeé en la planta quince y miré a mi alrededor. A mi izquierda había una escalera de caracol de madera, cuya balaustrada se sostenía sobre una filigrana de metal de estilo chino. Las paredes eran blancas; los suelos, de madera oscura, con esa densidad y leve irregularidad que sólo se adquiere a través de siglos de uso. Un monitor plano junto a la escalera mostraba los resultados bursátiles del índice Hang Seng. Era un lugar silencioso, que exhalaba una sensación de dinero, viejo y nuevo, un estatus adquirido y buscado; una ambición apenas disimulada debajo de los trajes de raya diplomática y las sonrisas joviales. Aunque el Banco de China había trasladado su sede a la torre triangular de cristal negro diseñada por I. M. Pei, situada a unas manzanas al suroeste, los fantasmas de la ambición y la riqueza en cuyo nombre había sido erigida la nueva sede seguían merodeando por aquí.

Con todo, el lugar ostentaba también un aire divertido. Había una zona de descanso repleta de mullidos sillones y sofás cubiertos con unas fundas de color rosa chicle, verde lima y azul celeste. Las pantallas de las lámparas situadas en las mesitas ostentaban también vivos colores. Y los austeros suelos de madera oscura daban paso a unos kilims de brillante colorido. Parecía como si el propietario hubiera diseñado el edificio en honor de las titánicas ambiciones de Hong Kong, y al mismo tiempo para burlarse un poco de ellas.

Una atractiva china vestida con un pantalón negro y una chaqueta blanca estilo Mao salió de un guardarropa situado a mi derecha.

—¿Puedo ayudarle? —me preguntó.

Asentí con la cabeza y respondí con marcado acento japonés.

—Me llamo Watanabe. —Como si eso lo explicara todo.

La china tomó una carpeta sujetapapeles y miró lo que había escrito en ella.

—Ah, sí, señor Watanabe, el Shangri-La nos llamó para decirnos que nos haría usted una visita. ¿Desea que le muestre el club?

—Sí —respondí insinuando una reverencia—. Muy bien.

La mujer, que se llamaba May, era una guía excelente y respondió amablemente a todas mis preguntas. Por ejemplo: ¿Dónde están situados los comedores privados? En la planta quince. ¿Disponen de un comedor para un grupo reducido, de unas cuatro personas? Sí, disponemos de dos. ¿Cómo se accede a los pisos superiores? Sólo mediante las escaleras interiores de caracol.

La visita guiada de May duró unos diez minutos. Dado que aún era temprano, no había otros clientes en el club y el personal estaba ocupado disponiendo los cubiertos y la cristalería, alisando los manteles y ultimando los preparativos para otra ajetreada velada en el club.

Cuando terminamos, pregunté a May si podía darme una vuelta yo solo por el local. May respondió afirmativamente y me dijo que si tenía más preguntas, no dudara en hacérselas.

Watanabe-san inspeccionó a fondo el lugar, empezando por el comedor principal situado en la planta catorce y el delicioso bar Gran Marcha contiguo a éste. Observó las ubicaciones de los lavabos en las plantas trece y catorce, y tomó nota de que no había ningún lavabo en la planta quince, lo que significaba que los comensales que ocuparan los comedores privados tenían que bajar un piso para ir al lavabo. Recorrió la espléndida biblioteca y contempló brevemente la vista de Central desde la terraza de la azotea. Y como es natural, echó un vistazo a todos los comedores privados, prestando especial atención a los dos que estaban reservados a grupos de cuatro personas. Watanabe entró en ambos y se detuvo unos instantes para admirar la decoración, pasando la mano por los quicios de las puertas, que en ambos casos eran lo suficientemente gruesos como para colocar un transmisor de audio y vídeo en miniatura.

A fin de utilizar una señal débil y por tanto menos susceptible de ser detectada, coloqué también unos repetidores en varios puntos junto a los comedores privados y la escalera que descendía a la planta catorce. Antes de bajar en el ascensor a la planta trece, eché un vistazo a los servicios de la catorce. Era impresionante. El suelo era de mármol blanco, y observé

satisfecho que mis flamantes zapatos con cordones Dunhill no hacían el menor ruido en las pulidas superficies. A mi derecha estaban los lavabos, de cerámica blanca. Sobre los lavabos había un estante que contenía unas toallas de rizo dobladas, en lugar de las acostumbradas toallas de papel, y diversos jabones, lociones y tónicos especiales. Los urinarios, también de cerámica blanca, estaban situados frente a los lavabos. A mi izquierda había unos cubículos que casi parecían armarios, separados por unos tabiques de mármol y dotados de unas puertas de caoba que alcanzaban del suelo al techo.

Los cubículos parecían prometedores, pero temí que después de su reciente experiencia en Manila, Manny sufriera una reacción fóbica al entrar en el servicio y observar que la puerta de uno de los cubículos estaba cerrada. De pronto me percaté de algo que podía resultar más útil.

Entre los lavabos y los urinarios había una recia puerta de caoba sobre la que colgaba un letrero de metal con unas letras negras que decían lo siguiente:

Reglamento del edificio
(sección 123)
Aviso de peligro
Ascensor
No autorizado
Acceso prohibido
Mantener la puerta cerrada con llave

«Qué interesante», pensé. Si los ascensores para pasajeros sólo subían hasta la planta trece, esa puerta debía de dar acceso a un montacargas. La puerta se abría hacia fuera y estaba dotada de tres recios goznes de metal en el lado izquierdo. Al tratar de abrirla, comprobé que, tal como indicaba el reglamento, estaba cerrada con llave. No obstante, la cerradura era un modelo barato consistente en un solo disco de metal, como las cerraduras utilizadas en los antiguos escritorios o archivadores. No estaba destinada a proteger objetos valiosos, sino tan sólo a cumplir el reglamento del edificio. A fin de cuentas, ¿a quién se le iba a ocurrir utilizar un montacargas, aparte de al personal de mantenimiento?

Ni siquiera necesité una ganzúa, sino que forcé el mecanismo utilizando la navaja plegable Benchmade. Luego introduje la navaja en la rendija entre la

puerta y el quicio de la misma y la abrí. Los goznes emitieron un prolongado chirrido, y pensé: «Mierda, no había previsto esto. Debí traer un lubricante».

Me asomé dentro. Había un pequeño pasillo que supuse que daba acceso al personal de mantenimiento a los ascensores. Parecía un buen sitio para esconderse. Existían algunas variables —quizá Manny tuviera un guardaespaldas, o no llegara solo, o ni siquiera se presentara—, pero esto podía dar resultado.

Pero ¿y los goznes? Regresé junto a los lavabos e inspeccioné un frasco de loción. La etiqueta decía: «Loción de manos Gardner's, con lavanda y otros aceites esenciales». No era un lubricante tan potente como WD-40, pero quizá sirviera. Vertí una generosa porción en una de las toallas del lavabo y froté con ella los goznes. Abrí y cerré la puerta varias veces y comprobé que los aceites esenciales eran milagrosos. Los chirridos cesaron.

Limpié las huellas del frasco, volví a dejarlo en el estante y tiré la toalla a la cesta que el China Club ofrecía amablemente a sus clientes con ese fin. Salí del servicio y me dispuse a bajar por la escalera de caracol. Me crucé con un camarero que subía, pero no se fijó en mí.

Después de bajar dos terceras partes de la escalera, vi con nitidez los ascensores y el guardarropa del que había salido May cuando llegué. La zona estaba desierta. Supuse que May se hallaba en otro lugar, atendiendo algún aspecto de los preparativos del restaurante. Quizá le extrañara no verme salir, pero confié en que dedujera que no me había visto partir y disculpara al señor Watanabe su grosería por haberse marchado sin darle las gracias y despedirse de ella.

Me volví y subí de nuevo la escalera. Esta vez utilicé los servicios, pues no sabía cuánto tiempo tardaría en poder acceder a ellos. Abrí de nuevo la puerta del armario de herramientas y entré. Cerré la puerta y esperé a que mis ojos se adaptaran a la oscuridad. Entraba un poco de luz procedente del pozo del ascensor situado a mi espalda. El problema no era la falta de iluminación, sino que yo tenía que ver el baño y, con la gruesa puerta de caoba cerrada, era imposible.

Deposité el maletín en el suelo y lo abrí. Las cerraduras cedieron con dos discretos clics. Saqué la mini linterna Surefire E1E que llevaba, la encendí y me enfundé los guantes de cabritilla. Miré a mi alrededor en busca de alguna herramienta que pudiera utilizar.

A mi derecha había un cubo y un mocho apoyado en la pared. En el suelo, un desatascador y unas herramientas rudimentarias, entre ellas un destornillador. Abrí la puerta e introduje el destornillador entre ésta y el

quicio, en el lado de los goznes, a la altura de los ojos. Tiré de la puerta hacia dentro. El destornillador de acero creaba una presión tremenda sobre las superficies de los goznes y alrededor de éstos. Algo tenía que ceder, pero no serían los pesados goznes de metal, sino la madera, que oponía menos resistencia. Seguí tirando de la puerta hacia mí, hasta que el borde y el quicio de ésta se deformaron por la presión del destornillador. Moví la puerta hacia delante y hacia atrás varias veces hasta que conseguí cerrarla con relativa facilidad sin retirar el destornillador.

Luego salí. Cerré la puerta y la abrí sin mayores problemas. Quería asegurarme de que la puerta no se quedara atascada a causa de haberla manipulado. Habría sido bochornoso tener que llamar a Dox para que me sacara del armario. Observé la hendidura que había hecho en la intersección de la puerta y el quicio. Apenas era visible. Aunque alguien se acercara para mirar a través de ella, sólo vería la oscuridad del interior.

Entré de nuevo, cerré la puerta y miré por el quicio.

Perfecto. Contemplé con claridad la zona a mi derecha, que comprendía los urinarios y los cubículos. Cada vez que entrara alguien, podría confirmar visualmente su identidad.

Repetí la operación en el lado del pomo de la puerta. Cuando terminé, pude observar la entrada y los lavabos. Salí y comprobé de nuevo que la puerta se abría y cerraba sin mayores dificultades, y que el segundo orificio también era imperceptible.

Me coloqué un auricular y un micrófono de solapa y consulté la esfera iluminada de mi reloj. Eran casi las seis. Dox y Delilah no tardarían en llegar. No podría utilizar el equipo de transmisión para comunicarme con ellos hasta que entraran en el edificio, pues las quince plantas de acero y hormigón interceptarían sin duda la señal.

Poco después de las seis, oí decir a Dox con su suave acento sureño:

—Hola, colega, soy yo. ¿Estás ahí?

Me alegré de oírle.

—Sí. En el servicio de hombres de la planta catorce.

—Qué casualidad. Me disponía a utilizar justamente ese servicio. ¿Me oyes? Voy a entrar.

Al cabo de unos instantes oí abrirse la puerta del lavabo y unos pasos sobre el mármol. Dox pasó junto a mí. Se había afeitado la perilla, y comprobé satisfecho el cambio que se había operado en su fisonomía.

Dox se acercó a uno de los urinarios y lo utilizó. Dirigió la vista hacia las puertas abiertas de los cubículos, luego hacia la derecha, y dijo:

—Al parecer, has hallado un buen escondite. ¿Dónde estás?

—En el armario de herramientas, a tu derecha.

—Debí suponerlo. Eh, no mires.

—Descuida —contesté, con una réplica sorprendentemente ocurrente—: Desde aquí sólo alcanzo a ver objetos grandes.

Dox se rió.

—Muy gracioso. Espero que no te dediques a merodear por los urinarios de hombres. Eres muy hábil a la hora de esconderte y espiar.

Comprendí que era imposible tener la última palabra con Dox.

—¿Dónde está Delilah? —pregunté.

—Ha ido a coger mesa en el pavoroso Gran Marcha.

—¿Está abarrotado?

—Aún no, pero se está llenando. No hay señal de nuestros amigos. Espero que aparezcan. De lo contrario, empezaré a temer que les haya ocurrido algo.

—Sí, sería una lástima.

Dox se subió la cremallera del pantalón y se encaminó hacia un lavabo, pasando junto a mí.

—Qué jabones tan finos. Este lugar me gusta. Por lo general no suelo lavarme las manos después de orinar, pero esta noche haré una excepción.

Miré a través del orificio y vi a Dox enjabonándose las manos.

—Joder, no me acostumbro a verme con este atuendo y sin la perilla —dijo—. ¿Crees que Delilah hablaba en serio cuando dijo que tenía una buena osamenta?

—Seguro que sí —respondí un poco irritado—. Oye, apresúrate. Si nuestros amigos aparecen, es preferible que no te cruces con ellos en el vestíbulo, aunque te hayas afeitado la perilla que ocultaba tu magnífica osamenta.

Dox se secó las manos con una toalla y la arrojó a la cesta.

—De acuerdo, colega, tienes razón. Estaré en el bar, haciendo compañía a tu amiga. En serio, estaré aquí, hablándote todo el rato al oído. Si me necesitas, acudiré corriendo.

Pese a la irritante cháchara de Dox, me tranquilicé al oírle decir eso.

—Gracias —dije—. No me cabe duda.

Capítulo 20

Al cabo de unos minutos, oí a Delilah.

—Hola, John. Estoy comprobando el equipo transmisor.

—Te oigo.

—Perfecto. Dox y yo estamos en el bar, en una discreta mesa situada en un rincón. Puedes hablarnos cuando quieras. Monitorizaremos los transmisores y te informaremos de lo que ocurra. Si tienes algún problema, avísanos.

—De acuerdo —respondí.

—Ahora voy a desconectar el aparato para no aburrirte con nuestra fingida conversación sobre oportunidades estratégicas de colaborar juntos en Asia y los progresos que hemos hecho con nuestros cambios de paradigma y puntos de inflexión. A menos, claro está, que quieras oírlo para cerciorarte de que me porto bien con tu amiga.

—Desconéctalo, por favor —respondí.

Dox se rió.

—De acuerdo. Recuerda que puedo oírte, de modo que si necesitas algo, no tienes más que decirlo.

—De acuerdo.

Dox desconectó el aparato.

Esperé casi una hora en silencio. En tres ocasiones entró alguien en los servicios. Comprobé cada vez si se trataba de Manny o de Hilger. Cabía la posibilidad de que uno de ellos o los dos entraran en el lavabo antes de dirigirse al comedor privado, en cuyo caso Delilah y Dox no podrían advertirme. Pero siempre era otra persona.

El armario de herramientas era bastante espacioso, por lo que podía moverme con cierta libertad e incluso hacer unos ejercicios de levantarme y agacharme y de estiramiento. Tiempo atrás podía hacerlos a toda velocidad sin unos ejercicios previos de calentamiento, pero cada vez me costaba más y quería estar siempre en forma.

Cuando hacía unos ejercicios isométricos de cuello, oí de nuevo a Dox.

—Eh, colega —dijo—. Nuestros invitados acaban de llegar. Se están sentando.

—¿Cuántos son?

—Dos, creo que Hilger y Manny. Espera, voy a cambiar de frecuencia y escucharles unos instantes.

Al cabo de unos instantes Dox dijo:

—En efecto, son ellos. Hilger ha pedido a la camarera que conduzca al señor Eljub a la mesa cuando llegue. Al parecer serán sólo tres. Tenías razón. Hilger no cambió los planes.

—Eljub —dijo Delilah.

—¿Te dice algo ese nombre? —pregunté.

—No estoy segura. Me preguntaba quién sería el invitado misterioso.

—A mí me preocupa dónde se sentará, y si se levantará de la mesa.

—Claro.

—¿Puedes conectar el audio de forma que yo también pueda escucharles? —pregunté a Dox.

—Sí, pero entonces no podrás escucharnos a Delilah y a mí.

—De acuerdo. Puedes volver a entrar cuando lo creas oportuno.

—Bien. Voy a conectarte.

Percibí un silbido y al cabo de unos instantes oí a Manny y a Hilger. Recordé la voz de Hilger por haberle escuchado a través de un micrófono parabólico frente a Kwai Chung. Se expresaba de una forma muy pausada, segura, tranquilizadora. La voz de Manny era más aguda; su tono, más estridente. Parecía como si se quejara a Hilger sobre las medidas de seguridad, concretamente por haber tenido que dejar a su guardaespaldas fuera del club.

—Es más útil que permanezca fuera controlando la entrada que aquí dentro —dijo Hilger.

Me pregunté si Hilger estaba convencido de eso —a mi entender, el tema tenía sus pros y sus contras— o si trataba simplemente de tranquilizar a Manny, que daba la impresión de ser un quejica.

—No lo creo —replicó Manny—. En cualquier caso, después de lo ocurrido en Manila, me siento más cómodo teniéndolo cerca.

—Ya te he dicho que en este club me conocen y no tengo un guardaespaldas. Si colocamos a un hombre junto a la puerta, sólo conseguiremos que los empleados se pregunten quiénes son mis invitados. No conviene despertar la curiosidad esta noche.

—Mi guardaespaldas podría haber cenado con nosotros. Los empleados no habrían adivinado de quién se trataba.

—Cierto, pero no habríamos podido hablar libremente. Ya te lo he dicho, Rain está en Bangkok. Ayer casi lo pillamos. Se está escondiendo, y mis hombres le persiguen. No te preocupes.

Durante unos instantes me pregunté si el operativo de Hilger estaba dirigido por la CIA. Hilger se expresaba como el Gobierno, describiendo un «casi lo pillamos» como una reconfortante señal de éxito. Supuse que era aficionado a soltar frases como «éxitos catastróficos» y a ese doble lenguaje tan de moda actualmente.

—Cuando lo atrapes, comunícamelo —dijo Manny.

—Por supuesto.

«Esta noche Hilger va a tener que dar a Manny alguna explicación», pensé. Por otra parte, si todo salía como estaba previsto, ni Hilger podría dar a Manny ninguna explicación ni éste escucharla.

El audio se interrumpió. Percibí de nuevo un silbido y luego oí a Dox.

—He visto a Hilger sacar un detector de micrófonos ocultos de su maletín —dijo—. Me alegro de que utilicemos el vídeo. Voy a desconectar durante diez minutos para que no capten la señal.

—Bien —respondí.

Los transmisores emiten en frecuencia de radio, que está presente en cualquier ámbito urbano, y nosotros utilizábamos una señal de baja intensidad, potenciada fuera de la habitación por los repetidores que yo había instalado. Por consiguiente, el problema no era la presencia ambiental de los transmisores, sino su susceptibilidad a un rastreo deliberado, que podría seguir la señal que emitían como un rastro de migas de pan electrónico. Cuando el rastreo hubiera concluido, podíamos volver a comunicarnos sin problema.

Al cabo de diez minutos oí decir a Dox:

—De acuerdo, volveré a conectarte.

Otro silbido y escuché de nuevo a Hilger y a Manny.

—Él sabe que es importante —dijo Manny—. Se le ha subido a la cabeza. Hilger se rió.

—Por eso se retrasa, para demostrarnos que puede obligarnos a esperarle sin protestar. Es típico de los árabes.

—Esta noche conviene que recordemos que todos somos amigos, ¿de acuerdo? —replicó Hilger—. En esta mesa prescindiremos de nacionalidades y estúpidas lealtades.

Me pareció oír el tintineo de unos vasos.

Durante un rato guardaron silencio. Al cabo de diez minutos oí que alguien llamaba a la puerta y el ruido de sillas al arrastrarlas por el suelo.

—Hola, señor Eljub —dijo Hilger—. Bienvenido.

«Por fin —pensé—. El señor VBM.»

—Hola, Alí —dijo Manny—. Celebro que hayas podido venir.

—Por favor, llámame Alí —dijo una voz nueva en inglés, con un acento que no logré identificar. Quizá fuera árabe, con un dejo europeo. Quienquiera que fuera el misterioso visitante, deduje que se dirigía a Hilger. Manny ya había supuesto que le tuteaba. O quizá se conocían.

—Bienvenido, Alí —repitió Hilger—. Siéntate.

Oí de nuevo el ruido de unas sillas al moverlas.

—Espero que hayas tenido un vuelo agradable —dijo Hilger.

—Sin incidentes, aunque lento. Hoy en día las medidas de seguridad son excesivas.

Esto suscitó unas risas.

—¿Y el hotel? —preguntó Hilger.

—No puedo quejarme de una *suite* en el Four Seasons. Gracias por haber hecho la reserva.

—Ha sido un placer.

Oí de nuevo que llamaban a la puerta con los nudillos.

—¿Sí? —preguntó Hilger.

Una voz femenina les preguntó si les apetecía una copa.

—¿Hacemos la comanda? —preguntó el individuo llamado Alí—. Estoy hambriento.

—Sí, ya va siendo hora de que cenemos —respondió Manny.

«No sólo es un quejica —pensé—, sino un tipo pasivo-agresivo.» En cualquier caso, la antipatía que me inspiraba no iba a influirme en un sentido u otro. En esos momentos yo sólo sentía una concentración más intensa de lo normal por hallarme en medio de una operación. Y seguiría así hasta que fuera demasiado tarde para cambiar de opinión.

—Muy bien, pidamos —dijo Hilger—. Alí, permite que te aconseje el...

Oí un silbido seguido de la voz de Dox.

—Tenemos algo interesante, colega. Escucha a tu amiga.

—No se llama Eljub —dijo Delilah—, sino Al-Jib. Alí Al-Jib.

—No conozco ese nombre —dije—. ¿Debería sonarme?

—¿Te suena A. Q. Khan? —preguntó Delilah.

«Otra vez Khan.»

—Sí, he oído hablar de Khan —respondí, pensando en mi conversación con Boaz y Gil en Nagoya—. Es un científico paquistaní, el del kit nuclear para principiantes y demás. La prensa publicó la noticia hace algo más de un año, pero luego dejaron de hablar de él. El director cesante de la CIA, George Tenet, se jactó de haberlo detenido.

—Sí, dijo que los Cristianos en Acción se habían abalanzado sobre el cuello, el culo y otros lugares de difícil acceso de Khan —añadió Dox.

—Creo que lo que dijo fue que habían irrumpido en su residencia, sus dependencias, sus aposentos —dijo Delilah—. Pero sí, ésa fue la propaganda que emitió Estados Unidos. Calificaron el arresto de Khan en los términos de una gran victoria. Pero ¿por qué sigue Estados Unidos investigando la red de ese tipo? ¿Por qué lo hace también la Agencia Internacional de Energía Atómica?

—En estos temas —dijo Dox—, por lo general el Gobierno sigue investigando para determinar si lo que han conseguido es una gran victoria, o si cabría describirlo más exactamente como un triunfo histórico. Estoy convencido de que no creen que la red siga operativa después del intenso espionaje al que les sometieron para frenar sus operaciones.

—Está operativa —afirmó Delilah—, pese a los arrestos. Es como Al Qaeda: la cúpula ha quedado descabezada, pero en su lugar han aparecido unos actores nuevos, menos centralizados.

—¿Al-Jib? —pregunté.

—Precisamente. Alí Al-Jib forma parte de esta nueva generación. Se educó en Alemania oriental, en el Instituto Central de Investigación Nuclear de Rossendorf. Hay otros muchos como él, unos hombres que se formaron detrás del Telón de Acero y a quienes los servicios de inteligencia perdieron el rastro a raíz del caos que estalló al concluir la guerra fría. El oportuno hallazgo de unos documentos de la era soviética nos puso en el buen camino.

—Creo que debemos cambiar la frecuencia para volver a escuchar a Hilger y compañía —comenté—. No es que esto no me parezca interesante, pero creo que no debemos distraernos.

—No lo comprendes —dijo Delilah—. Al-Jib es un hombre peligroso, muy peligroso. Trata de hacer con armas nucleares lo que Lavi hace con explosivos convencionales. Hace mucho tiempo que le perseguimos, pero es muy difícil atraparlo. No podemos dejar que esta noche salga de aquí.

—Reconozco que da la impresión de ser otro chico problemático —dije—. Pero tenemos mucho que hacer. Hilger y Manny son nuestros objetivos

principales. Eso no será tarea fácil. No lo compliquemos cambiando nuestras prioridades en plena operación.

—No lo comprendes —repitió Delilah.

—Por supuesto que lo comprendo. No puedo tomar esas decisiones. Los de tu organización me contrataron para realizar un trabajo, y eso es lo que voy a hacer. Si hubieran querido contratarme para eliminar también a Al-Jib, deberían habérmelo dicho antes y yo les hubiera dicho mi precio. Y no debieron volverse contra mí después de un pequeño tropiezo en Manila.

—¿De modo que se trata de eso? —preguntó Delilah—. ¿No quieres hacerlo por... rencor?

—No quiero hacerlo porque no es prudente. Tenemos dos objetivos. Si coloco a Al-Jib en la cabeza de la lista, tendré menos posibilidades de eliminar a los otros dos. De modo que debemos seguir nuestro plan.

—Joder, colega —terció Dox—. No sé qué decirte.

—Vaya, hombre —dije—, ¿has olvidado aquellas monsergas de «El juez y el verdugo son unos papeles distintos» que me largaste el otro día?

—Lo dije interpretándolo más como una pauta que como una norma —replicó Dox—. Esto me parece una exigencia.

Los tres guardamos silencio unos instantes. «Esto es exactamente a lo que me refiero —pensé—. Estamos discutiendo sobre ese maldito idiota de Al-Jib en lugar de controlar lo que ocurre en el comedor. Nos estamos distrayendo, comprometiendo toda la operación.»

—Si se presenta la oportunidad —dije—, lo eliminaré. Pero Hilger y Manny siguen siendo nuestra prioridad. ¿De acuerdo?

Después de una pausa, Delilah respondió:

—De acuerdo.

—Bien. Ahora, haced el favor de cambiar la frecuencia.

Escuchamos de nuevo a Hilger y compañía. Parecía como si Hilger les endilgara un rollo publicitario. Hablaba sobre inversiones diversificadas, valores de mercado emergentes en Asia, promedios de beneficios de más del veinticinco por ciento.

—¿Y tu comisión? —preguntó Al-Jib.

—Los beneficios del veinticinco por ciento son después de mi comisión, que es el veinte por ciento.

—El veinte por ciento. ¿Se ajusta a la normativa de la SEC norteamericana?

—No. Pero dudo que la SEC aprobara nada de lo que hago.

Al Jib se rió.

—Debo reconocer que tu propuesta es interesante, y creo que podrías hacer mucho para mi gente; de lo contrario, no habría accedido a reunirme contigo, ni siquiera con las personas que te avalaron. Tus antiguas filiaciones son demasiado... sospechosas. Algunos creen que sigues trabajando para el Gobierno estadounidense.

—Esa impresión puede ser útil en mi trabajo. No me esfuerzo en desmentirla.

—Entiendo. No obstante, es difícil que unos hombres confíen unos en otros incluso cuando son de la misma aldea. Cuando provienen de unas aldeas tan distintas como las nuestras, las suspicacias persisten, ¿no crees?

—Sin duda. Pero confío en que la prueba que ideaste haya conseguido eliminar tus recelos.

—Desde luego. Matar a un diplomático estadounidense en Ammán... Hay ciertas cosas que un agente del Gobierno estadounidense no puede hacer.

Hilger soltó una carcajada.

—Fue una solución creativa. Celebro que diera resultado.

—Pero hay algo que no me has explicado. ¿Cómo lograsteis que los jordanos culparan a Al Qaeda por la muerte de ese hombre?

—Alguien se encargó de reunir a los «sospechosos habituales» —respondió Hilger—. Cuando un miembro veterano de USAID es asesinado, alguien debe cargar con la culpa. ¿Quién mejor que AQ?

—Por supuesto —contestó Al-Jib.

Todos callaron durante unos instantes. Luego Hilger dijo:

—Una de las ventajas que me proporciona mi ambiguo *status* con el Gobierno estadounidense es que estoy en contacto con muchas personas que pueden hacerme favores. Percibirán el mismo veinticinco por ciento que percibirás tú, y siempre buscan una oportunidad para invertir algo más. De modo que esta noche, aparte de la logística de abrir unas cuentas a tu nombre y la transferencia de fondos, me gustaría hablar de lo que necesitáis y que el Gobierno de Estados Unidos puede ofreceros involuntariamente. Quisiera ayudaros también en ese sentido.

—¿A cambio de tu veinte por ciento habitual?

—Por supuesto. Todo lo que hago comporta un riesgo personal.

—No voy a regatear contigo. Sólo quería cerciorarme. Si puedes darme lo que necesito, creo que llegaremos a un acuerdo satisfactorio.

—Dime de qué se trata —respondió Hilger—. Estoy intrigado.

Tras una pausa, Al-Jib dijo:

—Como sabéis, la organización del doctor Khan se dedicaba principalmente a suministrar conocimientos técnicos y maquinaria a sus clientes. El eslabón perdido en la fabricación de nuestro producto siempre era material.

—¿Uranio? ¿Plutonio?

—Ambos son muy codiciados.

—Si lo que necesitáis es uranio, te recomiendo que adquiráis uranio altamente enriquecido. La Administración Nacional de Seguridad Nuclear Estadounidense y la Administración Internacional de Energía Atómica se encargan de supervisar la repatriación de uranio altamente enriquecido de todo el mundo, y tengo numerosos contactos en ambas organizaciones. Quizá hayas oído hablar del programa denominado Iniciativa Para Reducir la Amenaza Global, una operación conjunta entre Estados Unidos y Rusia para garantizar el combustible nuclear de la era soviética.

—Sí, lo conozco.

—Entonces probablemente sepas que hace poco fueron repatriados seis kilos de uranio altamente enriquecido de la República Checa a Rusia. El traslado se hizo en secreto hasta que se completó, pero yo me enteré antes. En estos momentos planean efectuar otros traslados semejantes. Están importando uranio altamente enriquecido de Bulgaria, Libia, Rumania, Serbia y Uzbekistán. Con tu formación, no tengo que decirte la cantidad de oportunidades que se presentarán para que una parte de ese uranio altamente enriquecido sea desviado hacia otros lugares.

—¿Cuánto costará? —inquirió Al-Jib. Yo pensé: «Una táctica de venta muy hábil. Éste está dispuesto a sacar el talonario».

—Mucho —respondió Hilger, y todos se rieron.

—¿No te lo dije, Alí? —preguntó Manny.

—Sí —contestó Al-Jib—, creo que podremos llegar a un acuerdo.

—Hace tres años que vengo diciéndotelo —repuso Manny—. He ganado mucho dinero con este hombre, y me ha hecho muchos favores.

—Salud —dijo Hilger, y oí el tintineo de vasos.

—Disculpadme —dijo Manny. Oí el ruido de una silla al deslizarse por el suelo y luego el de una puerta abrirse y cerrarse.

El corazón empezó a latirme aceleradamente. Percibí un silbido seguido de la voz de Dox.

—Manny ha salido —dijo—. Seguramente va a hacer un pis.

—Ya le he oído —respondí—. Estoy listo.

—Delilah y yo permaneceremos en esta frecuencia para oírte si tienes problemas —dijo Dox—. Sin embargo, no volverás a oírme a menos que me necesites.

—De acuerdo —respondí. Me sorprendió un poco que Delilah no mencionara la conversación que acabábamos de oír para introducir de nuevo la importancia de matar a Al-Jib. Yo sabía que era muy testaruda y no aceptaba fácilmente un «no» por respuesta. Pero supuse que el trato que yo le había ofrecido la había convencido.

Moví la cabeza de izquierda a derecha para relajar las cervicales. Me puse de cuclillas y me levanté varias veces para asegurarme de que si tenía que levantarme apresuradamente, mis rodillas no me fallarían. Giré el torso hacia la izquierda y la derecha, moví los brazos en sentido circular y respiré hondo dos veces. Todo estaba bajo control.

Miré a través del orificio situado frente a la puerta del servicio, pensando: «Venga, Manny, entra de una vez...».

Sin embargo, Manny no apareció. Transcurrió un minuto, luego dos. Si Manny se dirigía hacia aquí desde el comedor privado, ya tendría que haber llegado. Quizá no quisiera ir al lavabo. O quizá había bajado al que se hallaba en la planta trece. Me extrañó que no utilizara el servicio que estaba más cerca, pero quizá no sabía que hubiera uno en esta planta. O quizá se había detenido para hacer una llamada telefónica, o para charlar con una camarera. Vete a saber. El caso es que no había aparecido.

—Manny no ha llegado todavía —dije a través del micrófono que tenía prendido en la solapa—. Debe de haberse dirigido a otro sitio.

—Mierda —dijo Delilah.

—¿Puedes ir a echar un vistazo? —pregunté—. Es mejor que Dox se quede donde está. No es probable, pero tampoco es imposible que Manny le reconozca.

—No hay ningún problema —respondió Delilah.

En estas oí que se abría la puerta. Miré a través del orificio. No era Manny. Pero era una persona muy interesante. Me incliné hacia mi solapa y murmuré a Delilah:

—Espera.

—De acuerdo —contestó Delilah.

Mi nuevo visitante tenía el pelo oscuro y la piel de un filipino. Embutido en su traje barato había un cuerpo de las dimensiones aproximadas de un frigorífico. A juzgar por su envergadura, por la forma en que iba vestido y la

forma en que echó un vistazo alrededor del lavabo, deduje que era el guardaespaldas de Manny.

Era el tipo al que Hilger había pedido que aguardara fuera. Supuse que Manny debió de llamarle por el móvil después de abandonar el comedor privado. La llamada y el rato que había tardado el ascensor en subir desde la planta baja explicaban que Manny no hubiera aparecido todavía. Era evidente que tenía fobia a los lavabos públicos.

«Con razón.»

El guardaespaldas se encaminó hacia mí, observando la puerta del armario de herramientas. Iba a mirar en su interior.

Apoyé el pie izquierdo en el quicio de la puerta, aferré el pomo y me incliné hacia atrás de forma que la puerta soportara una presión de unos setenta kilos. Al cabo de unos instantes sentí un leve tirón al otro lado. De haber estado enzarzados en una lucha cuerpo a cuerpo, es posible que ese tipo hubiera logrado que me moviera, pero no trataba de forzar la puerta, sino de comprobar que estaba cerrada con llave tal como indicaba el letrero. No me moví un milímetro. Sentí que el tipo soltaba el pomo y le oí regresar de nuevo hacia la entrada. Le oí abrir la puerta del servicio y decir:

—No hay nadie.

Mantuve mi posición, por si a Manny se le ocurría comprobar también si la puerta estaba cerrada con llave.

Entonces oí unos nuevos pasos en la habitación y la voz de Manny:

—Gracias. Espérame fuera.

—De acuerdo —contestó el otro individuo.

Oí cerrarse la puerta y los pasos de Manny, aproximándose. De pronto se detuvo.

Había visto la puerta del armario de herramientas. Se estaría preguntando si el guardaespaldas había comprobado si estaba cerrada. «Por supuesto que lo habrá hecho —pensaría Manny—. Es un guardaespaldas. Pero más vale que me cerciore de ello...»

Sus pasos se aproximaron y volvieron a detenerse. Sentí otro leve tirón en la puerta. Luego la presión cesó, y oí a Manny dirigirse hacia mi derecha.

Relajé la presión que ejercía sobre la puerta y miré a través del primer orificio que había practicado. Manny estaba utilizando el urinario más alejado de donde me hallaba. Aunque estaba de cara a la pared, su visión periférica detectaría el movimiento cuando yo abriera la puerta. Tenía que moverme con rapidez.

Eché un rápido vistazo a través del otro orificio para cerciorarme de que el guardaespaldas había salido. Efectivamente, se había marchado. Sólo estábamos Manny y yo, como yo quería.

No se repitió lo de la vez anterior. No pensé en nada que no fuera operativo. Absolutamente en nada.

Concedí a Manny unos instantes para terminar lo que estaba haciendo. De lo contrario, habría terminado meándose en el suelo y quizás encima de mí.

Manny se sacudió el miembro, y respiré hondo y en silencio dos veces. «¡A por él!», me dije.

Abrí la puerta, salí dando una larga zancada, me volví y me dirigí hacia Manny.

Manny se volvió y me miró atónito. Abrió los ojos como platos y empezó a avanzar hacia mí.

La adrenalina hace que a uno se le contraiga la garganta. Por eso cuando una persona se siente aterrorizada, emite unos gritos agudos o musita, o bien es incapaz de emitir el menor sonido. Al comprobar que se cumplían sus temores con respecto a los lavabos, Manny recibió una dosis masiva de adrenalina. De modo que aunque su guardaespaldas esperaba fuera junto a la puerta, se quedó mudo.

Manny echó a correr hacia mí, pero era demasiado tarde. Me coloqué detrás de él, le asesté un rodillazo con la pierna izquierda en la región lumbar, le agarré por los hombros y tiré de él hacia mí. Su cuerpo se dobló hacia atrás sobre mi rodilla. Apoyé de nuevo el pie en el suelo y le rodeé el cuello con el brazo izquierdo en sentido contrario a las manecillas del reloj, de forma que su cara quedó aplastada contra mis costillas mientras le oprimía la nuca con mi antebrazo. Sujeté mi muñeca izquierda con mi mano derecha, apoyé la parte inferior de su cuerpo en el urinario y tiré hacia arriba con mi antebrazo. Su columna vertebral se arqueó hasta el límite, y durante una fracción de segundo nuestro ímpetu hacia delante se frenó. Entonces le partí el cuello. Se oyó un sonoro chasquido, pero no lo suficientemente sonoro como para alertar al guardaespaldas que esperaba al otro lado de la gruesa puerta de caoba. El cuerpo de Manny se quedó flácido, y le sostuve por las axilas para evitar que se desplomara en el suelo.

Le arrastré hasta el armario de herramientas y cerré la puerta detrás de nosotros. Le registré, pero no iba armado. «Mierda.»

Reflexioné durante unos instantes. Si el guardaespaldas esperaba junto a la puerta, como era de prever, yo no podía salir y pasar tranquilamente junto a él. Ese tipo había registrado el baño antes de que Manny entrara y no había

visto a nadie. Si ahora veía salir a alguien, le llamaría la atención. En cualquier caso, lo importante no era despistarlo, sino arrebatarse la pistola. Si estaba de espaldas a mí, quizá lograra desarmarlo, pese a su envergadura. Pero si el guardaespaldas me veía acercarme a él, las cosas se complicarían. Si se producía un forcejeo, aunque yo consiguiera desarmarlo y subir rápidamente a por Hilger y Al-Jib, corría el riesgo de perder el elemento sorpresa.

En estas oí abrirse la puerta del baño. Miré a través del agujero: era un chino de mediana edad, vestido con el típico traje de ejecutivo. Parecía inofensivo, y el guardaespaldas le había dejado pasar sin problemas. El chino entró en uno de los cubículos y cerró la puerta.

Dentro de un minuto el guardaespaldas entraría para comprobar si Manny estaba bien. El tiempo apremiaba.

Salí del armario de herramientas, me encaminé silenciosamente hacia el segundo cubículo, cerré la puerta sigilosamente y volví a ocultarme en el armario de herramientas. La puerta de caoba del cubículo, que alcanzaba del suelo al techo, impedía comprobar si había alguien dentro, y si el guardaespaldas asomaba la cabeza, supondría que Manny se hallaba en uno de los cubículos. Supuse que no se atrevería a importunar a su cliente en un momento tan delicado llamándole, pero su reticencia no duraría eternamente. Quizá yo hubiera podido ganar un par de minutos, pero el tiempo apremiaba.

De pronto se me ocurrió una idea.

Capítulo 21

—**D**elilah —murmuré.

Ésta respondió al instante.

—Aquí estoy.

—He liquidado a Manny. Pero hay un guardaespaldas apostado junto a la puerta del baño. No puedo pasar junto a él. Dentro de unos minutos entrará para comprobar si le ha ocurrido algo a Manny. Además, hay una persona que está utilizando uno de los cubículos, y necesito ganar un par de minutos para que ese tipo termine y salga de aquí.

—Dime lo que quieres que haga —dijo Delilah.

—Dox, ¿todavía conservas la jeringuilla que le quitamos a Winters?

—La llevo encima, colega —respondió Dox.

—Dásela a Delilah. Delilah, no tendrás ningún problema en acercarte al guardaespaldas. Finge que te diriges por equivocación al servicio de hombres. Coquetea un poco con él, distráelo hasta que el tipo que está dentro del cubículo se marche. Cuando salga, clava al guardaespaldas la jeringuilla.

—¿Qué contiene? —preguntó Delilah.

—Dale la jeringuilla, Dox. Te lo explicaré mientras te diriges hacia allí.

—Delilah ya se ha marchado —dijo Dox—. Está subiendo.

—Es un cóctel mortífero. Sólo tienes que sujetarla en la palma de la mano y clavársela. Es tan potente como la mordedura de una serpiente.

—¿Eso es todo lo que he de hacer? ¿No tengo que clavársela en una vena o una arteria?

—Sí, si queremos que la droga actúe rápidamente.

—Las venas y las arterias son unos objetivos móviles muy pequeños.

—Coquetea con ese tipo. Haz que se situé de espaldas a la puerta del baño. Le golpearé en la cabeza con algún instrumento contundente que encuentre aquí. Pero es un gorila, no sé si lograré dejarlo fuera de combate de un golpe en la cabeza. Sin embargo, confío en dejarlo atontado el tiempo suficiente para que le claves la jeringuilla en la carótida. Si no lo consigues, ya se me ocurrirá otra solución.

—De acuerdo.

—Probablemente lleve una pistola sujeta del hombro o la cadera. Pase lo que pase, tenemos que desarmarlo. Es la única forma de que podamos liquidar a los otros dos.

—De acuerdo.

Encendí la Surefire y miré alrededor del armario de herramientas. No había ningún martillo ni ninguna llave inglesa. Durante unos segundos pensé en la navaja, pero la descarté porque lo pondría todo perdido. Utilizaría mis manos. Cuando me disponía a guardar la Surefire en el bolsillo, la miré. No me había percatado de algo tan obvio. La consideraba tan sólo una linterna, sin caer en la cuenta de que si la sujetaba de forma que sólo asomara la punta, constituiría una eficaz arma de *yarawa jitsu*.

Oí al chino tirar de la cadena, y al cabo de unos instantes salió del cubículo.

—Allá voy —oí decir a Delilah. Luego, con tono meloso, como si estuviera un poco bebida, preguntó al guardaespaldas—: Disculpe, ¿ese servicio es el de mujeres?

El micrófono que Delilah llevaba prendido en la solapa captó la respuesta del guardaespaldas.

—No, señorita, es el servicio de hombres.

Deduje que Delilah se había aproximado mucho al guardaespaldas.

—Vaya por Dios, menuda metedura de pata si entro allí. ¿Sabe dónde está el servicio de mujeres?

—Creo que está al otro lado del pasillo.

El chino se acercó a los lavabos y comenzó a inspeccionar el surtido de jabones y lociones.

«¿Por qué no te lavas las puñeteras manos de una vez y te largas? —pensé—. O mejor aún, no te las laves y te juro que no se lo diré a nadie.»

—¿Eres portero o algo por el estilo? —preguntó Delilah.

El guardaespaldas se rió. Excelente, Delilah había conseguido captar su atención.

—No, estoy esperando a alguien.

El chino seleccionó uno de los jabones y empezó a lavarse las manos concienzudamente. Tardaba tanto que estuve tentado de salir del armario de herramientas, partirle el cuello y ocultarlo dentro del mismo.

El chino cerró el grifo, tomó una de las toallas y empezó a secarse las manos pausadamente.

—Ah, ¿de modo que está acompañado? —preguntó Delilah—. Qué lástima.

—¿Por qué es una lástima?

—Pues porque mi acompañante es un impresentable y... —respondió Delilah—. Disculpe, he bebido demasiado. No suelo comportarme así.

—Tranquila —dijo el guardaespaldas—. No tiene por qué disculparse. El chino siguió secándose las manos con la toalla.

«Venga, tío, no te queda ni una puta molécula de agua en las manos...»

Por fin el chino tiró la toalla a la cesta colocada debajo del lavabo.

«Como empieces a peinarte —pensé—, a examinarte los dientes o a ajustarte la corbata, te mato.»

Pero el chino decidió no realizar ninguna de esas actividades mortales y salió del baño.

—Es usted un encanto —dijo Delilah—. Siento haberme portado de forma tan atrevida.

—Estoy acostumbrado a las mujeres atrevidas —contestó el guardaespaldas—. Me gustan.

—¿De veras? —preguntó Delilah—. ¿De dónde es usted?

—Necesito que ese tipo se coloque de espaldas a mí —dije saliendo del armario de herramientas y dirigiéndome hacia la puerta—. Ahora.

—Soy filipino —respondió el guardaespaldas.

—Ya lo está —dijo Delilah sin alterar el tono de su voz.

Y mientras el guardaespaldas se afanaba por descifrar esa incongruencia, salí del baño a su espalda y le aticé un golpe en la base del cráneo con el puño con el que sostenía la linterna. El guardaespaldas emitió un gemido y se estremeció, pero no cayó al suelo. ¡Joder, qué cráneo tan duro tenía ese tío! Cuando me disponía a golpearlo de nuevo, Delilah le clavó la jeringuilla en el cuello, sobre la carótida. El tipo volvió a gemir y trató de sacar algo del interior de su chaqueta, pero le agarré del brazo para impedirselo. El guardaespaldas trató de volverse hacia mí. Delilah alargó la mano y le arrebató el objeto que el guardaespaldas había intentado utilizar, una Kimber Pro CDP II que llevaba colgada de la cadera.

El tipo consiguió volverse hacia mí y mirarme. Extendió el brazo como si fuera a forcejear conmigo, pero sus piernas cedieron, no sé si debido al golpe o a la inyección. Cayó sobre mí y le sujeté por debajo de los brazos y la espalda. Retrocedí trastabillando a través del baño, resoplando debido al esfuerzo. El guardaespaldas debía de pesar ciento veinte kilos. Delilah entró detrás de nosotros y cerró la puerta. La vi extraer el cartucho de la Kimber para comprobar si quedaba alguna bala y volver a meterlo. Luego deslizó el

percutor hacia atrás un centímetro, sonrió como si le gustara lo que veía y lo soltó.

—Apóyate en la puerta —dije esforzándome por sostener aquel peso muerto en mis brazos—. No quiero que entre nadie.

Delilah apoyó el pie derecho en la puerta, clavando el talón en el suelo, y retrocedió un paso con la otra pierna. Metí al guardaespaldas en el armario de herramientas y lo arrojé sobre su difunto cliente. Salí del armario sorteando ambos cuerpos y cerré la puerta.

Alguien trató de abrir la puerta del baño. En vista de que no se abría, la persona llamó con los nudillos.

—Lo siento, estamos limpiando —dijo Delilah sin apartar el pie—. Utilice el servicio de la planta trece.

«¿Conque limpiando, eh? —pensé—. Es una forma de expresarlo.»

La persona cesó de llamar a la puerta.

Me acerqué a Delilah y dije:

—Dame la pistola.

Delilah negó con la cabeza.

—Anda, vete. Yo me ocuparé del resto.

—Eso es lo que sueles hacer.

—Es lo que debo hacer.

—Deja que termine lo que he empezado. Con la pistola puedo liquidarlos a los dos.

Supuse que eso era lo que Delilah deseaba oír, pero volvió a menear la cabeza.

—¿Dónde vas a esconder ese cañón con el atuendo que llevas? Es más grande que tu bolso.

Delilah respiró hondo y contestó:

—Has cumplido tu contrato con Manny. Te pagarán la cantidad estipulada. Ahora vete.

—¿Quieres darme de una vez esa puñetera pistola? No disponemos de mucho tiempo.

Delilah me miró, y durante unos instantes pensé que había logrado convencerla. Pero de repente abrió la puerta y echó a andar a través del pasillo hacia la escalera. La seguí. Delilah sostenía la pistola junto a su muslo derecho.

Oí la voz de Dox en mi oído.

—¿Qué os pasa, tíos? Vuestra conversación me está poniendo nervioso.

—Yo me encargaré del resto, Dox —dijo Delilah encaminándose hacia la escalera—. Vosotros podéis ir. Ahora tenéis la oportunidad de hacerlo.

—Vamos, Delilah —respondí—, no vamos a dejarte sola. Puedes fiarte de mi colega. Le he visto disparar y te aseguro que cuando alcanza a alguien, esa persona ya no vuelve a levantarse.

Nos detuvimos en el descansillo entre la escalera que subía a la planta quince y descendía hasta la trece. Desde ahí sólo podíamos subir a la planta quince, bajar a la trece o regresar por el pasillo a los servicios. Durante unos instantes se me ocurrió agarrar a Delilah y tratar de arrebatarle la pistola. Pero Delilah sostenía la pistola deliberadamente en el lado opuesto a mí. No creí poder desarmarla sin lastimarla o recibir yo mismo un balazo. Ninguna de esas alternativas me gustaba.

La aferré por el brazo y dije:

—Maldita sea, Delilah...

En esos momentos oímos un sonido en lo alto de la escalera. Ambos alzamos la vista. Eran Hilger y Al-Jib, que bajaban la escalera hacia nosotros. Hilger sostenía una pistola con ambas manos, junto a su cuerpo y apuntando al suelo. Me miró, y vi en sus ojos que me había reconocido.

«Mierda.» Supuse que habían comenzado a sospechar al ver que Manny tardaba tanto y habían salido para investigar.

—Hazte a un lado, John —dijo Hilger—. Sólo queremos marcharnos. No es necesario que muera alguien.

Delilah seguía empuñando la Kimber, pero comprendí que Hilger tenía ventaja. En primer lugar, tenía el arma preparada para disparar. En segundo lugar, estaba en una posición más elevada. Por si fuera poco, supuse que el arma que empuñaba le era familiar, seguramente era la pistola con la que se entrenaba; mientras que Delilah llevaba el arma de otra persona, una pistola del 45 con un cañón de diez centímetros que probablemente era demasiado grande para ella. Delilah también debía de saberlo; de lo contrario, habría tratado de disparar.

Pero en tal caso, ¿por qué no había disparado ya Hilger contra nosotros? Yo había presenciado sus dotes de tirador frente a Kwai Chung y sabía que eran excelentes. Entonces pensé: «Aquí le conocen. Esto forma parte de su tapadera. No quiere ponerse a disparar aquí».

Al-Jib no dijo nada. Parecía atemorizado. Esto incumbía a Hilger, él no tenía nada que ver en ello.

—No hay problema —dije mostrándole las manos—. No tenemos nada contra ti. Hemos terminado nuestro trabajo.

Como mínimo, tenía que conseguir que Delilah y yo alcanzáramos la planta baja. Mejor aún, dejar que Hilger y Al-Jib bajaran la escalera y pasaran junto a nosotros. De ese modo Delilah y yo ocuparíamos la posición más elevada. Ellos tendrían que esforzarse en apuntarnos con la pistola y bajar la escalera de espaldas al mismo tiempo.

Hilger frunció el ceño.

—¿Manny? —preguntó.

—Manny ha muerto. Estamos empatados.

—No estamos empatados —replicó Hilger achicando los ojos.

Por lo visto, no había conseguido convencerlo.

—Puedes marcharte —dijo Delilah—, pero tu amigo no.

—Lo siento, pero vamos a marcharnos los dos —repuso Hilger—. Tanto si os hacéis a un lado como si tenemos que mataros, depende de vosotros.

—Prefiero hacerme a un lado —respondí, pensando: «Maldita sea, Delilah, procura colaborar conmigo».

En estas oí la voz de Dox:

—Sé lo que está ocurriendo, tíos, pero no puedo ayudaros mientras ellos estén más arriba que vosotros en la escalera. Tenéis que dejar que bajen a la planta trece.

—Es mejor que le obedezcamos —dije a Delilah, refiriéndome naturalmente a Dox.

Se produjo una larga pausa. Supuse que Delilah se resistía instintivamente a decidir entre disparar contra Al-Jib y tomar una vía de escape.

No obstante, era una persona con sentido de lo táctico y comprendía la situación. Nuestra situación con respecto a Hilger y a Al-Jib era insostenible. Parecía como si Delilah quisiera prolongar la situación, tranquilizar a Al-Jib. Pero ¿por qué quería...?

De pronto se oyó un crujido en una contrahuella situada debajo de nosotros. No sé si fue intuición, un sexto sentido o qué, pero el caso es que me agaché rápidamente. Oí el chasquido de una pistola provista de silenciador, y una bala se incrustó en la pared a mi espalda.

Di un salto hacia mi derecha y corrí a través del pasillo hacia el baño. Vi a Gil subir la escalera hacia nosotros, empuñando la pistola. Oí que Delilah gritaba:

—¡No!

Al cabo de unos segundos sonaron unos disparos desde lo alto de la escalera.

Abrí rápidamente la puerta del baño y entré.

—¡Sal del bar! —dije a Dox a través del micrófono que llevaba en la solapa. Corrí hacia el armario de herramientas y me metí en él—. Gil está aquí. Debió de telefonarle Delilah. Están en la escalera. Estamos perdidos. No podemos hacer nada.

—Sí, he oído un tiroteo —respondió Dox—. Los clientes están aterrorizados. ¿Los oyes?

Oí unos gritos y otras exclamaciones de pánico. Como de costumbre, Dox conservaba la calma. Saqué la Surefire y la encendí. El maletín estaba donde lo había dejado. Lo tomé y me dirigí hacia el montacargas. Pulsé el botón en la pared y esperé.

—Si consigues llegar al armario de herramientas donde me he ocultado —dije—, puedes acceder desde él al montacargas. De lo contrario, sólo podrás bajar desde la planta trece.

—Ya he pensado en eso. Pero no puedo acceder ni al montacargas ni a la planta trece con este O. K. Corral que se ha organizado.

La serenidad que mostraba Dox era increíble. Durante unos segundos no pude por menos de sentir aprecio por él.

—Lo sé. Pero no puedes quedarte en el bar. Si Gil y Delilah matan a Hilger y a Al-Jib, probablemente irán a por ti.

—No creo que Delilah...

—Fue Delilah quien llamó a Gil. ¿Acaso crees que le dijo: «Júrame que no les harás daño», y que Gil respondió: «Descuida, cariño, lo que tú digas»?

¿Dónde coño estaba el ascensor? Delilah supondría que yo trataría de tomar el montacargas. Si Gil conseguía matar a Hilger y a Al-Jib, el próximo paso consistiría en liquidarnos a nosotros.

—De acuerdo, ya te he entendido —dijo Dox—. Trataré de buscar un lugar más acogedor para esperar a que termine este follón.

—Si te topas con los clientes de los comedores privados de la planta quince y del restaurante de la catorce dirigiéndose en estampida hacia las salidas, deja que te lleven en volandas —dije.

—Sí, eso es lo que había pensado. ¿Qué vas a hacer tú?

—En estos momentos estoy esperando a que llegue el montacargas. Pero cuando se cierre la puerta y empiece a bajar, perderemos contacto. El alcance de este equipo es muy corto.

—¿Y a qué estás esperando? Muévete. Nos reuniremos en el punto de encuentro.

Cuando llegó el montacargas, me monté en él y mantuve pulsado el botón que decía «puerta abierta». Levanté la vista, pero no vi ninguna cámara en el

techo. Sólo las instalaban en los ascensores para pasajeros.

—El montacargas ya ha llegado —dije—; si quieres, te espero.

—No seas estúpido, colega. Baja y envíamelo cuando te apees. Aún no sé por dónde voy a salir. Probablemente saldré con el resto de los clientes cuando Hilger y los otros hayan terminado de matarse.

No quería dejar a Dox, pero lo que había dicho tenía sentido.

—Suerte —dije y oprimí el botón del vestíbulo. La puerta se cerró, y el montacargas empezó a descender.

Maldita sea, me reventaba dejar que Hilger se me escapara. Durante unos instantes pensé que habíamos estado a punto de completar la operación.

Pensé en el contenedor de basura situado frente a la entrada. Si me ocultaba detrás de él y Hilger conseguía salir, quizá tuviera la oportunidad de matarlo. Era una posibilidad remota, pero no había otra opción.

Al cabo de treinta segundos la puerta del montacargas se abrió en el vestíbulo. El guardia de seguridad que había visto antes estaba apostado frente a los ascensores. Empuñaba una pistola, una 38 Special, que sostenía demasiado alejada de su cuerpo. Entró en el montacargas sin apenas mirarme.

Me gritó algo en chino, probablemente que saliera de ahí. Antes de que el tipo pudiera reaccionar, así con ambas manos la pistola que el guardia sostenía frente a él, me volví rápidamente y se la arrebaté. El guardia lanzó un grito de sorpresa y temor. Luego retrocedió contra la pared del ascensor y se puso de nuevo a dar voces en chino. Supuse que esta vez gritaba «¡Mierda!», o quizá la archisabida frase «¡No dispare!».

Cogí el maletín, salí del ascensor y eché un vistazo a mi alrededor. Todo estaba en orden. Metí la mano dentro del ascensor y pulsé el botón de la planta trece. La puerta del ascensor se cerró, y el guardia con cara de atontado desapareció tras ella, consiguiendo con ello quitármelo de encima y evitar que viera lo que me proponía hacer. Confié en que Dox estuviera esperándole cuando llegara a la planta trece. Podía sacarle del ascensor y bajar tranquilamente.

Atravesé la calle hacia el contenedor de basura y analicé mis opciones. El contenedor me ofrecía un buen escondite por ambos lados, pero estaba demasiado alejado de los ascensores. Si Hilger llegaba a la planta baja corriendo y se dirigía inmediatamente hacia la izquierda o la derecha de los ascensores, yo corría el riesgo de perderlo. Si hallaba el escondite adecuado, prefería esperar a Delilah ahí cuando él apareciera.

Entré de nuevo en el edificio. El mostrador del guardia de seguridad. Perfecto. Me oculté detrás del mismo.

En estas se abrió violentamente la puerta de la escalera a mi izquierda, rebotando contra la pared, y apareció Al-Jib. Alcé la pistola y traté de apuntarle, pero el tipo dobló la esquina y desapareció.

La puerta se abrió de nuevo, y me apresuré hacia ella. Esta vez era Delilah. Asomó la cabeza y miró a diestro y siniestro, empuñando la Kimber con ambas manos justo debajo del mentón. Al verme, preguntó:

—¿Dónde está? ¿Hacia dónde ha ido?

—¿Dónde está Hilger? —pregunté.

—¡Arriba! ¡Dime de una vez dónde está Al-Jib!

Incliné la cabeza hacia la izquierda. Delilah salió corriendo sin decir nada más.

Me volví y avancé dos pasos hacia el mostrador del guardia de seguridad. Me detuve. Avancé otro paso. Luego exclamé: «¡Me cago en diez!», y eché a correr detrás de Delilah, arrojando el maletín hacia el contenedor cuando pasé frente a él.

La vi dirigirse hacia el parque de Statue Square y apreté el paso. Delilah pasó junto a una de las fuentes que había dentro del parque; las parejas que estaban sentadas alrededor de la fuente se volvieron para mirarla cuando Delilah pasó como una exhalación. La perseguí, sorteando a los transeúntes. Atravesamos la plaza tratando de esquivar el denso tráfico que circulaba por Chater Road. Vi a Al-Jib, a unos quince metros delante de Delilah. Corría a toda velocidad, pero Delilah le pisaba los talones. Esa mujer corría como una bala.

Al-Jib atravesó Connaught a la carrera sin detenerse en ningún momento. Un taxi frenó en seco frente a él al tiempo que el taxista tocaba el claxon. Al-Jib chocó con un transeúnte, pero no se detuvo. Alguien gritó algo. El taxi arrancó de nuevo, pero entonces Delilah se atravesó en su camino. El taxista volvió a tocar el claxon. Pasé junto a él a toda velocidad, persiguiendo a Delilah.

Al-Jib echó a correr por Edinburgh hacia el *Star Ferry*. Si no lograba alcanzar el transbordador, acabaría en un callejón sin salida con la forma del extremo sur de Victoria Harbor. Si tenía suerte, lograría embarcarse en el transbordador que estaba a punto de zarpar. La ruta del *Star Ferry* entre Central y Tsim Sha Tsui constituye una importante vía de comunicación entre Hong Kong y Kowloon desde hace más de un siglo, y los gigantescos transbordadores de peatones de dos cubiertas al aire libre, algunos de los cuales vienen funcionando desde que se inauguró el servicio, zarpan cada siete minutos, generalmente con cientos de pasajeros en su interior.

Al-Jib entró apresuradamente en la terminal del transbordador. Delilah le siguió. Llegué al cabo de unos segundos y miré a mi alrededor, tratando desesperadamente de localizar a Delilah entre el gentío. Entonces observé un tumulto entre la multitud en una de las escaleras y vi a Delilah subir por ella. Una mujer se levantó del suelo gritando. Delilah debió de perder momentáneamente de vista a Al-Jib y había deducido que había sido él quien había derribado a la mujer. La seguí a pocos metros de distancia. Un grupo de pasajeros bajaba la escalera a nuestra izquierda. Mierda, el transbordador había llegado con un par de minutos de adelanto, lo cual significaba que estaba a punto de zarpar. Alcanzamos el nivel de la explanada y vi a Al-Jib, que nos sacaba mucha ventaja. Debió de comprender que ésta era su única oportunidad de salvarse y saltó sobre los torniquetes situados en el muelle de partida. Al saltar sobre una mesa, la derribó y diseminó unas monedas por el suelo de hormigón. El empleado le gritó algo en chino.

Delilah y yo saltamos sobre los torniquetes en pos de Al-Jib. El muelle estaba desierto; los pasajeros ya habían embarcado en el transbordador. Un empleado estaba en la regala de la cubierta inferior, utilizando una pértiga para alejar la pesada embarcación del muelle. Al-Jib echó a correr hacia el barco, saltó y cayó sobre la balaustrada, casi derribando al empleado. Delilah le seguía a dos metros de distancia. La vi saltar sobre la barandilla e incorporarse. El empleado gritó algo, pero no trató de detener el barco, que siguió avanzando. La popa estaba a punto de alejarse del extremo del muelle.

Guardé la 38 en la parte trasera de mi pantalón y seguí corriendo. «Vamos, vamos...»

Cuando salté, comprendí que no iba a conseguirlo. Caí sobre uno de los viejos neumáticos colocados debajo de la cubierta del barco para amortiguar los golpes cuando éste atraca. El neumático quizá fuera útil para las embarcaciones, pero ofrecía poca protección a un torso humano, y el golpe me dejó sin aliento. No obstante, conseguí asirme a la barandilla, salté sobre la cubierta y me incorporé.

Delilah y Al-Jib se habían esfumado entre la multitud de pasajeros, pero divisé una especie de camino, menos atestado que las zonas que lo circundaban, que me indicó por dónde debía buscar. Saqué la pistola y me abrí camino entre el gentío. Me alegré de que no hubiera guardias de seguridad en el barco para complicar las cosas. El *Star Ferry* era tan seguro como una acera.

Al cabo de unos minutos no pude seguir avanzando por el camino que había tomado. Estaba taponado por un montón de gente, centenares de

pasajeros, y no capté ninguna vibración entre el gentío que me indicara dónde se habían metido Delilah y Al-Jib. Dentro de menos de siete minutos desembarcaríamos en Kowloon. Sería difícil impedir que Al-Jib saltara sobre el muelle cuando atracáramos y desapareciera entre la multitud. Era preciso atraparlo aquí.

Me dirigí hacia popa, pasando a través de las hileras de asientos de madera, pero no pude ver a través del montón de gente que no había obtenido un asiento y estaba de pie.

—¡Delilah! —grité—. ¡Delilah!

—Estoy aquí —oí que respondía desde algún lugar frente a mí—. Yo...

Algo impidió que terminara la frase. Oí el disparo de una pistola de gran tamaño, seguido de unos gritos. La multitud empezó a retroceder hacia mí. Las personas que tenía delante trataban de alejarse del tiroteo.

Avancé unos pasos. De pronto la multitud se echó sobre mí como la marea al retroceder. Entonces los vi.

Al-Jib había conseguido colocarse detrás de Delilah y arrebatarle la Kimber. Estaba situado detrás de ella, la sujetaba por el cuello con un brazo y apuntaba con la otra mano el cañón de la pistola contra su sien.

Me detuve, saqué la 38 y la apunté hacia Al-Jib empuñándola con ambas manos. Éste y Delilah se hallaban a unos ocho metros. Yo seguía jadeando debido a la carrera, y la cubierta del transbordador se balanceaba por culpa de la corriente del muelle. Al-Jib sostenía a Delilah a modo de escudo, mostrando sólo una parte de la cabeza. Era demasiado arriesgado tratar de abatirlo de un tiro.

—¡Suelta la pistola! —gritó Al-Jib—. ¡De lo contrario, juro por Alá que le volaré la tapa de los sesos!

—No lo hagas —contesté tan serenamente como pude—. Porque si lo haces, yo también te volaré la tapa de los sesos.

—¡Suéltala! —gritó de nuevo Al-Jib.

—Escucha —dije, alzando la voz para hacerme oír a través del viento que soplaba sobre cubierta—. No sé quién eres, ni me importa. Yo iba a por Manny, y he terminado lo que tenía que hacer. Por lo que a mí respecta, puedes marcharte. Pero si la lastimas, tendré que matarte, ¿comprendes?

Al-Jib me miró desesperado, pero comprendí que estaba devanándose los sesos en busca de una solución. No podía matar a Delilah. Si lo hacía, antes de que pudiera apuntarme con su pistola, yo le habría convertido en una hamburguesa.

—Tratemos de hallar una solución —dije—, de encontrar la forma de salir todos indemnes de aquí. Baja un poco la pistola, y yo haré lo propio. Luego podemos hablar.

Al-Jib empezó a relajarse un poco. «Perfecto», pensé.

—¡No! —gritó Delilah—. ¡Mátalo!

«Maldita sea, lo haría si colaboraras conmigo...» Al-Jib sujetó a Delilah por el cuello con más fuerza.

—¡Suelta la pistola! —volvió a gritar.

Delilah me miró furiosa.

—¡Mátalo! —gritó con voz áspera—. ¡Maldito seas, mátalo de una vez!

Al-Jib la estaba estrangulando, ignoro si voluntaria o involuntariamente. Yo estaba perdiendo el control de la situación. Al-Jib estaba tan nervioso que era capaz de apretar el gatillo sin darse cuenta, o de matar a Delilah para silenciarla, o de cometer un error.

—¡Suelta la maldita pistola! —gritó de nuevo—. O te juro que...

Con un rápido movimiento, Delilah agachó la cabeza y asestó un manotazo con la derecha a la pistola que empuñaba Al-Jib, haciendo que se alzara y disparara hacia el techo. Yo estaba tan saturado de adrenalina que me pareció haber oído simplemente un petardo.

Al-Jib trató de bajar de nuevo la pistola, pero Delilah la sujetó con las manos. La pistola volvió a dispararse.

Avancé unos pasos. Delilah se interponía entre Al-Jib y yo. Estaba situada delante de su torso, y no dejaban de moverse. Yo estaba demasiado alejado para tratar de abatir a Al-Jib de un tiro.

Al-Jib soltó a Delilah y utilizó ambas manos para tratar de arrebatarle la pistola, pero no lo consiguió. Alzó la vista y, al verme avanzar hacia él, comprendió que había perdido.

Soltó la pistola y se volvió. Pero la velocidad de una bala disparada con una 38 es de doscientos cincuenta metros por segundo. Dado que me hallaba a menos de veinte metros, la bala le alcanzó en una cuadragésima parte de un segundo, más o menos, a una velocidad que impidió a Al-Jib esquivar la bala. Ésta le alcanzó en la cara. El impacto le hizo darse la vuelta, y cayó de bruces sobre la barandilla. Le seguí, apuntándole al pecho, dispuesto a rematarlo.

Oí otros dos disparos cerca de donde me hallaba, que alcanzaron a Al-Jib en el costado. En mi visión periférica vi a Delilah pasar junto a mí, empuñando la Kimber con ambas manos, implacable como el ángel de la muerte.

Al-Jib trató de incorporarse. Delilah siguió avanzando hacia él. Le disparó dos veces en la cabeza. Al-Jib alzó las manos, cayó sobre la barandilla y se hundió en las oscuras aguas.

Mientras aún empuñaba la pistola en posición de combate, miré unos instantes a Delilah.

Delilah se volvió hacia mí, jadeando, pero con la mirada perdida. Luego bajó la Kimber.

Dudé unos segundos, tratando de pasar por alto que Delilah había llamado a Gil. Entonces observé algo en sus ojos, en su actitud, que hizo que me decidiera. Bajé la 38 y la guardé en la pretina del pantalón.

Me volví hacia proa. Las luces de Tsim Sha Tsui se hallaban a menos de un minuto de distancia.

Después de unos instantes de silencio, Delilah me entregó la Kimber.

—Toma —dijo—. Tal como dijiste, no tengo dónde ocultarla. Quizá la necesitemos.

Guardé también la segunda pistola en la pretina del pantalón y miré a Delilah, tratando de hallar las palabras justas.

—Tuve que hacerlo —dijo Delilah—. No sólo por mí, sino por ti.

—¿A qué te refieres?

—Un día, Al-Jib y otros como él harán detonar un arma nuclear dentro de una ciudad. Medio millón de personas morirán: seres inocentes, familias, hijos, bebés. Cuando eso suceda, no será porque yo pude haberlo impedido y no lo hice. Tú tampoco podrías soportar eso en tu conciencia. No lo permitiré.

Me di cuenta de que la gente gritaba y de que se había producido un tumulto en la parte del barco donde los pasajeros se disponían a desembarcar. Mientras Delilah y yo tratábamos de liquidar a Al-Jib, yo había estado demasiado ocupado para percatarme de ello.

Delilah y yo avanzamos hacia la multitud. Las personas más cercanas a nosotros sabían que habíamos participado en el incidente que acababa de producirse y se apresuraron a apartarse. Pero a medida que avanzamos, la gente se mostró menos dispuesta a dejarnos pasar. Los pasajeros situados en primera línea no habían presenciado lo ocurrido. No sabían quiénes éramos ni les importaba. Habían oído un tiroteo y un alboroto, y lo único que querían era desembarcar tan pronto como el transbordador atracara. Delilah y yo seguimos tratando de abrirnos paso hasta llegar a un punto en que la multitud era tan densa que nos perdimos entre ella, convirtiéndonos en otros dos pasajeros aterrorizados. No podíamos seguir avanzando, por lo que tuvimos que esperar como el resto de la gente.

Al cabo de unos segundos el transbordador atracó en el muelle. Tan pronto como lo hizo, los pasajeros empezaron a desembarcar. Se oían muchos gritos en chino, pero no entendí lo que decían. Sólo sabía que Delilah y yo teníamos que abandonar el barco antes de que alguien empezara a señalarnos con el dedo.

Salimos del edificio del muelle y pasamos junto a la torre del reloj y la multitud que se agolpaba en la zona comercial. Atravesamos el paso subterráneo debajo de Salisbury Road y nos encaminamos hacia el este, hacia los abarrotados distritos comerciales situados alrededor de Nathan. Al ser un asiático y una hermosa rubia, no tardarían en localizarnos a partir de la descripción de lo ocurrido a bordo del transbordador y el incidente acaecido frente al China Club. Pero yo no quería que Delilah y yo nos separáramos todavía. Quería zanjar el asunto.

Llegamos a la esquina del sureste de Kowloon Park y entramos. El parque, que ocupaba un inmenso montículo que se alzaba sobre las calles que lo rodeaban, estaba oscuro y, a esa hora, relativamente desierto. Pasamos junto a la esquelética pajarera y los jardines de estilo chino que se recortaban sobre el cielo hasta alcanzar Sculpture Walk, donde nos sentamos en los escalones de un pequeño anfiteatro junto a una de las silenciosas estatuas del Walk. Saqué el móvil de prepago, lo encendí y llamé a Dox al desechable que llevaba.

Dox respondió de inmediato.

—Hola, colega, espero que seas tú.

Sonreí al oír su voz.

—Soy yo. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Estoy en nuestro lugar de encuentro. ¿Y tú?

—En Kowloon.

—Disculpa que te lo pregunte, pero ¿no te has equivocado de dirección?

—Lamentablemente, Delilah y yo perseguimos a Al-Jib hasta el *Star Ferry* y nos embarcamos en él.

—¿Cómo ha acabado todo?

—Al-Jib está muerto.

—Un final feliz. Otra victoria para los buenos, y una derrota para las fuerzas del mal. ¿Cómo está Delilah?

—Bien. Está conmigo.

—Ah, por eso os habéis largado a Kowloon. ¿Estás seguro de que tenemos tiempo para esos devaneos?

—Estoy seguro de que no. ¿Cómo acabó la cosa entre Hilger y Gil?

—Si te refieres al tipo que disparó contra Hilger, está muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Hilger disparó contra él, y cuando Delilah fue a echar una mano, Alí saltó sobre ellos y echó a correr escaleras abajo. Luego, Gil trató de devolverle el fuego a Hilger tumbado patas arriba desde la escalera, pero Hilger disparó de nuevo contra él y acto seguido trató de imitar el truco de levitación de Alí. Se detuvo el tiempo suficiente para volverse y disparar a ese cabrón en la cabeza a quemarropa.

—Ojalá hubiéramos podido conseguirte una pistola.

—Sí, me hubiera gustado cargármelo de un tiro, y tuve la oportunidad de hacerlo. Al menos logré arrojarle una silla desde el rellano cuando trataba de huir. Cayó al suelo, pero consiguió huir.

—Eres un especialista en arrojar sillas —dije—. Deberías patentarlo. «Silla-fung-do.»

Dox se echó a reír.

—Sí, he comprobado que a veces algunos muebles resultan útiles. El caso es que no conseguí atrapar a Hilger cuando cayó, dado que iba armado y era peligroso y yo sólo era peligroso. Estos trabajos son complicados si no dispones de un rifle adecuado. No sé cómo te las arreglas.

—Da lo mismo —contesté—. A Hilger lo conocen en el club. Tenía reservada una mesa allí esta noche. La policía no tardará en dar con él. Entonces sabremos si teníamos razón al pensar que dirige el operativo.

—¿Crees que los poderes fácticos negarán toda relación con él?

Reflexioné unos instantes antes de responder.

—Tengo la sensación de que Hilger tiene... enemigos, personas a quienes les gustaría que eso sucediera.

—¿Qué te produce esa sensación?

—No estoy seguro. Quiero comprobar algo, luego te lo diré.

—De acuerdo. Échate un polvete y luego reúnete conmigo en el aeropuerto. La vieja Ciudad de la Vida no me parece tan acogedora como esta mañana.

—Dame una hora.

—Claro, tómate todo el tiempo que necesites. No tenemos por qué apresurarnos. La policía de Hong Kong no estará buscando a alguien que encaje con tu descripción ni nada por el estilo.

—De acuerdo —dije—. Tienes razón.

Explicué a Dox dónde había arrojado el equipo detector de transmisores para que fuera a recogerlo. Dox dijo que en cuanto lo hubiera rescatado, se

dirigiría al aeropuerto.

Colgué y miré a Delilah.

—Gil ha muerto —dije—. Dox vio a Hilger dispararle un tiro en la cabeza, a quemarropa.

Delilah asintió con la cabeza al tiempo que crispaba la mandíbula.

—¿Qué más? —preguntó.

Le conté el resto de lo que me había explicado Dox.

—Voy a reunirme dentro de un rato con Dox en el aeropuerto —dije—.

¿Quieres venir?

Delilah negó con la cabeza.

—Todavía no. No llevo mi pasaporte encima.

No dije nada. Por más que trataba de olvidarlo, seguía enfadado con ella por haber telefonado a Gil.

—De todos modos —dijo Delilah—, tengo que informar a los de la organización sobre lo ocurrido aquí. Me harán muchas preguntas.

—¿Podrás capear el temporal?

—No estoy segura. Que Al-Jib esté muerto es un factor positivo, una gran victoria. Si hubiera logrado huir, no sé qué hubiera ocurrido.

Delilah hablaba un tanto atropelladamente. Observé que las manos le temblaban.

—¿Estás bien? —pregunté mirándola atentamente.

Delilah asintió con la cabeza. Advertí que tenía los ojos húmedos.

—Nunca habías... —dije. Me detuve y luego proseguí—: Ha sido la primera vez, ¿no es así?

Delilah volvió a asentir al tiempo que se le saltaban las lágrimas. Se puso a temblar.

Mi ira se disipó. Le rodeé los hombros con el brazo y la estreché contra mí.

—Hiciste lo que debías hacer —dije—, tal como te enseñaron. Se te pasará.

—No sé qué me ocurre —respondió Delilah meneando la cabeza—. Debería estar contenta, alegrarme de que ese tipo haya muerto. Justo después de haberlo eliminado, me sentí eufórica, pero ahora...

La besé en la coronilla.

—Tu mente sabe que estabas obligada a hacerlo, aunque emocionalmente tardes un poco en superarlo. Pero lo conseguirás.

Delilah se enjugó el rostro y me miró.

—Temí que consiguiera huir. Yo quería que dispararas contra él. Cuando me apuntó en la sien con la pistola, pensé que iba a morir y lo único que quería era que lo liquidaras antes para morirme tranquila.

Asentí con la cabeza.

—Cuando uno está seguro de que va a morir y no muere, se tarda mucho tiempo en superarlo. Algún día te contaré lo que me ocurrió el año pasado frente a Kwai Chung.

—Nunca me has contado toda la historia.

—¿Vas a darme la oportunidad de hacerlo?

Delilah soltó una breve carcajada y me tocó la mejilla.

—Me gustaría que nos reuniéramos en algún sitio. No quiero que lo nuestro termine así. Quiero... Quiero tener esa ilusión.

—Tengo tu número —respondí encogiéndome de hombros—. Y siempre podemos echar mano del tablón de anuncios electrónico.

—Siempre nos quedará el tablón de anuncios —dijo Delilah con una sonrisa.

Me eché a reír.

—No es París, pero ya se nos ocurrirá algo.

Delilah me acarició la nuca con gesto distraído, suavemente. Me produjo una sensación agradable.

—Te agradezco que confiaras en mí —dijo Delilah—. Quería decírtelo en Phuket, pero no lo hice. Quería decirte lo mucho... que eso significa para mí.

Que alguien oliera tan bien después de perseguir a un terrorista durante medio kilómetro, casi muriendo en sus manos y luego matándolo, era un misterio que yo sabía que atesoraría siempre.

—Tengo la impresión de que el haberme fiado de ti en Phuket no es lo más sensato que he hecho en mi vida —dije.

Delilah me miró fijamente.

—Te equivocas. En cuanto a lo de llamar a Gil esta noche...

—Comprendo que lo hicieras —respondí meneando la cabeza.

—Tuve que hacerlo. Le dije que perseguía a Al-Jib, no a ti, que tú nos estabas ayudando. Pero no me creyó. Y cuando le vi disparar contra ti...

Me di cuenta de que le estaba tocando la pierna.

—Lo sé, te oí.

Delilah me abrazó y me besó.

Me callé. El beso pasó de cero a sesenta en aproximadamente dos milésimas de segundo. Estábamos sentados, y había oscurecido.

A fin de cuentas, Dox me había hecho esperar en multitud de ocasiones.

Tomé el tren expreso para el aeropuerto en la estación de Kowloon y, cuando llegué, llamé a Dox. Éste ya había llegado. Nos encontramos en la zona de salidas, frente a United Airlines. Dox iba vestido aún con el traje nuevo y llevaba el maletín.

Al acercarme, sonrió.

—Creo que esto es tuyo —dijo Dox entregándome el maletín—. Cuando salí del local, lo vi junto al contenedor situado frente al edificio del Banco de China. A menos que quisieras deshacerte de él...

—No, lo hice para soltar lastre mientras perseguía a Al-Jib. Me alegro de haberlo recuperado. Cuando uno viaja sin equipaje, llama mucho la atención.

—Y todos sabemos lo que te fastidia llamar la atención —replicó Dox mirándome el cuello.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Dox me dedicó una sonrisa de dimensiones galácticas.

—Creo que tienes una mancha de carmín en el cuello, colega. Has sido un chico malo. Y estamos en plena operación. Sólo falta que te dejes el móvil encendido y trates de follarte a un *katoey* hasta hacer que se doblegue ante ti y demás indiscreciones. Si sigues así, la gente empezará a sospechar que eres humano y a mí me tocará la ingrata tarea de explicar a todo el mundo que no es así.

Alcé la mano y me toqué el cuello.

—Es que yo...

—No tienes que darme explicaciones. Sé que el combate produce esos efectos. Seguro que esta vez ni siquiera tuviste que tomarte una pastilla de Viagra.

—No, pensé en Tiara.

Dox se echó a reír.

—Ahí has estado bien, colega. ¿Es que nunca vas a dejar de restregarme eso por las narices? Oye, ¿crees que los israelíes nos pagarán después de lo que hemos hecho?

—Más les vale. Pobres de ellos si no lo hacen.

—Seguro que Delilah defenderá enérgicamente nuestra causa. Es una tía estupenda.

—No sé qué postura adoptará. Le harán muchas preguntas.

—Si las cosas no le van bien con los de su organización, siempre puede incorporarse a nuestra alegre pandilla de agentes independientes. Como te dije, somos el futuro. Los Estados nación dejarán todos los asuntos referentes

a la defensa en manos de agentes independientes para poder ver más televisión.

—No creo que Delilah se sintiera a gusto como agente independiente. No es su estilo.

—Esperemos que no tenga que enfrentarse nunca a esa decisión. Como bien sabes, un soldado nunca goza de un momento de felicidad.

—Cierto —respondí.

—Bien, ¿y ahora qué?

—Tengo que hacer unas gestiones en Tokio. Antes de venir, reservé un billete en un vuelo de Asiana que hace escala en Seúl. Parte a... —Miré el reloj—. A una hora intempestiva de la madrugada. Dentro de dos horas.

—¿Sigues viviendo en Río?

—Sí. Probablemente regresaré allí cuando me marche de Tokio.

—Quizá vaya a visitarte allí. Las chicas brasileñas... Tío, no hagas que me ponga cachondo.

—Lo procuraré.

Dox soltó una carcajada.

—Ven cuando quieras —dije—. Me alegraré de verte. Te llevaré a otro bar para adultos.

Dox volvió a reírse.

—Por mí encantado. Sería estupendo.

Ambos guardamos silencio unos instantes.

—Y tú ¿qué vas a hacer? —pregunté—. ¿Adónde irás?

—Iré a visitar a mis padres en Estados Unidos. Hace mucho que no los veo, y los añoro.

Asentí con la cabeza, tratando de imaginármelo. Había perdido a mis padres hacía tantos años que la mera idea de visitar a mi familia, o a quien fuera, me resultaba extraña. Pero quizá hallara algún día la solución.

—Tienen un buen hijo —respondí.

Dox sonrió satisfecho.

—Es verdad. Y yo tengo suerte de tenerlos a ellos. —Miró su reloj y añadió—: Tengo que tomar un vuelo de Cathay Pacific que parte para Los Ángeles a las veintitrés y treinta y cinco minutos, de modo que más vale que me apresure.

Le tendí la mano.

Dox me miró y dijo:

—Hijo mío, que haya estado a punto de hacerme miembro de la Sociedad de Amantes Accidentales de los Katoey no significa que no puedas

demostrarme tus sentimientos.

«Válgame Dios», pensé. Pero inopinadamente abracé a ese forzado cabrón en medio del aeropuerto.

Capítulo 22

Durante el viaje a Seúl dormí como un tronco. Después de una escala de cinco horas, el vuelo a Tokio fue relativamente breve.

No sabía dónde me alojaría. Cuando residía en esa ciudad, mantenía relación con varios hoteles que durante «mis ausencias» me guardaban una maleta, por si acaso. Pero eso había pasado a la historia, y no estaba seguro de que los hoteles accedieran a seguir guardando mis pertenencias. Además, cabía la posibilidad de que alguien hubiera descubierto ese arreglo, por lo que decidí que era más prudente buscar otra solución.

Llegué al aeropuerto Narita poco después del mediodía. Tomé el expreso JR hasta la estación de Tokio, tras lo cual me encaminé hacia el Four Seasons en Marunouchi sin más equipaje que el maletín. Les pregunté si tenían una habitación libre, y respondieron que sólo les quedaba una *suite*. Acepté.

En la tienda del vestíbulo compré, por un precio excesivo, un pantalón color caqui y un jersey de lana merino de color azul marino. En la habitación me duché y afeité con la maquinilla y otros artículos que el hotel había puesto a mi disposición. Llamé al ama de llaves y dije que deseaba utilizar sus servicios de planchado en una hora. Mi traje estaba hecho una pena.

Me dirigí a Ginza para adquirir ropa interior, una camisa y otros objetos necesarios para un fugitivo. Hacía un tiempo fresco y tonificante —mi tiempo favorito en Tokio—, y soplaban un viento típicamente invernal. Me alegré de estar de regreso en la ciudad. Incluso me sentí extrañamente a gusto.

Mientras caminaba, miré a mi alrededor, más ocupado en observar lo que me rodeaba que en comprobar si me seguía alguien. La topografía había cambiado un poco desde mi última visita. Algunos comercios tenían un aspecto distinto; habían construido muchos edificios nuevos, y Starbucks había continuado su infiltración como la planta *kudzu* de vestíbulos y tiendas. Pero la sensación que emanaba de la ciudad era la misma: la forma en que podías pasar de la infernal penumbra del metro subterráneo de Hibiya a las deslumbrantes tiendas de Ginza en pocos metros; el aire de dinero acumulado y gastado, los sueños que se cumplen y se rompen; la gente hermosa en los comercios y las viejas con los codos puntiagudos en las estaciones del metro;

la sensación de que todas las personas que ves sentadas junto a las ventanas de los restaurantes, en las terrazas de los cafés elegantes y en los solemnes silencios de los pequeños templos de la ciudad desean estar aquí, en Tokio, y sólo aquí.

Pensé en Yamaoto y me pregunté si alguna vez yo podría regresar aquí sin exponerme a sufrir algún percance. Aunque Río me gustaba, no era mi hogar, y mientras caminaba por Tokio, sospeché que nunca lo sería.

Compré lo que necesitaba y regresé al hotel. Mi traje, perfectamente planchado, colgaba en el espacioso ropero de la *suite*. Me cambié, salí del hotel y me dirigí a una tienda de telefonía, donde compré un móvil de prepago. Lo utilicé para llamar a Kanezaki.

—*Hai* —dijo Kanezaki.

Respondí con mi «hola» de rigor.

Después de una pausa, Kanezaki dijo:

—Estás en Tokio.

Ah, la inexorable marcha de los datos de la persona que llama y otras complicadas tecnologías.

—Sí —contesté—. Quería ponerte al día sobre lo que he averiguado con respecto a Manila. Y creo que tú también deberías ponerte al día.

—No he logrado averiguar gran cosa...

—No me vengas con chorradas. Sabes que me cabrea.

Tras otra pausa Kanezaki preguntó:

—¿Dónde estás?

—En estos momentos te estoy observando.

—Que me estás observando... ¿A qué te refieres?

Sonreí, imaginando a Kanezaki volviéndose rápidamente o mirando a través de la ventana de su despacho.

—Es una broma. Estoy en una estación de metro en Tokio, junto a la salida de Marunouchi Sur.

—Yo estoy cerca de la embajada. Si quieres, podemos vernos dentro de diez minutos.

—Muy bien. Llámame cuando llegues.

Colgué.

Supuse que a Kanezaki se le ocurriría venir acompañado. Y yo no le había dado tiempo para organizarse. No obstante, atravesé la calle y observé la entrada del metro desde lejos. Los viejos hábitos nunca mueren.

Kanezaki llegó en un taxi al cabo de diez minutos, solo. Se apeó del taxi y esperó, sabiendo que yo quería verlo antes de aparecer.

Di un rodeo, utilizando los taxis y a los transeúntes para ocultarme, tras lo cual entré en su campo visual. Pero Kanezaki se volvió antes de que pudiera aproximarme lo suficiente para decir *ta-da*. Era un zorro viejo.

—Hola —dijo con una sonrisa. Tendió la mano, y yo se la estreché.

—Salgamos de aquí —dije—. Dudo que el Gobierno japonés pierda el tiempo tratando de seguimos a tipos de la CIA como tú, pero más vale ser cauto.

Pasamos media hora tratando de asegurarnos de que no nos seguía nadie. Luego entramos en Tsuta, una cafetería que yo solía frecuentar en Minami Aoyama. Me alegré al comprobar que Tsuta había conseguido sustraerse al ciclón Starbucks. La última vez que había venido aquí me acompañaba Midori. Habíamos pasado un buen rato, extraño dadas las circunstancias, pero lleno de curiosas y absurdas promesas. De eso hacía mucho tiempo.

Nos sentamos de frente en una de las dos mesas y pedimos unos expresos. Observé a Kanezaki. Había pasado un año desde que le había visto por última vez, y parecía mayor, más maduro. Emanaba una seguridad en sí mismo de la que antes carecía, una mayor prestancia, solidez. Me di cuenta de que Kanezaki ya no era un niño. Se ocupaba de unos asuntos muy serios, los cuales habían configurado su talante. Como dijo el filósofo favorito de Dox, cuando contemplas el abismo, el abismo también te contempla a ti.

Durante un rato charlamos de cosas intrascendentes. La mesa situada junto a la nuestra estaba ocupada por dos ancianas japonesas. Dudé que supieran hablar inglés, que era la lengua que utilizamos Kanezaki y yo —e incluso que pudieran oírnos—; pero por si acaso, hablamos en voz baja.

Después de que nos sirvieran los expresos, dije:

—Ya va siendo hora de que seas sincero conmigo.

Kanezaki bebió un sorbo de café, asintió indicando que estaba bueno y respondió:

—No sé a qué te refieres.

Yo sabía que antes o después acabaría diciéndomelo. También sabía que me haría sudar tinta hasta conseguirlo, para hacerme creer que había sido una victoria, que la información que le había sonsacado era muy valiosa. Yo hubiera preferido omitir los pasos de baile intermedios, pero ése era el estilo de Kanezaki.

Se me ocurrió un modo de agilizar las cosas.

—Quizá sea una coincidencia —dije—, pero cada vez que hemos hablado o nos hemos comunicado de alguna forma durante los últimos días, al poco tiempo lo que yo te había dicho aparecía publicado en el *Washington Post*.

Kanezaki no dijo nada, pero detecté la insinuación de una sonrisa satisfecha.

—De modo que si quieres que te cuente lo que ocurrió en Manila y lo que ocurrió en Hong Kong, desembucha tú primero.

Tomé mi tacita de café y me repantigué en la silla. Dejé que el aroma del líquido danzara unos instantes alrededor de mi rostro y luego bebí un sorbo. Estaba muy rico: fuerte, pero no excesivamente; amargo, pero no demasiado concentrado; ligero, pero con una densidad en la gama de sabores. He bebido café en París, Roma y Río. Incluso en Seattle, donde el grano de café constituye una religión local. Pero a mi entender, ninguno es comparable con el de Tsuta.

Kanezaki aguardó largo rato, con el fin de convencerme de que sólo hablaría bajo presión. Me había bebido la mitad de mi café cuando preguntó:

—¿Cómo sabes lo de Hong Kong?

Sabía que acabaría capitulando y no pude evitar sonreír un poco.

—Porque acabo de estar allí —contesté.

Kanezaki me miró y dijo:

—Joder.

—Venga, ahora te toca a ti.

Kanezaki suspiró.

—De acuerdo. Hilger dirigía un operativo privado.

—¿Cómo que «privado»?

—Permite que me corrija. Debí decir «medio privado».

Es como el correo: privado, pero subvencionado por el Gobierno.

Kanezaki bebió un sorbo de café y prosiguió:

—¿Qué significan los servicios de inteligencia para los artífices de políticas? Tan sólo un producto. Incluso nosotros, en la comunidad, hablamos de ellos como si fueran un producto. A los diseñadores de políticas los llamamos «consumidores». ¿Y qué quieren los consumidores?

—¿Precios bajos? —propuse.

Kanezaki se rió.

—Si el consumidor es lo bastante rico, el precio no importa.

—Entonces, la elección —dije.

—Exacto —contestó Kanezaki asintiendo con la cabeza—. Y si no te gusta lo que una tienda trata de venderte, te gastas el dinero en otra. No hay más que ver lo que la Casa Blanca hizo en los días previos a la invasión de Irak. Como no les gustaba lo que les decía la CIA, montaron una unidad del Pentágono e hicieron sus compras allí.

—De modo que Hilger...

—Te pondré un ejemplo: la base para un mercado libre y competitivo de servicios de inteligencia ya existe. Al margen de la estructura que exista por ley, los diseñadores de políticas siempre acudirán a distintas facciones para satisfacer los requerimientos de sus políticas y desarrollar esas facciones si todavía no existen.

Bebí un sorbo de mi expreso.

—¿Hilger es una de las facciones?

Kanezaki asintió con la cabeza.

—Hilger ha dedicado casi una década a crear su propia red. En cierto modo, ha creado un servicio de inteligencia privatizado, y el producto que ofrece es bueno. Muchos diseñadores de políticas lo utilizan.

—¿Qué ocurrió? ¿La CIA se puso celosa?

—Eso no viene al caso. Por supuesto, Hilger era capaz de hacer ciertas cosas que la Agencia no puede. Para empezar, no tiene que responder a nadie de sus actos. Pero ése es justamente el problema. Hilger constituye su propia institución extra gubernamental.

—¿Y qué haces aquí conmigo?

Kanezaki guardó silencio unos instantes. Luego dijo:

—Hilger era corrupto. No me refiero sólo a los dos millones de dólares con los que se largó el año pasado de Kwai Chung. Me refiero a algo mucho peor. ¿Recuerdas al diplomático estadounidense que fue asesinado en Ammán hace unos años?

Asentí con la cabeza.

—Fue cosa de Hilger, una revancha.

Eso encajaba con la conversación que yo había oído en el China Club. Asentí con la cabeza.

—Mira —dijo Kanezaki—, ¿por qué crees que no nos cuesta tanto infiltrarnos en las células terroristas? Porque hay que cumplir una sencilla prueba de admisión: matar a un norteamericano importante o llevar a cabo alguna otra salvajada. Si eres capaz de hacerlo, asunto resuelto.

—Al parecer, Hilger es capaz de hacerlo.

—Es capaz y lo ha hecho. Hilger ha accedido a los terroristas convirtiéndose en un terrorista. Lo de Jordania, los tratos con ese tal Belghazi al que eliminaste el año pasado, el tráfico de armas, el blanqueo de dinero... Tengo pruebas de que estaba al corriente del atentado con bomba en Bali antes de que ocurriera. En ese atentado murieron doscientas personas. También estaba informado de los dos atentados en Yakarta. Después de eso,

¿crees que Hilger recordó siquiera quién era o lo que estaba tratando de hacer?

—No lo sé.

—Es como la tesis del loco, de Nixon. Si quieres que la gente crea que estás loco, tienes que hacer locuras; en cuyo caso, es como si estuvieras loco. ¿Qué diferencia hay?

—Dime por qué filtraste esas noticias al *Post*.

Kanezaki se encogió de hombros.

—Tenía que presionar a la red de Hilger. La publicidad es un excelente método de presión.

—El primer artículo decía que los tipos de Manila eran espías, no ex espías.

—Eran ex espías, tal como te dije. Pero si en el artículo se afirmaba que eran espías en activo, Langley tendría que responder a más preguntas y Hilger se sentiría más presionado.

—De modo que esas «fuentes fidedignas» mencionadas en los artículos...

—Sí, estás hablando con él.

Asentí con la cabeza.

—¿Qué me dices de Gird Enterprises?

—Es una de las empresas tapadera de Hilger, según creo. No tardaremos en averiguarlo. Los medios se están dedicando a ventilar el tema.

—Después de haber filtrado tú la noticia.

—Por supuesto —respondió Kanezaki con un tono y una expresión que hacía que se pareciera a Tatsu.

—¿Estás seguro de que era prudente eliminar a Hilger? —pregunté—. Había conseguido aproximarse a ese tipo llamado Al-Jib.

—¿Alí Al-Jib? —preguntó Kanezaki abriendo mucho los ojos.

—¿Conoces a otros con ese nombre?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque anoche se reunieron en el China Club, en Hong Kong.

—¿Que se reunieron en...? ¡Joder! ¿Dónde se encuentra ahora Al-Jib?

—Supongo que lo habrán pescado en las aguas de Victoria Harbor, a menos que consiguiera alcanzar la orilla a nado con cinco balas en el cuerpo.

Kanezaki meneó la cabeza con gesto de incredulidad.

—¿Lo mataste tú, en el China Club?

Me encogí de hombros.

Kanezaki meneó de nuevo la cabeza.

—Deberían darte una medalla.

—Me conformo con que me paguen. ¿Cómo sabes que Hilger no estaba tratando de utilizar a Al-Jib, de explotarlo, por así decir? Quizá Al-Jib le hubiera conducido a otras fuentes.

Kanezaki respiró hondo y expelió el aire.

—¿Quién sabe lo que se proponía Hilger con Al-Jib? Era un tipo corrupto. Bebí un sorbo de café.

—¿Qué va a ser de Hilger?

Kanezaki se encogió de hombros.

—No creo que tenga muchas probabilidades de salirse del aprieto, pero aún no dispongo de toda la información. ¿Qué ocurrió en el China Club?

Le expliqué la historia, omitiendo los papeles desempeñados por Dox y Delilah.

Kanezaki me escuchó en silencio mientras yo le informaba, moviendo la cabeza con expresión incrédula. Cuando terminé, dijo:

—Así que eliminaste también a Manny. Es increíble. Insisto, deberían concederte una medalla.

—Ojalá se me hubiera ocurrido acudir a ti hace una semana y preguntarte cuánto estabas dispuesto a pagarme por eliminar a esos tíos. Probablemente habría podido retirarme con ese dinero.

—Eso habría sido una trágica pérdida. Supongo que no debo preguntarte para quién trabajas en la actualidad.

—Así es.

—De acuerdo. Ya me lo imagino.

—La imaginación es libre.

—Por lo que me has dicho, no creo que Hilger logre sobrevivir a esto. Quienes le apoyan se apresurarán a cubrirse las espaldas.

—No sé —respondí—. Tengo la impresión de que ese tipo es un superviviente nato. No hay más que ver el giro que dio a la situación el año pasado en Kwai Chung, al largarse con dos millones de dólares estadounidenses. No debemos subestimarlos.

—No le subestimo —contestó Kanezaki.

Apuré mi expreso y dejé la tacita en la mesa.

—¿Sigues en contacto con Tatsu? —pregunté.

—De vez en cuando —respondió Kanezaki con cautela. Yo sabía que se comunicaban con frecuencia.

—Deberías tratarlo con más asiduidad. Ha recorrido el precario sendero en el que te encuentras desde hace tiempo sin sufrir ningún percance, lo cual es raro. Deberías averiguar su secreto.

—¿A qué sendero te refieres?

—Al sendero cuyo fin justifica los medios.

Kanezaki asintió con la cabeza.

—Bien —dije levantándome—, dado que he eliminado dos entradas de la inexistente lista de atentados terroristas del Tío Sam, dejaré que pagues los cafés.

Kanezaki se levantó sonriendo.

—Será un placer.

—¿Me invitas tú —pregunté mirándole—, o el Gobierno?

—Yo.

—Eso supuse —dije asintiendo con la cabeza.

Le tendí la mano, y Kanezaki me la estrechó.

—*Ki o tsukero yo* —dije. «Ten cuidado.»

—*So shimasu* —respondió Kanezaki. «Lo tendré.»

Capítulo 23

Hilger estaba sentado en la terminal de salidas de Dragonair en el aeropuerto internacional de Hong Kong, esperando su vuelo a Shanghai. Había amanecido, y estaba agotado.

Había sido una noche muy larga. Destruir los archivos no había requerido mucho tiempo. A fin de cuentas, eran electrónicos. Y recoger su equipo esencial tampoco había sido un problema, puesto que buena parte del mismo lo guardaba en una bolsa que constituía el equivalente civil de los kits de detección de micrófonos ocultos que les habían enseñado a utilizar en el ejército. Lo más laborioso había sido hacer las llamadas telefónicas. Hilger había tenido que advertir a las personas que integraban su red, preparar a miembros de su familia e importunar a políticos. Cada llamada había sido más difícil que la anterior.

Hilger no estaba preocupado por su pellejo. Hacía tiempo que estaba preparado para que esto ocurriera, y sus sistemas de apoyo habían funcionado a la perfección. Aunque no hubiera sido así y Hilger se hubiera visto obligado a pechar con las consecuencias, por graves que fueran, sabía que habría podido afrontarlo. Lo difícil era aceptar el desmantelamiento de su operativo. Hilger había estado a punto de conseguir unas victorias importantes. América corría un peligro mortal, y no hacía nada para protegerse contra él. Después de la desintegración de su operativo, Hilger temía que se cumplieran sus peores previsiones.

Hilger había leído en cierta ocasión un artículo sobre los incendios que se producen cada pocos años en el sur de California. Un experto había explicado que, debido a la extensa construcción de urbanizaciones en el monte, los pequeños incendios que la Naturaleza utiliza para limpiar el sotobosque ya no eran permisibles. En consecuencia, año tras año el sotobosque se hacía más denso y seco y más susceptible de arder. Antes o después, dijo el experto, algo prendía fuego al sotobosque. Era casi matemáticamente cierto.

Hilger consideraba un ataque con armas de destrucción masiva contra América en los mismos términos. Existía tal cantidad de material postsoviético, y tantos fanáticos deseosos de utilizarlo, que era inevitable que

sucediera. Pero nadie quería aceptar esta realidad, del mismo modo que los propietarios de viviendas en zonas residenciales de Los Ángeles se negaban a aceptar que un poco de hollín en sus fachadas de madera era un precio bajo que pagar para evitar un pavoroso holocausto. Ésa era la mentalidad de la gente, y no podías hacer nada al respecto.

Irritado, Hilger meneó la cabeza. Recordó la forma en que los municipios instalan semáforos. Después de que se haya producido un determinado número de accidentes mortales en un determinado cruce, los políticos dicen: «Quizá debemos instalar un semáforo allí». Así era como iban a reaccionar cuando Nueva York desapareciera bajo un hongo nuclear.

Hilger pensó que quizá concedía demasiado crédito a esos idiotas. Quizá perder Nueva York les hiciera reflexionar unos minutos, tras lo cual volverían a cambiar el nombre de las *french fries* o patatas fritas, a prohibir los matrimonios entre gays y otras prioridades del momento.

Sí, los políticos eran unos esclavos del petróleo, o unos descerebrados, o las dos cosas. Si alguien iba a impedir que se produjera un cataclismo, sería el propio Hilger, junto con el equipo que había creado.

Hilger suspiró. Al-Jib era uno de sus hombres clave. Si Hilger hubiera averiguado más detalles sobre los contactos de ese tipo, dónde había diseminado sus conocimientos, quizá habrían logrado volver a introducir una parte del maldito genio en la botella. Pero era demasiado tarde. Al-Jib probablemente no querría saber nada de Hilger después de este fiasco. Es decir, suponiendo que Al-Jib estuviera aún vivo. La misteriosa rubia del China Club había echado a correr tras él como una leona hambrienta que persigue a una gacela.

No obstante, quedaban unos resquicios de esperanza. Cuando su cretino contacto en el Consejo Nacional de Seguridad había empezado a dar marcha atrás con respecto a si la Casa Blanca podría apoyar a Hilger ante otro estropicio, Hilger le había dicho que sería una lástima que el nombre de su cliente saliera a la luz, junto con el nombre del contacto de Hilger y otros importantes personajes políticos. El patético silencio que se había producido a continuación había sido uno de los sonidos más satisfactorios que Hilger había escuchado en su vida. El plan del contacto de limitarse a decir: «No recuerdo ese hecho, senador», «No recuerdo esa reunión, senador», y «Yo jamás haría eso, senador, porque no es correcto» ya no bastaría, y ese gilipollas lo sabía.

Hilger le había explicado que él no era Edwin Wilson. Si se hundía, arrastraría a mucha gente con él, y el primero sería su contacto del NSC.

¿Necesito añadir más? Hilger le había preguntado si hacía falta añadir algo más. El contacto había respondido que no con voz débil y entrecortada. Hilger lo había expuesto con toda claridad.

Wilson había sido un espía que, al parecer, la Agencia había despedido en 1971, pero que había seguido ejerciendo de espía, llevando a cabo asesinatos, blanqueando dinero y vendiendo explosivos de plástico a países como Libia, hasta que en 1983 lo habían encarcelado. Wilson afirmaba que nunca había abandonado la Agencia y que había sido una operación aprobada por ésta. Como es lógico, el Gobierno lo negó, diciendo que era un invento de Wilson. Hilger ignoraba la verdad —esa información era secreta y no había podido contrastarla—, pero sospechaba que había sido un montaje. A fin de cuentas, ¿cómo puedes aproximarte a un hombre como Gadafi? Vendiéndole lo que desea. En aquel entonces había varias personas que comprendían ese principio, al igual que hoy en día había personas, como Hilger, que también lo comprendían.

Wilson había cometido el error de no recabar pruebas que comprometieran a sus pagadores. Hilger estaba mejor preparado. Las personas que habían sido lo suficientemente codiciosas como para invertir su dinero en él eran también estúpidas. Los del NSC no podrían justificar el estar en la misma lista de clientes tan indeseables como Manny. Tendrían que respaldar a Hilger o hundirse con él.

En cuanto a la Agencia, Hilger sabía que harían lo posible por evitar otro escándalo como el de Wilson. Aunque negaran toda relación con Hilger, la prensa se cebaría con ellos si se descubría otro escándalo de esas dimensiones. Se constituirían comités del Congreso, habría preguntas bajo juramento, inspección de finanzas, mayores controles... Nadie quería que ocurriera eso, había cosas más importantes que hacer. Además, los contactos de Hilger habían difundido el rumor de que éste había planificado la muerte de Manny. Y si Al-Jib aparecía muerto, también lo achacarían a Hilger. Aparte, claro está, de que el nuevo director podía llevarse el mérito de la operación. Los políticos tienden a ser tan resistentes a ese tipo de oportunidades como los yonquis a un chute. La policía de Hong Kong y el enlace de Hong Kong podían ser sobornados del mismo modo. Con la oportuna combinación de sentido común e incentivos, el asunto podía liquidarse con rapidez y discreción.

Por supuesto, la tapadera de Jim Hilger quedaría destruida para siempre y, como mínimo, los peces gordos chinos de Hong Kong le declararían persona non grata y le darían la patada. Hilger había decidido ahorrarles la molestia.

Había establecido una identidad, y cultivado una presencia, en Shanghai. Cuando las autoridades se personaran en su apartamento de Hong Kong, o en su despacho, como quizá ya habían hecho, Hilger ya se habría largado.

Echaría de menos la vista desde el IFC Dos, pero Shanghai estaba lleno de rascacielos. La ciudad había crecido tan rápidamente, y tenía tantos extranjeros, que a Hilger no le costaría encajar en ella y ponerse nuevamente en marcha.

Hilger pensó unos instantes en Rain y sintió que su rostro se crispaba de ira, una reacción que le sorprendió. A fin de cuentas, Rain no había actuado de mala fe. Le habían contratado para realizar un trabajo y lo había cumplido. Hilger utilizaba a gente como Rain constantemente; no era un asunto personal. ¿Por qué se lo tomaba Hilger tan a pecho? Era estúpido. Sí, Rain lo había estropeado todo, echando por tierra los años de esfuerzo por parte de Hilger y poniendo sin querer en peligro millones de vidas de seres inocentes. Pero no lo había hecho adrede, no sabía las consecuencias que tendría. Hilger comprendió que era mejor olvidar el tema.

O localizar a ese cabrón y cargárselo de un tiro en la cabeza. No estaba justificado, era pueril, pero seguramente contribuiría a que Hilger durmiera mejor.

Luego estaba ese malnacido de Dox. Alguien le había arrojado una silla cuando bajaba a toda velocidad la escalera del China Club, derribándolo al suelo, y Hilger imaginaba quién había sido. Tenía un hematoma en la espalda del tamaño y el color de una berenjena.

Pero había que ir por partes. Primero, Shanghai. Luego, probablemente trataría de minimizar los daños. Después salvaría lo que pudiera de su operativo.

Más tarde se ocuparía de Rain y Dox. ¡No los salvaría ni Dios!

Capítulo 24

Después de dejar a Kanezaki en Tsuta, telefoneé a Tatsu. Le pregunté si le apetecía ir a cenar temprano, y respondió que sí. Le dije que nos reuniríamos en el Tsukumo Ramen, uno de los mejores restaurantes de fideos de la ciudad. La cocina de Río es estupenda, pero los fideos me chiflan y el Tsukumo está especializado en ese plato. Lo había echado de menos y me alegraba de volver a visitarlo.

De camino me detuve en un cibercafé. Tenía un mensaje de Delilah, que decía:

Dox tenía razón, Gil ha muerto. Nunca me cayó bien, pero me siento muy triste. No sé cómo acabará el mundo sin hombres como él. Como era de prever, mi Gobierno se niega a reconocer su filiación, sólo su ciudadanía. Pero al menos su familia podrá enterrarlo y llorar su muerte como es debido. Espero poder explicarles algún día lo sucedido. Quiero que sepan que fue un héroe.

Los de mi organización han transferido el pago que te deben según las instrucciones que les diste. Te han pagado la suma acordada por Lavi, y la misma suma por Al-Jib, además de una comisión.

No sé qué ocurrirá a partir de ahora. Están celebrando muchas reuniones, a propósito de mí. En realidad, me tiene sin cuidado.

Me gustaría volver a verte. Espero que sea pronto.

D.

Miré el tablón de anuncios que había establecido con Boaz y Gil. Tenía un mensaje. Estaba redactado como una factura y encajaba con lo que me había dicho Delilah. Junto a la suma que ésta había descrito como una «comisión, —decía—: ¡Pelillos a la mar!», acompañado por una carita sonriente.

Casi solté la carcajada. Supuse que el autor era Boaz.

Consulté el saldo de la cuenta que les había dado. Ya me habían ingresado el dinero. Transferí la mitad del total a Dox y fui a reunirme con Tatsu. Respondería a Delilah más tarde.

Tomé un taxi hasta Hiro y caminé hasta el restaurante. Cuando entré, vi a Tatsu sentado a la barra. Al verme, se levantó, se acercó y me estrechó la mano. Exhibía una sonrisa de satisfacción, y me complació ver a alguien que se alegraba de verme. Entonces me di cuenta de que yo también le sonreía.

Como era temprano, no tuvimos dificultad en coger mesa. Pedimos *ramen marukyo* preparado con fideos frescos y mozarella casera de Hokkaido sobre una base de pasta de soja, y un par de cervezas Yebisu. Durante la comida charlamos de cosas intrascendentes. Casi me sentí alarmado al comprobar lo mucho que gozaba conversando con Tatsu. Comer con amigos se estaba convirtiendo en una adicción.

Cuando terminamos el *ramen* y pedimos otras dos cervezas, pregunté a Tatsu:

—¿Va todo bien?

—¿A qué te refieres?

—Dijiste que querías hablar conmigo de un asunto personal; lo cual, como todo el mundo sabe, no es propio de ti.

Tatsu sonrió.

—Todo va bien, gracias.

—¿Tu familia? ¿Tus hijas?

—Están perfectamente. No sé si sabes que soy abuelo. Mi hija mayor.

—Sí, la última vez que hablamos me comentaste que estaba embarazada.

Un niño, ¿no es así?

Tatsu asintió con la cabeza, y durante unos instantes desapareció la tristeza que yo solía ver en sus ojos.

—Un niño guapísimo —respondió con una sonrisa.

—Enhorabuena, amigo mío —dije inclinando la cabeza—. Me alegro por ti.

Tatsu asintió de nuevo.

—El asunto personal no me concierne a mí, sino a ti.

Moví la cabeza con gesto de perplejidad.

Tatsu sacó de su maltrecha cartera un sobre y me lo entregó. Lo abrí y extraje un puñado de fotografías en blanco y negro. Antes de que mi mente captara el contenido, tomé nota de las circunstancias: a juzgar por el fondo un tanto borroso, la perspectiva comprimida y la escasa profundidad de campo, deduje que las fotos habían sido tomadas de lejos a través de un teleobjetivo.

En ellas aparecía Midori sentada en la terraza de un restaurante de una ciudad que parecía norteamericana, quizá Nueva York. Había un cochecito de bebé aparcado junto a ella. En su regazo estaba sentado un niño japonés, de pocos meses, que miraba. Midori hacía unas muecas —fruncía los labios e inflaba las mejillas—, y el niño le tocaba la nariz, riendo.

Noté que el corazón me latía aceleradamente. Siempre lo hace cuando me paro a pensar en Midori, a evocar unos recuerdos muy vivos del tiempo que

estuvimos juntos. Pero mirar esa fotografía, una instantánea de la vida que llevaba Midori en otro continente, potenció mi reacción, por más que traté de ocultarla.

—¿Está casada? —pregunté tratando de reprimir las emociones que bullían en mi interior.

—No. No se ha casado.

—Entonces...

Miré a Tatsu, que asintió sonriendo. Sus ojos mostraban una profunda e insólitamente intensa simpatía.

Mis instintos, tan aguzados para el combate, son casi ridículos en lo tocante a asuntos sentimentales. Los latidos de mi corazón se intensificaron; mi cuerpo comprendía con toda claridad lo que mi mente se esforzaba en captar. Aparté la cara, pues no quería que Tatsu viera mi expresión.

Recordé la última noche que Midori y yo habíamos pasado juntos, en una habitación en el Park Hyatt de Tokio, hacía casi dos años. Habíamos hecho el amor con ferocidad, pese a que Midori sabía quién era yo y lo que le había hecho a su padre; pese a que ambos sabíamos que sería la última vez que estuviéramos juntos; pese a conocer el precio que pagaríamos por ello.

Yo no sabía qué decir. Creo que balbucí:

—Dios santo.

Traté de recobrar la compostura, pero fue en vano. Por fin logré recurrir a una táctica operativa.

—¿Quién tomó esas fotografías? —pregunté—. ¿Las hiciste tú?

Después de una pausa, Tatsu respondió:

—Las tomaron unos agentes de Yamaoto.

Miré a Tatsu. Yo había asumido de nuevo una expresión neutral. Pensar en Yamaoto me ayudaba a concentrarme, a desenvolverme en terreno seguro.

—¿Por qué?

—Midori es tu único nexo fuera de nuestro ambiente. De vez en cuando Yamaoto ordena a sus agentes que la vigilen de lejos, por si reapareces en su vida.

—A ese cabrón le vendría bien un cursillo de cómo gestionar el rencor.

—Le derrotaste en dos ocasiones. La primera, al interceptar el disco. La segunda, al liquidar a Murakami, su brazo derecho. Yamaoto es un tipo vanidoso con una memoria larga.

—¿Crees que Midori y su hijo corren peligro?

—No. A Yamaoto sólo le interesa como medio de atraparte a ti.

—¿Cómo conseguiste estas fotos?

—Al registrar las pertenencias de uno de sus afiliados.

—¿Un registro autorizado?

Tatsu negó con la cabeza.

—No exactamente.

—Entonces es posible que ese afiliado no se haya dado cuenta de que esas fotos han desaparecido.

—Puedo asegurarte que no lo sabe. Mis hombres descargaron el contenido de su cámara digital, pero la dejaron intacta. Es imposible que ese tipo descubra que registraron sus pertenencias. También es imposible que Yamaoto descubra que has averiguado la existencia de... tu hijo.

Esas dos últimas palabras poseían una curiosa corporeidad. Permanecieron flotando en el aire.

«Un hijo», pensé. No tenía sentido. Mi padre tenía un hijo, pero yo no.

—¿Es... un varón?

Tatsu asintió con la cabeza.

—Hice unas discretas averiguaciones. Midori le llama Koichiro. Ko-chan.

—¿Cómo sabes...? ¿Cómo puedes estar seguro de que es mi hijo?

Tatsu se encogió de hombros.

—Se parece a ti, ¿no crees?

Yo no podía planteármelo siquiera. Me sentía confundido y comprendí que había sufrido una leve conmoción.

—¿Por qué me has enseñado esas fotos? —pregunté como si avanzara a tientas, ofuscado. Pensé: «Ya me había adaptado a la situación. Todo había terminado, era como si Midori hubiera muerto y desaparecido de mi vida. Me consolaba con los recuerdos. O más bien me atormentaba con ellos».

—¿Habrías preferido que no te las enseñara?

—¿Qué más da? Aunque yo quiera, aunque Midori lo quisiera, no puedo ponerme en contacto con ella mientras Yamaoto la esté vigilando.

Me detuve sintiendo que me embargaba la ira. Miré a Tatsu y dije:

—Por eso me las has enseñado.

Tatsu se encogió de hombros.

—Ciertamente, algunos de mis motivos eran egoístas, pero otros no. Sabes de sobra que necesitas una conexión, algo que te aparte de ese camino nihilista que has tomado. Al parecer, el destino ha decidido intervenir en ello.

—Ya. De modo que para dejar esta profesión de matar, sólo tengo que matar a más personas.

—Reconozco que parece paradójico expresado de este modo. Pero creo que has descrito acertadamente el meollo del asunto.

Meneé la cabeza, tratando de comprender.

—No podré verlos hasta que liquide antes a Yamaoto. —Sí.

—Y Yamaoto es muy listo. Entiende esta dinámica. Lo que significa que probablemente ha reforzado su sistema de seguridad.

—Desde luego.

Miré a Tatsu.

—¡Esto es el colmo! ¿Por qué no arrestas a ese cabrón? ¿Para qué te pagan?

—Como sabes, Yamaoto es un político importante, que cuenta con numerosos protectores. Si trato de arrestarlo, perderé mi puesto. Es inaccesible por medios normales y corrientes.

—Ni siquiera sé si Midori querría verme. ¿Por qué no se ha puesto en contacto conmigo?

—¿Tiene tus señas?

—No. Pero podría haberse puesto en contacto contigo. Tatsu se encogió de hombros.

—Quizá tenga sentimientos ambivalentes; lo cual es lógico, dada su situación. Es verdad que no se ha puesto en contacto contigo. Por otra parte, ha tenido un hijo tuyo. Es la madre de tu hijo.

—Dios santo —repetí. Me sentía aturdido.

—Tener un hijo es algo muy curioso —dijo Tatsu—. Altera tus prioridades más fundamentales. Cuando nació mi hija mayor, comprendí que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, fuera lo que fuera, con tal de protegerla. Si hubiera tenido que prenderme fuego para salvarla de un peligro, lo habría hecho con total alivio y gratitud. Es un privilegio querer a alguien hasta el punto de cambiar la medida del valor que tiene tu vida.

—No sé si estoy preparado para eso —respondí. Tenía la sensación de hallarme fuera de mi cuerpo, como si quien hablaba fuera otra persona.

—Es natural. Nadie está preparado, porque ese privilegio comporta una responsabilidad. —Tatsu se humedeció los labios y prosiguió—: Cuando murió mi hijito, no pude hacer nada por salvarlo. Todo cuanto estaba dispuesto a hacer, que hubiera hecho sin vacilar, no tenía ningún sentido. No puedes imaginar el impacto que supone saber que la cosa más preciada sobre la que tienes un control absoluto, tu propia vida, es inútil como canje o soborno para salvar la vida de tu hijo.

Tatsu alzó su jarra de cerveza y bebió un trago.

—Durante toda tu vida has creído que el Sol giraba alrededor de la Tierra y de pronto compruebas que no es así, con todo lo que eso significa.

Yo no sabía qué decir. La cabeza me daba vueltas, pero pedí otra ronda para los dos.

Durante un rato nos bebimos nuestras cervezas en silencio. Por fin Tatsu me preguntó si deseaba estar solo. Le dije que no, que prefería que se quedara allí, haciéndome compañía. Tan sólo quería reflexionar.

Después de habernos bebido tres rondas, dije:

—No sé qué hacer. No puedo decidirlo en una noche. Pero voy a hacer una cosa. Y necesito tu ayuda.

Capítulo 25

Tatsu tardó unos días, pero por fin logró averiguar dónde podía hallar yo a la esposa filipina de Manny. Supuse que, después de lo que le había ocurrido a Manny en Manila, éste habría enviado a su esposa a casa de su familia, fuera de la ciudad, y acerté.

Mientras esperaba a que Tatsu me facilitara esa información, me quedé en mi *suite* en el Four Seasons. Era un hotel precioso y una excelente base desde la cual visitar de nuevo muchos sectores de la ciudad que había echado de menos durante mi reciente exilio. Evité los sectores que tiempo atrás había frecuentado lo suficiente como para ser reconocido si regresaba a ellos, pues no quería hacer nada que activara la pantalla del radar de Yamaoto. Pero había muchos lugares que yo había frecuentado anteriormente, y que podía volver a visitar sin sufrir ningún percance: bares como Teize y Bo Sono Ni en Nishi Azabu; templos como Tomioka Hachimangu, donde no tardarían en florecer las glicinias; alegres bulevares como Chuo-dori en Ginza y callejones y callejuelas oscuros y demasiado desconocidos.

Comprendí que Tatsu había estado en lo cierto sobre la Tierra y el Sol. Todo cuanto contemplé se correspondía con la plantilla que guardaba en mi memoria, pero los contornos aparecían sutil e indescritiblemente distintos. La idea de que me había convertido en padre me abrumaba. No había visto a mi hijo salvo en unas fotografías tomadas con un teleobjetivo, ni siquiera había sospechado su existencia hasta hacía unos días, pero de pronto me sentía conectado a un posible futuro de una forma que jamás había imaginado. No era sólo que tenía un hijo, y mis padres, un nieto póstumo. Era la conexión que ese niño me ofrecía con Midori, algo que intuí que jamás podría negarse, ni siquiera después de lo que yo había hecho a su padre. Ignoraba si esa nueva vida lograría superar una muerte que yo había provocado tiempo atrás, pero la posibilidad me llenaba de una angustiosa esperanza.

Respondí al mensaje de Delilah diciéndole que necesitaba urgentemente unas vacaciones. Tenía que atender unos asuntos que me llevarían unos días, pero después podíamos reunirnos donde ella quisiera. Delilah me preguntó si había estado alguna vez en Barcelona. Le dije que no, pero que hacía tiempo

que deseaba ir. Acordamos mantenernos en contacto durante los próximos días, mientras Delilah resolvía su situación y yo solucionaba unos asuntos.

Todos los días leía la prensa, principalmente el *Washington Post*. Confiaba en ver el nombre de Hilger en los periódicos. La publicidad, como Kanezaki sabía, hundiría a Hilger, quizá incluso hiciera que sus protectores le dieran la espalda. Pero no vi ninguna noticia sobre él, y temí que no apareciera ninguna. Hilger era muy astuto.

Los tiroteos que se habían producido en el China Club y a bordo del *Star Ferry* habían recibido una amplia cobertura en el *South China Morning Post* y otros periódicos locales en lengua inglesa. Unos testigos habían ofrecido unas descripciones de varias personas involucradas en dichos incidentes, pero hasta la fecha sólo habían «arrestado» a un hombre caucásico, Gil, que había fallecido a causa de las heridas de bala recibidas antes de que pudieran interrogarle. Habían identificado el cuerpo de Manny. Su guardaespaldas había recobrado el conocimiento tras sufrir tan sólo la resaca de un tranquilizante de caballo y un gigantesco hematoma en la parte posterior de la cabeza, y había identificado a su difunto cliente ante la policía. Y habían sacado de las turbias aguas de Victoria Harbor un cadáver. La policía estaba cotejando las pruebas dentales y el ADN, pero aún no podía decir quién era el difunto.

Una tarde me hallaba en un cibercafé en Minami Azabu, uno de mis sectores favoritos de la ciudad, cuando recibí el mensaje de Tatsu. Era breve: una dirección en Batangas, a unas dos horas en coche al sur de Manila. Como de costumbre, Tatsu se abstuvo de preguntarme por qué quería obtener esa información, pero una breve nota, al pie de su mensaje, indicaba que quizá ya lo supiera:

Me alegré mucho de verte la otra noche. Deberíamos reunirnos más a menudo. Ni tú ni yo nos hacemos más jóvenes.

Ya me dirás lo que quieres que haga referente al asunto que comentamos. Como es natural, cuenta con todos mis recursos para ayudarte.

Te deseo suerte con lo que debes hacer en primer lugar.

«Cuenta con todos mis recursos.» Eso era mucho decir. No se trataba sólo de su cargo en el Keisatsucho, el FBI japonés. Eso era lo de menos. Tatsu disponía de un grupo de hombres leales, aparte de otros colaboradores que dejarían pálido al espía más curtido. Yo tendría que reflexionar sobre ello. Pero lo primero era lo primero.

Hice los acostumbrados preparativos para el viaje a través de internet, transferí dinero de una cuenta en el extranjero a otra, y me pasé por el

Citibank para retirar una elevada cantidad de dinero, la suma que me habían pagado por eliminar a Manny. Me llevé el dinero en billetes de diez mil yenes, que equivalían a cuatro fajos, cada uno compuesto por quinientos billetes, y lo guardé en el maletín.

Al salir del banco, hice unas compras en esa zona: las típicas golosinas japonesas como *daifuku*, *sakura-mochi* y *kashiwa-mochi*, un kimono, unas zapatillas *geta* y varios paquetes de papel para caligrafía de calidad superior. En todas las tiendas envolvieron los artículos exquisitamente —eran para regalo— y me los entregaron en una elegante bolsa.

Tras finalizar las compras, me dirigí a Kinko's, donde reduje el contenido de uno de los paquetes de papel para caligrafía a fin de guardar en él los fajos de billetes. Cerré el paquete y lo coloqué de nuevo en la bolsa correspondiente.

Abandoné el hotel a la mañana siguiente, temprano, y tomé un vuelo para Manila. Llegué a las nueve y media y no tuve mayores problemas al pasar la aduana junto con docenas de otros hombres de negocios procedentes de Tokio. Todos llevábamos los típicos regalos del exótico Japón. Un taxi me llevó al Mandarin Oriental en Makati. Les dije que deseaba alquilar un coche con chófer durante medio día. Por supuesto, les pagaría en efectivo. Me dijeron que no había ningún problema y me facilitaron de inmediato un Mercedes E230 y un chófer. Di al conductor las señas y partimos.

Hacía un tiempo caluroso y húmedo, como suele hacer en esa región, y el cielo estaba saturado de una contaminación que casi imploraba que estallara una violenta tormenta para eliminarla. Durante el trayecto sustituí el inocuo contenido del maletín por los cuatro fajos de billetes.

Mientras circulábamos, dejamos atrás el núcleo urbano de Metro Manila, y al cabo de un rato pasamos frente a unos arrozales y unos cocoteros. Hacía pocos días había contemplado la misma campiña, pero hoy me pareció diferente, como inhóspita, implacable.

Contemplé a través de la ventanilla los campos y los animales de granja y me pregunté si la mujer se habría enterado ya de la muerte de Manny. Había ocurrido hacía pocos días, y pensé que era posible que no hubiera recibido aún la noticia.

Las carreteras por las que circulábamos se hicieron más estrechas, con unos baches más frecuentes y profundos. El chófer se detuvo en dos ocasiones para preguntar la dirección. Por fin nos detuvimos delante de una destartalada vivienda de techo bajo, situada al final de un camino de tierra y rodeada de arrozales. Junto a la casa había unas vacas escuálidas que agitaban la cola

para ahuyentar a los insectos, así como unos pollos y unos perrillos que correteaban alegremente. En el porche había una docena de personas sentadas en unas sillas de plástico. Supuse que se trataba de una familia numerosa, pero eran demasiados como para alojarse todos en esa casucha. Algo había ocurrido, posiblemente una tragedia, y los visitantes habían acudido para ofrecer su apoyo, para ayudar a los supervivientes a superarla.

Vi a la esposa de Manny sentada frente a otras dos mujeres más jóvenes, quienes quizá fueran sus hermanas. El niño estaba sentado con gesto apático en el regazo de una anciana, posiblemente su abuela. Yo conocía bien esa escena, y durante unos instantes vacilé. Luego, paradójicamente, las frías anteojeras que me habían permitido liquidar a Manny me permitieron seguir adelante también esta vez.

Me apeé del coche. Observé que la conversación había cesado. Las personas congregadas frente a la casa me miraron con curiosidad. Tomé el maletín y me encaminé hacia la esposa de Manny con paso decidido. Antes de hablar, incliné la cabeza respetuosamente.

—Soy abogado, encargado del reparto de la herencia de Manny Lavi — dije. Sentí que con el traje y el maletín que llevaba desempeñaba mi papel a la perfección. Y si un abogado suele comportarse con frialdad en un momento tan delicado como éste, esa parte de mi actuación también era impecable, pues hasta me costaba mirar a la mujer.

La esposa de Manny se levantó. Era una mujer menuda, muy guapa y, como muchas filipinas, parecía más joven de lo que probablemente era.

—¿Sí? —preguntó en un inglés con un ligero acento.

—El señor Lavi dio a mi bufete unas instrucciones precisas respecto a lo que se debía hacer en caso de que él falleciera. Ordenó que ciertos fondos fueran transferidos a usted, en beneficio de... su hijo.

Pensé que era posible que Manny se hubiera ocupado de dejar un dinero a su esposa y su hijo en caso de que él muriera. Pero en vista de que ya tenía una familia en Johannesburgo, quizá no lo había hecho. En cualquier caso, me daba lo mismo. Eso era lo de menos.

El niño saltó del regazo de su abuela y echó a correr hacia su madre. Quizá se asustó al ver a su madre hablando con un extraño.

—Mamá, mamá —gritó a la vez que se acercaba a su madre con los brazos extendidos.

La mujer lo tomó en brazos, no sin cierto esfuerzo, y el niño se abrazó a ella. Observé que el pequeño estaba traumatizado por la noticia que acababan de recibir. «Es normal», me dije.

—¿Unos fondos? —preguntó la mujer mientras movía la cabeza con perplejidad.

—Sí —respondí, carraspeando para aclararme la garganta—. De la herencia del señor Lavi. Tome.

Le alargué el maletín, pero la mujer no podía cogerlo mientras sostenía al niño en brazos.

Sentí una extraña sensación, como si estuviera mareado. Quizá se debía al calor, a la humedad.

—Este dinero le pertenece —dije depositando el maletín frente a la mujer. Volví a carraspear—. Confío... Mi bufete confía en que le sea provechoso. Lamento que haya perdido a su marido.

El niño rompió a llorar débilmente. La mujer le acarició la espalda. Tragué saliva, incliné de nuevo la cabeza, di media vuelta y me dirigí hacia el coche.

Cielos, estaba casi a punto de vomitar. Sí, debía de ser el calor. Me monté en el coche. Cuando arrancamos, me volví. Todos me estaban observando.

Pasamos de nuevo junto a los arrozales y los animales de granja que nos observaron con indiferencia. Me sentía deprimido. No cesaba de oír en mi mente al niño gritando «¡mamá!» una y otra vez. Temía no dejar de oír nunca su voz.

Seguimos avanzando por la carretera. Los baches parecían cráteres.

—Pare —dije al conductor.

Éste se arrimó al borde del camino de tierra y detuvo el coche. Abrí la puerta y bajé apresuradamente. Casi no me dio tiempo. Me apoyé en la puerta del coche, me incliné hacia delante y vomité todo lo que llevaba dentro. Sentí como si mi estómago fuera a desprenderse de sus amarras y cayera en ese camino de mala muerte en el que me hallaba.

Por fin mis náuseas remitieron. Me detuve unos instantes, aspirando aire, luego me enjuagué la cara, escupí y me monté de nuevo en el coche. El conductor me preguntó si estaba bien. Asentí con la cabeza. Era el clima, respondí. No lograba acostumbrarme.

Pedí al conductor que me llevara al aeropuerto. No sabía adónde iría desde ahí. En cualquier caso, sabía que todo lo que había hecho me acompañaría siempre.

Agradecimientos

Los admiradores de John Rain opinan que éste mejora con el tiempo, pero yo, como es natural, prefiero pensar que es inmejorable. Esto se debe en gran medida a los consejos y al apoyo que sigo recibiendo de parte de numerosas personas. Deseo dar las gracias a:

Mis agentes, Nat Sobel y Judith Weber, de Sobel Weber Associates, y mi editor, David Highfill, de Putnam, por ayudarme a hallar las notas auténticas y eliminar las falsas.

Michael Barson (profesor de Yubiwaza), Dan Harvey y Megan Millenky, de Putnam, por su extraordinaria labor a la hora de publicitar a John Rain.

Dexter Domingo, por proporcionarme numerosas visitas guiadas de Manila; Yannette Edwards, por proponer que Rain visitara Filipinas, lo cual constituyó el arranque de este libro; y Doug y Susan Patteson, por hacer que Rain se familiarizara con Manila y otros lugares del sudeste asiático, por utilizar su amplia experiencia en la región para ayudarme a perfilar con mayor precisión no sólo los locales, sino toda la historia, y por sus percepciones sobre todo lo referente a Rain.

Jim Dunn, que llegó a conocer y amar Bangkok cuando servía en la guerra de Vietnam, por compartir su perspectiva histórica sobre la ciudad y refrescar la memoria de Rain sobre ésta; David Gibbons, por compartir sus amplios conocimientos de Tailandia y ser el mejor guía de Bangkok y Phuket con el que podía soñar un autor; el novelista Christopher G. Moore, por compartir sus percepciones sobre la vida en Bangkok y la cultura tailandesa; el novelista Marcus Wynne, por compartir sus experiencias sobre Bangkok, las navajas y la comunidad de operativos especiales; y Bangkokbob, porque, venga de quien venga, www.bangkokbob.net es un maravilloso recurso.

Massad Ayoob, del Lethal Force Institute, por compartir sus impresionantes conocimientos y experiencia con respecto a armas de fuego y

tácticas de combate, y por sus útiles comentarios acerca del manuscrito.

Tony Blauer, por compartir de nuevo con Rain y conmigo sus profundos conocimientos en materia de psicología, fisiología y tácticas de violencia.

El temible Carl, que gracias a Dios sigue ahí, por enseñarme tantas cosas, por haberme inspirado el personaje de Dox y por compartir sus opiniones sobre los programas de «capturar y dejar en libertad».

De nuevo y siempre, *sensei* Koichiro Fukasawa, de Wasabi Communications, una singular ventana sobre Japón y todo lo japonés, por tantos años de percepción, sentido del humor y amistad, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

Matt Furey, por proporcionarnos los ejercicios de combate basados en el peso del cuerpo que utiliza John Rain en este libro para mantenerse en forma (su autor también los utiliza).

Lori Kupfer, por nuestra larga amistad, por sus conocimientos sobre cómo visten y piensan las mujeres sofisticadas y sexis como Delilah, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

Janelie McCuen, la señorita Fuerza Creativa, por inculcar en Rain unos amplios conocimientos sobre teleobjetivos.

Matt Powers, por lograr que Rain demuestre que es un entendido en vinos, por librar una noble batalla contra expresiones tan superfluas como incorrectas, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

Evan Rosen, doctor en medicina y en filosofía, y Peter Zimetbaum, doctor en medicina, por proporcionarme de nuevo (a regañadientes) unos consejos de expertos sobre algunas de las técnicas mortales que aparecen en este libro, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito. De hecho, creo que ya no me ofrecen esos consejos tan a regañadientes, sino que les divierte hacerlo.

Ernie Tibaldi, agente veterano del FBI desde hace treinta y un años, por seguir compartiendo generosamente sus conocimientos enciclopédicos sobre las fuerzas del orden y temas relacionados con la seguridad personal, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

William Scott Wilson, por *The Lone Samurai: The Life of Miyamoto Musashi*, un libro que representa buena parte de la filosofía de John Rain.

El maravilloso y ecléctico grupo de filósofos, tipos geniales (en su mayoría jubilados) y pirados que visitan la página www.nononsenseselfdefense.com de Marc MacYoung y Diana Gordon. Es difícil expresar todo lo que he aprendido de vosotros, aparte de la compañía que me habéis brindado durante las largas noches previas a la fecha de entrega del manuscrito. Quiero dar las gracias expresamente a Dave Bean, por

compartir sus conocimientos sobre armas de fuego y conducirme a unas fuentes que me ayudaron a perfilar varios aspectos del trasfondo de este libro; Jack *Spook* Finch, el señor Lawsey en persona, veterano de la Ofensiva de Pascua de la guerra de Vietnam, la Operación Causa Justa, la Operación Tormenta del Desierto, que obtuvo la Estrella de Plata, por compartir sus experiencias sobre «el coste de esto», por convertir a Rain en un entendido en armas de fuego Kimber, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito; Frank *Pancho* Garza, ex marine, por demostrar con su ejemplo lo que significa ser uno de los tipos más duros pero con un corazón más suave que el pelo de un castor; Dianna Gordon, *doña Velociraptor*, por «defender a mis lectores» al ayudarme a perfeccionar desde la puntuación hasta los personajes, pasando por el trasfondo de esta historia, y por enseñar a Dox a comportarse como un caballero con Delilah; Montie Guthrie, por compartir sus conocimientos y experiencia sobre armas de fuego y tácticas de combate, por enseñar a Rain que «esto no puede salir bien», y, con respecto al malo, «ahora no te toca, ni ahora ni nunca», y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito; Drew Anderson, Wim *Chimpy* Demeere, Ed Fanning, Michael *Mama Duck* Johnson y David Organ, por compartir sus opiniones sobre la invisibilidad en una multitud; Marc *Animal* MacYoung, el Tiresias de la civilización y la calle, por permitirme aumentar mis conocimientos sobre tácticas urbanas de supervivencia, por mostrarme cómo reacciona la multitud ante la violencia, cómo se comportan los agentes, cómo los klingons descifran mensajes y los depredadores se ocultan, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito; Slugg, por compartir sus percepciones sobre qué induce a los hombres a cometer atrocidades con nobles propósitos y cómo tienen que pechar con ello durante el resto de su vida, sobre cómo se llevan a cabo y se soportan unos interrogatorios duros, así como por demostrar con su presencia que un hombre grande puede desaparecer, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito; Tristan Sutrisno, ex veterano de Vietnam en las Fuerzas Especiales y guardián del temible Nessie, por compartir su experiencia sobre combatir y matar y vivir con ello el resto de su vida. Deseo expresar mi profunda gratitud a Terry Trahan, un hombre que ha visto la oscuridad y ahora vive en la luz, por compartir las experiencias que inspiraron esta historia, por actualizar mis conocimientos sobre navajas y temas relacionados con éstas, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

A mis amigos del café Borrone en Menlo Park, California, por servir el mejor desayuno —especialmente el café— que pueda desear cualquier escritor.

A Naomi Andrews y Dan Levin, Eve Bridberg, Vivian Brown, Alan Eisler, Judy Eisler, Shari Gersten y David Rosenblatt, Tom Hayes, el novelista Joe Konrath, Owen y Sandy Rennert, Ted Schlein, Hank Schiffman y Caryn Wiseman, por sus útiles comentarios sobre el manuscrito y sus numerosas y valiosas sugerencias y percepciones.

Ante todo, a mi esposa, Laura, por más de lo que puedo expresar. La labor de documentación sobre las «escenas de amor» fue increíble.

Nota del autor

Como de costumbre, los locales de Manila, Phuket, Hong Kong, Kowloon, Tokio y Batangas que aparecen en este libro los he descrito tal como los recuerdo. Por otra parte, la historia de A. Q. Khan y la CIA es verídica.



BARRY EISLER nació en 1964 en Nueva Jersey, Estados Unidos. Licenciado en Derecho por la Cornell Law School, trabajó para la CIA durante tres años y posteriormente ejerció como abogado especializado en tecnología antes de dedicarse exclusivamente a escribir.

Eisler saltó a la fama de la mano de su peculiar personaje John Rain, un asesino a sueldo de padre japonés y madre americana, protagonista de sus cuatro primeras novelas: *Rain Fall* (2003), *Hard Rain* (2004), *Rain Storm* (con la que ganó el Premio a la Mejor Novela de Suspense del Año 2005) y *Killing Rain* (2006). Fiel al género policíaco y de espionaje, en 2007 publicó *The Last Assassin* y en 2008 *Requiem For an Assassin*, publicadas en España con los títulos de *Sicario*, *Sicario: La venganza*, *Contrato para matar* y *Un último asesinato*.

Su libro *Fault Line*, publicado en España bajo el título *El agravio*, se situó en la lista de los más vendidos en EE. UU.

Sus novelas han sido traducidas a cerca de veinte idiomas y han sido escogidas para ser llevadas a la pantalla por Barrie Osborne, el oscarizado productor de la trilogía *El Señor de los anillos*.

Actualmente Eisler vive y trabaja entre la bahía de San Francisco y Tokio.



Barry Eisler

Un último asesinato

«John Rain, el sicario de esta fabulosa serie de novelas, se enfrenta al que tal vez sea su mayor miedo: el arrepentimiento. Y además, Eisler lo consigue sin caer en la sensiblería.» *San Fran*

Lectulandia